



**TÚ  
HOY NO  
TE  
CASAS**

**MARÍA JOSÉ  
VELA**

VERSATIL  
romántica

*A mi padre, mi mayor fan*

Bienvenida, Mario Benedetti

*Se me ocurre que vas a llegar distinta  
no exactamente más linda  
ni más fuerte  
ni más dócil  
ni más cauta  
tan solo que vas a llegar distinta  
como si esta temporada de no verme  
te hubiera sorprendido a vos también  
quizá porque sabés  
cómo te pienso y te enumero*

*después de todo la nostalgia existe  
aunque no lloremos en los andenes fantasmales  
ni sobre las almohadas de candor  
ni bajo el cielo opaco*

*yo nostalgio  
tú nostalgias  
y cómo me revienta que él nostalgie*

*tu rostro es la vanguardia  
tal vez llega primero  
porque lo pinto en las paredes  
con trazos invisibles y seguros*

*no olvides que tu rostro  
me mira como pueblo  
sonríe y rabia y canta  
como pueblo  
y eso te da una lumbre  
inapagable  
ahora no tengo dudas  
vas a llegar distinta y con señales  
con nuevas  
con hondura*

*con franqueza*

# 1

Tenía que reconocerlo: estaba impresionante envuelta en mi vestido de novia. Y cuando digo impresionante quiero decir perfecta, magnífica, regia, divina, deslumbrante... En una palabra: tremenda.

Un repentino silencio se apoderó de la habitación y todos me miraron con la boca abierta. Reflejadas en el espejo, examiné las caras de asombro de las quince personas que habían obrado el milagro a base de horquillas, alfileres y cosméticos. Hasta la chica gótica con la cara llena de piercings que me había maquillado, una tal Loreto Neri, parecía emocionada de verdad. Sin embargo, nadie se atrevió a decir nada hasta que mi madre, la editora de moda más poderosa del momento, confirmó el éxito.

—¡Guau! —exclamó.

Todos respiraron aliviados.

—Querida, ha sido un placer vestir un cuerpo que merece mi talento —aseguró Dado Caruzzi.

Para ser un diseñador con apenas un año de carrera, su autocomplacencia era desmedida, pero la promesa que le había hecho mi madre de llevarlo a la fama a cambio de un maravilloso vestido gratis había desatado su vanidad.

—¡Coco, estás preciosa! —exclamó mi hermana Chris. Sí, ambas teníamos nombre de diseñadores de alta costura muertos y recordábamos la crueldad de nuestra madre cada vez que enseñábamos el DNI.

—Eso parece —murmuré, intentando reconocerme en aquella figura ideal que me miraba desde el espejo entornando los ojos.

—Voy a cambiarme —anunció mi madre al salir de la habitación.

—Y yo. ¡Vamos, equipo! Todos a mi cuarto —gritó Dado de pronto, lanzando palmadas al aire—. Yo también quiero brillar hoy.

En menos de diez segundos Chris y yo nos quedamos solas.

—Cuando te vea Jaime se va a caer redondo. Estás guapísima —afirmó frente mí.

—¿Tú crees? No estoy segura. Hay algo que...

—¿Bromeas? ¡Mírate bien, tonta! —exclamó apartándose a un lado.

Obedecí. Me miré de frente, de un lado, del otro, de espaldas a lo Elsa

Pataky... Me miré de todas las formas posibles. Estaba espectacular, pero algo fallaba y no conseguía averiguar el qué. Tal vez fueran las lentillas. Las usaba tan poco que seguía sin acostumbrarme a ver el mundo tras ellas. Bajé del pedestal sobre el que me habían obligado a subir para retocar el vestido y fui directa al baño.

—Chris, ¿puedes traer mi bolso, por favor? —supliqué, retirando aquellos circulitos babosos de mis ojos con cuidado de que no se corriera el rímel.

—Toma. ¿Estás bien? —se interesó mi hermana.

—Sí, pero hay algo que...

Hurgué en mi bolso Eva de Louis Vuitton con manos temblorosas hasta que encontré mis gafas. Me las puse, volví a la habitación y me examiné de cerca en el espejo, buscando el fallo con detenimiento.

El vestido era una maravilla. Siempre me había sentido acomplejada por estar escuálida hasta rayar el mínimo aceptable por la Organización Mundial de la Salud, y odiaba cuando mi madre me recriminaba no haber aprovechado tal «bendición de la naturaleza» con una exitosa carrera de modelo, que ella misma habría dirigido. Sin embargo, aquel vestido de seda y escote palabra de honor convertía mi delgadísima figura en la de una mujer imponente.

A lo mejor el error estaba en el peinado, pero tampoco. Habían recogido mis indomables rizos negros en una trenza adornada con flores, excepto dos mechones que jugaban con gracia sobre mi frente, resaltando el encanto azul de mis ojos, que, esta vez, no podría esconder tras las gafas. En cuanto al maquillaje ¡Maldita sea! Aquella chica gótica era un verdadero genio.

Volví a subir al pedestal y di un par de vueltas observándome de arriba abajo. No había ningún fallo. Me veía sofisticada y altiva, no podía ser de otra manera. Todo lo relativo a la boda, incluida yo, debía ir acorde con el poder que mi madre ostentaba en la alta sociedad. Ella, la gran Minerva Capdeville, la reencarnación de Nerón en el mundo de la moda, la persona que decidía quién alcanzaba la fama y que con solo una llamada de teléfono podía enterrar en el olvido a quien fuera, no podía permitir que su primogénita se casara de forma discreta.

En cuanto a Jaime, Chris tenía razón. Se iba a caer redondo. Y sus amigas también. Mi futuro marido era una joven promesa de las finanzas tan atractivo que siempre éramos el centro de todas las miradas, especialmente las femeninas. Primero lo observaban a él con deseo y después me sondeaban a mí buscando el secreto, la clave del éxito, el «qué - tiene - ella - que - no - tenga - yo - para - cazar - a - un - hombre - como - ese». Cuando descubrían

mi pelo rizado recogido en una cómoda coleta y el potencial de mi cuerpo de modelo envuelto en ropa tan cara como discreta, venían los gestos de mofa y los cuchicheos.

—Es la hija de Minerva Capdeville. Podría ser guapísima, pero no sabe sacarse partido. Es evidente que él está con ella por interés. ¿Sabías que es fisioterapeuta en la clínica de su padre? ¡Con la cantidad de dinero que tienen! —escuché una vez a mis espaldas.

Alcé la mano para contemplar mi anillo. Tenía tantos diamantes y era tan exclusivo que le había costado a Jaime una verdadera fortuna.

—Una pieza única para la única mujer a la que he amado y a la que amaré hasta el fin de mis días. ¿Quieres casarte conmigo?

Habría sido el momento más romántico de toda mi vida, pero las ciento cincuenta personas que esperaban mi respuesta le restaron encanto. Jaime pensó que sería fantástico sorprenderme con una pedida de mano por todo lo alto. Y acertó. Al menos en lo de sorprenderme. Me quedé tan impactada que no pude pronunciar ni una sola palabra. Jaime se tomó el silencio como un sí, me besó y todos aplaudieron. Al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio rechazaría a un hombre como aquel y la vida perfecta que había diseñado para nosotros? Porque Minerva y él lo tenían todo organizado y consensuado. La luna de miel por el océano Índico a bordo de un crucero de lujo, su brillante carrera en el banco de inversión de su familia y el máster en el que, ¡sorpresa!, ya me habían matriculado para que dejara de ser, al fin, la rebelde fisioterapeuta en la que me había convertido para llevar la contraria. Y no solo eso. Empezaría a trabajar en la revista de moda de mi madre que, ¡otra sorpresa!, algún día llegaría a dirigir yo misma. No, nadie podría rechazar algo así. Estaba claro que íbamos a ser muy felices. Todo nos favorecía, nos queríamos y se suponía que estábamos enamorados. Se suponía, sí. ¿O acaso alguien sabe qué significa estar enamorado?

Bajé del pedestal y me acerqué al espejo. Intenté sonreír. No pude. Asustada, di un paso atrás. Aunque todo fuera ideal, el vestido, el peinado, el maquillaje y el novio, algo fallaba. El tiempo se me echaba encima y yo no era capaz de encontrar qué era. Las manos empezaron a sudarme y mi corazón se puso a latir como loco.

—Chris —clamé.

Mi hermana se acercó con una sonrisa compasiva.

—Anda, vuelve a ponerte las lentillas. Como venga mamá y te vea con las

gafas, las tira por la ventana —me aconsejó.

Obedecí en silencio. Fui hacia el baño respirando con dificultad, dejé las gafas en mi bolso e intenté ponerme de nuevo las lentillas. Temblaba tanto que tuve que pedirle a Chris que me ayudara. Ella se burló de mi tembleque y la risa me ayudó a sentirme mejor.

—¿Coco? ¿Estás aquí?

La voz de mi padre llegó con entusiasmo hasta el baño. Chris salió corriendo a recibirlo.

—¡Papi! No te muevas, siéntate y cierra los ojos —propuso entusiasmada—. Coco, ven.

Salí del baño y me coloqué frente a nuestro padre, que sonreía a ciegas sentado en una silla estilo rococó demasiado baja para su tremenda altura.

—Ya puedes abrirlos —anunció Chris.

Aunque intentó disimularlo, a papá se le llenaron los ojos de lágrimas nada más verme. Se levantó despacio y, cuando se acercó a mí para darme un abrazo, como siempre, Minerva nos estropeó el momento:

—Luis, si tocas ese vestido te denuncio —amenazó con su voz oscura, demasiado grave.

Irrumpió en mi habitación con el ramo de novia y los ojos desafiantes seguida de Pierre, su cuarto marido, un multimillonario francés que tenía nietos de mi edad.

El ambiente se tensó al máximo y mi estómago pidió a retortijones huir del campo de batalla. Chris y yo nos miramos con tristeza.

—Hola, Minerva. Estás... —No pudo seguir. Pobre papá.

—Ya. Tú también —replicó mi madre con indiferencia.

—Pierre, encantado de verte de nuevo —saludó mi padre.

—*Lúiiiis* —contestó mi padrastro con su manía francesa de poner los acentos en el lugar equivocado—. Tengo que *hasegte* una consulta después. Sigo sintiendo esos *dologues* en el pecho.

—Mejor pásate por la clínica. Te haremos un examen completo —le ofreció.

—Los coches están a punto de llegar —interrumpió Minerva—. En cuanto aparquen frente al *hall* me avisarán para que bajemos. Chris, tú y yo iremos con Pierre en el Rolls-Royce. Tu padre y Coco vendrán detrás en la limusina.

—¿Y yo? ¿En qué coche voy?

Lola, mi transgresora mejor amiga, apareció de repente con un vestido espectacular y el pelo lleno de rastas. No contábamos con ella porque llevaba

un año en la India y la sorpresa de verla allí fue un alivio bárbaro. Todos la adorábamos, incluida Minerva, aunque el motivo de su cariño tenía un porqué: Lola era el eslabón perdido en una dinastía de rancio abolengo, pero tenía tanto dinero y tantos títulos nobiliarios que mi madre siempre encontraba la forma de alabar sus extravagancias.

—¡Lola! —exclamamos todos.

—¡Ló-lá! —exclamó Pierre.

—Querida, tu nuevo *look* es tan original ¡Estás muy guapa! —mintió Minerva, que no pudo evitar poner cara de asco cuando le acarició las rastas.

—Estás preciosa —la saludó mi padre, y él sí era sincero.

—¿Qué tal por la India? —preguntó Chris al abrazarla.

—¡Muy bien! De allí me traje estos pelos. Bueno, ¿dónde está la novia? —preguntó entusiasmada. Todos se apartaron para que pudiera verme—. ¡Coco! ¡Qué guapa es...!

Se quedó sin palabras y yo di un par de vueltas para que pudiera contemplar el vestido. Hoy sé que ni siquiera lo miró, aunque entonces me negara a reconocerlo. Plantadas la una frente a la otra, el tiempo se detuvo para nosotras, mientras el mundo y mi boda giraban a nuestro alrededor con toda su insensatez.

Lola, solo Lola, se había dado cuenta de que algo fallaba.

—¿Te gusta? —le preguntó Chris.

El teléfono de Minerva impidió la respuesta. Los coches acababan de llegar a nuestra gigantesca mansión y todos nos pusimos en movimiento con los nervios a flor de piel. Minerva daba órdenes tajantes a cada paso, recordándonos el protocolo a seguir, el orden de entrada en la iglesia, el de salida, el momento de sonreír, el de estar serios... Bajamos al vestíbulo, frente al cual una limusina infinita y el impresionante Rolls-Royce de Pierre nos esperaban. Minerva me obligó a sentarme en una postura imposible para que no se arrugara el vestido y, tras prohibirme terminantemente que me pusiera el cinturón de seguridad, me dio el ramo y cerró la puerta dejándome, por fin, a solas con mi padre. Sin mediar palabra me giré hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Coco, el vestido —advirtió nervioso.

—Que nos demande —contesté a punto de llorar.

—Voy con vosotros —anunció Lola entrando en la limusina.

—¡Lola! No puedes estar aquí, el protocolo dice...

—Adoro a Minerva —me interrumpió—. Es tan comprensiva cuando le

recuerdo que soy grande de España que hasta se pasa el protocolo por el forro.

La limusina se puso en marcha. Mi padre y yo nos agarrábamos fuerte de la mano mientras Lola se movía traviesa por los asientos laterales, saltando de uno a otro, vigilando constantemente el Rolls en el que iban Minerva y los demás.

Tras unos minutos de emotivo silencio mi padre susurró:

—Coco, estás segura de lo que vas a hacer, ¿verdad?

—Papá, es un poco tarde para preguntarme eso, ¿no crees?

Me miró con tristeza.

—No te lo he preguntado antes porque Jaime parece un buen chico y tú eres lo opuesto a Minerva, por lo que el éxito está asegurado, pero...

—Papá —lo regañé.

—No, no lo digo con acritud, de verdad —afirmó apretando mi mano aún más—. Coco, desde que tu madre me dejó he intentado rehacer mi vida mil veces y nunca lo he conseguido. ¿Sabes por qué?

—Conociendo a mamá, es posible que una cláusula del convenio regulador te lo prohíba —bromeé, y en cuanto vi una mueca de dolor en su rostro me arrepentí.

—No, no es por eso —susurró—. Nunca he podido rehacer mi vida porque, aunque he intentado olvidarla de todas las formas posibles, sigo amando a Minerva como el primer día.

El aire de la limusina se hizo tan denso que se me cortó la respiración. Hasta Lola detuvo su baile de asientos por un instante, impresionada por lo que acababa de escuchar. Éramos amigas desde los trece años y sabía perfectamente las barbaridades por las que mi madre había hecho pasar a aquel hombre destinado a llevarme al altar.

—No puedo creerlo —fue todo lo que acerté a decir.

—Sí, a veces a mí también me cuesta —confesó él con mirada triste—. De hecho, he tardado años en reconocerlo.

—Papá —murmuré.

No quería escuchar más. La pena me estaba matando y él se dio cuenta. Apretó mi mano sonriendo y dijo:

—No, no sufras por mí. Te aseguro que, a pesar de todo, me considero un hombre afortunado. Casi nadie llega a sentir jamás algo tan intenso por otra persona y todo lo bueno que he hecho en la vida: como teneros a ti y a Chris,

estudiar Medicina o montar la clínica, fue fruto de mi amor por Minerva. Además, en cuanto tenga la menor oportunidad de recuperarla volveré a luchar por ella y, esta vez, estoy seguro de que lo conseguiré. ¿Sabes por qué?

—Ni idea —confesé.

—Porque estar enamorado es sentir en el otro —afirmó, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Y eso, ¿qué significa? —pregunté sin comprender.

—Que eres invencible, Coco, porque esa conexión es el motivo más grande por el que vale la pena vivir. Por eso quiero preguntártelo una vez más: ¿estás segura de lo que vas a hacer?

Lola se revolvió nerviosa de nuevo. Miraba por la ventanilla como si en ello le fuera la vida y no dejaba de tocarse la parte baja de la espalda.

—¿Podrías estarte quieta, por favor? Me estoy mareando —supliqué.

—Solo será un momento —aseguró Lola.

Para evitar responder a mi padre miré por la ventanilla yo también, intentando averiguar qué demonios le pasaba a mi amiga. Estábamos a punto de pasar un semáforo en ámbar. El coche de Pierre giró a la derecha justo cuando el disco cambió a rojo y nuestro chófer se detuvo.

—Perfecto. ¡Vámonos! —exclamó Lola de pronto.

—¿Perdona? —murmuré.

No me hizo caso y abrió la puerta de la limusina, instándome a que saliera.

—El coche de Minerva se ha saltado el semáforo. No pueden vernos. ¡Vámonos! ¡Ahora! —insistió saltando a la calle.

Me quedé muerta.

—¿Irnos? ¿Adónde? —musité buscando en mi padre una respuesta imposible.

Lola asomó la cabeza al interior del vehículo.

—Tú, hoy no te casas. ¡Vamos! —exclamó tendiéndome la mano.

—¿Perdona? —pregunté alucinada.

—Lo que has oído —contestó mi amiga.

—¡Pero tengo que hacerlo! —afirmé con rotundidad, apretando tanto el ramo de flores que casi las dejo secas en un segundo.

Lola alargó su cuerpo pasando por encima de mí para enfrentarse, cara a cara, con mi padre:

—Luis, la respuesta es «no». No está segura de lo que va a hacer porque ni siquiera sabe quién es. Por eso debemos irnos. Díselo tú, por favor.

Me quedé sin palabras. Aquello era una solemnísima tontería. ¿Cómo que no estaba segura de lo que iba a hacer y de quién era? ¡Claro que lo estaba! Iba a casarme con Jaime porque me quería y yo era... Yo era... ¡Yo era...!

Todo se nubló por un instante a mi alrededor, el instante en que descubrí que la duda era la respuesta.

Sentí que me ahogaba y la postura rígida que debía mantener era ya insostenible. Sin embargo, no fui capaz de mover ni un solo músculo hasta que la voz de mi padre me hizo reaccionar:

—Vete. Yo me haré cargo de todo.

## 2

Un taxi esperaba nuevo cliente justo detrás de la limusina. Lola abrió la puerta del vehículo y entramos con tal premura que caímos en el asiento hechas una bola de brazos, seda y piernas. Deseé morir cuando mi cara se estampó contra aquella tapicería que olía a todo menos a Chanel N.º 5, pero no tuve tanta suerte.

—Al aeropuerto, lo más deprisa que pueda —ordenó Lola.

El taxista, un hombre demasiado mayor para la escena que protagonizábamos, se giró atónito hacia nosotras. Una rastafari aplastando a una novia en el asiento trasero de su coche no debía de ser algo habitual. Sin embargo, pareció extrañarle más nuestro destino.

—¿Ha dicho usted al aeropuerto? —preguntó.

—Sí, a la T4 —confirmó Lola, intentando levantarse para que yo pudiera moverme.

El hombre asintió y se aferró al volante con entusiasmo, pero algo hizo que se girarse de nuevo.

—Ese novio al que están plantando no será guardia de tráfico, ¿verdad? —quiso confirmar con cara de sospecha.

—No —contestó Lola apretujando el vestido contra mí para poder sentarse.

—¿Policía municipal? —insistió él.

—Tampoco.

—¿Inspector de Hacienda?

—¡Que no! —gritó Lola exasperada.

—Pues entonces ¡allá vamos! —exclamó emocionado.

Los coches que teníamos detrás empezaron a tocar el claxon. El semáforo ya se había puesto en verde y la limusina, junto con toda posibilidad de rectificación por mi parte, había desaparecido.

—Lola, ¿qué estamos haciendo? —musité con la voz a punto de romperse.

—Tranquila, está todo bajo control. Tengo tu bolso aquí —masculló a la vez que se tumbaba en el asiento y se metía la mano por debajo del vestido hasta llegar a su trasero.

Mi precioso bolso Eva de Louis Vuitton apareció ante mis ojos hecho un

gurruño.

—¿Lo llevabas escondido en las braguitas? —pregunté.

—Peor. En el tanga. Menos mal que este me aprieta. Si no, se me habría caído.

Cuando quise recuperarlo, Lola me dio un manotazo. Lo abrió nerviosa y comprobó que dentro estaban mi pasaporte, mis tarjetas de crédito, mis gafas y mi móvil, que apagó con determinación. Fui consciente entonces de lo que acababa de hacer: huir. Abandonar a Jaime de una forma cobarde y cruel.

—¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo? —me pregunté en voz alta.

—Lo correcto —aseguró Lola abriendo su cartera de fiesta.

—Jaime me estará esperando —afirmé con dificultad—. Va a hacer un ridículo espantoso y no se lo merece porque me quiere, me quiere de verdad. De eso estoy segura.

—Entonces no tendrá ningún problema en perdonarte.

¿Perdonarme? No, lo que le estaba haciendo no tenía perdón alguno. Dejarlo plantado en el altar delante de su familia, sus amigos y lo más selecto de la alta sociedad era una canallada imperdonable.

—Aún estamos a tiempo, Lola. ¡Tenemos que volver! —supliqué histérica.

Harta de mis lamentos, abandonó la cartera en su regazo, me cogió fuerte de los hombros y afirmó con rotundidad:

—Coco, escúchame. Hoy no vas a casarte porque no estás preparada. Asúmelo y punto.

—Pero... —murmuré.

El taxista intervino:

—Hágale caso a su amiga, señorita. Mi mujer y yo fuimos felices durante veinticinco años. ¡Luego nos casamos! —gritó muerto de risa.

—¡Gracias! —exclamó Lola, rebuscando de nuevo en su cartera.

—Pero... ¡Minerva me va a matar! —protesté.

—No si no te encuentra. ¡Cálmate ya!

—Claro que me encontrará, ¿es que no la conoces? —grité histérica, visto que me quedaba sin argumentos.

—¡Aquí están! —gritó Lola feliz, mostrando triunfal una tableta de pastillas—. Toma, abre la boca.

Obedecí sin pensar, sumisa, y me tragué una pastilla sin más ayuda que las lágrimas, el arrepentimiento y la angustia.

—Lola, tengo que volver —insistí.

—Pues ya no hay marcha atrás, salvo que quieras verte en las fotos de tu

boda con cara de haberte fumado algo —me advirtió.

—¿Cómo? ¿Qué me has dado? —pregunté, sintiéndome una estúpida.

Me había tragado la pastilla así, por las buenas, tan acostumbrada estaba últimamente a someterme a la voluntad ajena.

—Confía en mí. En menos de una hora estarás grogui —aseguró.

—Oiga, no será una sustancia ilegal, ¿verdad? —preguntó el taxista—. Me jubilo la semana que viene y no me gustaría tener problemas ahora.

—¿La semana que viene? ¡Enhorabuena! —lo felicitó Lola, ignorando por completo mi estado de ansiedad.

—¿Enhorabuena? —gruñó el hombre—. Usted no sabe lo que me espera en casa, señorita. ¡Aguantar a mi mujer todo el día! Que si no fumes, que si no bebas, que si no respires... Ojalá alguno de mis amigos hubiera hecho por mí lo que está haciendo usted por esta chica.

—Seguro que no es para tanto, hombre. —Lola trató de consolarlo.

—Sí que lo es, señorita.

—¿Y por qué no hace algo? ¿Por qué no intenta reavivar la llama? —propuso mi amiga con picardía.

—Reavivar la llama, dice —repitió el hombre con sorna—. ¡La llama del infierno es lo que se va a reavivar cuando ella llegue! Porque esa mujer va derechita al averno, eso se lo aseguro.

—Vaya, lo siento mucho —se lamentó Lola.

Al son de las penas de aquel hombre, cruzamos Madrid y llegamos al aeropuerto. A pesar de que me dio todo tipo de argumentos contra el matrimonio y de que el incipiente efecto de la pastilla empezaba a envolver el dolor en una nube, yo me sentía una rata miserable por lo que le estaba haciendo a Jaime.

—¿Acepta tarjetas? —preguntó Lola al taxista sacando de su cartera una VISA oro.

—Por favor, invita la casa —contestó el hombre sonriendo.

—No, por favor —replicó ella.

—Insisto, señorita. En treinta y cinco años que llevo al volante, ha sido la única carrera que he hecho con sumo gusto. Ha sido un placer ayudarlas —sentenció orgulloso.

—Se lo agradezco mucho, de verdad. Es usted una buena persona y le deseo lo mejor —agradeció Lola—. Vamos, Coco.

—Un momento, señorita. —El taxista retorció su columna al máximo para poder mirarme a los ojos—. El único amor verdadero es el que es libre.

Ponerle ataduras es el mayor de los errores. Se lo digo por experiencia.

—Gracias —murmuré.

—Espero que sea muy feliz.

En cuanto puse un pie en la calle me di cuenta de lo mareada que estaba. Lola tuvo que abrazarme para que no me cayera, me ayudó a caminar hacia la terminal y me dejó sentada en los primeros bancos que encontró.

—No te muevas de aquí. Ahora vengo a buscarte.

Obedecí. Me quedé allí sentada sujetando como una tonta mi ramo de novia. No sé cuánto tiempo estuve esperando, pero fue suficiente para pensar en muchas cosas. Jaime, Chris, los invitados, Minerva... Pero sobre todo pensé en mi padre y en el eco triste que sus palabras habían dejado en mi corazón. «Estar enamorado es sentir en el otro». Las repetí mentalmente intentando comprenderlas. «Estar enamorado es sentir en el otro». ¡Maldita pastilla! ¿Qué demonios significaba aquello?

Me concentré tanto en averiguarlo que no reparé en que un grupo de japoneses me tenía rodeada para hacerse un *sefie* conmigo, hasta que Lola apareció:

—¡Hey! ¡Fuera de aquí, maleducados! ¡Venga! ¡Al imperio del sol naciente!  
—les gritó enfadada.

Alcé la vista con la cara llena de lágrimas.

—Lola...

—Coco, deja el llanto para después. Tenemos que irnos. Ven, siéntate aquí  
—me ordenó señalando una silla de ruedas que empujaba un señor muy bajito.

—¡Una novia! —exclamó al verme.

—Sí. ¿Hay algún problema? —dijo Lola preocupada.

—No, claro que no —aseguró el hombre con amabilidad. Sus ojos eran pequeños, pero tan expresivos que parecían tener vida propia.

Necesité su ayuda para sentarme porque, entre el mareo y el cansancio, subirme en una silla de ruedas fue casi como practicar tiro con arco.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al puesto de control —contestó Lola.

—Quiero decir después —insistí.

—Lejos.

—¿Te estás escapando? —se interesó el señor bajito.

—No —contesté.

—¿Seguro? —me preguntó con retintín, empujando la silla.

—No —admití.

—¡Cuánto lo siento, niña! —se lamentó—. ¿No serán los nervios? El día de mi boda estaba tan asustado que casi no consigo levantarme de la cama. Pero después, cuando vi a mi novia tan bonita entrar en la iglesia mirándome a los ojos, supe que seríamos felices. Eso fue hace veinte años y ¡mírame!, sigo encantado con mi matrimonio.

Sus palabras rezumaban tanto amor y eran tan sinceras que, por un momento, me devolvieron la esperanza.

—¿Lo ves, Lola? Tengo que regresar —afirmé, tratando de levantarme de la silla en marcha.

El hombre bajito y mi amiga tuvieron que sujetarme por los hombros para que no me rompiera la crisma.

—Estate quieta —me regañó Lola.

—Sí, por favor —suplicó el hombre—, todo lo que te pase sentada en esta silla podrá ser utilizado en mi contra y estamos en plena reestructuración de personal.

—Pero tengo que volver. Tal vez mirando a Jaime a los ojos sepa si estoy enamorada porque me siento en él o si soy verdadera por ser libre —murmuré.

—¿Qué dice? —le preguntó el señor bajito a Lola.

—Tranquilo, está delirando por el calmante —confirmó mi amiga.

En silencio, llegamos al puesto de control. Pasamos por un lateral preparado para gente con carritos de bebé o sillas como la mía. Asombrada, una enorme guardia de seguridad nos abrió la cancela. Lola se encargó de todo. Me quitó los zapatos, los colocó en una bandeja con nuestros bolsos y la dejó sobre una cinta para que la engullera el escáner. Otro guardia la obligó a pasar por el arco de seguridad. Después me señaló a mí. Me puse en pie con dificultad, dejé el ramo en otra bandeja y, cuando fui a pasar por el arco, todo empezó a pitar.

—Quítese las enaguas y páselas por la cinta. Tengo que cachearla —anunció la guardia gigante en un tono tan serio que entendí que no era ninguna broma.

Lola me levantó el vestido y soltó el cancán. Lo apretujó cuanto pudo para que cupiera en el escáner y la guardia procedió a cumplir con su deber. Aunque estaba aturdida, al cabo de un rato me di cuenta de que algo extraño ocurría. Tan enorme mujer no solo me estaba cacheando, sino que acariciaba embelesada la seda de mi vestido. Lola y el señor bajito contemplaron la escena con incredulidad, especialmente cuando la mujer se agachó para

acariciar su rostro con la seda. No pude evitar que me entrara una risa tan tonta como involuntaria, imagino que por el efecto de la pastilla.

—Ja, ja, ja —reí, tapándome la boca.

La enorme mujer se puso en pie de muy mal humor. Me miró con tanto odio que consiguió arrugarme igual que una bola de papel.

El señor bajito intervino:

—¿Ha terminado? —preguntó acercándose—. Creo que está a punto de desmayarse.

La guardia gigante asintió con una sonrisa maléfica.

—No le van a permitir subir esas flores al avión —gruñó en mi cara con rencor.

Mis rodillas se doblaron, caí en la silla y Lola puso el cancán y el ramo en mi regazo. El hombre apretó el paso para sacarnos de allí con premura.

Unos metros más adelante me eché a llorar. El hombre detuvo el paso y se plantó frente a mí.

—Niña, el amor no se busca. El amor se encuentra, y cuando eso ocurre, no hay lugar para las dudas —dijo con ternura.

Aunque tampoco las entendí, me parecieron las palabras de consuelo más hermosas que había oído nunca. Por eso alcé el ramo de flores y murmuré con la cara llena de lágrimas:

—Tenga. Lléveselo a esa chica tan bonita con la que se casó.

Fue entonces cuando todo empezó a darme vueltas. Muchas, muchísimas vueltas.

### 3

Tengo un recuerdo borroso y desordenado de lo que ocurrió a continuación. Veo gente mirándome sorprendida por los pasillos del aeropuerto; veo un cajero automático y a Lola obligándome a marcar un número; veo el suelo de un probador demasiado cerca; veo el canchán, los zapatos y el vestido de Dado Caruzzi metidos a presión en una bolsa de *boutique* de aeropuerto; veo mi reflejo y el de Lola con ropa nueva en un ventanal tras el cual empieza a atardecer y, al fin, todo negro.

El ruido sordo de un motor me despierta. Estamos en el avión. Lola me ofrece agua, pero vuelvo a dormirme.

Despierto en otro aeropuerto. Me arden los ojos, todo lo veo borroso y empiezo a llorar. Lola me habla, pero me pitan los oídos y apenas la entiendo. Dice algo de mis lentillas mientras me mete los dedos en los ojos, me da mis gafas y me obliga a caminar. Entramos en un coche extraño, tan extraño como las calles, las casas y los olores que nos rodean. No tengo ni idea de dónde estoy. Intento decir algo, pero no me sale la voz y duermo sin querer.

Lola me zarandea para que despierte. Bajamos del coche y huele a mar sucio. Me ayuda a caminar entre un montón de gente que me aturulla. Cuando recupero algo de lucidez estamos en un barco. Nos sentamos en una fila de asientos de plástico que hay a babor. ¿O es a estribor? ¿Cómo saberlo cuando todo te da vueltas? Aunque hace calor, tiemblo. Aunque tengo los ojos secos, lloro sin parar. Lola me obliga a poner la cabeza en su regazo y me acaricia el pelo mientras repite durante una eternidad que ya estamos llegando. Lucho por no dormir más y me castigo pensando en lo que le estoy haciendo pasar a Jaime. Al final me rindo, dejando que Lola y el mar mezan mi cuerpo.

Despierto a duras penas. Caminamos entre otra marea de gente que nos devora y nos empuja fuera del barco. Ya en tierra, varios hombres nos acechan repitiendo con acento extraño: taxi, taxi, taxi... Estoy asustada. Lola se acerca a uno de ellos, zanja una breve discusión con un nombre de santa

y me da otra pastilla. La última.

Dos días después de escapar de mi perfecto futuro prediseñado, despierto sola en una habitación con dos camas, una mesita de noche y una cortina estampada que esconde un armario. Debo de estar en uno de esos hoteles de modesto encanto, porque no hay nada más, ni siquiera cuadros que rompan el beis estucado de las paredes. Siento esa breve y extraña paz que a veces conseguimos al despertar, antes de recordar dónde estamos o quiénes somos. Pero dura muy poco y enseguida tomo consciencia de mis recuerdos: el vestido, Minerva, Jaime, Minerva, mi padre, Minerva, Lola sacando mi bolso de su tanga, Minerva, ¡Minerva! ¡¡¡Minerva!!! El escándalo debe de ser de tal magnitud que mi madre ya se habrá convertido en una réplica de la niña del exorcista. Asustada, me siento en la cama. Instintivamente, busco mis gafas. No las encuentro y llamo a Lola con desesperación.

—Estoy aquí —contesta.

Su voz entra por la ventana. Respiro hondo para intentar calmarme, pero no lo consigo. Me froto las manos nerviosa y me doy cuenta de que están desnudas.

—¡Lola! ¡Mi anillo! —grito de nuevo.

Se asoma por la ventana.

—Tranquila, está a buen recaudo. ¡Buenos días, bella durmiente! —saluda con alegría.

No estoy de humor para contestar. Me siento débil, confusa y arrepentida. Lola entra en la habitación a través de una puerta que suena a metal y el olor del mar me hace tiritar. Tan solo llevo un pijama que no conozco, compuesto de camiseta de tirantes y pantaloncito corto, igual que el suyo.

—Venga, a desayunar. No has comido nada en dos días y pareces un saco de huesos. —Se sienta a mi lado con un plato lleno de fruta.

Apoyo la espalda en el cabecero de la cama. Es de madera y se me clava en la columna. Debería tener el estómago cerrado por el arrepentimiento, pero tengo tanta hambre que devoro cual náufrago ante un bufé libre.

Cuando termino, me doy cuenta de que mi amiga me observa más divertida de lo necesario. De hecho, hasta está sonriendo.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —pregunto contrariada.

—De que nuestro destino sea evitar que la otra se case —contesta.

Sé por qué lo dice y no, no tiene gracia. Aún me duele la mirada con la que se despidió de mí después de lo que le pasó. Una mirada que pedía ayuda a

gritos y que yo no supe interpretar.

Quiero enfadarme con ella, maldecirla por haber visto más allá de mi fabuloso vestido de novia y exigirle que dé marcha atrás en el tiempo para que pueda enmendar mi error. Pero no puedo. Aunque ella fue el detonante, lo cierto es que fui yo quien salió de la limusina por su propio pie. Yo abandoné a Jaime, yo puse a Minerva en evidencia, yo me marché dejando a mi padre y a Chris a merced de la ira de mi madre y de las terribles consecuencias sociales que mi huida nos traerá.

—¿Qué he hecho? —le pregunto al sentir de nuevo el sabor salado de mi amargura.

Lola me mira con lástima, deja el plato sobre la mesita de noche y me abraza con paciencia. La aprieto con fuerza, tratando de exprimir al máximo mi cuerpo y hacer que salga toda la culpa.

—Solo necesitas vivir —murmura.

—¿Cómo voy a vivir después de esto? —sollozo.

—Encontrarás tu camino. Ya lo verás.

—Ya tenía uno y era maravilloso —protesto.

—No, Coco. Eso no era un camino, era un plan.

—Pero lo tenía todo, Lola —grito deshaciendo el abrazo—. ¡Todo! Una carrera prometedora en la revista de mi madre...

—... para que dejaras de ser lo que a ti te gusta —apunta con ironía.

—Un novio guapo superatento... —prosigo haciendo oídos sordos.

—... tan atento que siempre decide por ti —afirma.

—Una luna de miel de ensueño...

—... en uno de esos cruceros que, según tú, debe de ser lo más aburrido del mundo.

—¡Maldita sea! —protesto.

—¿Te das cuenta? En ese plan no hay nada de lo que tú querías —suspira Lola.

¿A quién quiero engañar? Sé que tiene razón y lo sé desde hace mucho tiempo. Sin embargo, lejos de sentir alivio al reconocerlo, siento culpa y miedo.

—¡Lola, mi madre! —exclamo aterrada.

—¿Dónde? ¿Dónde? —pregunta jocosa, girando la cabeza en todas direcciones—. Yo no la veo.

La miro alucinada. Me parece el colmo que, encima, se burle de mí.

—Me va a matar —pronostico con voz temblorosa.

Mi sádica amiga me limpia las lágrimas con la mano.

—Tranquila. Voy a esconderte tan bien que no te encontrará ni Google — asegura.

—Minerva es muy poderosa, conseguirá encontrarme y entonces...

Lola sonrío misteriosa.

—Ven conmigo. —Tira de mi brazo para obligarme a salir de la habitación sin importarle que vaya descalza, en pijama y sin gafas.

La puerta metálica da a una terraza donde intuyo que hay colgado un trapo de mil colores. Lola lo aparta de un manotazo y, tras un manto verde formado por lo que creo que son copas de árboles, una playa infinita aparece frente a mí. Impresionada por lo que estoy viendo, aunque sea borroso, dejo de llorar.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Donde tu madre jamás nos encontrará.

—¿Podrías especificar un poco?

—¡Bienvenida a Santa Teresa! —exclama emocionada.

No me suena de nada, pero intento adivinar:

—¿Bahamas? ¿Miami? ¿Seychelles?

Lola me mira levantando una ceja.

—¡No! ¡Costa Rica!

Ahora sí que me quedo muerta.

—¿Cos... Cos... Costa Rica? —tartamudeo.

—¡Sí! ¡Pura vida! —grita.

No entiendo ni jota y empiezo a asustarme de verdad.

—Pero eso está en Centroamérica. ¿Me has traído a Centroamérica? ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre traerme aquí? ¿Y si hay un golpe de Estado? — grito fuera de control.

Lola pone los ojos en blanco y resopla:

—¿Cómo va a haber un golpe de Estado si aquí no tienen ejército? Definitivamente, Coco, tienes menos mundo que una abeja reina.

—¿Perdona? —protesto—. ¡Claro que tengo mundo! He estado diez veces en París, tres en Londres y dos en Nueva York.

—Acompañando a tu madre en desfiles de moda, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? —gruño.

—¡Todo! —afirma condescendiente—. Viajar no es encerrarse en hoteles de lujo y dar un paseo en limusina.

—No estoy de acuerdo —insisto, con la misma seguridad que un adúltero que promete ser fiel hasta la muerte.

—¿Al menos tuviste otra opción? —me pregunta Lola—. ¿Te permitió Minerva alguna vez dar un paseo? ¿Perderte en Central Park? ¿Subir a la torre Eiffel?

—No —murmuro—, pero porque no quise.

Lola me mira con tristeza porque sabe que eso no es verdad.

—Coco, ¿qué te ha pasado? ¿Dónde estás? ¿Dónde está la chica que se enfrentó al qué dirán y continuó siendo mi amiga después de lo que me ocurrió? Me cuesta creer que tu madre haya conseguido al fin transformarte en lo que no querías, pero lo ha hecho tan descaradamente bien que ni siquiera te has dado cuenta.

—Te equivocas. Mi madre es una persona muy dominante, es verdad, pero yo nunca he sido un títere. ¿O ya no te acuerdas de los enfrentamientos que tuve con ella para ser fisioterapeuta y trabajar en la clínica de papá? —pregunto llena de rabia.

—Por supuesto que me acuerdo, por eso me extraña que estuvieras dispuesta a tirarlo todo por la borda para ser la futura directora de «su» revista —enfatisa gritando.

¡Maldita sea! No tener más remedio que darle la razón hace que una ira espantosa se apodere de mí. Me giro tan indignada para volver a la habitación que me enredo en el trapo de colores y me caigo al suelo.

Lola intenta ayudarme muerta de risa, haciendo que mi enfado crezca por momentos. Cuando consigo ponerme de pie, estoy llorando de pura impotencia.

—Quiero volver a casa —exijo entre sollozos.

Mi pobre amiga deja de reír al verme así.

—¿Estás segura?

—Sí, Lola. En España me espera un infierno, pero quiero volver y arreglar las cosas. Sea mi camino o el plan que Minerva tiene para mí, conseguiré ser feliz —afirmo tajante.

Lola se queda pensativa. Sus neuronas están trabajando a toda velocidad para encontrar una forma de convencerme. Lo sé porque son muchos años de estar alerta, de detectar esos pequeños gestos que indican el estado de ánimo de los demás, de intentar anticiparme a las reacciones ajenas, especialmente a las de mi madre, para cuya cólera cualquier cosa podía ser un detonante.

—Lola —murmuro asustada al ver que me mira con cara de «¡eureka!».

—Perfecto. ¡Vámonos! —exclama.

¡Oh, no! Oír de nuevo esas dos palabras, las mismas que pronunció en la

limusina, me pone en alerta máxima. Lola agarra con firmeza mi mano, tira de mí y me obliga a bajar corriendo por unas escaleras metálicas que salen desde nuestra terraza. Aterrada porque no veo bien, sigo en pijama y estoy descalza, bajo dos pisos, puede que tres. Lola sigue arrastrándome por un camino de tierra que pica, rodeado de palmeras, hasta que la caricia blanca de una arena más fina frena nuestros pasos.

—Venga, Coco, vamos a bañarnos antes de irnos —propone Lola retomando su carrera hacia el mar.

No contesto porque me quedo sin palabras contemplando lo que tengo alrededor. La extensión de arena es inmensa y la vegetación que la bordea tan frondosa que ya no distingo el hotel.

Hace mucho tiempo que no piso una playa, desde que Minerva se casó con Pierre. Ella nos obligaba a Chris y a mí a pasar las vacaciones en su aburrida villa de París. La idea era que cazáramos a alguno de los nietos de Pierre, millonarios de cuna que serían más millonarios aún cuando heredaran el imperio de su abuelo, pero había algo en esa villa que a nosotras nos atraía mucho más. Una enorme y silenciosa biblioteca en la que pasábamos horas y horas leyendo sin parar. Después empecé a salir con Jaime, amante de la montaña y los deportes de invierno. Cada vez que le proponía irnos juntos a la costa contestaba:

—El día que construyan una playa de azulejos viviremos junto al mar. Te lo prometo.

Por eso organizó nuestra luna de miel en un crucero, porque no le gusta tomar el sol en la playa ni sumergirse en el mar. Y yo acepté como una estúpida, a pesar de que la idea de vestirme de gala para cenar con la versión pija del capitán Pescanova me parece tan patética como las lágrimas que empiezan a recorrer mis mejillas.

Doy vueltas sobre mí misma contemplando el paisaje, invadida por una paz que me aturulla. Me siento pequeña, perdida y ¿observada? ¡Oh, no! ¡Oh, no! Siento la mirada furtiva de millones de ojos escondidos tras la cortina vegetal. Allí puede haber desde serpientes hasta panteras, pasando por todo tipo de insectos coleópteros, ortópteros y, por tamaño, helicópteros. Yo odio los insectos y el sentimiento es mutuo. Lo sé porque son malos conmigo, siempre se posan en mi cuerpo, me pican y me obligan a gritar.

Motivada por el más primitivo instinto de supervivencia, corro hacia el mar cual versión femenina y paliducha de Usain Bolt. Al llegar, veo a Lola lanzarse al agua de cabeza y en pijama. ¡En pijama! ¿Vamos a bañarnos así?

¿En serio? Si la alternativa es morir devorada por insectos gigantes, no es tan mala opción, de modo que, tan asustada como sorprendida por lo que voy a hacer, imito a mi amiga y me lanzo de cabeza al mar.

Ruido, burbujas, frescor, una fuerza que me empuja, otra que tira de mí... Saco la cabeza. El calor del sol, el sabor salado y el olor a vacaciones con papá me transportan a un mundo de sensaciones olvidadas, a los únicos momentos de libertad que recuerdo haber vivido. En el mar no hay protocolo que seguir ni nada que aparentar. El mar no te juzga, es divertido y, por lo que veo, siempre te está esperando.

Un ruido me alerta. Otra enorme ola viene y tengo que atravesarla. El mar me zarandea a su gusto y cuando se cansa me expulsa hacia arriba. Saco la cabeza, feliz, estiro mi cuerpo y me dejo flotar. No hay ni una sola nube y me pierdo en la profundidad azul del cielo, que unos pájaros deciden interrumpir con su vuelo borroso. Pasan muy cerca de mí. Me pongo en pie para observarlos mejor. Son raros, enormes y vuelan casi a ras del agua, completando el paisaje idílico.

Viene otra ola, me lanzo contra ella y, esta vez, buceo. Me hundo en el mar dejando que me cure, que se lleve todo lo que me duele. Cuando mis pulmones no pueden más, salgo a la superficie. El aire salado entra en mi cuerpo en grandes bocanadas, abriendo un camino redentor por el que intenta escapar mi tristeza.

—Hey, chica de mundo. ¿Alguna vez te habías bañado en el Pacífico? —pregunta Lola acercándose a mí.

—No. Nunca. ¡Joder! ¡Nunca! —grito feliz con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Coco! —exclama Lola—. ¿Has dicho una palabrota?

Me mira con la boca abierta. Yo nunca digo palabrotas y siento que me ruborizo cuando ella comienza a troncharse de risa. Ríe sin parar hasta que me lo contagia. Nado hacia ella y la abrazo. Una ola nos sorprende y nos atropella con fuerza. Cuando conseguimos sacar la cabeza del agua, seguimos riendo sin parar. Lola me hace una ahogadilla y huye despavorida. Voy tras ella, alcanzo su pie y tiro de él hasta que la tengo a mi altura y puedo devolvérsela. Más risas, más olas. El juego se torna calmado y terminamos dejándonos arrullar por el mar en este lugar infinito que parece burlarse de mi insignificancia, del protocolo y hasta de Minerva.

—¿Sigues queriendo volver a España? —me pregunta Lola al cabo de un rato.

Mi estómago desaparece solo de pensarlo. Siento dolor por lo que les estoy

haciendo pasar a Jaime, a Chris y a papá, pero la respuesta es un rotundo no. No puedo, no quiero conformarme con ver el mar desde la barandilla de un barco.

—Será mejor esperar un poco, al menos hasta que la gente deje de hablar de nosotras. ¿No crees? —Sonrío con dificultad.

—¡Sí! —grita Lola lanzando los brazos al aire.

Se acerca a mí y me hace otra ahogadilla a traición. Esta vez me enfado con ella y se me pasa a medida que planeo una venganza. Salgo del agua y la veo huyendo mar adentro. La persigo a velocidad Michael Phelps, esquivando las enormes olas que vienen contra mí. Cuando estoy a punto de alcanzarla, cambia de dirección y nada en paralelo a la playa. Voy tras ella sin darme cuenta de que algo viene hacia mí por la izquierda y me golpea en la cabeza.

De nuevo, todo negro.

## 4

Oigo voces lejanas, una de ellas muy grave. Al concentrarme para escuchar lo que dicen, siento que algo aprieta una y otra vez mi pecho. Abro los ojos despacio y veo que una boca enorme se acerca a mí abierta de par en par. Me revuelvo contra mi destino, empiezo a toser como loca y vomito agua salada a borbotones.

—Al fin —suspira la voz grave a la vez que unos brazos firmes empujan mi espalda y me obligan a incorporarme.

Lola está arrodillada a mi lado. Me mira asustada.

—Coco, ¿estás bien?

No puedo contestar porque sigo tosiendo, pero en cuanto me recupero se lanza sobre mí y me abraza.

—Lola, me estás ahogando —protesto casi sin voz.

—¡Me has dado un susto de muerte! —gruñe enfadada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando consigo zafarme de su abrazo.

La voz grave que acabo de escuchar suena ahora a mi derecha:

—Ha sido todo culpa mía.

Giro la cabeza y casi me choco con un torso desnudo. Levanto un poco la vista. Me encuentro con el gesto apurado y borroso de un hombre que, por más que lo intenta para demostrar amabilidad, no consigue sonreír.

—¿El qué? —pregunto.

—Estaba haciendo surf y te he dado un golpe con la tabla. Lo siento, no te he visto. ¿Cómo te encuentras?

Escaneo mi cuerpo de arriba abajo. Los pulmones me arden y siento que algo suave y cálido acaricia mis pies. Me asomo por encima del hombro de Lola. Un precioso perro blanco y negro de dudoso pedigrí parece extasiado con el sabor de mi piel.

—¡Max! —lo regaña el hombre.

El perro deja de lamerme con desgana y se sienta a mi lado alzando las patas delanteras hacia mí sonriente. «Hola, me llamo Max. Tus pies están salados», parece decir.

—Lo siento, aunque ya ha crecido sigue comportándose como un cachorro

—se disculpa su dueño.

—Hola, Max —lo saludo con voz débil tomando una de sus patas. El perro mira a su amo con una sonrisa de triunfo: «¿Ves? Soy adorable», afirma.

—¿Estás bien? —insiste el hombre.

—¿Cómo va a estar bien? —protesta Lola muy enfadada—. ¡Casi se ahoga!

—Lo siento —se disculpa de nuevo con preocupación en la voz—. Venid conmigo, os llevaré a vuestro hotel y llamaré a un médico.

Antes de que podamos alegar nada, el surfista me coge en brazos y emprende el camino hacia las palmeras. Aferrada a su cuello veo que Lola nos sigue a unos pasos. Debe de ser un hombre altísimo, porque la veo muy abajo, y el calor que desprende su piel desnuda sobre mi pijama (¡mi pijama!) me pone muy nerviosa.

—El perro no nos sigue —advierto.

—Tranquila, está vigilando mis cosas —me explica.

—¿En serio? ¿Hay muchos ladrones por aquí? —pregunto clavando una mirada asesina en mi amiga, la mujer de mundo.

—Sí, ladrones de cuatro patas —especifica él.

—¿Cuatro patas?

—Me refiero a los monos y los mapaches. Te dejan sin nada en cuanto te descuidas.

Aunque su voz es ronca y habla con acento claramente español, la suavidad con la que pronuncia las erres le da un aire casi sensual. Tal vez por eso y por lo bien que huele la sal en su piel, escondo un mechón de rizos tras mi oreja en un acto de coquetería que no comprendo. Al hacerlo, siento un bulto que late cuando lo toco. Imagino que es un chichón por el golpe, pero no digo nada para no empeorar las cosas entre Lola y el hombre alto.

—En serio, no quiero causarte más molestias —me apresuro a decir para disimular.

—No es ninguna molestia. He de reconocer que es puro egoísmo. No me quedaré tranquilo hasta confirmar que estás bien —confiesa.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir su voz grave retumbar por mis huesos.

—Hey, al menos eres un irresponsable sincero —aplaudiva Lola.

Aunque no me atrevo a mirarlo a la cara, sé que se siente avergonzado porque noto que sus músculos se tensan aún más con el comentario de mi amiga. Intuición de fisioterapeuta, supongo.

Llegamos hasta un todoterreno desvencijado. Sin soltarme, abre la puerta

del copiloto y me deja con cuidado en el asiento.

—De verdad, esto no es necesario y te lo voy a llenar todo de arena. Nuestro hotel tiene que estar muy cerca. Podemos ir andando —insisto.

—¿Cerca? ¿Os alojáis en el PranaParadise? —nos pregunta.

—No —contesta Lola.

El hombre mira hacia la playa buscando una explicación.

—Hoy hay mucha corriente. Os habrá arrastrado lejos sin que os dierais cuenta —supone.

—Ah —contesto como una boba.

—Permiso —susurra él.

Pasa su torso por delante de mí para alcanzar una toalla que hay en el asiento del conductor. La desdobra con cuidado y me tapa con ella, consigue que me ponga roja al instante y provoca serios latidos en mi chichón. Después le abre a Lola la puerta trasera y nos pide que lo esperemos mientras va a recoger su tabla de surf. Me acurruco en la toalla. Está caliente y huele a él.

En cuanto se aleja lo suficiente Lola estalla:

—¡Joder, Coco! ¡Qué susto! Este imbécil casi te mata. Estás viva de milagro.

—Bueno, ya será menos, ¿no?

—Ha sido horrible. Hemos tardado una eternidad en sacarte del agua. ¡Cretino!

—Lola...

Consigo tranquilizarla para cuando el surfista regresa. Abre el portón del maletero para que Max entre de un salto. Coloca su tabla en el techo del todoterreno y comienza a atarla con unas gomas elásticas. En un momento dado se queda junto a mi puerta. De reojo, observo su cuerpo y maldigo mis dioptrías. Lola le pide a Max que deje de echarle el aliento en la nuca.

Cuando el surfista sube al coche me atrevo a mirarlo porque está de perfil. Aunque lo veo borroso me llama la atención su semblante serio, digno de una persona mucho mayor, de esas a las que les cuesta encontrar motivos para reír. ¡Qué raro! ¿No te estarás equivocando, Coco? Recuerda que no llevas gafas.

—¿En qué hotel os alojáis? —nos pregunta.

Antes de que Lola pueda decir nada contesto:

—En el Surfista Asesino.

No sé por qué he dicho semejante tontería y me tapo la boca con la mano

intentando que no me dé la risa. Por suerte, a Lola le hace gracia y se empieza a reír a carcajadas, supongo que para descargar toda la tensión acumulada. El hombre, sin embargo, me mira con mucha atención. Aunque sigue muy serio y estoy convencida de que he metido la pata, la risa de Lola me hace soltar una carcajada.

—Lo siento —me disculpo sin poder parar de reír. ¿Qué demonios me pasa? —. Lo he dicho sin pensar. No suelo ser tan espontánea; perdóname, por favor.

Y entonces ocurre. El surfista sonrío y todo cambia. Aunque no veo ni torta percibo que tiene una sonrisa preciosa que acompaña a sus ojos.

—Sí. Espontáneo sí que ha sido —confirma Lola, y me obliga a estallar en un nuevo ataque de risa.

El hombre suelta una breve carcajada tan ronca y sonora que hasta Max da un ladrido, delatando lo poco acostumbrado que está a la risa de su dueño.

—Me gusta —afirma con su voz grave.

Arranca el coche. Su postura frente al volante es ahora más relajada y, con el eco de las risas y el ruido a lata vieja del motor, salimos a una carretera sin asfaltar que transcurre paralela a la playa.

Pasamos por un hotel con una entrada de ensueño. Es tan bonita que tiene que ser el nuestro, pero el surfista pasa de largo. Al cabo de unos doscientos metros, Lola señala un caminito que sale de la carretera hacia la derecha y desemboca en un edificio blanco con los marcos de las ventanas azules.

—¿Os alojáis en el Brisa? —pregunta el hombre, sorprendido.

—Sí, ¿por qué? —replica mi amiga.

No contesta. Detiene el motor y cuando abro mi puerta para salir ya me está esperando con un móvil en la mano. Me envuelve en su toalla y me lleva en brazos a pesar de mis protestas. Lola lo guía hacia la parte trasera del edificio y subimos por las escaleras metálicas. Ahora sí los cuento: son tres pisos que mi casi homicida sube cargando conmigo sin inmutarse. Cuando llegamos a nuestra habitación, la puerta nos espera abierta de par en par. El surfista me deposita suavemente a los pies de una cama y sale a la terraza para hablar por teléfono.

Lola rebusca tras la cortina estampada que hace de armario y vuelve a mi lado con ropa seca.

—Tienes que explicarme muchas cosas —le indico bajito, señalando las etiquetas de las prendas.

—Ya hablaremos.

Me quita el pijama mojado y lleno de arena. Me ayuda a ponerme braguitas, un sujetador y una camiseta larga. ¿O es un vestido corto? Aunque me esfuerzo por tomar una decisión al respecto, no dejo de pensar en que hay un hombre en nuestra terraza y tenemos la ventana y la puerta abiertas. Lola, sin embargo, ahueca despreocupada la almohada para que apoye la espalda en ella e intenta llevarse la toalla de mi agresor. Me niego a dársela alegando que necesito algo para que mi pelo no lo empape todo, pero es mentira. Me gusta cómo huele. Lola accede y entra en el baño.

Veo la silueta del surfista enmarcada por la ventana. Entre mis dioptrías y que está a contraluz, no puedo distinguir si está mirando al mar o mirándome a mí. Palpo a ciegas por la mesita de noche en busca de mis gafas. Lola aparece con una prenda parecida a la que llevo puesta y adivina mis pensamientos. Busca en el armario y me entrega mis gafas. Cuando me las pongo, no doy crédito. Las paredes de la habitación no son de estucado beis, sino que están sucias y desconchadas; la mesita de noche es una silla oxidada con el respaldo roto y la cortina que hace de armario no es estampada, sino que tiene tantos agujeros que parece haber sido el banquete de boda de la pareja de polillas más popular de Costa Rica.

Instintivamente examino las sábanas como si fuera una agente del CSI, tocándolas solo con el dedo índice y el pulgar. Aunque está claro que no son de algodón egipcio, por suerte parecen estar limpias. Aun así, siento cómo se me para el corazón y la sangre abandona mi rostro.

Lola sale a la terraza e inicia una conversación con el hombre alto. Oigo sus voces:

—Hemos tenido suerte. Tengo un amigo que es médico y está cerca. Viene para acá —anuncia él.

—¿Un amigo tuyo? —pregunta Lola—. ¿Es de fiar?

—Os alojáis en este hotel, dejáis la puerta de la habitación abierta, os bañáis en pijama ¿y te preocupa que un médico sea de fiar? —contesta sarcástico.

Lola vuelve a la habitación refunfuñando por lo bajo. Él viene tras ella y, al verme tan pálida, se sienta a mi lado.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? —susurra.

Sus ojos verdes escanean mi rostro llenos de preocupación, calculando si hay algún daño que puedan reparar, hasta que se encuentran con los míos. Tendrá unos treinta y tantos años, bastante mayor de lo que me había parecido, pero mucho más atractivo de lo que esperaba.

—Tranquilo, estoy bien —murmuro con torpeza.

Intenta sonreír mientras repasa nervioso su pelo desordenado y lleno de arena.

—Me llamo Oliver —se presenta.

—Encantada. Yo soy Coco.

—¿Coco? ¿Diminutivo de...? —pregunta interesado.

—De tengo una madre horrible —contesto con una risa nerviosa.

Oliver me observa curioso y sonrío. Sí, su sonrisa es preciosa, aunque no termina de brillar.

Su amigo médico llega en ese momento. Oliver se levanta para saludarlo chocando las manos y diciendo todo el rato algo así como «*mae*». Lola narra todo lo ocurrido mientras yo vuelvo a quedarme a cuadros. No es que esperara a un médico con bata blanca, ¡ni mucho menos!, pero que aparezca uno sin camiseta, vestido solo con bañador y chanclas... eso ya me da un poco de reparo. Aun así no digo nada al respecto para parecer una mujer de mundo y que Lola no se ría de mí. Dejo que me ausculte y respondo a todas sus preguntas:

Sí, me duele la cabeza y tengo un chichón.

Sí, me arden los pulmones.

Dos, tengo dos dedos delante de mis ojos.

Sí, soy muy delgada por naturaleza.

No, no tanto como ahora.

No, no tomo drogas.

Sí, estoy segura de que no tomo drogas, aunque...

Miro a Lola buscando una confirmación. Reacciona al momento. Le explica al doctor que acabamos de llegar de España y que debido al pánico que me da volar (bendito sea Dios que no se puso a contar la verdad), llevo dos días a base de tranquilizantes y sin comer. Por eso estoy tan delgada.

El médico le pide el nombre de las pastillas y Lola no duda en mostrarle la caja. Mientras lee el prospecto, Oliver me observa atento. Vuelve a estar tenso y creo que decepcionado. ¿Pensará que soy una pastillera? Por suerte, el doctor Chancla confirma que no son más que tranquilizantes para dormir, aunque demasiado fuertes. Lola explica que ella siempre los ha tomado para el *jet lag* y que no es para tanto. Oliver deja escapar un suspiro de alivio que me confirma que soy la bomba detectando el sentir ajeno.

El doctor Chancla le da a Lola una serie de instrucciones mientras apunta en una libreta de tapas viejas su teléfono móvil y algo así como una receta. Al menor síntoma de desorientación hay que avisarlo. Por lo demás, basta con

hielo para bajar el chichón y analgésicos para el dolor.

—¿Dónde puedo encontrar una farmacia? —pregunta Lola extendiendo la mano para alcanzar el papel.

—Por favor, yo me encargo —suplica Oliver interceptando la «receta» por el aire.

Sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, se sienta de nuevo en mi cama, me da un beso inesperado en la mejilla y se marcha con el doctor Chancla.

## 5

Recuerdo haber temblado a lo largo de mi vida en numerosas ocasiones, como el día de mi boda intentando ponerme las lentillas. Recuerdo temblar de frío, de miedo y, muchísimas veces, de rabia. Lo que no recuerdo es haber temblado jamás por un simple beso como el que acaba de darme Oliver. Su rastro en mi mejilla, el olor de su toalla, el breve despertar de su sonrisa...

Me preparo para el sarcasmo de Lola, pero está tan ocupada ordenando el cuchitril al que llama habitación, que no repara en las pequeñas convulsiones que azotan mi cuerpo. Ordena la ropa nueva que saca de unas bolsas de plástico verde, recoge mi pijama mojado y sale a la terraza. Por la ventana puedo ver como lo tiende en una cuerda que se dobla con el peso, estira el trapo de colores y se tumba sobre él. Por fin lo entiendo. Es una hamaca, tan pintoresca y alejada de cuanto estoy acostumbrada a ver, que me siento un Hare Krishna en pleno Pachá Ibiza.

No sé qué hago aquí, temblando por el beso de un desconocido frente a una pared llena de manchas ensangrentadas, en lugar de estar navegando con Jaime en un camarote de lujo por el océano Índico. Así, a ojo, calculo que estoy en las antípodas tanto del lujo como del Índico. La cuestión es si estoy en las antípodas de la felicidad. O si lo estaba antes.

Por primera vez desde que escapé necesito hablar con Jaime. Necesito saber si está enfadado, si está triste, si me ha llamado... Pero, sobre todo, necesito pedirle perdón. ¿Dónde estará mi teléfono? Recuerdo con total nitidez el momento en que Lola lo sacó de mi bolso, escondido en su tanga, y lo apagó. Podría preguntarle por él, pero temo que no me permita llamar a nadie. Por eso me levanto sin hacer ruido. Estoy algo mareada, pero consigo tenerme en pie. Me dirijo a las cortinas raídas y busco con ansia tras ellas, intentando tocarlas lo menos posible por el asco que me dan.

Como todo el mundo sabe, todos los armarios de todos los hoteles del universo conocido, por cutres que sean, esconden una caja fuerte. Aparte de la ropa nueva y la bolsa de *boutique* donde descansan a presión el canacán y mi vestido de novia, en el nuestro no hay nada. ¡Qué extraño, Coco, qué extraño!

Examino la habitación y no veo ningún cuadro en la pared tras el que pueda estar escondida, ni ningún otro mueble en el que pueda guardarse nada. ¿Y si...? Nadie en su sano juicio escondería la caja fuerte en el baño, pero pocas cosas pueden extrañarme ya de este hotel. La puerta está entreabierta. Me asomo y, de nuevo, me quedo muerta. Es un baño muy pequeño, el lavabo está rajado y la ducha gotea, pero no es eso lo que me deja alucinada, sino una enorme flor roja que han dejado sobre las toallas y que ilumina la escasa luz que entra por un ventanuco. Es tan grande y bonita que el aspecto del baño pasa a ser secundario. Doy un paso hacia ella y la levanto con sumo cuidado para examinarla. Por más que pienso en los millones de flores que habré visto en casa, tanto en los floreros que Minerva ordena reponer a diario como en el inmenso jardín, no recuerdo haber visto nunca ninguna parecida. A modo de talismán me la pongo en el pelo sujetándola con la patilla de las gafas. Enciendo la luz, me giro hacia el espejo para ver cómo me queda y...

—¡¡¡Ahhh!!! —grito, tan alto que ha debido de oírme hasta Beethoven en su tumba.

Doy un paso atrás de un salto, pegando mi espalda a la pared.

—¡¡¡Ahhh!!! —insisto, aún más alto al sentir el frío de los azulejos.

Lola entra con tal urgencia que me da un golpe en el brazo y me hace caer encima del retrete. Por suerte, la tapa está cerrada, aunque eso no me consuela y mi cuerpo busca la verticalidad en cuanto nota otro frío en mis piernas.

—¿Qué pasa? —me pregunta Lola nerviosa.

—¡¡¡Ahhh!!! —respondo señalando el espejo.

—¿Qué? ¡Yo no te veo tan mal! —asegura mi amiga.

No grito por mi aspecto demacrado, que también; ni por mi pelo rizado al máximo a causa de la humedad, que también. Grito porque hay un ser vivo alado de tamaño descomunal colgado justo en el marco del espejo.

—¡Yo no! ¡El vampiro! —exclamo girando su cabeza en dirección al tremendo animal.

En cuanto Lola lo ve se calma al segundo. De hecho, hasta se ríe.

—¡Ah! Querrás decir un murciélago —me corrige, a pesar de mi estado.

—¡Lo que sea! —grito mientras intento salir despavorida del baño—. ¡Dile que se vaya! ¡Por favor! ¡Díselo!

—No me va a entender —se mofa Lola cortándome la salida—. Además, es una mariposa.

—¿Una mariposa? ¡Venga ya! ¡Es negra! —exclamo, sacudiendo mi cuerpo

y pataleando como si me hubiera entrado el baile de San Vito.

Lola sujeta mis hombros para tranquilizarme. Después, me obliga a observar de cerca semejante bicho, que sigue durmiendo la siesta como si hubiera esnifado cloroformo en cantidades industriales.

—¿Lo ves? Es una polilla —insiste.

Ajusto mis gafas, procurando que no se me caiga la flor. Es verdad. Es una mariposa tan grande como la palma de mi mano bien abierta.

—¡Qué horror! —exclamo.

—Ve acostubrándote, aquí te vas a hartar de ver animales y plantas enormes —anuncia Lola—. Espero que no te den miedo las arañas.

—¿Arañas? —Retomo el baile de San Vito imaginando que una tarántula del tamaño de un mamut me devora lentamente durante días.

Lola se ríe de mí, me empuja fuera del baño y apaga la luz.

—Así se irá —afirma cerrando la puerta—. Me gusta cómo te queda esa flor.

—Y a mí —secunda la voz masculina de Oliver desde la puerta metálica.

Trae las medicinas, botellas de agua y una bolsa de hielo. Lleva otro bañador y se ha puesto una camiseta blanca que resalta aún más su piel acostumbrada al sol. También se ha peinado, puede que solo con los dedos, pero sus ojos quedan ahora despejados y me ponen muy nerviosa. Lola se acerca a él, le arrebató las cosas y revisa que esté todo.

—Gracias, no tenías por qué molestarte —digo con timidez.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta acariciándome un brazo—. ¡Pero si estás temblando!

—No —miento, y le suplico con la mirada que simule creerme.

—Veo que te gustan los hibiscos —murmura señalando mi flor.

—Sí, gracias, no sabía cuál era su nombre —confieso quitándomela del pelo para verla bien—. Hibisco.

—Si me lo permitís, esta noche quisiera invitaros a cenar. Os llevaré al mejor jardín de todo Santa Teresa. ¿Qué tal a las siete? —propone Oliver.

—Perfecto —confirma Lola antes de que yo pueda negarme.

La miro con severidad. Él se da cuenta y, para que el plan no se tuerza, zanja el tema rápido:

—OK. Vendré a buscaros. Os recogeré en recepción.

—Espera. ¡Tu toalla! —lo avisa Lola en cuanto desaparece por la puerta metálica.

—No importa. Pura vida —nos dice su voz.

Clavo en Lola una mirada asesina. ¿Cómo ha podido aceptar sin consultarme? Tengo muchas cosas en que pensar. No estoy como para salir a cenar y menos aún con un hombre que me gusta; digo, que casi consigue que me ahogue.

—¿Por qué has dicho que sí? —exijo saber.

—¿Por qué iba a decir que no? No es una mariposa gigante —se burla.

—Pues... Pues...

Pues no se me ocurre nada. Indignada, cojo la bolsa de hielo y me la coloco con cuidado sobre el chichón.

—Coco, ¿qué buscabas en el baño?

—No me cambies de tema —protesto.

—De acuerdo, volvamos al anterior. ¿Por qué iba a decir que no? —insiste divertida. Me está dando una paliza mental.

—Pues porque no conocemos a ese tipo de nada —afirmo.

—Se llama Oliver, hace surf, y aunque casi te mata, le gustas. ¿Qué más necesitas saber?

Abro la boca y la cierro varias veces, igual que un pez, pero no consigo decir nada. Furiosa y vencida, salgo de la habitación para estar sola.

Ahora que llevo gafas el paisaje me parece aún más irreal. Nuestra terraza se alza sobre las palmeras, que dan paso a la inmensidad de la playa, el océano y el cielo. Sería maravilloso tumbarme en la hamaca y dedicarme tan solo a observar, pero los lamparones que la decoran hacen que prefiera sentarme en una silla de plástico olvidada en un rincón. Sacudo la arena que tiene encima y compruebo que no hay ningún bicho gigante cerca antes de sentarme con la bolsa de hielo en el chichón.

Una sombra surca el cielo. Levanto la mirada y veo los mismos pájaros que me pareció ver desde el mar. Son enormes y vuelan con el cuello encogido. ¿Qué serán?

—Mira, pelícanos —afirma Lola.

Sale a la terraza con la toalla de Oliver bajo el brazo, una botella de agua y una pastilla. Me obliga a tomarla y tiende la toalla en el tramo de barandilla que hay frente a mí. Después se tumba a mi lado, en la hamaca, y me ofrece su mano en son de paz. La acepto. Permanecemos así un buen rato, y el silencio, lejos de calmar mi mente, la atiza con imágenes terribles dignas de *Juego de tronos*: Jaime condenado al ridículo en un silencioso juicio lleno de palmadas en la espalda y miradas condescendientes, Minerva degollando a mi padre ante la triste mirada de Chris, decenas de hombres vestidos de negro y

armados hasta los dientes saliendo de nuestra mansión en mi busca...

—Lola, necesito mi móvil —suplico dejando la bolsa de hielo en el suelo.

—Lo sé —contesta.

Y se queda tan tranquila.

—¿Me lo puedes dar, por favor? —insisto.

—Imposible.

—¿Cómo? —pregunto tragando saliva.

—Está en San José. En Alajuela, para ser exactos, en la consigna del aeropuerto junto con el mío, el anillo que te regaló Jaime y nuestras tarjetas de crédito.

Siento que el mundo es un castillo de arena que se hunde bajo mis pies. Sé muy pocas cosas de Costa Rica, pero si de algo estoy segura, es de que pasó una eternidad desde que bajamos del avión hasta que llegamos a Santa Teresa. No entiendo qué hace mi teléfono tan lejos, no sé qué pretende mi supuesta mejor amiga aceptando la invitación de un desconocido y no sé qué hacemos en un hotel tan cutre si somos multimillonarias.

—¿Me puedes explicar lo que has dicho? —murmuro sin fuerza.

Lola se sienta en la hamaca y me mira muy seria.

—Coco, tu madre estará haciendo todo lo posible por encontrarnos. No me cabe la menor duda de que lo conseguirá, pero, cuanto más tarde sea, mejor. Así tendrás tiempo de aclarar tus ideas. ¿Lo entiendes?

Mi mente vuelve a la carga. Imagino la escena: mi madre hecha una furia colgada del teléfono las veinticuatro horas del día intentando tapar el escándalo, buscando el modo de localizarme y trazando un plan B para que cuando me encuentre pueda salir airosa ante la alta sociedad.

—Lo entiendo, pero...

—Pero nada. A estas alturas deben de estar buscándonos desde detectives hasta agentes de la Interpol, pasando por cuanto paparazi haya podido movilizar Minerva, que serán muchos, por cierto. Estarán rastreando nuestros móviles y consultando constantemente los movimientos de nuestras tarjetas. Por eso lo he dejado todo en el aeropuerto. Tenemos que ponerles las cosas difíciles. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero necesito dar señales de vida. Al menos con Chris. Es mi hermana pequeña y Minerva la estará machacando viva. Además, necesito pedirle perdón a Jaime. ¿Lo entiendes tú?

—Ah, si es por eso, tranquila. Saben que estamos bien —asegura despreocupada, tumbándose de nuevo en la hamaca.

—¿Cómo que lo saben?

—Le envié un WhatsApp a tu hermana desde el aeropuerto, justo antes de embarcar. Le expliqué que todo es por mi culpa, que te llevaba lejos para que pudieras pensar y que le pidiera perdón a Jaime de mi parte.

—¿Te contestó?

—No lo sé. Apagué el móvil justo después.

—Pero estará preocupada —insisto al recordar la cara de Chris cuando, con tan solo siete años, tuve que explicarle que papá y mamá se divorciaban.

—Coco, ¡reacciona! —exclama Lola, levantándose de un salto—. Tu hermana ya no es una niña a la que tengas que cuidar. Deja a Jaime y a tu familia atrás y dedícate a ser tú.

—¿Y cómo hago eso? —pregunto con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya te lo he dicho antes. Solo necesitas vivir. —Suspira y se tumba de nuevo en la hamaca.

Nos quedamos en silencio. Yo no digo nada porque en realidad poco puedo añadir. Lola no dice nada porque se queda dormida. La oigo respirar con intensidad, casi roncando, y sonrío. Viéndola así, con el pelo lleno de rastas y colgando en un trapo sucio mientras duerme como un lirón, nadie podría imaginar que está emparentada con tres casas reales europeas. Una maldición como otra cualquiera, como diría ella. Recuerdo con tristeza el precio tan alto que tuvo que pagar, con solo dieciocho años, por ser quien era. Y, sin embargo, consiguió convertirse en una persona feliz, pura, capaz de mantenerse por encima del entorno de mentiras de lujo en el que crecimos.

—Solo necesitas vivir —murmura entre sueños.

Sonrío al oírla y me pregunto si será esa la solución. Una brisa ligera que trae hasta mí el olor de la toalla de Oliver me confirma que sí, que necesito empezar a vivir con urgencia. Llevo apenas tres horas consciente en Santa Teresa y ya me han dejado patidifusa un hombre, una flor y una mariposa.

## 6

Dispuesta a todo con tal de convertirme en una mujer de mundo decido dar un paseo yo sola, sin más compañía que la caja de resonancia en la que se ha convertido mi cabeza.

Bajo las escaleras metálicas despacio. A medida que voy descendiendo, el miedo de ir sola se junta con el de ir sola en este hotel. Y con gafas, porque veo todos los horrores con total nitidez. Desconchones de pintura en las paredes, harapos tendidos sin pudor en cada terraza junto con tablas de surf desgastadas, colillas por todas partes... El Brisa debe de ser un albergue para jóvenes surfistas, porque, por el olor a porro y la evidente distancia, está claro que peregrinos del Camino de Santiago no son.

Llego al último escalón. Al doblar la esquina encuentro un grupo de mochileros en el aparcamiento. Camino entre ellos aún temblorosa, encogida, intentando hacerme invisible. Hablan inglés con acento raro y nadie parece reparar en mí. Todos son muy altos, como yo, con la piel pálida o enrojecida por el sol, y las chicas van vestidas de forma similar a la mía.

Cruzo el aparcamiento y llego a la carretera sin asfaltar. Miro a un lado y a otro. No me cuesta mucho darme cuenta de que la zona se estructura en tres filas paralelas al océano: carretera, franja de palmeras llena de vegetación rara y playa. Si voy por la playa puedo encontrarme con Oliver, si voy por la franja de palmeras puedo encontrarme con la mariposa gigante, de modo que decido ir por la carretera. La cuestión es... ¿hacia dónde? Recuerdo el hotel con entrada de ensueño por el que pasamos cuando Oliver nos trajo en su viejo todoterreno. Sin dudarlo, tomo esa dirección. Con un poco de suerte podré encontrar más de cien mil argumentos para convencer a Lola de la necesidad de mudarnos allí.

Animada por el posible cambio, empiezo a caminar haciéndome la decidida. Hace mucho calor y aunque la vegetación se cierra implacable a ambos lados de la carretera, su mirada verde no siempre me ofrece una sombra. Empiezo a sudar como si estuviera en una sauna cuando un chillido, producido por a saber qué tipo de alimaña, me hace saltar del susto. «Tranquila, Coco, eres una mujer de mundo dispuesta a seguir adelante con determinación». Una

determinación que cae en picado en cuanto salgo del área de influencia del hotel de los horrores; pero, como a veces el orgullo es más poderoso que el miedo, continúo caminando con falsa seguridad hasta que me topo con un cartel de madera en el que unos brochazos suplican con desesperación:

POR EL AMOR  
DE DIOS  
25 KM/H  
NO AL POLVO

Miro a un lado y al otro de la serpiente de tierra sobre la que camino.

—¿Y qué tiene que ver el polvo con la velocidad? —me pregunto.

Lo averiguo enseguida, en cuanto un autobús pasa por mi lado y me envuelve en una nube terrosa tan grande que parezco víctima de un hechizo maléfico. Mis gafas, mi vestido, mi pelo y, por supuesto, mi nariz y mi boca, quedan sepultados por una tierra finísima que sabe fatal.

—¡Por el amor de Dios! —protesto, reproduciendo la petición del cartel.

La porquería es tan pegajosa que, por más que sacudo cuerpo y ropa, no consigo librarme de ella. Y lo peor no es eso, sino que me veo obligada a... a... No puedo creer lo que voy a hacer ¡Me veo obligada a escupir en plena calle! Bueno, en plena carretera. «¿Qué haces, Coco? ¿Qué haces?». Pues lo único que puedo hacer. Generar más saliva para librarme de la masa que siento masticar. ¡Maldita sea! Es como si estuviera comiendo galletas integrales.

Sucia y enfadada, continúo mi camino con la poca dignidad que me queda. El cuerpo me pide dar media vuelta, meterme en la ducha y permanecer allí hasta mañana, pero no lo haré. Estoy harta de ser una ñoña. Además, por muy mal que suene, una mujer de mundo no se detiene por una nube de polvo. Ni hablar.

Sigo caminando, pero llevo tal cabreo que no me fijo en otra nube, esta vez de mosquitos antropófagos que me picotean sin piedad. A base de saltos ridículos y de darme manotazos, consigo escapar ante la atónita mirada de un mono que me observa desde un árbol.

—Y tú, ¿qué miras? —le grito, rascándome los picotazos que tengo por los brazos y las piernas.

Es un monito negro con la carita blanca, sonrosadita como la de un ángel.

—Iiiiiiiii, iiiiiiiii —contesta encantador, alargando su manita hacia mí.

Enternecida por su reacción, me acerco a él.

—Ohh, ven, cariño, tú sí me caes bien porque eres un mamífero y no me vas a picar como esos mosquitos malos, ¿a que no? ¿A que no?

—Iiiiiiii, iiiiii —gime el pequeño primate con unos morritos que me derriten.

Justo cuando me coloco debajo de la rama donde está y alargo la mano para intentar tocarlo, el muy ascendiente de Darwin se da media vuelta y me suelta una caca inmensamente desproporcionada a su tamaño.

—¡Mono cochino! —grito alejándome de él a grandes zancadas.

—Iiiiiiii, iiiiii —chilla como loco dando saltos. ¡Se está pitorreando!

Con un agobio bárbaro, compruebo que no hay rastro de su insolencia en mi vestido. Ni en mi cuerpo. Ni en mi pelo. ¡Uf!

—¡Ríete, pero no me has dado! —vocifero desde la carretera, enseñándole enfadadísima el dedo corazón de ambas manos—. ¡Marrano!

—Pura vida —dice alguien a mi espalda.

Recupero la compostura en una milésima de segundo y veo que se me acerca, muerto de risa, un hombre con el pelo lleno de rastas como las de Lola. Va en bicicleta y lleva a un niño pequeño con él. ¿Pura vida? Ya he oído antes esa expresión, pero ¿qué significa? ¿Es su forma de decir hola? ¿Qué demonios tengo que contestar?

—¿Pura vida a vosotros también? —los saludo dubitativa.

Por las carcajadas que me dedican, deduzco que no es la respuesta correcta.

Cada vez más enfadada, continúo caminando, esta vez con los ojos puestos en todas direcciones. Arriba por si hay monos, al frente para evitar otra nube de mosquitos, y al suelo porque, cada dos por tres, tengo que parar y rascarme las piernas. Por fortuna, en menos de diez minutos encuentro lo que buscaba: el hotel bonito. La entrada tiene una enorme puerta de madera abierta de par en par bajo un letrero que reza junto a un Buda:

PranaParadise  
Yoga resort

Me regodeo en mi felicidad pensando que no me costará mucho venderle a Lola el concepto *yoga resort* para mudarnos esta misma noche. A ella le gustan esas cosas. De hecho, su viaje a la India fue el colofón a sus años de preparación como *maestra* de yoga y su fin era purificarse en el Ganges. Una antihigiénica y encantadora excentricidad espiritual, como bien dijo mi madre.

Me asomo a la puerta sin atreverme a entrar. El jardín delantero está muy cuidado, el edificio tiene el tejado de brezo, está bien pintado y varias antorchas decoran el camino ¡asfaltado! hacia la recepción. Pero no es solo eso. Además de bonito y limpio, se respira una paz que es justo lo que necesito para pensar en el giro que acabo de dar a mi vida. ¿Entro y pregunto si tienen habitaciones libres? En condiciones normales, me parecería una locura presentarme en un hotel así, tan sucia y con un vestido tan pintoresco, pero después de estar a punto de morir ahogada en pijama, puede que mi concepto de locura esté cambiando. Decidido. Allá voy.

—¡Oh, no!

Cuando estoy a punto de pasar por debajo del Buda, algo me detiene: el viejo todoterreno de Oliver está en el aparcamiento que hay a un lado del jardín. Me pongo roja de vergüenza, como si fuera una niña buena a la que descubren intentando colarse en Gabana, y me apresuro a esconderme detrás de una palmera.

¿Se alojará aquí?, me pregunto con el corazón a mil por hora.

Tiene un perro y no parece un hotel donde se admitan animales. Sea como sea ¿Y si me ve? Descubrirá que me he colado. O, lo que es peor, podría pensar que lo estoy persiguiendo, y eso no es verdad. No, no puedo arriesgarme. Aunque el hotel es tan bonito...

Descubro entonces que la alambrada que separa las palmeras del terreno del hotel transcurre desnuda hasta la playa, sin ningún tipo de seto. Decido recorrerla mientras me voy escondiendo entre los troncos y los arbustos raros que impiden parcialmente que mi curiosidad lo vea todo. Ver sin ser vista. ¡Perfecto!

Comienzo el recorrido. El hotel consta de un módulo central de tres plantas del que salen anexos más bajos formando un abanico, todos con sus tejados de brezo y sus terrazas con barandillas de madera y estores de bambú. Aquí no se ve ropa tendida, aunque sí alguna tabla de surf que otra. No es un hotel grande, ni mucho menos, pero está diseñado con mucho encanto. El anexo lateral que tengo frente a mí termina en un enorme cenador de madera. Bajo su inmensa cubierta hay un hombre haciendo cosas raras sobre un suelo acogedor y brillante. Observo sus movimientos, tan tranquilos como imposibles. Debe de estar haciendo yoga, porque, además, una música relajante como la que lleva Lola en su coche llega a mis oídos. Cuando me concentro para escucharla, me distrae un murmullo líquido. Me pongo de puntillas y veo que el cenador está rodeado por una pequeña piscina sinuosa,

bordeada de jardineras llenas de flores. Definitivamente, a Lola le va a encantar. Desde aquí se respira lo que ella definiría como buen karma.

Continúo con mi visita. Los anexos terminan en un jardín de ensueño que da paso a otra enorme piscina de formas suaves, separada de la playa por una pradera salpicada de tumbonas donde algunas personas toman el sol. Permanezco quieta, observando sin atreverme a hacer ningún ruido para que el equilibrio que siento no se rompa. Pero se rompe.

Unos pasos furiosos a mi derecha hacen que dé un salto para esconderme tras el tronco de otra palmera. No me había fijado, pero, justo al otro lado de la valla, transcurre un camino de grava por el que se acerca un hombre vestido con pantalón y guayabera blancos. Por su atuendo deduzco que trabaja en el hotel. Pasa tan cerca de mí que puedo sentir su enfado. No te asomes, Coco, no te asomes.

Cuando llega a la altura de la piscina se desvía, dirigiéndose a una de las tumbonas más alejadas, y comienza a increpar a alguien que descansa sobre ella. Apenas los oigo, pero por los movimientos de los brazos compruebo que el hombre de blanco está muy enfadado. Su compañero de riña se levanta de la tumbona, se pone una camiseta negra y ambos se dirigen hacia el camino de grava con paso firme. Cuando están más cerca, no solo puedo escuchar lo que dicen, sino que compruebo, atónita, que una de las voces ya la conozco. El hombre de blanco es Oliver.

—No sé cómo puedes seguir siendo tan irresponsable —increpa al joven de la tumbona, que lo sigue a tan solo un metro de distancia.

—Te tengo a ti —contesta el otro con sorna.

—Yo no soy tu niñera, deberías saberlo —advierde Oliver muy enfadado.

—*Mae*, no lo estropees. Cuando regresaste hoy de la playa me pareció que volvías a ser el de siempre. Estás a punto de conseguirlo. ¡Relájate!

—Menos mal que Evelyn está muerta —gruñe Oliver con rencor.

El joven lo coge por el hombro y lo obliga a girarse con violencia:

—Que sea la última vez que dices eso, ¿entendido? —lo amenaza furioso con el puño en alto.

—¿Por qué? ¿Me vas a pegar? —se encara Oliver, muy enfadado.

Su compañero de riña lo mira con desdén.

—¡Tú la mataste! Aprende a vivir con ello y deja de amargarnos la vida a los demás —le espeta, y se marcha por el camino de grava resoplando lleno de ira.

Oliver lo observa en silencio. Cruza los brazos y se queda un buen rato

pensativo, mirando al suelo. Después suspira con resignación y regresa por donde ha venido, ajeno a mi presencia y al eco tenebroso que esas palabras producen en mi interior.

—¿Tú la mataste? —murmuro aterrada, con la extraña sensación de que alguien me ha oído. Miro a la derecha, a la izquierda y no veo a nadie. Miro hacia arriba y...

—Iiiii, iiii —grita el mono de Darwin desde lo alto de mi palmera, lanzándome a toda presión y con muy buena puntería, un chorro de apestoso pipí.

## 7

—¿Quieres dejar de darle vueltas a lo de esa tal Evelyn y empezar a arreglarte de una vez? —pregunta Lola—. Oliver está a punto de llegar.

Aunque llevo todo el día intentando convencerla de que esta playa esconde un misterioso asesinato, no me hace ni caso. Agita con toda la calma del mundo sus rastas y las recoge en una cinta.

—Vale, me arreglaré. Pero solo si me das una buena razón para que vayamos a cenar con un asesino —propongo cruzándome de brazos.

Lola me premia con una mirada que conozco muy bien. Es la de «no-te-va-a-gustar-nada-lo-que-voy-a-decirte,-así-que-te-doy-dos-segundos-para-que-te-vayas-haciendo-a-la-idea». Me preparo para lo peor.

—No tenemos dinero y necesitamos encontrar un trabajo ya —afirma sin compasión.

—...

—¿Te parece una buena razón? —me pregunta levantando las cejas al ver que me he quedado muda. Porque es así como me he quedado, muda, muerta, sin sangre en las venas.

—¿Cómo que no tenemos dinero? —murmuro desconcertada.

—Lo que has oído.

—Pero si somos ricas —le recuerdo.

—Nuestras familias son ricas. Nosotras no —me aclara.

—¿Cómo que no tenemos dinero? —repito.

—Coco, te lo dije esta mañana. ¿Ya no te acuerdas o es que el pis de mono te ha derretido el cerebro? —se burla.

—Lola... ¡Arggg! —protesto.

La sensación del chorro caliente en mi pelo sacude mi cuerpo de nuevo. A pesar de haberme lanzado vestida al mar tras el incidente y de haberme duchado unas cinco mil veces después de llegar al hotel hecha una exhalación, creo que el recuerdo me va a perseguir el resto de mis días con todo lujo de detalles.

—Nuestras tarjetas de crédito están en San José —me explica Lola, divertida por mi cara de asco—. En cuanto encendamos un teléfono o

utilicemos una tarjeta, tu madre aparecerá en helicóptero con la Interpol al completo. Saqué todo el dinero que pude en Madrid, pero siento anunciarte que no será suficiente. Por eso necesitamos encontrar un trabajo, y Oliver es un punto de partida estupendo, sobre todo si es empleado de ese hotel. Además, ¿de verdad crees que pudo matar a alguien?

Cierro los ojos y estudio los pocos recuerdos que tengo de él, su mirada, sus gestos, su olor, su sonrisa... Está claro que algo lo atormenta, pero no quiero que sea un cadáver. Digo... no creo que sea un cadáver.

—No, lo cierto es que no—confieso vencida—. Lola, ¿cuánto dinero tenemos?

—Lo justo para pasar en este hotel una semana.

—¿Nada más?

—Coco, salimos de España con lo puesto. He tenido que comprar un montón de cosas de lo más básico: ropa, bikinis, champú, cepillos de dientes, esas sandalias que llevas —señala—. Y Costa Rica no es un país barato. Da gracias que tenían cosas tan bonitas en el supermercado del pueblo.

—¿En el supermercado? —pregunto abriendo los ojos asombrada—. ¿Llevamos ropa de supermercado?

—Sí. ¡Ah! También compré dos mochilas por si tenemos que huir en plena noche por no poder pagar la cuenta. Mira qué chulas —anuncia sacando de debajo de su cama dos coloridos macutos.

—¿Huir sin pagar? ¿De este hotel? —resoplo irónica—. Lola, es imposible que eso pueda pasarnos.

—Una semana, Coco, una semana es cuanto podremos permanecer aquí si no encontramos trabajo —sentencia mi amiga muy seria.

—Entonces... la posibilidad de mudarnos al PranaParadise... —murmuro sin querer.

—Imposible. Además, aunque tuviéramos todo el dinero del mundo sería una insensatez cambiarnos —asegura.

—¿Por qué?

—Porque el Brisa es el único hotel de toda Costa Rica donde tu madre jamás nos buscaría.

—Y no me extraña, pero Lola, por favor, ¡huele a porro!

—Es un hotel viejo, pero está limpio y tiene vistas al océano. ¿Qué más se puede pedir?

—Pues lo mínimo, Lola. Y no me refiero a wifi, piscina ni acceso privado a la playa. Bastaría un armario con puertas y una mesita de noche —protesto.

—¡No seas pija, Coco! Sobrevivir te abrirá la mente. Además, estamos juntas. ¡Será divertido!

—¿Tú crees? —pregunto triste.

—Anda, ponte este vestido.

Tomo el trapo azul que me ofrece Lola y entro en el baño sumisa. A los quince minutos salgo todo lo arreglada que la humedad y la ausencia de cosméticos y enseres de belleza me permiten. Por suerte, tenemos una goma de pelo con la que puedo mantener a raya mis rizos.

Lola ya está lista. Lleva su sonrisa optimista y un vestido igual que el mío, pero color verde militar, que le queda muy bien.

—Ven, voy a fumigarte —anuncia con un aerosol en la mano, tamaño extintor.

—¿Perdona? —pregunto dando un paso atrás.

—Tranquila, es un repelente para mosquitos. Así no te picarán —me promete arrinconándome contra la pared.

—¿Y no tienes repelente para monos?

—¡Calla, tonta! —exclama rociándome como si yo fuera un geranio lleno de pulgón.

Cuando termina, me coloca en bandolera un bolsito *hippy* de muchos colores, parecido a las mochilas de fugitivas.

—Gracias —murmuro, observando con pena cómo queda el bolsito sobre mi vestido de supermercado. Debo de dar tanta lástima que Lola se apiada de mí.

—¿Quieres tu bolso de Louis Vuitton? —me pregunta.

Lo pienso detenidamente. Ese bolso es una preciosidad y podría ayudarme a olvidar que soy una infeliz a la que un mono regó con su orina. Sin embargo, no solo no me pega nada, sino que tampoco cambiará una realidad: por muy Louis Vuitton que sea, no tengo nada que meter en él.

—No, este está bien —admito.

Bajamos las escaleras metálicas y entramos en recepción. Un hombre muy alto, sin camiseta y de rasgos anglosajones sale de detrás del mostrador para saludarnos. Tiene demasiada edad para tan poca indumentaria, y el pelo tan largo que lo hace parecer un *hooligan* desvencijado perdido en medio de Ibiza.

—*Ladies!* Pura vida. ¿Ya está *mejorsita*? —me pregunta con acento inglés y con sus delgadísimos brazos bien abiertos.

—Sí, gracias. Lola, te espero fuera —me apresuro a anunciar para dejar bien

claro que no pienso abrazar a nadie.

Es casi de noche y el aparcamiento está iluminado por la tímida luz de las letras de neón que indican el nombre del hotel. Aunque solo en parte, porque la «B» está fundida y solo se ilumina «RISA». «En total armonía con el olor a porro», pienso divertida.

La luna llena empieza a envolverlo todo con su silencio plateado. Intento disfrutar de esa sensación al máximo, hasta que un chillido me asusta y empiezo a pensar en monos de cara adorable apostados en ramas altas, esperando con sadismo tenerme a tiro para hacerme pis encima. Tal vez regresar y abrazar al *hooligan* no sea tan mala idea después de todo. De hecho, es una idea muy inteligente. Coco, ¡arrea!

Giro sobre mi eje central para desandar mis pasos cuando un jadeo animado me da un susto de muerte.

—¡Max! —exclamo aliviada al ver al perro de Oliver saltando a mi alrededor.

«¡Coco! ¡Coco! Me alegro de verte», saluda feliz.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto acariciándolo detrás de las orejas.

«Oh, sí, oh, sí, ráscame ahí...», parece decir con cara de morirse de gusto.

—Hemos venido a buscaros —contesta una voz ronca.

La figura de Oliver aparece de la nada caminando hacia mí de una forma firme y serena. Lleva unas bermudas claras y una camiseta oscura que... ¡Tú la mataste! ¡Tú la mataste! ¡Maldita sea! ¡Con lo bueno que estás!

—Ho... ¡oh!... hola —saludo, creo que con la misma cara de morirme de gusto que Max.

—¿Adónde ibas? —me pregunta con un beso en la mejilla, que aprovecho para comprobar que sigue oliendo como lo recordaba.

—A por Lola. Está hablando con el director del hotel.

Suelta una brevísima carcajada.

—¡El director del hotel! Ese tiene que ser el Chimuelo. Vamos.

Toma mi mano y me lleva de vuelta a recepción, no sin antes hacer una señal a Max para que nos espere fuera.

«¿Que espere aquí? ¿En serio? Pero si ya controlo mis esfínteres», gime con las orejas tristes.

Oliver saluda al *hooligan* con mucha confianza y le da un beso a Lola.

—*Mae*, Edward, *mae*. Trata bien a estas señoritas, son mis amigas —le indica en un acento que imagino será el local.

—¿Son amigas de Oliver? *Entonses mías amigas* también. Mi nombre es

Edward, pero llámenme Chimuelo —anuncia el inglés señalando con el dedo su sonrisa, a la que le faltan la mitad de los dientes.

«¡Qué asco!», pienso, disimulando a duras penas una arcada.

—¿Y ese apodo, *mae*? ¿De dónde salió?—pregunta Oliver.

—De México.

—*Mae*, siempre he querido preguntarte una cosa. ¿Qué hacía un caballero inglés como tú en México? —se interesa Oliver.

—Es una larga historia, *mae* —se lamenta el inglés intentando sonreír—. Allí perdí mi gran amor y mis dientes, por eso me *empesaron* a llamar Chimuelo.

—Ya, muy interesante —ataja Lola—. Pues como ya nos sabemos tu vida y somos íntimos, a ver si me haces caso y nos aplicas tarifa de *mías amigas*, ¿vale?

Oírla hablar de dinero delante de Oliver me pone tan negra como el caviar de beluga. Sin embargo, él no parece sentir ningún apuro. Toma también de la mano a Lola para instarla a salir de allí y se despide de Edward diciendo:

—Eso está hecho, ¿verdad, Chimuelo?

—Claro, *mae*. *Mías amigas, ladies*.

Oliver nos conduce a la parte trasera del hotel cruzando una puerta que hay al otro lado de recepción. Silba, y Max aparece enseguida a nuestro lado.

«¿Ya nos vamos? ¡Qué bien! Os echaba de menos. Uy, ¿a qué huele?». Concentra toda su atención en olfatear el suelo, como si en ello le fuera la vida.

Recorremos el caminito de tierra por el cual, hace tan solo unas horas, mi mejor amiga me arrastró hacia la playa para quitarme de la cabeza la idea de volver a España. Doy por hecho que Oliver habrá aparcado allí su todoterreno, pero no lo veo por ninguna parte.

—¿Y tu coche? —pregunto.

—No lo he traído. El lugar al que vamos está muy cerca y hoy tenemos luna llena. Este es el mejor camino dadas las circunstancias. ¿No os parece? —pregunta tirando de nosotras hacia adelante.

Impulsadas por el tirón, salimos a la playa. Suelta nuestras manos. La luz de la luna reflejada en el océano y su brillo sobre la arena mojada me parece lo más alucinante que he visto en mucho tiempo. Al parecer, a Lola también, porque se adelanta unos pasos y empieza a dar vueltas emocionada.

—¡Qué bonito! —exclama.

Oliver suelta una risa de satisfacción pero la ahoga enseguida y me pongo en alerta máxima. ¿Qué le ocurre? ¿Qué es eso tan terrible que le impide reír? ¿Remordimiento de conciencia por haber asesinado a Evelyn? No, imposible, lo veo en sus ojos aunque... ¿y si no estoy siendo objetiva con él? ¿Y si nos ha traído a la playa para...? ¡Oh, no! ¡Oh, no! Ya puedo ver el titular: «Dos pijas de la *jet set* española aparecen descuartizadas junto al mar».

Corro junto a Lola y murmuro:

—Oye, estar aquí a solas con él no me gusta nada. Me da miedo.

No solo no me hace caso, sino que me tira al suelo de un empujón. Forcejeando entre risas y los alegres ladridos de Max, me quita las sandalias.

—Ven, vamos a mojarnos los pies —propone corriendo hacia las olas.

—¡Lola! —grito yendo tras ella.

Oliver nos alcanza con su calzado en la mano.

—Sois españolas, ¿verdad? —nos pregunta.

—Sí, ¿y tú? —No es que me importe mucho su origen en este momento, es que quiero sacarle información por si terminamos en comisaría denunciándolo por intento de asesinato a la luz de la luna.

—Medio español y medio francés.

—Conoces muy bien esto, ¿sueles venir a Santa Teresa? —le pregunta Lola.

—Más bien, vivo aquí. Aquellas luces que se ven allí son de mi hotel, el PranaParadise —anuncia señalando la costa.

Me quedo muerta. ¿Su hotel? ¿El hotel bonito que tanto me gusta es su hotel?

—¡Qué preciosidad! —exclama Lola echando a correr para llegar cuanto antes. O para dejarnos solos.

—¡Lola! —la llamo con voz de pánico absoluto.

Oliver aprovecha mi despiste y me da la mano con timidez. El tacto tibio de su piel en contraste con el miedo y lo fríos que tengo los pies hacen que sienta millones de kilovatios por todo mi ser. Al notar lo, me aprieta la mano en un gesto protector que me sorprende. No, no puede ser un asesino.

—Siento mucho lo de esta mañana. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien. Ya casi no tengo chichón —murmuro temblorosa.

—Me alegro. —Sonríe.

—Gracias. —Sonrío.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —murmura de pronto.

—Claro —contesto, más por cortesía que por ganas de hablar.

—¿Qué hacías en el mar tan temprano y en pijama?

—¿Tan raro fue? —pregunto para disimular.

—Bastante —admite.

—Estaba... —¿Cómo contarle lo ocurrido? ¿Cómo explicarle que yo debería estar con Jaime al otro lado del planeta y no paseando bajo la luna con un desconocido que mata mujeres de nombre exótico?

—¿Estabas? —insiste.

—Estaba cerrando un tema pendiente —reconozco avergonzada.

Oliver detiene el paso, mirándome con curiosidad. Se coloca frente a mí y toma mis manos. Siento su calor tan cerca que me da otro escalofrío.

—Santa Teresa es un buen lugar para encontrar tu destino —murmura, haciendo vibrar su voz ronca en mis entrañas.

—¿Tú encontraste el tuyo aquí? —pregunto.

Un enorme suspiro escapa de su pecho.

—Aún no. Tal vez lo encontremos juntos —susurra acariciándome la mejilla.

## 8

El jardín del PranaParadise está iluminado con antorchas y luces escondidas por todas partes.

—Ven, Coco. ¡Mira! —me llama Lola.

Nos está esperando muy quieta junto a la piscina. El edificio y las antorchas se reflejan en el agua y producen un efecto precioso, pero no es eso lo que contempla. Me señala el aire. Desde mi observatorio furtivo de esta mañana no pude ver lo que veo ahora: cientos de diminutas luces de color verde intermitente flotan por el jardín despreocupadas, ajenas al toque mágico que proporcionan al lugar.

—¿Y esto? —pregunto alucinada.

—¡Luciérnagas! —celebra Lola.

Las miro extasiada. Es una imagen preciosa, alucinante, fantástica. Es como estar en un cuento de hadas tan bonito que tardo en darme cuenta de que estoy apretando con demasiada fuerza la mano de Oliver. Avergonzada, me giro hacia él. Me está mirando complacido y, al notar que aflojo mi mano, él la aprieta aún más fuerte, la levanta y la besa.

—Espera un minuto —suplica—. Voy a pedir que guarden a Max.

«¿A quién? ¿A mí? ¿Ya? Ohhh», adivina el pobre perro.

Ambos se alejan por un camino oculto tras unas jardineras llenas de arbustos floreados.

—Lola...

—¿Qué? —me pregunta sin levantar la vista, concentrada en las luciérnagas.

—¿Podrías hacerme caso, por favor?

—A ver, ¿qué problema tienes ahora? —pregunta molesta, intentando atrapar una de las lucecitas verdes.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

—¡Mírame! Estoy temblando —confieso.

—Coco, tú eres tonta. ¿De verdad crees que ha asesinado a una mujer? Si antes reconociste que no.

—¿Que no es eso! —grito entre susurros—. ¡Me ha hablado del destino!

No se está enterando de nada y tampoco me da tiempo de explicárselo, porque Oliver vuelve a aparecer antes de lo esperado. Con una sonrisa incipiente se acerca a mí. Aparta un mechón rizado que ha escapado de mi coleta y levanta ligeramente mis gafas para sujetar con ellas un hibisco rojo que coloca con cuidado en mi pelo. Lola observa la escena alzando una ceja. Creo que por fin entiende a qué me refería. Oliver da un paso atrás, observándome con una expresión que me va a obligar a entrar en combustión espontánea.

—Definitivamente, Dios puso en la tierra estas flores para ti —sentencia muy serio.

Se forma un silencio sobre el que siguen flotando las luciérnagas y que contrasta con el hervidero en el que se ha convertido mi sistema circulatorio. Lola me mira. Oliver también. La miro. Lo miro. La vuelvo a mirar. Lo vuelvo a mirar y estallo en un ataque de risa tan grande que no puedo contener.

Oliver y Lola cruzan una mirada interrogativa mientras yo doblo mi cuerpo una y otra vez a causa de las carcajadas. Es una risa que sale de lo más profundo de mi ser y que me hace despertar. Despertar, sí, porque al fin descubro que no tengo miedo de Oliver, sino de admitir que me estaba equivocando, que estaba ahogándome en mi nueva vida perfecta antes incluso de que empezara. Por eso busco su mano, la de Oliver, y me gusta sentir que sus dedos se enredan agradecidos con los míos. Esta mano fuerte y cálida es lo único a lo que me puedo aferrar para salvarme, lo único que tengo para empezar a vivir otra vez y, ¿quién sabe?, puede que sea lo único que impida que me lleven de vuelta el día que Minerva me encuentre. No sé cuál será el final de esta historia, si volver a España con Jaime, aprender a surfear o llenarme el pelo de rastas como Lola. Solo sé que empieza en este preciso momento en que abrazo a Oliver, asesino o no, y le digo a trompicones con todo el descaro del mundo:

—Perdona. Es que es lo más cursi que me han dicho en toda mi vida.

Siento la alegría de Lola al verme reír así. Siento la risa de Oliver retumbar en mi torso, haciéndose eco de la mía, y siento sus brazos aferrarse a mi repentina felicidad con ganas, casi con desesperación, como si él también despertara de una pesadilla. Nos abrazamos muy fuerte y, cuando las risas van cesando, me disculpo de nuevo:

—Oliver, lo siento.

—No lo sientas —susurra escondiéndose en mi pelo—. Hacía mucho

tiempo que no me reía. Mucho.

Seguimos a nuestro anfitrión por un camino iluminado que sale del borde de la piscina hacia el anexo central. Nos va enseñando los nombres de las distintas flores que encontramos a ambos lados, hasta que llegamos a un cenador bajo el cual hay varias mesas perfectamente dispuestas, algunas ya ocupadas.

Una chica bajita y de piel morena sale a recibirnos. Lleva el pelo recogido en un moño, falda negra y blusa blanca con cuello mao.

—Buenas noches, *lisensiado*. Ya está su mesa lista —nos saluda.

—Gracias, Bibi.

Caminamos detrás de ella hasta un rincón donde un enorme hibisco cargado de flores decora el ambiente.

—¡Qué maravilla! —exclamo, acercándome para contemplarlo de cerca.

Oliver le retira la silla a Lola para que se siente y, en cuanto regreso a la mesa, hace lo mismo con la mía.

—Permíteme, ya sabes que soy un cursi —me dice al oído.

—Lo siento mucho, de verdad, creo que me pasé de sincera —me disculpo de nuevo soltando otra carcajada.

—Tranquila. Valoro mucho la sinceridad.

Se sienta entre nosotras. La mesa está decorada con objetos muy sencillos: manteles de bambú, cubiertos con mango de madera y servilletas blancas de tela. En el centro, una vela dentro en un pequeño vaso con el fondo de espejo que expande su luz temblorosa. Bibi aparece y Oliver le indica los platos que tiene que traernos.

—Permitidme que pida por vosotras. Tenemos un cocinero nuevo y necesito vuestra opinión —explica.

—¡Genial! Se nos da bien sacar conclusiones precipitadas, ¿verdad, Coco? —asegura Lola sonriendo con malicia.

Nos traen unos aperitivos, ceviche y un pescado asado. Pasamos un rato agradable hablando de temas tan dispares como impersonales. Lo único que Lola y yo contamos de nuestra vida es que somos amigas desde el colegio. Lo único que Oliver nos cuenta de la suya es que su madre también era española y que murió cuando él tenía quince años. Está claro que todos tenemos rincones oscuros. Sin embargo, Oliver parece relajado. Sonríe cada vez con más soltura, y al hacerlo, un millón de luciérnagas se encienden por toda mi piel. Todo marcha fenomenal hasta que una sombra surca su rostro.

—Buenas noches —resuena una voz a mi espalda, una que me resulta

conocida.

Lola saluda cortés y yo, al girarme para hacer lo mismo, veo al joven con el que había visto a Oliver discutir esta misma mañana. Me cuesta reconocerlo porque lleva gomina y ahora es él quien va vestido con pantalones y guayabera blancos.

—Lola, Coco, os presento a Hernán. Mi socio —anuncia Oliver muy serio.

Sin esperar ningún tipo de invitación, el recién llegado acerca una silla de la mesa contigua y se sienta con nosotros.

—Encantado de conoceros. ¿De dónde sois? —nos pregunta.

Habla con el mismo acento que Oliver, parecido al nuestro, pero pausado, suavizando las erres. Es también muy alto y, tal vez porque sonrío sin parar, parece algo más joven.

—Somos españolas —contesta Lola animada.

—¡Yo también! —exclama con entusiasmo—. Aunque llevo aquí tanto tiempo que a veces ya me siento tico.

—¿Tico? —pregunto.

Hernán se gira con dificultad para contestarme. Algo le ocurre.

—Costarricense en cariñoso. ¿Te gustan los hibiscos? —me pregunta.

—Sí —contesto con timidez, recolocando la flor en mi pelo.

Hernán mira de reojo a Oliver, que se revuelve nervioso, y a la planta que tengo justo detrás. Hace una mueca y adivina:

—Entonces ya sé por qué «mi socio» ha elegido esta mesa a pesar de ser la peor —susurra cómplice, pronunciando con énfasis las palabras «mi» y «socio».

Lola se ríe y exclama dirigiéndose a Oliver:

—¡Nos estás haciendo la pelota!

—Sí, suele hacerlo —afirma Hernán—. No sabe seducir a mujeres de otra manera.

Aunque intenta sonreír, la situación incomoda a Oliver y yo me pongo alerta. No sé por qué, pero siento la necesidad de cambiar el rumbo de la conversación. «Rápido, Coco, piensa, piensa y contéstale algo a Robocop». ¡Robocop!

—Hernán, te duele el cuello, ¿verdad? —pregunto.

—Sí. Esta mañana me he levantado con tortícolis —admite.

—¿Me permites? —Pongo la mano sobre su hombro.

Aunque me mira con desconfianza, tomo su silencio como un sí. Me levanto y me coloco detrás de él. Tanteo sus músculos con cuidado. Está fuerte.

Mucho. Pero también muy tenso. Poco a poco lo obligo a relajarse y noto el bloqueo en sus vértebras cervicales.

—No me extraña que te duela —reconozco para distraerlo mientras sigo tanteando—. No dormirás con el aire acondicionado puesto, ¿verdad?

—Pues... ¡¡¡Ahhh!!! —grita. Oliver y Lola saltan del susto.

De un fuerte tirón que suena a huesos rotos, soluciono su problema.

—Lo siento. Es una maniobra muy escandalosa, pero efectiva, siempre que se haga con cuidado, claro —explico tras unos cariñosos masajes más.

—¿Y si no se hace con cuidado? —pregunta sin atreverse a mover el cuello ni un milímetro.

—Podría haberte causado más dolor o incluso lesiones medulares. Pero no te preocupes, creo que ha salido bien. Ahora prueba a moverte despacio —le pido.

Hernán se toca la nuca y mueve la cabeza a un lado y a otro, arriba y abajo. Me mira con cara de sorpresa mientras vuelvo a sentarme.

—Ya estoy bien —afirma incrédulo—. ¿Cómo lo has hecho?

Lola contesta por mí:

—Coco es fisioterapeuta.

Hernán y Oliver me miran con atención hasta conseguir que me ruborice. Después, se miran entre ellos, momento que aprovecho para regañar a Lola mentalmente por ponerme en evidencia. Mi amiga sonrío divertida.

—¡Es muy buena! —exclama Hernán.

Oliver se vuelve hacia mí. Nuestras miradas se cruzan y una extraña magia parece envolvernos. Lentamente, se inclina sobre la mesa, acercándose tanto que puedo sentir el calor que desprende su cuerpo.

—Y ¿se puede saber qué hace una hermosa fisioterapeuta en Santa Teresa? —me susurra muy bajito.

La magia se esfuma, aparto la mirada y mi sonrisa desaparece. ¿Que qué hago aquí? ¿Qué puedo contestar? ¿Que estoy escondiéndome como una cucaracha cobarde tras dejar plantado a mi novio en el altar? ¿Que Lola y yo debemos de ser las personas más buscadas del universo? ¿Más aún que Wally?

Por fortuna, Lola lo ha escuchado y reacciona:

—Hemos decidido tomarnos unas largas vacaciones para recorrer mundo y hemos empezado por aquí, por Santa Teresa.

—¿Sois ricas? —pregunta Hernán sin ningún pudor.

Las manos empiezan a sudarme. Nos han pillado.

—¿Nosotras? ¡Claro! De hecho, aquí donde me veis, pertenezco a una familia de tan alta alcurnia que tardaría un minuto y ocho segundos en recitaros todos mis títulos nobiliarios —confiesa Lola así, como quien dice ave María Purísima.

El silencio se apodera de la mesa. Hernán y Oliver miran a Lola con atención mientras yo empiezo a hiperventilar. Mi escaso flujo sanguíneo empieza a descender y, cuando estoy a punto de desmayarme, los tres se echan a reír.

—Eres muy buena —afirma Oliver.

—Ja, ja, ja —ríen los otros dos.

¿No se lo han creído? ¡No! Por supuesto que no, Coco, eres una estúpida. En el mundo real las duquesas no llevan rastas en el pelo ni se alojan en hoteles tan cutres como el Brisa.

—¡Casi me convences! ¡Y has hecho reír a Oliver! —reconoce Hernán sorprendido.

—No, ahora en serio —aclara Lola—. Lo cierto es que estamos buscando trabajo. ¿No sabréis de algún sitio donde necesiten personal?

Hernán lanza una mirada sádica a Oliver y sonríe.

—¿Habláis inglés? —nos pregunta sin apartar la vista de su socio. Es como si discutieran por telepatía. Uno dice que sí, el otro dice ni se te ocurra.

—¡Por supuesto! —afirma mi amiga.

—Casualmente necesitamos una persona para el *spa*. Una fisioterapeuta sería perfecta —explica Hernán mirándome con atención.

—¿Sí? ¡Es genial! ¡Coco, ya tienes trabajo! —exclama Lola.

—¿Yo?

—¡Claro! Tú eres la fisio.

—¡Bien! —aplaude Hernán.

Oliver lo mira con severidad, y lo entiendo. No sé cómo funcionan las cosas en Costa Rica, pero no dejamos de ser dos desconocidas que están de paso.

—¿Seguro? —dudo.

—¡Sí! —ratifica Hernán—. ¿Ves, Oliver? A veces las soluciones caen del cielo. No hace falta preocuparse tanto —añade con sorna.

—A veces —murmura Oliver.

—¿Y tú? —pregunta Hernán a Lola.

—Tranquilo, buscaré algo por ahí. De lo que sea.

—Me sabe mal separaros, ¿qué sabes hacer?

—Lola es profesora de yoga —contesto—. Acaba de bautizarse en el

Ganges.

La cara de Hernán se descompone. No me extraña porque es asqueroso, pero me doy cuenta de que no es el Ganges lo que lo perturba. Cierra los ojos con fuerza y, al abrirlos de nuevo, deja que se pierdan en algún punto lejano a la realidad. Oliver, sin embargo, lanza un suspiro de venganza triunfal y exclama:

—Justo lo que necesitamos. ¡Contratada!

Aunque lo intenta, Hernán no puede disimular que algo lo está devorando por dentro. Se levanta, murmura una fría disculpa y se aleja, dejando una nube maligna flotando por el aire. Lola frunce el ceño y me mira de reojo.

—¿Estáis seguras de querer trabajar aquí? —pregunta Oliver, que intenta salvar la situación sonriendo.

—Por supuesto —afirma Lola muy convencida.

Yo me quedo callada porque doy por hecho que ha contestado por las dos. Oliver, sin embargo, no está tan seguro.

—¿Y tú? —pregunta rozando levemente mi mano, sin atreverse a tocarla.

No sé qué contestar porque no entiendo nada. Está claro que él no quería que trabajáramos allí y que ha aceptado por una suerte de venganza con su socio.

—Solo si tú quieres —me sincero.

Oliver medita la respuesta. Su mirada me duele. Es como una botella opaca que encierra un mensaje, un S. O. S. en un idioma que me da miedo, me intriga y me atrae a la vez.

—Sí, sí quiero —contesta al fin.

—Pero ¿no me vas a entrevistar? ¿No necesitas saber algo más de mí? —pregunto para asegurarme, porque no quiero que lo haga. No quiero que descubra que solo soy una prófuga de la sagrada institución del matrimonio. No quiero que sepa nada sobre mi antigua vida. Al parecer, él tampoco.

—Hagamos un trato, ¿OK? —propone.

—¿Cuál?

—Sin preguntas —murmura, tomando al fin mi mano entre las suyas.

El misterio y la desesperación con la que me acaricia me hacen dudar, pero sus ojos terminan por convencerme.

—Sin preguntas —susurro temblorosa.

## 9

La voz de Lola entonando el *Happy*, de Pharrell Williams viaja desde la ducha hasta mis oídos y me despierta sin ninguna consideración. Apenas he dormido, no sé si como consecuencia de la diferencia horaria, de las pastillas o del pis de mono. Si al menos hubiera tenido un libro en el que refugiarme para calmar mi mente, habría conciliado antes el sueño. Pero el único refugio que pude construirme fue quedarme abrazada a la toalla de Oliver.

—*Because I'm happyyyyyyy* —grita Lola desde la puerta del baño, envuelta en una toalla deshilachada y con las rastas goteando.

—Buenos días —la saludo.

—*Clap along if you feel like a room without a roof...* —prosigue feliz.

Se acerca bailando hasta mi cama, me obliga a levantarme y a bailar con ella. Da un golpe de cabeza y me salpica con sus rastas.

—¡Para! Me estás mojando —protesto riendo.

—¡Canta conmigo! *Because I'm happyyyyyyy*. ¡Vamos, Coco! *Because I'm happyyyyyyy*. *Clap along...*

—...*if you feel like a room without a roof* —canto con timidez.

—¡Bien! *Because I'm happy...*

Continúo con la canción para que Lola me deje en paz, pero lo cierto es que me voy animando.

—*Because I'm happy...* —grita Lola dando palmas y bailando.

—...*clap along...* —replico.

—...*if you feel like a room without a roof. Because I'm happy...* —gritamos las dos a pleno pulmón. ¡Sí! ¡Me estoy animando!

La letra de la canción, el sol, las rastas empapadas de Lola, el olor del mar, el de Oliver, el hecho de estar en un hotel horrible donde nadie sabe que soy la hija de Minerva Capdeville... ¡Oh, sí! El paraíso tiene que ser esto, un lugar donde puedas ser simplemente tú. Aquí puedo vestir con ropa de supermercado, caminar con los hombros caídos, decir y hacer lo que yo quiera...

Unos golpes en la puerta metálica retumban por toda la habitación, pero no detienen mi entusiasmo en absoluto. De hecho, no les hago el menor caso y

sigo cantando. Lola me mira divertida, se ajusta bien la toalla y abre despreocupada, sin ni siquiera preguntar quién es.

—Pura vida, *ladies* —nos saluda Edward, el desdentado de recepción.

—¡Chimuelo! —exclama Lola con alegría.

—*Because I'm happyyyyyy...* —lo saludo cantando con toda mi alma.

—Veo que *mía amiga* está mejor —contesta mirándome gratamente sorprendido—. Yo les dije: esta playa lo cura todo.

—Sí, creo que tenías razón —afirma Lola sonriente.

—Les traigo un mensaje de España —anuncia el Chimuelo.

Mi entusiasmo desaparece por completo. El miedo me obliga a dejar de cantar, a detener mi baile y, lo peor, a ponerme tiesa como un palo.

—¿Un mensaje? ¿De España? ¿Es de Minerva? ¿Qué ha pasado? —pregunto aterrorizada acercándome a la puerta.

Lola se da cuenta de lo que estoy pensando. Por cómo me mira sé que no opina lo mismo.

—Nada, *lady*, no se me *achicopale*, no es nada malo —me tranquiliza el Chimuelo con acento mexicano-inglés—. Quise *desir* que les traigo un mensaje del español. Esta noche hay fiesta en el hotel *Rey Pansa*. El dueño es paisano de ustedes, *mío amigo* también. Le hablé de mis *ladies* y están invitadas.

Al sonreír deja a la vista sin ningún reparo los huecos vacíos que sustituyen casi todos sus dientes.

—¿Una fiesta? ¡Genial! —afirma Lola, encantada de la vida—. Contad con nosotras.

—Órale. Pónganse bien lindas. *Bye!* —se despide nuestro hotelero.

—*Bye!* —se despide Lola.

En cuanto el Chimuelo se marcha me desplomo en la cama y medito sobre lo que acaba de ocurrir. Siento mi cuerpo tenso otra vez, como siempre. Murmuro de nuevo la melodía buscando la sensación que he tenido por un momento. No la encuentro. ¿Dónde está? ¿Dónde están los buenos momentos prohibidos por Minerva, como el abrazo que iba a darme mi padre cuando me vio vestida de novia?

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Lola.

—No. Acabo de descubrir el poder que tiene mi madre sobre mí.

—¿Creías que era un mensaje de Minerva? —Se tumba a mi lado.

—Lola, ¿qué crees que pasará cuando me encuentre?

—Que te obligará a casarte para limpiar su reputación —admite—. Seguro

que ya tiene un maléfico plan preparado, con chantaje incluido. Solo espero que para entonces hayas recuperado la voluntad y seas capaz de decir «no».

—Sí, yo también lo espero —susurro.

—Venga. ¡Vamos a trabajar! —exclama animada.

Preparadas para nuestro primer día de trabajo, salimos del Brisa. Hace un día precioso, de esos en los que el sol parece acompañarte porque sabe que es importante para ti. Lola propone ir por la playa y yo acepto nerviosa. Puede que Oliver esté haciendo surf, y la mera posibilidad de encontrármelo me hace sentir tan viva como Frankenstein en una central eléctrica. Pero no hay rastro de él ni de Max.

Cuando llegamos al PranaParadise encontramos a Hernán en recepción.

—Buenos días —nos saluda.

Aunque está tras el mostrador, no parece el comité de bienvenida de un hotel con encanto, sino un huésped del Chimuelo. En lugar de guayabera lleva una camiseta desgastada, el pantalón blanco lo ha cambiado por un bañador de flores y la gomina parece haberse cristalizado en arena.

—Buenos días, jefe —contestamos.

Hernán sonríe por el comentario. Aunque son negros, sus ojos nos miran con tanta claridad que me sorprenden porque no queda ni rastro de la sombra que anoche los nubló. Sin dejar de observarnos, levanta el auricular del teléfono y le pide a una tal María que acuda a recepción.

—¿Dónde os alojáis? —nos pregunta en cuanto cuelga.

—En el hotel Brisa —contesto.

—¿Con el Chimuelo? —se asombra.

—Con el Chimuelo —confirma Lola.

—Es el peor hotel de Santa Teresa —asegura Hernán, como si fuera algo evidente incluso para un ciego.

—Pero el más caro. Ya te dijimos ayer que somos ricas —le recuerdo con ironía. Aunque nos viene bien para disipar sus dudas, si es que las tiene, no puedo evitar sentirme incómoda por mentir—. ¿Qué tal tu cuello?

—Muy bien. Tienes unas manos mágicas —afirma distraído. Algo que debe estar detrás de mí cautiva su mirada.

—Señor Hernán —saluda una joven a mi espalda, casi sin pronunciar las erres.

Lleva falda y blusa blancas que contrastan con sus ojos, su pelo negro recogido en un moño y la candidez de su tez morena. Al sonreír, todo en ella

parece brillar y nos envuelve en una nube de alegría instantánea. No me extraña que Hernán la mire absorto.

—María, estas son Lola y Coco, las señoritas que le comenté. Acompañe, por favor, a Coco al *spa* y explíquele cómo funciona todo —le pide Hernán.

—Con gusto. —María parece entusiasmada con la idea.

—Yo acompañaré a la señorita Lola al rancho de yoga. Tenemos que fijar los horarios.

—¿No tenemos que firmar un contrato o algo así? —pregunto.

Lola me da un codazo y entiendo por qué. Cuantos menos datos tengan sobre nosotras, mejor.

Hernán y María me miran asombrados.

—¿Tenéis cédula de estancia? —nos pregunta.

—¿Cédula de qué? —me delato.

María se ríe y Hernán resopla.

—Ya me parecía raro. Tranquilas, como son trabajos temporales basta con un simple acuerdo. Creo que la única persona que tiene contrato en todo Santa Teresa es María, ¿verdad? —le pregunta saliendo del mostrador.

—Sí, yo creo que sí. —Sonríe encantadora.

—De todos modos, de esos asuntos se encarga Oliver. Ya os dirá él qué hay que hacer.

Hernán pasa su brazo por la cintura de Lola, le señala el camino por donde tienen que ir y se despiden de nosotras. María no deja de mirarme.

—Señorita, sígame, por favor —me indica.

Camino tras ella por los pasillos del PranaParadise manteniéndome alerta, a la espera de encontrarme con Oliver en cualquier momento, pero solo nos cruzamos con un huésped y dos señoras que empujan carritos de limpieza. María los saluda a todos con tanta simpatía que ninguno de los tres puede evitar sonreír al verla. Empiezo a pensar que es una superheroína que consigue cargar de alegría el alma de los demás con su mera presencia. No es de extrañar. Imagino que si trabaja en el PranaParadise con toda probabilidad vivirá en Santa Teresa, tendrá una vida fácil y tranquila, sin estrés ni preocupaciones ni problemas de ningún tipo. Una vida que me provoca una envidia cochina que me cuesta soportar.

Por fin llegamos al extremo final del hotel. María abre una puerta de madera encima de la cual un letrero con letras de bambú nos indica que hemos llegado al *spa*. No es como los grandes balnearios a los que Minerva es adicta, pero está diseñado de un modo muy acogedor. María me va

enseñando las distintas estancias. En la entrada hay una pequeña recepción, decorada con un mostrador a la izquierda y, al fondo, unos sillones blancos y una mesita de bambú a modo de sala de espera. A la derecha dos puertas, una blanca que da a los vestuarios y otra de cristal, la del circuito termal. Mi compañera la abre y nos recibe una bofetada húmeda con olor a cloro y tanto ruido como en las cataratas del Niágara. En voz muy alta me explica el orden del circuito, las normas que tengo que advertir a los clientes y cómo funciona la sauna. Es un circuito pequeño, pero hay algo que lo hace espectacular: todo el recinto está acristalado y desde allí pueden contemplarse el jardín, la playa y el océano. Por último, me enseña un cuartito junto a la sauna, con dos camillas de masaje. Aunque también está acristalado, las vistas no son muy buenas porque da directamente a un seto que lo separa del aparcamiento de la entrada.

—Este cuarto casi no lo usamos —me explica.

—¿Por qué no? —pregunto.

María sonríe sin decir nada y me lleva hasta otra puerta de cristal que da directamente al jardín. Enfilamos un camino de grava con arbustos a los lados y llegamos a un pequeño cenador elevado. Son solo cuatro postes con brezo en el techo y una camilla esperando paciente a ser utilizada.

—Casi todos los clientes prefieren darse los masajes aquí —me aclara mi compañera.

—No me extraña —confieso asombrada.

Es una atalaya rodeada de flores desde la que se puede ver, sin ser visto, no solo el mar y la playa, sino todo el hotel. ¡Un lugar perfecto para cometer un asesinato!

—Me dijo el *lisensiado* que es usted fisioterapeuta.

—¿Lisensiado? —pregunto.

—El señor Hernán.

Deduzco que en Costa Rica llaman licenciado o licenciada a alguien con estudios, igual que en los culebrones que veíamos Chris y yo de pequeñas escondidas en la zona de servicio de nuestra mansión.

—Sí —confieso.

—¡Cuánto me alegro! —exclama de corazón—. Nos *hasía* mucha falta, señorita. Cuando me viene gente con contracturas del yoga o del surf apenas consigo aliviarlos porque no sé curarlos del todo y me da lástima.

Sonríe. Está claro que le pone cariño a su trabajo, no sé si porque es feliz o porque su trabajo la hace feliz. En cualquier caso, insisto, ¡qué envidia me da

esta mujer!

—Puedo enseñarte algunos trucos —susurro, dándole un codazo cariñoso.

—¿De veras? —pregunta con los ojos muy abiertos—. ¡*Tuanis*, señorita! En cuanto la vi supe que era buena. Se ve en esos *ojasos asules* que tiene.

—Pues no es el color, créeme —afirmo. El recuerdo de los inmensos ojos azul cielo de mi madre inundados de ira viene a mi mente.

—Vamos, señorita, voy a enseñarle nuestro vestuario.

Deshacemos el camino andado hasta el *spa*. Antes de entrar en el circuito, unos gemidos llaman mi atención.

—¿Qué suena? —pregunto.

—Es el perro del *lisensiado* Oliver. Tiene acá su caseta.

María se desvía del camino hacia la parte trasera del *spa*. Cubierta por un seto, una valla limita un pequeño terreno en el que Max gime sin parar.

«¡Coco! ¡Coco! ¡Hola! Estoy aquí. Ven, acércate, ráscame la cabeza», me saluda poniéndose de pie en la puerta.

Consigo meter la mano por los barrotes y lo acaricio.

—Hola, pequeño. Veo que vamos a ser vecinos —le digo.

«María, ¿puedo salir? Quiero estar con vosotras. Anda, di que sí», gime mirando a mi compañera.

—Tiene un año, pero *parese* cachorro todavía, por eso tiene que estar aquí. *Hase* muchas travesuras —me explica mi compañera.

Con todo el dolor de mi corazón tenemos que dejar a Max encerrado. Entramos de nuevo en el *spa*. María se dirige hacia una puerta que no había visto porque está tras el mostrador. Es nuestro cuarto de personal. Aunque ella me indica que entre yo primero, me quedo pasmada mirando un pequeño cartel que reza: «PRIVADO». Mi compañera me mira extrañada. Debe de pensar que no he visto nunca un letrero así. Pero no es eso.

El día que Chris cumplió tres años, papá y Minerva nos llevaron a cenar a un restaurante italiano que me encantaba. Nada más sentarnos comenzaron a discutir, y aunque ya era algo que empezaba a ser habitual, yo me puse tan nerviosa que tiré un vaso de agua. Minerva me miró con severidad, con esa furia silenciosa que le salía por los poros, para no llamar la atención pero que, en la intimidad, dejaba salir a gritos. No pude comer nada sabiendo lo que me esperaba en casa y no dejé de mirar la puerta que tenía frente a mí con la palabra «PRIVADO» colgando. Me convencí de que era una escapatoria, la entrada a un mundo paralelo en el que un príncipe estaría esperándome para llevarme lejos, donde no se escucharan los gritos ni los reproches que mis

padres se hacían constantemente. Solo tenía que atreverme a cruzarla. Nada más. Pero no me atreví.

—Pase, señorita —dice María, sacándome de mis recuerdos.

—Sí, perdona —me disculpo.

Abro la puerta, cruzo el umbral con los ojos cerrados y, cuando los abro, me doy de bruces con Oliver.

—Buenos días, señoritas —nos saluda tan serio que vuelvo a sospechar. ¡Tú la mataste! ¡Tú la mataste!

—Pura vida —contesta mi compañera.

Aterrada, no acierto más que a murmurar un tímido hola y él se marcha, no sin antes dejar una caricia furtiva en mi mano que me hace temblar.

—¡Qué extraño! —observa María—. El *lisensiado* Oliver no suele venir por acá.

Yo tampoco sé qué puede hacer allí, pero en seguida lo descubrimos. El cuarto de personal consiste en una estancia pequeña decorada con una mesa, dos sillas y dos taquillas. María me muestra la que debe estar libre:

—Aquí puede dejar sus cosas, señorita.

Gira la llave y, al abrir la puerta, veo un precioso hibisco rojo recién cortado sobre lo que imagino será mi uniforme.

—¿Y esto? —pregunto levantando la flor—. ¿Me lo tengo que poner?

—No —niega María extrañada.

—¿Entonces?

Nos miramos pensativas y las dos volvemos la vista hacia la puerta, siguiendo el rastro invisible de las intenciones de Oliver.

María sonrío y yo no sé qué pensar.

—Señorita, la dejo sola para que pueda vestirse.

Cuando salgo del vestuario, no puede evitar reírse a carcajadas. La blusa me queda enorme y la falda es demasiado ancha de cintura y demasiado corta para mis largas piernas.

—Es que tiene usted un *cuerpaso* —observa, mientras intenta ajustármela con unos imperdibles que lleva en su bolso—. Esta tarde se lo arreglo, señorita, no puede ir así siempre.

A media mañana, dos americanas entran en el *spa* y no dudo en ofrecerles un drenaje linfático. María me mira sorprendida y yo le guiño un ojo. Las llevamos al cuartito de masajes que hay junto a la sauna, las tumbamos en las

camillas y comienzo a masajear a una de ellas, indicándole en silencio a María lo que tiene que hacer. Exagero los movimientos para que pueda adivinar cuándo hay que apretar con fuerza y cuándo con suavidad. Según me cuenta después, ella en realidad es camarera, pero cuando abrieron el *spa*, Hernán y Oliver la hicieron encargada de él. Lo poco que sabe se lo enseñó en una semana una esteticista de Cóbano, un pueblo a unos quince kilómetros de Santa Teresa. Por eso, todos los tratamientos que ofrece en realidad consisten en el mismo masaje con distinto aceite.

Las americanas se marchan encantadas y nos dejan diez dólares de propina. Cuando salen por la puerta, se cruzan con un camarero que empuja un carrito que huele a gloria.

—Pura vida —saluda.

—Pura vida. Creo que se está equivocando. No hemos ordenado nada —se extraña María.

—Órdenes del *lisensiado* Hernán —nos explica dirigiendo el carrito a nuestro vestuario.

—Hernán —murmura María sonriente.

El camarero se marcha y mi compañera destapa las bandejas, coloca cubiertos y prepara todo sin dejar de hablar y sonreír. Está contenta porque puede llevarse la comida que trajo de su casa para la cena.

—Así no *cosino* —afirma feliz.

Mientras comemos, me explica que siente una enorme gratitud por tener un trabajo en el PranaParadise, uno de los mejores hoteles de Santa Teresa, y por todo lo que la cuidan Hernán y Oliver.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Su sonrisa se suaviza.

—Ellos son muy buenos, como usted, y lo siguen siendo a pesar de la vida.

La observo en silencio. ¿A pesar de la vida? ¿Qué significa eso? ¿¡Tú la mataste!? Pregúntale, Coco, pregúntale a María. No, no puedo. Si lo hiciese es posible que ella quisiera entonces averiguar más cosas sobre mí de las imprescindibles.

Cuando terminamos de comer, coloco los platos con torpeza en el carrito y me dispongo a devolverlo a la cocina.

—Señorita, déjelo aquí, seguro que vienen a recogerlo —insiste María.

—Así les ahorramos el trabajo y voy conociendo el hotel —propongo, aunque mi verdadera intención es hacerme la encontradiza con Oliver.

Necesito verlo, darle las gracias por la flor y comprobar que no ha matado ni a una mosca.

Salgo del *spa* y recorro los pasillos del hotel de lo más incómoda, porque tanto la falda como el carrito me quedan tan cortos que debo de parecer una actriz porno en pleno rodaje. Por suerte, casi no me cruzo con nadie. Llego al edificio central y no me cuesta mucho encontrar la puerta trasera de las cocinas. El ambiente allí es muy caluroso y de lo más estresante. Todo el mundo trabaja concentrado y con rapidez mientras los camareros desfilan con platos unas veces llenos y otras vacíos.

Una cocinera me ve allí plantada y se acerca a mí. Sabe que soy la chica nueva del *spa* e insiste en que no pinto nada en la cocina porque iba a enviar a alguien a recoger el carro. Asiento a todo lo que dice, pero no le presto mucha atención. Estoy extasiada observando el aplomo con el que Oliver, unos metros más allá, lo dirige todo. A pesar del alboroto siente mi mirada, se gira hacia mí y me ve. No puedo evitar sonreír y saludarlo alzando la mano con timidez. Él, sin embargo, levanta muy serio el mentón y continúa a lo suyo.

—*Gracias*, señorita —repite la cocinera llevándose el carrito.

Muerta de vergüenza murmuro un «de nada» y salgo despavorida. ¿Qué esperabas, Coco? ¿Qué?

Regreso al *spa* cabizbaja, con una mezcla de tristeza, decepción y furia que me quita la vida por momentos. Está claro que Oliver considera un error habernos contratado y que va a despedirnos, pero no entiendo que sea tan desconsiderado. Nosotras somos buena gente, lo habríamos entendido a la primera. Es su hotel y está en su derecho de hacer lo que quiera, pero ¿no saludarme ni dirigirme la palabra? ¿Qué ha cambiado desde su caricia de esta mañana? ¿También se arrepiente de haberme regalado una flor?

De pronto, escucho su voz grave a mi espalda:

—¡Un momento, señorita!

Doy media vuelta y ahí está. Con su guayabera blanca, su porte imponente y sus ojos verdes mirándome de arriba abajo mientras se dirige hacia mí acelerando el paso.

—Buenas tardes —lo saludo muy tensa.

—Que sea la última vez que la veo en mi hotel con una falda tan corta, ¿OK? Es inaceptable —me increpa muy serio—. ¿A quién quiere seducir?

Lo miro con atención. ¿Me está regañando? Soy una experta en el arte de captar el ánimo de los demás y su mirada severa me confirma que... Sí, me

está regañando. Y encima, ¿acaba de insinuar que intento seducir a alguien? ¿Como una cualquiera? ¡Ah, no! Por mucho dinero que necesitemos no voy a tolerar que me trate así. Abro la boca indignada para decirle cuatro cosas, pero en el último momento decido pasar a la acción. Todo ocurre tan deprisa que el instante en que me guiña un ojo y dibuja una breve sonrisa, ese instante que me devuelve la vida, que para mí es como si se hubiera hecho de día de repente y que despierta cuantas luciérnagas moran en mi ser, coincide con el instante en que le asesto un bofetón con todas mis fuerzas que le pone la cara del revés.

—¡Lo siento! Oliver, lo siento —me disculpo, tapándome la boca con las manos.

—¡Guau! —exclama aturdido, sacudiendo la cabeza.

—Perdóname, por favor. No sé cómo ha podido pasar. —Mis manos se acercan a sus hombros, pero no me atrevo a tocarlo.

—Estaba de broma —asegura.

—Lo sé, pero me di cuenta tarde. Perdón.

—Tranquila. Había olvidado el carácter de las españolas. —Sus palabras, sin ningún atisbo de enfado, me causan un alivio brutal—. ¿Tan borde me puse?

—Sí. Muy borde —reconozco levantando una ceja con coquetería, un gesto que parece gustarle, porque entra en el juego.

—Es que no quiero ponerme celoso si alguien la mira con esa falda, señorita —explica seductor.

Nuestras manos se enredan sin querer y nuestros cuerpos se acercan de forma instintiva.

—Descuide, *lisensiado*, nadie me mi... —no puedo continuar porque Oliver interrumpe mi frase con un beso que no me esperaba.

Es un beso espontáneo, chisporroteante, un beso que me deja descolocada y me hace sentir como si acabara de comer Peta Zetas con Coca-Cola. Un beso que, ¡maldita sea!, desbarata una pareja de ancianos que aparece por el pasillo.

Recuperamos la compostura a regañadientes, dando un pequeño paso atrás sin dejar de mirarnos. Mis labios no pueden esconder la agitación que siento por dentro. Los de Oliver tampoco, porque se cierran para que su dueño pueda tragar saliva y decir:

—Lo siento. No he podido evitarlo.

—No importa —murmuro.

Los ancianos se detienen junto a nosotros y nos preguntan dónde está el comedor. Oliver se ofrece a acompañarlos, pero antes de marcharse, se vuelve hacia mí y murmura:

—Y póngase una flor en el pelo si no quiere que la despida.

—Sss... sííí, *le-sin-diaso* —tartamudeo.

# 10

Tres horas más tarde, con el hibisco de Oliver en la mano y en un estado totalmente tontorrón, llego a nuestro hotel, al Brisa. Después de pasar el día en el PranaParadise rodeada de cosas nuevas y bonitas, me parece aún más destartalado, si es que eso es posible. Sin embargo, no me importa. Nada me importa porque pensar una y otra vez en el beso de Oliver tiene ocupadas todas mis neuronas, incluso las remilgadas.

—Hey, mujer trabajadora —me saluda Lola desde la hamaca. Está comiendo unos frutos muy raros.

—Hola.

—¿Qué tal te ha ido?

—Bien. ¿Y a ti? —le pregunto.

—De maravilla. Una clase por la mañana y otra por la tarde. Es todo mi cometido salvo que alguien quiera clases particulares. ¿Quieres jocotes?

—No —suspiro distraída, admirando el océano con expresión ausente.

—¿Estás bien? —Lola me mira extrañada.

—Sí. Bueno, no. Quiero decir, sí, es que... Le he dado una bofetada a Oliver y luego...

—¿Que le has pegado a Oliver? ¿Estás loca? ¿No nos habrá despedido? —grita alborotada, saltando de la hamaca.

—Peor. Me ha besado —suelto de sopetón.

—¡Ah, bueno! —Lola resopla con cara de sentir el mayor de los alivios.

—¿Ah, bueno? —la increpo enfadada—. ¿Ah, bueno? No han pasado ni cuatro días desde que escapé de mi boda y me ha besado otro hombre. Uno que puede ser un asesino. ¿Es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga?

—Pues que te parece fatal, que es una locura, que estoy perdiendo el norte... Algo que sea coherente, que me ayude a pensar.

Lola me mira con expresión burlona.

—¿Quieres que nos vayamos de Santa Teresa? —me pregunta con toda la malicia del mundo.

—¿Irnos? ¿Adónde? ¿Por qué?

—No sé. Pensé que eso te parecería coherente. —Sonríe con verdadera acidez.

¡Maldita sea! ¿A quién quiero engañar? Yo no quiero irme a ninguna parte, no quiero separarme de Oliver ni un milímetro a pesar de todos sus misterios. No sé si ha matado a esa tal Evelyn, no sé por qué me besó, no sé qué le hace pensar que podemos encontrar nuestro destino en esta playa... Solo sé que creí morir cuando me ignoró en la cocina y que volví a nacer cuando me sonrió, aunque acabara de darle una cachetada digna de culebrón venezolano.

—No. No me quiero ir —admito nerviosa.

—Me alegro, porque he descubierto quién era Evelyn —confiesa Lola llena de orgullo.

—¿En serio? ¿Quién? ¿¿Quién?? —le pregunto histérica.

—La antigua profesora de yoga del PranaParadise, y por la reacción que tuvo Hernán anoche, creo que tenían algo —sospecha.

—Vale, pero ¿qué le ocurrió? ¿Quién la mató? ¿Oliver? No. No me lo creo. Eso no es posible, ¿verdad? —me contesto yo solita con el alma a punto de abandonar su templo terrenal.

—No lo sé, Coco. —Lola se ríe al verme tan confundida—. Anda, tonta. Vamos a la fiesta del español. Algo me dice que va a ser muy divertida.

—No sé si deberíamos ir —le advierto—. No tenemos nada que ponernos.

Mi amiga y sus rastas entran en la habitación y salen a la terraza con dos vestidos preciosos. Son largos y floreados, tal vez demasiado largos y floreados para mi gusto, pero, precisamente por eso, imagino que serán perfectos.

—¿Los has comprado? Si no tenemos dinero.

—Tranquila. He ido hasta el pueblo y los vi en una tienda que estaban liquidando. Va a empezar lo que aquí llaman invierno y muchos sitios solo abren en temporada alta. Casi me los han regalado.

—¿En serio? ¡Son preciosos! —exclamo asombrada.

—Y mira: traían estos pañuelos a juego. En lugar de llevar coleta te lo puedes poner en el pelo como si fuera una diadema —propone.

Genial. Por primera vez en mi vida voy a ir a una fiesta con ropa de rebajas y sin pasar antes por la peluquería para controlar mis rizos. Me gusta.

El hotel Rey Panza se encuentra a unos trescientos metros del Brisa, camino del centro de Santa Teresa. El Chimuelo se ofrece a llevarnos.

—Espérenme aquí *tantito* y no se me muevan —nos pide en la entrada de recepción.

Sobra decir que no esperaba verlo aparecer en un Rolls Royce, pero cuando se presenta ante nosotras en un *quad* destartado que suena como cinco tanques de la Segunda Guerra Mundial juntos, mis pies se convierten en bloques de hormigón armado. Muy, pero que muy armado. Lola adivina el repelús que siento y no duda en hacérmelas pasar canutas. Me empuja sin darme más opción que subir a semejante vehículo con mi vestido remangado y, antes de que me arrepienta, sube detrás de mí y me aplasta contra el cuerpo de nuestro *gentleman* particular. Para mi sorpresa huele bien, aunque sea a algo parecido a la versión americana de Varón Dandy, y hoy ha decidido ponerse una camisa de manga corta. Desabrochada, pero algo es algo.

—¿Listas, *ladies*? —pregunta haciendo rugir el motor en plan macarra.

—¡Listas! —exclama Lola.

El Chimuelo acelera y el aire azota su melena estropajosa contra mi cara. Asustada y muerta de asco, me echo para atrás, me quito del pelo el hibisco de Oliver para no perderlo y pego mi espalda cuanto puedo al cuerpo de Lola, que no deja de reír y gritar tonterías tan ordinarias como:

—¡Dale cera, Chimuelo, por la Union Jack!

Afortunadamente, nuestro conductor le hace caso y llegamos en cuestión de segundos.

Parapetado en la ladera de una pequeña colina, encontramos el hotel. Aunque hay un pequeño aparcamiento, el Chimuelo deja el *quad* junto la carretera, al pie de unas escaleras de grava iluminadas con antorchas. Son tan empinadas que tengo que sujetarme al pasamanos, un tronco de bambú de calibre supersónico. Al llegar al último escalón me quedo alucinada. Bajo un enorme cenador de unos ocho metros de alto, cubierto de hojas de palmera, revolotea una marabunta de gente de lo más dispar. Personas de todo tipo bailan y charlan entre sí. Altas, bajas, de piel blanca, de piel morena, de piel achicharrada por el sol... Veo personas con rastas como las de Lola bailando con otras que llevan alisados de peluquería, pies con chanclas y uñas al natural (a veces demasiado) enfrentados a pies elegantes con tacones de marca. Es un grupo tan variado que parece una delegación de la ONU corriéndose la juerga del siglo. Solo hay una cosa que tienen todas esas personas en común y que me deja fascinada: están divirtiéndose. Pero de verdad.

Pienso en las fiestas que mi madre organizaba cada pocos meses, llenas de cristal de bohemia y sonrisas desechables. Todo el que acudía lo hacía para conseguir algo: un buen contacto, un socio capitalista, un marido rico... Como la gala benéfica que organizó para cazar a Pierre. Aunque acababa de divorciarse por tercera vez, a Minerva no le gustaba perder el tiempo. Chris y yo sabíamos que cuando tenía un plan nada la detenía, pero que sedujera a un viejo podrido de dinero delante de nuestro padre con el mayor de los descaros fue espantoso. Y eso que no éramos conscientes de que papá seguía enamorado de ella.

El ecléctico grupo que tengo ante mí no tiene nada que ver. Puede que también aquí se hagan negocios, se encuentren contactos y maridos ricos, pero las risas no son fingidas ni estudiadas. Son auténticas.

—Coco, ¡mira! —Lola me obliga a darme la vuelta. Frente a mí, al otro lado de la carretera, la puesta de sol más alucinante que he visto en mi vida.

—¿Les gusta, *ladies*? —pregunta el Chimuelo colándose entre las dos y rodeando nuestros hombros con sus brazos de palo.

—Es precioso —afirmo con la boca abierta.

—Esta *sona* de la playa está llena de rocas. Cuando baja la marea el agua queda atrapada formando esas albercas donde ven *ahorita* reflejado el sol.

—¿Qué son albercas? —pregunta Lola.

—Piscinas —aclara alguien con acento español a nuestra espalda. Oír esta palabra tal cual la diríamos Lola y yo, con todas sus letras y los acentos en su sitio, me hace sentir un escalofrío. Es como estar en España, en una fiesta sosa, y yo no quiero estar allí.

El Chimuelo nos obliga a girarnos con él, como si fuéramos tres *vedettes* del Moulin Rouge.

—¡*Unai!* —exclama sin soltarnos.

Un chico altísimo con el pelo rapado casi al cero para disimular unas entradas incipientes examina el trío que formamos y exclama divertido:

—¡Chimuelo! ¡Qué manera, *mae!* No te has visto en una de estas en tu vida, ¿eh?

—Le presento a Lola y *Cocó*, *mías amigas* que le conté. Son buena onda —asegura el Chimuelo, que pone los acentos donde le da su anglosajona gana —. *Ladies*, *Unai* es ahora el propietario del Rey *Pansa*. También es buena onda.

—Encantado de conoceros, me llamo Unai —se presenta, rescatándonos del abrazo de nuestro amigo *anglomexicanoparlante* con cuatro besos de lo más

efusivos. Por sus chanclas, su camiseta vieja y sus bermudas deshilachadas, más que el dueño de un hotel parece un pordiosero. Tal vez por eso y por la evidente sinceridad de su sonrisa parece gustarle a Lola—. Bienvenidas al Rey Panza.

—Gracias —murmura Lola con timidez. ¡Lola con timidez!

—Me encanta tu pelo —asegura Unai acariciando sus rastas muy sonriente.

—¿Sí? —murmura Lola poniéndose roja. ¡Lola poniéndose roja!

—¿Queréis que os enseñe el hotel? Solo tiene seis habitaciones, además de la mía. En diez minutos se ve todo —advierte con una alegría desmesurada.

Lola me mira nerviosa. ¡Oh, por fin la vida me da un respiro y puedo ser yo quien le haga sufrir a ella!

—Id vosotros. Quiero ir a la playa para ver la puesta de sol —me disculpo girándome hacia las escaleras que acabamos de «escalar».

—¿Quiere que la acompañe, *lady*? —pregunta el Chimuelo con sincera cortesía.

—¡No! Gracias, no hace falta. Tú ve a divertirte —le ordeno tajante para evitar que me siga.

Bajo las escaleras con cuidado, cruzo la carretera de tierra y llego a la playa. Como bien nos explicó el Chimuelo, el agua que quedó atrapada en cientos de rocas al bajar la marea se entretiene reflejando los colores imposibles del atardecer. Naranjas, violetas, azules... Un espectáculo increíble que no tengo más remedio que disfrutar porque no tengo nada que hacer. Nada. En condiciones normales habría sacado mi móvil para hacer una foto. Se la habría enviado por WhatsApp a Chris y tal vez a Jaime. Después la habría subido a Instagram y a Facebook, pero sería demasiado grande, por lo que habría tenido que editarla, recortarla y reducirla. Para cuando lo hubiera conseguido, el sol ya estaría escondido y yo me lo habría perdido todo.

—¡Qué barbaridad! —suspiro en alto.

Camino hasta llegar a los primeros pozos con el vestido remangado por encima de las rodillas y mis sandalias en la mano. El agua está caliente y decenas de pececillos diminutos emprenden su huida molestos con mis pasos. Ya no oigo la música del Rey Panza, solo el murmullo del mar y el leve chapoteo que hago con los pies. Avanzo un poco más. Los pozos cada vez son más profundos, de modo que dejo mis sandalias en una roca y me siento sobre ella con los pies en el agua. Coloco el hibisco de Oliver en mi pelo, bien sujeto por el pañuelo/diadema que hace juego con mi vestido, y me quedo quieta contemplando el paisaje.

A mi derecha el sol sigue su camino, casi en vertical, hacia el amanecer de España.

—Dales un beso a papá, a Chris y a Jaime, por favor —le pido muy bajito—. Y díles que me perdonen porque no voy a volver.

Respiro hondo, sorprendida por mis propias palabras. No voy a volver. No. Necesito quedarme aquí, en Santa Teresa, sin pensar en el pasado ni tampoco en el futuro. Una puesta de sol, el hibisco de Oliver y una fiesta es todo lo que tengo por ahora, pero es suficiente para hacerme sentir más viva que nunca. Tan viva que...

—¡¡¡Ahhh!!! —grito asustada, levantándome sobre la roca de un salto.

¿Qué demonios ha sido eso? Algo me ha picado en el dedo gordo del pie, pero ¿el qué? ¿Un bicho? ¡En el agua no hay bichos! ¿Un cangrejo? ¡Maldita sea!

Saltando a la pata coja para mantener el equilibrio, consigo levantar el pie y sujetarlo sobre la rodilla. Aunque no sangra, el dedo empieza a parecer un Chupa-Chups de cereza y me duele. Me duele tanto que sacudo el pie y agito los brazos con rabia. Es entonces cuando veo algo moverse dentro del pozo. No me ha picado ningún cangrejo, sino un pez oscuro que ahora trata de esconderse.

—¡Hijo de Poseidón! —grito.

A la pata coja, busco con urgencia un arma arrojadiza y la encuentro sobre mi roca. Es la concha quebrada de una caracola. No es grande ni contundente, pero bastará para saciar mi sed de venganza. Doy un par de saltos con el pie que me duele en el aire para alcanzarla, me agacho a por ella levantando la pierna hacia atrás para no caerme y la tiro con rabia al pozo al grito de:

—¡Capullo!

Las ondas provocadas por la concha no me dejan ver con claridad lo que ocurre en el pozo, pero eso no me impide celebrar mi venganza cojeando y levantando los brazos en señal de triunfo.

—Pura vida —saluda una voz detrás de mí.

A la velocidad del rayo recupero la compostura.

—¡Hernán! ¿Qué haces aquí? —pregunto con fingida normalidad.

Sonríe divertido con sus chanclas en la mano.

—Hay una fiesta en el Rey Panza. Iba para allá pero te vi aquí y... ¿Estás haciendo kárate? —pregunta jocoso.

—¿Kárate? ¡No! Es que me ha picado un pez —confieso avergonzada.

—¿Un pez? Déjame ver. —Se acerca a mí y me ofrece su mano para que

pueda sentarme en la roca. Observa mi dedo con atención y después chapotea con la mano en el pozo. El culpable de mis desgracias sale de su escondite en busca de uno más seguro.

—¡Ese, ese es el que me picó! —exclamo.

—Es un pez globo. A veces quedan atrapados aquí sin nada que comer. Son demasiadas horas hasta que la marea vuelve a rescatarlos. Entiéndelo.

—¿Y qué pensaba? ¿Que mi dedo gordo era una lombriz?

—¿Te duele? —pregunta Hernán muerto de risa.

—Un poco —admito observando el dedo, que empieza a recuperar su color pálido habitual.

—¿Qué haces aquí sola?

Lanzo un suspiro al aire y miro a mi alrededor.

—Darme cuenta de dónde estoy —contesto.

Hernán sonrío.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido? —pregunta admirando el paisaje.

—No. Nunca.

Hernán me mira con mucha atención. Se detiene en el hibisco y sonrío. Creo que ha adivinado quién me lo regaló.

—¿Quieres venir a la fiesta? —propone—. Conozco al dueño del Rey Panza, seguro que no le importa que vengas conmigo.

—Bueno, de hecho, a mí también me ha invitado —advierdo.

—¡Vaya! —exclama sorprendido—. Veo que estáis muy integradas en Santa Teresa. Eso está bien. ¿Vamos?

Me toma de la mano y me guía entre las rocas hasta que llegamos a la arena. Aún tenemos luz, la suficiente como para ver unos seres diminutos moviéndose a nuestros pies.

—¿Qué es eso? —pregunto, aferrándome al brazo de Hernán.

—Cangrejos ermitaños. En esta zona de la playa hay muchos. Mira.

—¡No! ¡No los toques! —grito muerta de asco.

Ignorando mi consejo, Hernán se agacha y atrapa uno entre las manos.

—Ven, acércate —me pide—. Son muy simpáticos.

Me agacho junto a él con recelo. Abre la mano y veo la concha inmóvil de una caracola bajo la cual, a los pocos segundos, una pequeña criatura asoma sus ojitos con temor. Recuerdo haber estudiado estos cangrejos en ciencias y haberlos visto en los documentales, pero no recuerdo haber sentido jamás la ternura que siento ahora.

—¡Qué preciosidad! —exclamo, sorprendida por lo que acabo de decir.

—¿Tú crees? Son bastante feos —afirma Hernán dejando al pobre cangrejo sobre la arena.

—No, no me refiero a su aspecto, sino a ver la vida así, de cerca. Me parece alucinante —confieso emocionada, admirando el trajín que se traen esos animalillos sobre la arena.

—Sí, yo pensé lo mismo cuando llegué a Costa Rica. Aquí todo es pura vida, por eso saludamos así. ¿Quieres atrapar uno? —me propone.

—¡Ni en broma! —exclamo—. ¡Seguro que me pica!

—No pican, son inofensivos —asegura Hernán dándome la mano para que me ponga en pie.

—Ya, como el pez globo, ¿no? La naturaleza me odia, te lo aseguro —le explico.

—Me cuesta creerlo. Contigo ha sido muy generosa. No deberías quejarte —afirma.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —le pregunto burlona.

—No, tranquila —asegura mirando al suelo con una sonrisa que puede significar dos cosas: que sigue pensando en Evelyn o que alguien, y creo saber quién es, se esconde en su corazón igual que un cangrejo ermitaño.

# 11

A medida que subimos las escaleras del Rey Panza la música, la alegría que desprenden los invitados y los nervios me van invadiendo. Si Hernán está en la fiesta es más que probable que Oliver también haya venido. Lo busco con ansia, sin darme cuenta de que voy de la mano de Hernán. No estoy al día de la vida social de Santa Teresa, pero temo ser el centro de todos los chismes. Sin embargo, nadie parece fijarse en ese detalle ni juzgar si estamos juntos o no.

—Señorita Coco, ¿cómo está?

¡El doctor Chancla! Suelto la mano de Hernán al instante con la excusa de saludarlo.

—Hola, doctor. Bien, ya estoy bien, gracias.

—No me llame doctor, por favor, ¡qué pena! Mejor Manuel, ¿OK?

—OK —accedo, imitando su expresión.

Hernán se vuelve hacia nosotros.

—¿Qué *mae*? ¿Cómo estás, *doc*? Te presento a Coco.

—Si ya nos *conosemos* —se chiva el muy indiscreto.

Hernán me mira asombrado. Supongo que Oliver omitió varios detalles sobre nosotras, como que estuve a punto de morir ahogada después de que me golpeará con su tabla de surf.

—Ayer me dolía mucho la cabeza por el viaje y Manuel me atendió —le explico, rezando porque el doctor Chancla se ciña al juramento hipocrático.

—No me tome más pastillas para dormir, ¿eh? —me advierte Manuel guiñándome un ojo.

—Tranquilo, no lo haré. Disculpádmelo un momento, por favor —suplico.

Unai y Lola pasan a mi lado y aprovecho para ir tras ellos mientras Hernán y el doctor siguen hablando.

—¿Ya estás aquí? ¡Venga! —exclama Unai—. Tómame un mojito. Este barman los prepara de maravilla —afirma levantando la mano entre la gente para llamar la atención de su camarero.

Un chico muy alto con los pelos revueltos y pinta de americano aparece con una bandeja llena de vasos adornados con hojas de menta y otra con canapés.

—Gracias, *mae* —le dice Unai—. Prepara otra tanda de mojitos, por favor. El Chimuelo se lo está bebiendo todo.

Lola escoge un canapé digno de un *catering* de Minerva y me lo ofrece.

—¡Qué rico está! —exclamo con la boca llena.

—¿A que sí? Todo lo ha preparado Unai. Es chef —me informa.

—¿Te gustan? —pregunta él dándome uno de los vasos de mojito.

—¡Mucho!

—Venga, vamos a brindar. Por España. —Unai y Lola levantan sus vasos con alegría desbordada. A mí se me arruga el estómago.

—Mejor por Santa Teresa —corrijo, bebiéndome medio vaso de golpe.

—¡Caramba, Coco! —exclama nuestro anfitrión—. Estamos aquí para olvidar, ¿eh?

Lola se ríe, y cuando mira a Unai, un brillo en sus ojos hace que me arrepienta en el acto de haberlos dejado solos. Conozco esa mirada. Hace mucho tiempo que no la veo, y aunque no debería suponer nada malo, la última vez que la vi tuvo consecuencias terribles.

La música se detiene unos segundos y empieza a sonar *La gozadera*. Los invitados se vuelven locos de repente y comienzan a bailar poseídos por la magia latina de la canción. Unai y Lola se abrazan y se dicen cosas al oído mientras observo la escena aterrada. Haz algo, Coco, ¡haz algo ya! Al contrario de lo que ha hecho todo el mundo conmigo, examino a Unai de arriba abajo. Necesito averiguar cuanto pueda sobre él, quién es, cómo es, qué hace en Santa Teresa, qué quiere olvidar, qué intenciones tiene con Lola... Pero no me da tiempo. Hernán se acerca a mí por detrás. Me quita el vaso de mojito y lo posa en una mesa alta que tenemos al lado. Toma mis manos, extiende mis brazos hacia arriba y me obliga a dar un par de vueltas. No quiero bailar, ¡no puedo bailar! Tengo mucho trabajo que hacer, como escanear el alma de Unai y mantener el hibisco en mi pelo por si viene Oliver. Pero la música, la alegría que desprende todo el mundo, el medio vaso de mojito bebido de un trago casi en ayunas...

Llevamos ya dos horas de fiesta bailando sin parar y me lo estoy pasando en grande, ¿para qué engañarnos? Hernán es un tipo fantástico que solo tiene ganas de divertirse. A diferencia de Oliver, parece ser feliz, aunque también hay una sombra que de vez en cuando surca su mirada. En cuanto a Unai, sigo alerta. Aunque es su hotel y su fiesta no le hace caso a nadie más que a Lola. Bueno, y al Chimuelo. El pobre ha bebido tanto que cuando baila se mueve a un ritmo que nada tiene que ver con la música.

—*Mae*, póngame una ranchera —suplica el viejo inglés una y otra vez al camarero.

Unai se apiada de su lamento y, por fin, se decide a echarle una mano:

—A ver, Chimuelo, dinos cuál quieres.

—*El último trago* —murmura con lengua de trapo y sonrisa hueca.

El camarero americano busca en el ordenador y encuentra la canción. Una ranchera animada por trompetas empieza a sonar a todo volumen para alegría de los invitados.

Tómame esta botella conmigo  
y en el último trago nos vamos.  
Quiero ver a qué sabe tu olvido  
sin poner en mis ojos tus manos.

Me sorprende ver que el Chimuelo no es el único que se sabe la letra. Todos los invitados cantan con él, pero en cuanto escuchan su voz con acento inglés lo rodean, impresionados por el vozarrón que sale de su cuerpo escuálido.

Esta noche no voy a rogarte  
esta noche te vas de deveras,  
qué difícil tener que dejarte  
sin que sienta que ya no me quieras.

El Chimuelo apoya un brazo en la barra —tal vez para no caerse— y con el otro gesticula igual que lo haría un mariachi. Los invitados gritan como locos para animarlo, silban y aplauden. Al principio pienso que se burlan de él y siento pena, pero enseguida me doy cuenta de que lo aprecian de verdad.

Nada me han enseñado los años  
siempre caigo en los mismos errores,  
otra vez a brindar con extraños  
y a llorar por los mismos dolores.

Hernán se pega a mi espalda y me susurra al oído su historia. El Chimuelo llegó a Santa Teresa hace veinte años, ya sin dientes y en un coche con matrícula mexicana del que se deshizo enseguida. Compró el hotel Brisa por un millón de dólares a un canadiense que quería jubilarse. El hecho de que

pagara semejante cantidad de dinero en efectivo y que se pasara los dos primeros meses encerrado en el edificio completamente solo y borracho hizo que todos pensarán que se trataba de un narcotraficante o algo parecido. Sin embargo, pronto descubrieron que era buena gente, buena onda, como decía él, y que el motivo de su encierro no había sido otro que el mal de amores.

Tómame esta botella conmigo  
y en el último trago me besas.  
Esperamos que no haya testigos  
por si acaso te diera vergüenza.

Si algún día sin querer tropezamos  
no te agaches ni me hables de frente,  
simplemente la mano nos damos  
y después que murmure la gente.

—Lloró todas sus penas en esos dos meses. Después salió, puso el hotel a funcionar y ahí lo tienes. Sin dientes y con un único afán: disfrutar al máximo lo que le quede de vida —me explica Hernán.

Nada me han enseñado los años  
siempre caigo en los mismos errores.  
Otra vez a brindar con extraños  
y a llorar por los mismos dolores.

Tómame esta botella conmigo  
y en el último trago nos vamos.

El Chimuelo termina la canción con un chorro de voz lleno de pasión y una expresión triste en el rostro. Aunque todos aplaudimos sin parar, él no sonríe y su mirada se pierde en el pasado. La gente silba y le grita cosas entusiasmada. «¡Muy bien, *mae!* ¡Bravo, Chimuelo! ¡Eres lo más!...». Pero él ya no está en la fiesta, sino muy lejos, tal vez en México, y las lágrimas acarician sus mejillas. Unai acude al rescate y consigue sacarlo de sus recuerdos dándole unas palmadas cariñosas en la espalda. El Chimuelo se frota la cara y vuelve a sonreír al son de *La mordidita* de Ricky Martin.

De nuevo la gente se anima. Hernán me obliga a girarme y a bailar con él.

Aprovecho la oportunidad para averiguar algo del español.

—Y Unai, ¿qué hace aquí? ¿Cuándo llegó? —pregunto.

—Hace tres meses. No lo conozco mucho. Solo sé que le gusta surfear y que cocina cosas exquisitas.

—Pero ¿tiene novia?

—¿Quieres ponerme celoso? —bromea en mi oído.

—¡Sí, claro! —exclamo, tal vez con demasiado énfasis porque se pone de pronto muy tenso y detiene nuestro baile en seco.

Me separo de él para averiguar qué ocurre y descubro que no se trata de mí. Con el rostro crispado, Hernán lanza por encima de mi hombro una mirada que me hiela la sangre. Me giro y veo que, desde la barra, un tipo nos mira amenazante. Tiene el pelo muy negro, la piel casi tan oscura como su mirada y, a juzgar por la lucha que mantienen las mangas de su camiseta con sus bíceps, es evidente que pasa más tiempo en el gimnasio que leyendo a Tolstói. El camarero americano le sirve un vaso de licor con un líquido marrón. El hombre lo bebe de un trago y viene directo hacia nosotros. Hernán me aparta con el brazo y se coloca delante de mí. La mirada de uno y la tensión del otro anuncian que va a pasar algo muy, muy malo. Busco ayuda a mi alrededor, pero todo el mundo baila sin percatarse de nada. El hombre de la barra se encara con el mentón en alto a Hernán. Resulta ridículo, porque este le saca una cabeza, pero no parece tener ningún complejo por ello. Están apenas a unos centímetros uno del otro. Murmuran algo que no llego a entender porque la música está demasiado alta, pero según van levantando la voz lo oigo todo con claridad:

—¿Es tu nueva novia, *mae*? —pregunta el tipo misterioso.

—Te gusta, ¿eh? Pues no la vas a tocar. Ella no es como Evelyn.

Oír ese nombre me obliga a dar un paso atrás.

—Eso ya lo veremos —amenaza el hombre malo rozando con el dedo índice el pecho de Hernán.

—¡Hijo de puta!

Hernán descarga toda su ira asestando un puñetazo en plena cara a su enemigo, que apenas parece inmutarse. Vuelve a la carga, pero el hombre bíceps lo esquiva y lo golpea con fuerza en el estómago. A partir de aquí todo ocurre en un instante. Los invitados se dan cuenta al fin de lo que está pasando. Unai y varios hombres corren hacia nosotros e intentan separarlos. Yo estoy tan asustada que no consigo moverme, ni siquiera cuando un golpe del hombre bíceps que Hernán consigue esquivar viene directo hacia mí. En

un acto reflejo, me cubro el rostro con las manos y espero el impacto con entereza espartana. No siento ningún golpe, sino una fuerza que me aparta con rapidez a un lado y me envuelve en un cálido abrazo. Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Oliver.

—¿Estás bien? —pregunta alarmado.

—Sí, pero Hernán se está peleando —informo nerviosa.

—Lo sé. Quédate aquí y no te muevas. ¡Max! —grita.

Lo veo desaparecer entre la gente, arremolinada alrededor de la pelea, y siento el hocico húmedo de Max en mi mano.

«Tranquila, Coco, yo te protegeré», me asegura nervioso.

Gracias a Oliver consiguen detener la pelea. La música ya no suena y solo se escuchan los gritos de Hernán y su enemigo. Se están llamando de todo y el nombre de Evelyn surge una y otra vez. Oigo también la voz de Unai intentando calmarlos, pero los gritos no cesan hasta que Oliver interviene:

—¡Basta! —grita.

Su voz ronca retumba por todos los rincones del cenador. Y de mis entrañas. Ese eco, mezclado con el susto que llevo en el cuerpo y con el recuerdo de su olor, despierta en mí sensaciones desconocidas, excitantes, sensaciones que... ¡buf!... Coco, ¿te estás poniendo cachonda?

«Grrr», gruñe Max a mi lado.

— Kenneth, ¡lárgate de aquí! —ordena Oliver.

El silencio lo invade todo. El círculo que han formado los invitados alrededor de la pelea se abre para dejar salir al hombre malo con la nariz sangrante y ciego de ira. Bueno, ciego del todo no, más bien tuerto, porque al pasar junto a mí se detiene. Me mira de arriba abajo y me dedica una sonrisa maligna que me pone los pelos de punta. Max gruñe: «Te lo advierto, si la tocas te quedas sin aparato reproductor, ¿entendido?».

Pero por más que lo amenaza enseñando los dientes, el hombre no se inmuta y se queda plantado frente a mí.

—¡Hijo de puta! —oigo gritar de nuevo a Hernán, que consigue escapar del grupo y corre como loco hasta derribar a Kenneth por la espalda.

Ambos caen a mis pies. Max ladra desesperado mientras Oliver y Unai acuden para separarlos de nuevo. Ahora sí, cuando lo consiguen, Kenneth desaparece entre los insultos que sigue dedicándole su oponente.

—¡Hernán! —grita Oliver—. Déjalo. Evelyn no va a volver.

—¡Por vuestra culpa! ¡Por TU culpa! —le grita a su socio, lleno de rencor.

—¡Basta!

Con suma dificultad se lo llevan hacia la barra, donde el camarero americano prepara una bolsa con hielos que le entrega a Manuel, el doctor Chancla. La gente empieza a dispersarse, aunque un pequeño grupo continúa alrededor de Hernán. Entre ellos Oliver, que observa atento como el médico trata de detener la sangre que cae por el ojo izquierdo de su socio. Con voz ronca, da instrucciones y zanja la indignación que Hernán intenta sacar de su cuerpo en forma de palabras malsonantes.

Cuando todo parece estar un poco más calmado, el doctor Chancla se lleva a Oliver fuera del grupo, sujetándolo por el brazo. No oigo bien todo lo que dicen, pero alcanzo a entender que es necesario trasladar a Hernán a algún sitio para darle puntos. Saca de su pantalón unas llaves, supongo que de su todoterreno, y se las entrega. Vuelven donde está Hernán y, entre el doctor y dos hombres más, se lo llevan escaleras abajo.

Oliver contempla su marcha con los brazos cruzados y la mirada seria, llena de preocupación. Agacha la cabeza vencido y suspira. Aunque siento una necesidad imperiosa de abrazarlo, no consigo moverme. Unai y Lola se acercan a él. Les pregunta cómo empezó la pelea. Ellos no lo saben. Puede que Coco... Oliver levanta de pronto la vista y me busca alarmado. Estoy en el mismo sitio donde me dejó, junto a Max, temblando como una gelatina en mitad de un terremoto de siete millones de grados en la escala Richter. Viene hacia mí con el paso acelerado.

—¿Estás bien? —pregunta, y acaricia mi cuello.

—He perdido el hibisco —me lamento con voz trémula.

Oliver sonrío. Busca en el bolsillo de su camisa blanca y saca un hibisco rojo. Al ver que tiene un pétalo roto se disculpa:

—Lo siento, estaba recién cortado. Se ha debido de aplastar con todo este lío.

—Gracias —murmuro.

Alargo mi mano para cogerlo, pero Oliver la detiene y la lleva a su pecho, que sube y baja con agitación. Coloca el hibisco en mi pelo. Me mira a los ojos, piensa, duda... Presiento que su corazón late muy fuerte.

—Vamos, te acompaño a tu hotel —susurra.

La música vuelve a sonar y algunos, como el Chimuelo, siguen bailando, pero ya no es lo mismo. Nada es lo mismo.

# 12

Salimos del Rey Panza sin despedirnos de nadie, como dos almas furtivas a punto de cometer una fechoría. Cruzamos la carretera hacia la playa, escoltados por Max. De nuevo, una enorme luna es suficiente para iluminar nuestros pasos.

Oliver se detiene.

—Dame un momento, por favor —suplica.

Lo veo alejarse y no puedo evitar sentir una punzada en el pecho. Temo que desaparezca, que se esfume igual que un sueño al despertar.

«Tranquila, Coco. El jefe quiere estar solo. Hazme caso a mí, tontorróna». Max se coloca a mi lado y me exige atención.

Le rasco la cabeza. Él ya ha pasado página, ya ha olvidado la pelea y ahora solo le interesa disfrutar de mis caricias. Yo, sin embargo, sigo sintiendo la mirada maligna de Kenneth y escuchando las palabras de Hernán. ¡Tú la mataste! ¡Por vuestra culpa! ¡Por TU culpa!

Observo la silueta de Oliver sobre el brillo del mar. Mataría por saber qué piensa, quién es Kenneth y qué demonios tiene que ver con Evelyn, aunque algo me dice que no lo sabré esta noche y tal vez nunca. Intuyo que es una historia demasiado oscura para contársela a alguien como yo, una joven perdida que está de paso en Santa Teresa.

«Coco, ráscame, que te distraes», me regaña Max con un gemido.

—Vale, vale. Impaciente —murmuro.

Un chapoteo seguido de una maldición llega hasta nosotros. Oliver está agachado junto al agua. Algo va mal. Tengo que ir con él. Necesito ir con él.

«No, Coco, quédate conmigo», gime Max al ver que me alejo.

Cuando llego a su lado, remango mi vestido y me arrodillo junto a él.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, tranquila, es solo un rasguño —murmura.

Levanto su mano y la examino con dificultad porque la luz de la luna no es suficiente. Lo obligo a ponerse en pie para verla mejor. Una mancha negra recorre el borde de sus nudillos. La acaricio con cuidado y empieza a manar un líquido oscuro. Es un buen corte.

—Sujeta esto —le pido entregándole el hibisco.

Suelto el pañuelo que llevo a modo de diadema, lo estiro y lo desgarró con fuerza para conseguir una tira con la que vendarle la herida. Tomo su mano y la envuelvo intentando ser cuidadosa, pero tengo que apretar fuerte para que deje de sangrar. Terminó atando un nudo como buenamente puedo. Oliver me observa atento, inmóvil, dejándome hacer.

—Deberíamos regresar al Rey Panza para ver si tienen un botiquín. Hay que desinfectar la herida —afirmo. Él observa muy quieto su mano, aún entre las mías. Sigue sin reaccionar ni decir nada—. Oliver, es un corte profundo —insisto acariciando su cara para hacerlo despertar.

Retiene mi mano contra su rostro un instante. De nuevo me mira, piensa y duda. Después, tira el hibisco al agua, rodea mi cintura con desesperación y me besa.

Nuestros labios se buscan con ansia, como si llevaran toda la vida esperándose, confirmándonos que no hay nada que pensar, que este beso era inevitable y que ambos lo supimos en el momento en que pactamos no hacernos preguntas.

—Coco... —murmura, sin separarse apenas de mí—. Lo que acabas de hacer

—¿Te duele?

—No. Es que no consigo recordar cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por mí.

Sus palabras me causan una profunda tristeza y enredo mis brazos con fuerza alrededor de su cuello. Siento su mano vendada aferrarse a mi espalda y un suspiro escondiéndose en mi pelo. Pero también siento su tormento. «¡Tú la mataste! Evelyn no va a volver. ¡Por TU culpa!». Es un dolor intenso, de los que te obligan a claudicar. Lo sé porque conozco muy bien esa respiración derrotada con la que intentas apaciguar tu tortura. No buscas ayuda porque no hay nada que puedan hacer por ti. Solo buscas consuelo, que alguien te abrace sin decir nada. ¿Cuántas veces me habré escondido así en brazos de mi padre después de discutir con Minerva?

—Bueno, conmigo lo tienes fácil. Desde que me atropellaste con tu tabla de surf vivo preocupada por ti. Por si vuelves a intentarlo, vaya —bromeo en su oído.

Mi plan da resultado. Oliver lanza una sonora carcajada al cielo, que resuena en mi caja torácica llenándola de felicidad, especialmente cuando se convierte en un largo y apasionado beso que Max no duda en interrumpir.

«¿Qué hacéis? —gime a nuestros pies reclamando atención—. Eooo», insiste levantándose sobre sus patas traseras.

El dulce sabor de Oliver, el misterio que lo rodea y el anhelo con el que mi cuerpo parece querer unirse con el suyo hacen que sienta una mezcla de decepción y alivio cuando pega su frente a la mía, acaricia mi rostro y susurra:

—Vamos.

Caminamos de la mano, envueltos en un silencio que me aterra con su amenaza de estropearlo todo. No quiero que piense en la pelea ni en nada malo. Quiero distraerlo, darle una tregua. Según Minerva, la mejor forma de agradar a un hombre es hacerle hablar sobre sí mismo, aunque con Oliver eso puede resultar peligroso. Tal vez hablando del PranaParadise...

—No le he visto en toda la tarde, *lisensiado* —le reprocho.

—Lo siento, no pude ir a verte. ¿Qué tal te fue?

—Bien. María es un encanto.

—Sí. Pobre María —susurra.

—¿Pobre? —me intereso. ¿Pobre? ¿Con la envidia que le tengo a esa mujer? No contesta. El silencio regresa y, encima, viene acompañado de su amigo el misterio. Bravo, Coco, eres un genio. Menos mal que tienes a Max:

«¿Coco! ¡Mira lo que tengo! ¡Un palo! ¿Me lo tiras, por favor?».

Se lo quito de la boca y lo lanzo todo lo lejos que puedo sin darme cuenta de que he soltado la mano de Oliver.

—Le gustas —afirma con su voz ronca.

—Él a mí también —confieso.

Busco su mano en la oscuridad, pero no la encuentro y caminamos unos metros así, cada uno por nuestro lado. A cada paso que damos me siento morir porque no sé qué hacer ni qué decir, hasta que Oliver rompe el silencio.

—«Sé que voy a quererte sin preguntas, sé que vas a quererme sin respuestas» —susurra de pronto.

—Mario Benedetti —afirmo.

—¿Conoces ese poema? —pregunta asombrado.

—Bueno, no me lo sé de memoria, pero sí. Me gusta mucho leer.

Creo adivinar su sonrisa cuando toma de nuevo mi mano y me abraza, logrando que mi felicidad resurja de sus cenizas cual ave fénix rebosante de vitalidad.

—¿Qué estás leyendo ahora? —murmura en mi oído.

—Nada. No me traje ningún libro y lo llevo fatal. Necesito leer —admito.

—¿No tienes lector de libros electrónicos? A mí no me gustan porque soy un cursi. —Aunque él se ríe, siento un nudo en el estómago al recordar que ese fue el último regalo de Navidad que me hizo Jaime. Un frío y práctico libro electrónico.

Me deshago de su abrazo y camino tirando de su mano.

—Sí, tengo uno, pero está lleno de manuales de fisioterapia. Prefiero los libros de siempre —le explico.

Oliver me sigue con desgana.

—Puedo prestarte alguno, ¿qué te gusta leer?

—Sorpréndeme —propongo con picardía.

Una ola alcanza nuestros pies. Al igual que hizo en la fiesta, Oliver me aparta con un abrazo y me desplaza unos metros más allá, donde la arena está seca. Sin soltarme, acaricia mi labio inferior con el pulgar. Respiro su olor con cada poro de mi piel y no puedo evitar temblar cuando me besa, porque ya no son solo nuestros labios reconociéndose, somos nosotros buscando algo más en el cuerpo del otro. Siento la respiración de Oliver agitarse al mismo ritmo que mi corazón se desboca. Siento su deseo. Y el mío. ¡Oh, no! ¡Oh, no! ¿Qué haces, Coco? ¿Qué haces? Vivir, maldita sea, ¡vivir!. Aunque esto parezca una barbaridad. Porque lo es y Oliver lo sabe. Por eso, ahora es él quien se deshace del abrazo y emprende el camino tomando mi mano.

—Quería preguntarte algo. —Su voz ronca se vuelve seria—. ¿Estás segura de querer alojarte en el Brisa?

—¿Por qué?

—El Chimuelo es buena gente, pero cada vez tiene peores huéspedes. Como ya no puede bajar más los precios, la única forma que tiene de conseguir clientes es hacer la vista gorda en muchas cosas, y eso solo atrae gente con malas intenciones. Un hotel necesita reparaciones constantes y en diez años él no ha hecho ninguna. Le compró el Brisa a...

—A un canadiense, lo sé. Me lo contó Hernán —interrumpo.

—¿Hernán? —pregunta deteniendo el paso.

—Sí, en la fiesta. El Chimuelo nos desgarró a todos el alma cantando una ranchera y me contó su historia —le comento.

Oliver suelta mi mano y permanece en silencio unos instantes.

—¿Por eso estabas tan cerca de la pelea? ¿Estabas con Hernán?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Te invitó él a la fiesta? —Cada vez está más tenso.

—No. Nos invitó el Chimuelo. Hasta nos llevó en su *quad*, una experiencia que espero no repetir —anuncio intentando hacerlo reír. Pero no se ríe—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada —miente.

Me ajusto bien las gafas para escanear su expresión. No sé qué ocurre, pero si es lo que yo pienso, solo hay una forma de comprobarlo.

—Oliver, hablemos claro, ¿vale? Cuando llegué al Rey Panza me escapé un momento a la playa para ver la puesta de sol. Me picó un pez globo, Hernán me vio dando saltos y se acercó.

—¿Que te picó un pez? —pregunta asombrado.

—Sí. Bueno, los peces no pican, muerden. ¿Qué más da eso? Después estuvimos jugando con un cangrejo ermitaño y fuimos a la fiesta. Como Lola no se separaba de Unai, Hernán se quedó conmigo todo el tiempo. Es un encanto.

—Sí, un encanto —refunfuña.

Lo sabía, está celoso. ¡Qué mono! Voy a picarlo un poco más.

—Bailamos, bebimos y nos reímos sin parar. Hasta que apareció ese tal Kenneth —continúo con malicia.

—Esto es una locura —gruñe Oliver por lo bajo, llevándose las manos a la cabeza. Creo que me he pasado con la malicia.

«¡Lo encontré, Coco! ¡Lo encontré! Venga, otra vez», interrumpe Max, ajeno a la tensión que se masca en el ambiente.

Le quito el palo de la boca y, desesperada, amenazo con él a su dueño.

—Oliver, no sé qué estás pensando, pero no me arrepiento de nada de lo que he hecho esta noche porque estoy segura de una cosa: me gustas tú. ¿Te enteras o te doy otro bofetón para explicártelo?

«No, Coco, no —gime Max saltando entre nosotros dos—. Él no quiere jugar. ¡Lánzame a mí!».

Mantengo la tensión unos instantes más esperando que Oliver reaccione. Al ver que no lo hace, me doy por vencida. Le lanzo el palo a Max, doy media vuelta y continúo con nuestro paseo a solas.

Oliver tiene razón, esto es una locura. Hace solo tres días que escapé de mi boda. ¿Qué esperabas, Coco? ¿Qué? Vivir es difícil y lleva mucho tiempo. Además, la suerte no es lo tuyo, ya lo sabes. Lo bueno no es para ti.

Con disimulo, miro hacia atrás. Oliver sigue en el mismo lugar donde lo dejé, con los brazos cruzados, dando vueltas cabizbajo, como un entrenador de fútbol al borde de la dimisión. Daría lo que fuera por que me siguiera,

entre otras cosas porque es de noche, tengo miedo y me veo incapaz de encontrar el Brisa yo sola.

Mi agobio va en aumento a cada paso que doy, sobre todo cuando un chasquido que proviene de la vegetación me hace dar un salto. Vuelvo a mirar atrás. La figura de Oliver se va reduciendo al mismo ritmo que mi esperanza de vida. ¡Qué tonta eres, Coco! ¡Qué tonta!

Max viene hacia mí con el palo en la boca. Al menos, con él al lado no se me acercará ningún mono, a no ser que Oliver lo llame con un silbido como el que suena justo ahora. El perro me mira extrañado.

—No, por favor —le suplico.

«Tranquila, Coco, voy a ver qué quiere. Tú sujétame el palo».

Sale corriendo hacia su desconsiderado dueño dejándome sola. Indignada. Asustada. Otro chasquido surge de la vegetación y, en un acto reflejo, lanzo el palo en dirección al sonido. Mala idea. He debido de despertar a un bicho volador con muy malas pulgas. Por el zumbido, debe de ser enorme. Por la velocidad a la que se dirige hacia mí tiene un cabreo monumental. Remango mi vestido para salir corriendo. Mala idea también, porque lo único que consigo es que el bicho se cuele por debajo. Cuando siento cómo tropieza contra mis piernas...

—¡¡¡Ahhh!!! —grito desesperada desnudándome de inmediato y tirando la prenda al suelo.

—*Bzzz. Bzzz. Bzzz* —zumba el bicho, que se ha quedado atrapado en la tela.

—¡¡¡Ahhh!!! —grito muerta de asco interpretando la versión acelerada del baile de San Vito en ropa interior.

Odio los bichos, odio que zumben y odio que me hagan quedar como una estúpida. Lo odio tanto que levanto una de mis sandalias y empiezo a apalear con saña el vestido, hecho un gurrño sobre la arena.

—*Bzzz. Bzzz. Bzzz.* —Encima se está pitorreando porque no le doy.

—¡Muere, maldito! —le grito alzando la sandalia una vez más con los pelos revueltos y cara de sádica.

No puedo ejecutar mi sentencia porque Oliver detiene mi mano.

—¿Estás bien? —me pregunta.

«¡Aquí hay algo! ¡Aquí hay algo!», gimotea Max olisqueando la tela.

No contesto. Estoy demasiado desnuda para hacerlo. Oliver palpa el vestido hasta que encuentra el origen del zumbido.

—Creo que es un escarabajo —anuncia. Desenreda la tela y el muy coleóptero emprende el vuelo así, sin despedirse ni pedir disculpas.

Oliver estira el vestido, lo sacude y se gira hacia mí, que sigo agazapada en ropa interior. Me ofrece su mano y me pongo en pie muerta de vergüenza. Alargo el brazo para que me entregue la prenda, pero en lugar de dármela, me ayuda a vestirme. El cabreo se me pasa, el susto se me olvida y un tembleque se apodera de nuevo de mí cuando me envuelve en sus brazos.

—Lo siento —se disculpa.

—¿El qué? ¿Haberme besado? ¿Decir que esto es una locura? ¿O no haber matado ese bicho? Porque eso sí que es imperdonable —confieso.

Oliver se ríe.

—Todo. Excepto besarte. Es que no estoy acostumbrado a que me pasen cosas buenas —confiesa.

—Yo tampoco, Oliver, pero esta me gustaría vivirla —suplico.

—Sí. A mí también —asegura abrazándome fuerte.

—Espera, antes de que digas nada más. Debes saber que también estuve con tu amigo Manuel, el doctor Chancla. Te lo digo por si quieres sentir celos de él también —digo con picardía para provocarlo.

—¿Doctor Chancla? —pregunta sorprendido.

—Me atendió en bañador y chanclas, ¿de qué otra forma iba a llamarlo?

De pronto, Oliver estalla en carcajadas. Se ríe tanto que tiene que soltarme y el alivio que siento por dentro me obliga a quedarme quieta, escuchando feliz la risa que sale de semejante cuerpo. Observo cómo se estira y se retuerce una y otra vez, hasta que al fin cae de rodillas al suelo. Lo imito y cuando estoy a su altura lo regaño:

—¡No te burles de mí!

Oliver tira de mis hombros hacia él y rodamos por la arena poniéndonos perdidos. A ninguno de los dos parece importarnos, menos aún cuando cesan nuestras risas porque nuestros labios vuelven a tropezar sin remedio.

Su sabor, su respiración agitada y la pasión con la que acaricia mi piel, desde el cuello hasta el borde de mi escote, me enloquecen. Pero es cuando retira con suavidad el tirante del vestido para besar mi clavícula cuando el deseo se apodera de todo mi ser. Hundo mis dedos en su pelo para acercar su boca a la mía y devorarla. Cierro los ojos. No, besarlo no es suficiente. Necesito más, necesito sentir el calor de su piel en contacto con la mía. Por eso mis manos desabotonan su camisa con la misma urgencia con la que él me libera del vestido, y no puedo evitar que un gemido escape de mi garganta cuando, al fin, nuestros cuerpos desnudos se funden.

«¡Chicos! ¿Qué hacéis? He encontrado otro palo. Coco, títamelo»,

interrumpe Max lloriqueando a nuestro lado.

—Max, ¡fuera! —le ordena Oliver nervioso.

«Aburridos», gime el pobre al alejarse cabizbajo con el palo en la boca.

—Lo siento —se disculpa su dueño acariciando mis mejillas con su mano vendada.

—No importa, *lisensiado* —murmuro provocativa, con la voz agitada.

—Oh, me encanta que me llames así.

Recorro su torso desnudo hasta sus caderas, empujándolas hacia mí. Oliver toma mis manos, las sujeta sobre la arena y recorre a besos cada centímetro de mi pecho hasta volver a mis labios. Siento cómo los acaricia y quiero poseer los suyos, hacerlos míos para que no puedan besar nunca a nadie más. Muerdo su labio inferior. El cuerpo de Oliver reacciona al mordisco dejándose llevar por la pasión y, cuando intuyo que va a estallar de placer, me entrego por completo y alcanzamos juntos un éxtasis que hasta la luz de la luna parece disfrutar.

Exhausto, Oliver deja caer su cuerpo sobre el mío. Lo abrazo con fuerza, respiro su olor y trato de memorizar el universo de sensaciones que acabo de vivir.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Santa Teresa? —susurra de pronto en mi oído.

No sé qué contestar.

—Solo puedo decirte que ojalá no tenga que irme nunca —murmuro.

Todo huele a locura. Su piel, la luz de la luna, la arena y la promesa que Oliver graba en mi corazón con un suave suspiro:

—Descubriré de qué depende y conseguiré que te quedes para siempre.

# 13

A Minerva le encantaba recordarme que Jaime era mi alma gemela.

—Ambos sois jóvenes, de buena familia y atractivos. Has tenido mucha suerte, aprovéchala —solía decirme.

Ahora entiendo lo equivocada que estaba. Un alma gemela es alguien que aparece sin avisar y que revoluciona tu vida. Alguien que te hace el amor a la luz de la luna en un país que jamás habrías visitado. Puede que tenga muchas cosas en común contigo o puede que ninguna. Incluso es posible que haya matado a una mujer y que eso te inquiete hasta tal punto que decides no creértelo. La cuestión es que marque un antes y un después, como diría Benedetti. Oliver acaba de dibujar con cada beso y cada caricia esa línea invisible que indica que ya nada va a ser lo mismo.

Tras un camino lleno de abrazos, risas y pasión, llegamos al Brisa. Cuando estamos cruzando el camino de palmeras que lo separa de la playa, escuchamos el rugido de un *quad* pidiendo a gritos que lo lleven al desguace.

—Ese es el Chimuelo —anuncio.

Nos asomamos al aparcamiento y vemos el vehículo detenerse bajo la luz del letrero de neón con tres siluetas a bordo. Son Unai y Lola tratando de sujetar como pueden el cuerpo casi inconsciente del Chimuelo. El pobre inglés no se tiene en pie, pero no es eso lo que me alarma, sino Lola, que no puede parar de reír con cada tontería que dice o hace Unai.

Un hombre bajito que sale de recepción se acerca a ellos.

—Vamos, *mae*, ayúdame —le suplica Unai.

Oliver acude en su ayuda y entre los tres se llevan al Chimuelo dentro. Lola y yo nos quedamos en el aparcamiento comentando lo bonita que está la luna. Las preguntas del tipo por-qué-te-hace-tanta-gracia-todo-lo-que-dice-Unai y por-qué-tu-pelo-está-tan-revuelto es mejor dejarlas para después.

Nuestros dos ¿novios? salen del hotel hablando de la pelea.

—Lo siento mucho —se disculpa Oliver con su vozarrón—. Si te rompieron algo dímelo, por favor. Te pagaré lo que sea.

—Tranquilo, al final no fue para tanto. ¿Quién es ese tipo, ese tal Kenneth?

—pregunta Unai.

Oliver se revuelve incómodo y le da dos palmadas en el hombro para dejar claro que no es el momento de entrar en detalles.

—Es un hombre muy peligroso, especialmente si Hernán está cerca — contesta.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, ¿lo habéis pasado bien? —nos pregunta Unai a nosotras.

—Sí, muy bien —confirma Lola mirando al suelo. ¡Lola mirando al suelo!

—Oliver, no sé qué opinas tú, pero no me gusta que estas señoritas tan guapas se alojen aquí —observa nuestro nuevo amigo.

—A mí tampoco —confirma Oliver.

—No falta mucho para que termine la temporada alta, así que en breve tendré alguna habitación libre que puedo dejaros a buen precio —nos ofrece Unai.

—No será necesario —interrumpe Oliver tajante—. Trabajan conmigo, así que mañana mismo se mudan al PranaParadise. Tengo una de las habitaciones para empleados libre. Es pequeña, pero allí estaréis bien.

—¿En serio? —grito muriéndome de la emoción.

—¡Genial! Gracias, tío —Unai le da una palmada en la espalda.

—Gracias a ambos, pero nos quedaremos aquí —rectifica Lola.

Los tres la miramos sorprendidos. Yo sobre todo.

—Lola... —suplico.

—Coco... —me advierte.

Unai se acerca a ella y acaricia sus rastas.

—Si vieras la habitación donde hemos dejado al pobre Chimuelo...

—La nuestra está bien —asegura mi amiga sonriente.

—No me gusta —insiste Oliver contemplando el edificio—. Podéis tener problemas.

—¡Oh, vamos! He dormido en sitios mucho peores, incluso en la calle — protesta Lola.

—¿Y tú? —me pregunta Oliver tomando mi cara entre las manos.

—Yo prefiero irme contigo, pero no puedo dejarla aquí sola. Lo entiendes, ¿verdad? —confieso.

—Intenta convencerla, por favor —me suplica.

—Lo haré —balbuceo, perdida en su voz.

—Tengo que irme, es tarde —anuncia Oliver.

—Sí, es tarde —confirma Unai, rodeando a Lola por la cintura para luego

besarla con más pasión de la que me esperaba.

Saltan todas las alertas en mi cerebro y solo dejo de escucharlas unos segundos, lo que dura el tierno beso de despedida que me da Oliver.

—Gracias por vendarme la herida —susurra.

—De nada.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, *lisiensado*.

En silencio e impulsadas por la fuerza del enamoramiento más infantil, Lola y yo casi levitamos escaleras arriba hasta nuestra habitación. Cerramos la puerta, encendemos la luz y mis temores se confirman. Ahí está esa sonrisa.

No es raro ver a Lola sonreír. Es algo tan natural en ella que cuenta con todo un arsenal: la sonrisa sincera, la compasiva, la pícara, la neurótica, la divertida, la de esta noche vamos a desmadrarnos, la de me importa un bledo lo que pienses de mí, y tantas otras más. Las conozco todas a la perfección excepto esta, porque hace mucho tiempo que no la veo y porque duró muy poco. Es la sonrisa de «estoy enamorada».

—Lola, ten cuidado —le advierto muy seria.

—¿Por qué?

—No sabemos nada de Unai.

Lejos de enfadarse o de echarme en cara que lo único que sabemos de Oliver es que tiene un hotel y que lo culpan de haber matado a una mujer, se le ilumina la cara y suspira:

—Sí, ya lo sé, pero le gustan mis rastas. ¿Sabes lo que eso significa? —me pregunta con voz tierna.

—¿Que está tan loco como tú?

—¡No, tonta! Significa que no tiene nada que ver con Gabriel.

Sus palabras me dejan de piedra.

—¡Lola! ¡Lo has dicho! —exclamo.

—¿El qué?

No me puedo creer que no se haya dado cuenta.

—Has... ¡has nombrado a Gabriel!

Ella abre mucho los ojos, repasa sus palabras y, al fin, grita:

—¡Sí! Lo he hecho, ¿verdad? ¡He dicho Gabriel! Gabriel, Gabriel, Gabriel...

¿Hace cuántos años que no la oigo mencionar ese nombre maldito? ¿Seis? ¿Siete? ¿Acaso importa? No. Lo importante es que lo está nombrando y que,

al hacerlo, está dando carpetazo por fin a aquella horrible historia.

\*\*\*

Gabriel fue el primer amor de Lola. Antes de conocerlo, ella era una niña perfecta de la alta sociedad. A los diecisiete años hablaba cuatro idiomas, jugaba al golf, al tenis y al polo, tenía modales exquisitos y tardaba exactamente un minuto y ocho segundos en recitar todos sus títulos nobiliarios. Era tan perfecta como su familia. No son los típicos ricos de cuna que se dedican a vivir la vida. Su padre es abogado del Estado, su madre asesora de comunicación de varias multinacionales y sus dos hermanos mayores estudiaban, por aquel entonces, en Harvard. Todo apuntaba a que Lola seguiría el mismo camino hacia la perfección, pero Gabriel apareció en su vida y lo estropeó todo.

Fue a mitad de curso, en segundo de bachillerato. La puerta de nuestra clase se abrió y se asomó un joven moreno de mirada misteriosa. El profesor nos explicó que era un estudiante nuevo que acababa de mudarse desde Roma. Al principio no nos llamó mucho la atención, pero en menos de dos meses Lola estaba perdidamente enamorada de él. Tanto, que se quedó embarazada. Todavía recuerdo el brillo en sus ojos al decírmelo, justo antes de entrar a un examen.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—¿Cómo que qué voy a hacer? ¡Formar una familia, tonta! —exclamó tajante, segura de su decisión.

—¿Ya lo sabe Gabriel?

—¡No! Estamos de exámenes. No quiero que nada lo distraiga. Será mi sorpresa de fin de curso —me explicó.

Y sí, fue una sorpresa para todos, menos para él. Acogió la noticia con demasiada calma y una extraña alegría, como si lo esperara. Se presentó en casa de Lola y, cogidos de la mano, soltaron la bomba del embarazo y anunciaron que se querían casar. Los padres de Lola se opusieron de todas las formas posibles, pero ella acababa de cumplir dieciocho años y lo único que consiguieron fue que se marchara a vivir con la familia de Gabriel. Allí empezaron a planear su boda. Sería una ceremonia sencilla a finales de septiembre.

Todo iba bien, tanto el embarazo como los preparativos, hasta que un día Lola recibió una visita. La mía. Sus padres habían contratado una legión de

detectives privados que investigaban cada paso que daban Gabriel y su familia con el fin de descubrir algo sucio que hiciera a su hija cambiar de idea. Serían muy detectives y muy privados, pero tan inútiles que no fueron capaces de encontrar nada. Yo, sin embargo, sí lo conseguí. Solo tuve que meterme en Facebook. Con mucha paciencia y un diccionario español-italiano encontré el perfil de Gabriel en Italia. En él se jactaba de haber dejado embarazada a una *duchessa boba* muy rica gracias a la cual no tendría que trabajar jamás. Leer aquello le rompió el corazón a Lola, pero lo que vino después, en cierto modo, la mató, porque hizo que aquella niña perfecta desapareciera para siempre. Gabriel había colgado en su muro una foto de Lola casi desnuda. Por lo visto, ella accedió a dejarse fotografiar así con el argumento de ir viendo la evolución del embarazo. Jamás pensó que el fin de esa foto fuera demostrar a sus amigos italianos que, además de rica y tonta, era *bellissima*.

—Llévame a casa —me suplicó, sin apenas voz, con el rostro lleno de lágrimas.

Ni siquiera recogió sus cosas. Salimos de casa de Gabriel sin decir nada a nadie. Nicasio, el chófer de Minerva, nos esperaba en la puerta. Fue él quien reparó en que Lola sangraba. La llevamos directamente al hospital, donde perdió a su bebé y las ganas de vivir. Estuvo ingresada en psiquiatría durante casi tres meses. Fue un infierno para ella, pero no mucho menor que el que encontró al salir.

Comenzaron las sonrisas falsas, los juicios y los rumores que la persiguieron con implacable crueldad durante mucho tiempo, hasta que su familia consiguió acallarlos a golpe de talonario. Fue entonces cuando se rebeló contra todo. Elegía *looks* cada vez más radicales con el fin de ahuyentar a personas que, como Gabriel, solo se acercaban a ella por su posición, y dejó de lado cuanto le hacía recordar su estatus. Lo único que consiguió fue empeorar las cosas. La presión sobre ella era tal, que entendió que solo podría salvarse poniendo tierra de por medio. Se las ingenió para engañarnos a todos, haciéndonos creer que estaba recuperada y que quería volver a estudiar. Con la esperanza de que así fuera, su familia le preparó a conciencia un plan de estudios preuniversitarios en Nueva York: billete de avión en primera clase, estancia en una residencia universitaria donde se relacionaría con los jóvenes mejor posicionados del mundo y varias tarjetas de crédito repletas de dinero.

Felices por el nuevo rumbo que tomaba su vida, la acompañamos al aeropuerto. Aún me duele la mirada con la que se despidió de mí, una mirada que intentaba decirme que no volvería y que yo no supe interpretar. Debiste haberlo imaginado, Coco, debiste impedir que lo hiciera. Pero no lo hice.

Cuando llegué a casa recibí una llamada desesperada de su hermano. Lola había dejado las tarjetas de crédito encima de su cama con una nota que decía:

No necesito dinero, necesito saber quién soy.

Os quiero mucho.

Lola

Con tan solo diecinueve años, desapareció del mapa durante catorce interminables meses. Sus padres volvieron a contratar a los mismos detectives inútiles y, por más contactos de alto nivel que movieron, fueron incapaces de dar con ella. Finalmente, un día los llamó desde Los Ángeles. Tras recorrer todo el país de penuria en penuria, trabajando en cualquier sitio donde le dieran algo de dinero sin hacer preguntas, un buen hombre la encontró en la calle, frente al teatro Kodak. Estaba enferma y aturdida. A sabiendas de lo poco que la policía haría por ella, la llevó a un *ashram*, algo así como una escuela en la que un gurú enseña yoga y meditación. Según me contó, el hecho de que allí le tendieran una mano sin pedirle nada a cambio, ni siquiera explicaciones, le hizo recuperar la fe en el ser humano y le dio esperanza para seguir adelante. En aquel lugar, opuesto a cuanto conocía, empezó a practicar yoga, se reconcilió con el mundo y pudo centrarse en lo que buscaba: descubrir quién era Lola, sin apellidos ni títulos.

Cuando regresó a España sus padres tenían pensado poco menos que enjaularla, pero la vieron tan feliz que no se atrevieron a pedir más y Lola comenzó una nueva vida llena de «excentricidades». Impartía clases de yoga hasta conseguir dinero suficiente para hacer otro viaje por tiempo indefinido. Cada vez que se marchaba, su familia ponía el grito en el cielo, pero, al final, fueron acostumbándose. En cierto modo, su vida se había normalizado, excepto por un pequeño detalle: jamás volvió a recitar sus títulos nobiliarios ni pudo volver a pronunciar el nombre de Gabriel. Hasta hoy.

\*\*\*

—...Gabriel, Gabriel, Gabriel —grita Lola, una y otra vez, mientras la miro con la boca abierta. Y añade—: Gabriel... ¡Menudo pedazo de hijo de puta!

Felices cada una con lo suyo y con lo de la otra, nos echamos a reír como hacía tiempo que no lo hacíamos.

# 14

—¡Ay, señorita! —exclama María cuando me pruebo el uniforme que me arregló—. ¡Está usted guapísima!

—Muchas gracias. ¿Cómo has conseguido alargar la falda? —pregunto asombrada.

—Con lo que sobró de ancho de la blusa. Es *fácil*.

—Es increíble. Coses muy bien —afirmo, observando las costuras perfectas.

—*Gracias*, señorita.

—Bueno, ¿qué tenemos hoy en la agenda? —pregunto animada, colocándome el hibisco rojo que «alguien» ha dejado sobre mi taquilla, junto a una edición preciosa de *Los miserables*.

—Acaba de llamar el *liseniado* Hernán. Viene a darse un masaje.

—¿Un masaje? ¿Hernán? —Antes de que pueda decir nada más, las campanillas de la puerta del *spa* anuncian con su tintineo que ya está aquí.

María y yo salimos de nuestro vestuario.

—Buenos días, *liseniado* —lo saludamos.

—Buenos días, chicas —saluda sonriente.

—¡Liseniado! —exclama María asustada, yendo hacia él—. ¿Qué le pasó en ese ojo? ¡Lo tiene todo morado!

Hernán pone las manos sobre los hombros de María.

—Estoy bien, no te preocupes —asegura, aunque sabemos que miente porque tuerce el gesto al moverse.

Me acerco a ellos y veo que, aparte del moratón, el doctor Chancla le ha dado varios puntos en la ceja. Por la cara de interrogación que pone María y la forma en que Hernán se lo confirma con una inclinación de cabeza, algo me dice que sabe perfectamente con quién se ha peleado.

—Me duele todo el cuerpo —reconoce Hernán—. ¿Podrías darme un masaje, por favor?

Obligo a Hernán a girarse y tanteo con cuidado su espalda.

—¿Sabes si tienes alguna costilla rota? —le pregunto.

—No. Según Manuel están bien, pero me duele todo.

—Vayan a la camilla del mirador —propone María muy disgustada—. Yo

me quedo aquí por si viene alguien.

—¿No quieres venir? Te enseñaré a tratar...

—No, señorita —me interrumpe con voz temblorosa y escondiendo el rostro.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Hernán me empuja y me lleva directa a la salida que da al exterior.

—Me gusta cómo te quedan los hibiscos —observa Hernán cuando enfilamos el camino de grava que sube hasta la camilla del cenador. Trata de distraerme.

—¿Qué le pasa a María? ¿Por qué se ha puesto así?

—Vaya, vas directa al grano, ¿eh? —dice, sonriendo sin ganas—. Lleva muchos años trabajando con nosotros. Nos quiere mucho y es muy sensible.

Aunque no me lo creo no digo nada y llegamos al cenador en silencio. Mientras elijo los aceites que necesito de la mesa que hay junto a la camilla, Hernán se quita la camiseta y se sienta frente a mí. Al ver su torso siento un escalofrío. Está lleno de moratones.

—Hernán, si te toco vas a ver las estrellas —adviento.

—Siento mucho lo de ayer —confiesa cabizbajo.

—¿Te duele? —pregunto por cortesía, porque está claro que la respuesta es «sí».

—No tanto como haberte dejado sola —murmura.

—¿Estás coqueteando conmigo? —pregunto con recochineo.

—Ha sonado mal, ¿verdad? Me refería a que siento que la noche terminara así. Siento haberte dejado sola, aunque me imagino que Unai os llevaría de vuelta al hotel, ¿no?

Aunque temo que reaccione mal vista la extraña relación que tiene con su socio, Hernán me cae bien, es encantador y muy divertido. Por eso creo que lo mejor es no ocultarle nada.

—Sí, bueno, llevó a Lola y al Chimuelo. A mí me acompañó Oliver. Fuimos dando un paseo por la playa. Uno muy largo —le informo alzando una ceja.

Sé que lo ha entendido todo porque se queda sin habla, mirándome primero con sorpresa, después con alegría y, finalmente, con temor.

—Ten cuidado, ¿OK?

—¿Cuidado? ¿Con ese tal Kenneth? —me aventuro a preguntar.

—No. Con Oliver. Ha sufrido mucho y... —duda.

—¿Y...?

—¿Me das ese masaje?

Aunque sus palabras me inquietan, dejo de preguntar y lo obligo a tumbarse en la camilla. Con tanto moratón solo puedo tocarle el cuello y los hombros. Tiene tantas contracturas y tengo que ir con tanto cuidado que el masaje me lleva cerca de una hora. Mientras, hablamos. Me cuenta cosas de Santa Teresa, como que la temporada alta está a punto de terminar, los problemas que tienen con los cortes de luz en época de lluvias y que pronto será la bajada del cangrejo, un espectáculo que suele atraer turistas.

—¿Hasta cuándo pensáis quedaros por aquí? —se interesa.

—Hasta que se nos termine el contrato —bromeo.

Hernán se ríe con una carcajada sonora que tiene que cortar en el acto porque se retuerce del dolor. Le pido que se siente de espaldas a mí. Apoyo su espalda en mi pecho para ayudarlo a estirarse con los hombros hacia atrás, justo cuando siento un torbellino a mis pies.

—¡¡¡Ahhh!!! —grito en plena oreja de Hernán.

Es Max.

«¡Coco! Te quiero mucho, ¿vamos a jugar?», propone con la lengua fuera y moviendo el rabo como si quisiera echar a volar.

—¡Lo siento! ¿Estás bien? —le pregunto al pobre Hernán, que intenta aliviar su tímpano tapándose la oreja.

—¿Cómo dices? Creo que me has dejado sordo —dice muy alto.

—¡Max! ¿Qué demonios...?

Oliver aparece corriendo por el camino. Tan solo lleva un bañador y está empapado, por lo que deduzco que viene de hacer surf. Al verme, parece olvidarse del perro por completo y sonrío. Yo también lo hago, sobre todo cuando veo que lleva mi pañuelo atado a su muñeca.

—Bu- buenos días, *lisensiado* —lo saludo.

—Lo siento mucho. Max debió de olerte y echó a correr —se disculpa—. Está obsesionado contigo.

Hernán se gira con dificultad hacia nosotros.

—Buenos días, socio —lo saluda.

—¿Cómo estás, *mae*? Tienes el cuerpo tatuado de moratones.

—De moratones y de dolor. Coco está intentando ayudarme, ¿verdad? —me mira guiñándome un ojo, imagino que para fastidiar a su compañero.

—¿Tú cómo estás? —le pregunto a Oliver levantando su mano para examinar el corte.

Además de mi pañuelo enrollado en su muñeca lleva puesta una tiritita. Es demasiado pequeña y consigo quitarla con facilidad gracias a que está

empapada. Seco su mano con una toalla y observo el corte. No es tan profundo como me imaginaba y parece que cicatriza. Busco aceite de árbol de té, vierto unas gotas en la herida y la cubro con un apósito.

—Gracias —murmura Oliver atrapando mi mano cuando termino.

—Siento interrumpir, pero Coco estaba conmigo —protesta Hernán.

—Sí, ya me voy —admite su socio avergonzado—. ¡Max!

Se aleja por el camino de grava seguido por el perro, y yo no puedo evitar quedarme mirando su cuerpo húmedo. El de Oliver, claro, no el de Max, que está seco. Admiro, absorta, su espalda, esa llena de músculos por todas partes, que se gira hacia mí para que su dueño pueda guiñarme un ojo y dedicarme una tierna sonrisa que me arruga el estómago.

En completo silencio termino de hacer cuanto puedo por el cuerpo magullado de Hernán, me lamento por no poder ir más allá y aliviar las heridas de su alma. Cuando termino, se lo hago saber con una caricia en los hombros:

—Listo.

Hernán suspira, baja de la camilla y esconde los efectos de la pelea bajo la camiseta.

—Lo dicho, Coco. Ten cuidado —me advierte enfilando el camino de grava—. Gracias por el masaje.

Me giro hacia el océano y me quedo muy quieta, esperando que él me dé una respuesta. ¿Cuidado? ¿Por qué? ¿Qué demonios esconden estos dos aparte de un cadáver? Bueno, y eso de que lo esconden... Anoche, durante la pelea, el nombre de Evelyn salió una y otra vez, y Hernán gritó a los cuatro vientos que todo había sido culpa de Oliver. «¡Por vuestra culpa! ¡Por TU culpa!». Lo gritó poseído a los cuatro vientos ante medio Santa Teresa. Está claro que no es un secreto, por lo que solo necesito encontrar a alguien dispuesto a hablar.

Recojo las toallas, coloco los aceites en orden en la mesita y regreso al *spa*. Antes de llegar a la puerta de cristal que da al circuito, siento que se me cae el hibisco del pelo. Me agacho a los pies del último arbusto del camino para dejar las toallas sobre la grava y poder colocármelo, cuando algo llama mi atención a través del cristal. Hernán está hablando con María, escondidos tras el mostrador. Ella trata de mirar al suelo, pero él levanta su rostro sujetándolo con ambas manos mientras le dice algo sonriendo. Después la abraza y la besa. ¡Lo sabía!

# 15

A mediodía, un camarero aparece en el *spa* tras un carrito cuyo olor desencadena todo tipo de rugidos en mis tripas. De nuevo órdenes del *lisenziado* Hernán, nos aclara. María se alegra porque así deja su *arrós* para la cena, pero ahora sé que es por algo más.

—Señorita, se ve que tiene hambre —observa asombrada de mi voracidad.

—Es que anoche, en la fiesta del Rey Panza, lo poco que cené lo quemé bailando —le explico con la boca llena.

—¿Estuvo en la fiesta?

—Sí.

—*Entonses...* —insinúa, casi sin querer.

—Sí, vi la pelea —confieso para ahorrarle el trabajo—. Fue horrible.

Los ojos de María se nublan.

—Pobre *lisenziado*. Con lo bueno que es...

—María, ¿quién es ese Kenneth? —me aventuro a preguntar.

—Un hombre atormentado, señorita —asegura nerviosa, como si se avergonzara.

Su mirada y sus pensamientos se quedan perdidos en la bandeja que tiene delante y aprovecho su despiste:

—¿Y quién era Evelyn?

María levanta la vista con rapidez, casi con violencia. Al principio pienso que intenta calcular si mis intenciones son buenas y guardo la esperanza de que conteste, pero pronto me doy cuenta de que su mirada es más bien una advertencia, casi una amenaza.

—Señorita, hágame caso. No se meta donde no la llaman —murmura muy seria.

—Lo siento, solo era curiosidad —me disculpo. No quiero que haya mal rollo entre nosotras, de modo que busco un plan B para nuestra conversación—. ¿Quieres que te explique para qué sirve cada tipo de aceite?

María vuelve a sonreír como siempre, iluminando de nuevo nuestro vestuario.

Tras una tarde sin parar de dar masajes y recibir gente en el circuito, por fin

cerramos el *spa*. Cuando vamos a dejar las llaves en el mostrador del *lobby* para salir del hotel nos encontramos con Hernán.

—Hasta mañana, *lisensiado* —se despide María.

—Un momento, señoritas. Las llevo. Tengo que ir al pueblo. Así tú no tienes que coger el bus y a Coco podemos dejarla en su hotel —ofrece.

María parece tener sus dudas, pero Hernán la tranquiliza con la mirada. ¿Temen que alguien los vea juntos? ¡Ay picarones!

Salimos al aparcamiento y nos dirigimos hacia el todoterreno de Oliver. Dejo que María se siente delante alegando que yo me bajo en el Brisa. Aunque mi compañera abre la boca para demostrar sorpresa al conocer mi alojamiento, no dice nada y pasamos los escasos tres minutos que tardamos en llegar en silencio. Un silencio de lo más incómodo, que demuestra con total claridad eso que dicen de que tres son multitud.

—Hasta mañana. Gracias por traerme —me despido aliviada.

Agotada y con unas ganas locas de arreglarme por si Oliver viene de visita, subo las escaleras metálicas y me encuentro con la puerta de nuestra habitación cerrada a cal y canto. Llamo varias veces con ímpetu. Nada. Me asomo a la ventana. Nada. Toco en el cristal. Nada. Lola no está y es la única que tiene llave. ¿Dónde demonios estará? Seguro que riéndose con cada tontería que le estará diciendo Unai sin importarle que yo esté cansada, que quiera ducharme y esperar a Oliver abrazada a su toalla.

Pensar en ellos juntos me provoca una ira que no me deja pensar con claridad. Por eso empiezo a hacer cosas estúpidas sin darme cuenta, como tumbarme en la hamaca cochambrosa que cuelga en nuestra terraza. El arrullo del balanceo consigue calmarme un poco hasta que... ¡Ay, Dios! En cuanto me percato de que puedo contraer la lepra si me mantengo en la hamaca dos segundos más, me lanzo al suelo de cabeza para dejar de tener contacto con sus lamparones lo antes posible. Lo hago con tal ímpetu que muerdo el polvo. Literalmente hablando.

—¡Au! —me lamento.

Abro los ojos y veo algo borroso frente a mí. Me ajusto bien las gafas. A unos treinta centímetros de mi cara, un escarabajo del tamaño de un Airbus A-380 contempla mi maniobra con absoluta templanza. Es negro, brillante y tiene un garfio que lo hace parecer un rinoceronte despiadado. ¿Será el que me atacó anoche buscando venganza? No me cabe la menor duda.

—¡¡¡Ahhh!!! —grito, calibrando qué forma de morir será mejor, si por la lepra o devorada por un insecto XXL.

Me levanto de un salto y pego mi espalda a la puerta metálica sacudiendo todo mi cuerpo como si fuera un perro mojado. El bicho dirige su garfio contra mí y da un paso adelante.

—¡¡¡Ahhh!!! —insisto.

Según muevo un pie para salir corriendo por las escaleras, el bicho se adelanta y me cierra toda posible escapatoria. Creo que está poniéndose nervioso, porque levanta su cuerno como si fuera un pendón de guerra, aunque también cabe la posibilidad de que esté riéndose de mí en mi propia cara, como hizo el mono.

—¡Pero, *lady*! ¿Qué pasó?

La voz del Chimuelo me suena a música celestial.

—¡Cuidado! ¡No te muevas! ¡Mira qué bicho! —intento avisarlo.

El Chimuelo localiza el objeto de mi advertencia pero ni se inmuta al verlo y se acerca a mí tendiéndome la mano. La rechazo señalando al bicho con la barbilla para dejar bien clarito que no pienso ir a ninguna parte hasta que desaparezca.

—Tranquila, *lady*, no hasen nada. Solo son feos —me informa riéndose.

Se agacha para cogerlo y lo lanza hacia las palmeras. Cuando ya va por el aire, puedo ver cómo abre unas enormes alas y se aleja volando.

—Gracias, Edward —le agradezco a mi salvador de todo corazón.

—No me llame así, *lady*, me trae malos recuerdos. Mejor Chimuelo. ¿Y mi otra *lady*?

—Eso me gustaría saber a mí. No sé dónde está. Tienes otra llave de mi habitación, ¿verdad? ¿Puedes dárme-la? —suplico.

Aunque es un hotel muy cutre, alguien nos hace las camas todos los días y limpia nuestra habitación a conciencia mientras estamos fuera, lo que demuestra la existencia de otra copia.

—¡Claro! Véngase conmigo. La invito a una *serveza* —propone sonriendo con los pocos dientes que le quedan.

Mi primera reacción es negarme, pero ¿tengo algo mejor que hacer? Además, tal vez él pueda contarme qué demonios le pasó a Evelyn.

Bajamos por las escaleras metálicas, el Chimuelo apoyando las manos sin ningún reparo en la mugre de la barandilla y la pared desconchada, yo haciendo equilibrio para no tocar ninguna de las dos cosas. La frustración que siento, junto con el susto que acaba de darme el bicho gigante y el asco que me da todo, hacen que sienta una profunda ira contra Lola. ¿Por qué insiste tanto en que sigamos en este cuchitril? ¿Por Minerva? Vale, reconozco que es

un buen motivo, pero me mata pensar que podríamos estar divinamente en el PranaParadise, aunque sea en una habitación modesta para empleados.

Al llegar a recepción, el Chimuelo saca una banqueta alta para que me siente frente a su mostrador y desaparece por la puerta del bar en el que cada mañana Lola me obliga a desayunar. Bueno, a acompañarla. Hasta ahora solo he sido capaz de comer fruta que se pueda pelar. Ella, sin embargo, se chupa los dedos con cualquier cosa comestible que el Chimuelo le pone delante.

Mientras mi anfitrión regresa, echo un ojo a cuanto me rodea. La recepción necesita una mano de pintura urgente, está claro, pero ese es el menor de sus problemas. Aunque aparentemente todo está limpio, los pocos muebles que hay —fijo que habrían aparecido en el catálogo de Ikea de los años setenta— hacen que su aspecto sea lamentable. Son vulgares, pasados de moda y están desvencijados. Totalmente a juego con su dueño.

—¿Qué pasó, *lady*? —me pregunta interrumpiendo con su acento mexicano-inglés mi cabreo interno—. La veo enojada. Tenga, con esto se le pasará.

Me ofrece una botella de cerveza Imperial, la misma que tiene anunciada por todo el hotel. Sin vaso, por supuesto.

—Gracias —murmuro.

Le doy un buen sorbo, no sin antes limpiar la botella con mi vestido cuando el Chimuelo me da la espalda para poner música en un viejo radiocasete. Tengo tanto calor por fuera y por dentro que lo cierto es que me sabe bien y me sienta aún mejor.

Unas trompetas traviesas animan el ambiente. El Chimuelo apoya los codos en el mostrador y la cara en las manos. Me mira prestándome toda la atención del mundo.

—Cuénteme. ¿Por qué está tan enojada? —insiste al son de la ranchera.

Me sorprende su interés. Pocas veces en la vida... Mejor dicho, nunca, nunca, pero nunca he tenido a nadie tan dispuesto a escucharme y, aunque no tengo ganas de contarle mi vida, lo cierto es que su actitud me conmueve.

—Estoy agotada, no puedo entrar en mi cuarto y un bicho terrible se ha reído de mí. ¿Te parecen pocos motivos? —Suspiro.

El Chimuelo entorna los ojos con picardía.

—No, mi *lady*. Usted está preocupada por su *corazón*.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Qué va! —disimulo nerviosa.

—*Lady*, a mí no puede engañarme. ¡Me sé muchas rancheras! Anoche bailó con Hernán, pero regresó al hotel con Oliver y yo diría que bien enamorada. Se le veía en los ojos aunque fuera de noche.

Me quedo perpleja.

—Pero si tú... —insinúa. Es imposible que se diera cuenta de nada.

—Estaba un poco tomado, sí, pero no del todo —asegura.

¿No del todo? ¿Si casi tuvieron que llevarlo en brazos a su habitación porque no podía ni caminar! ¿Cómo pudo darse cuenta?

—Bueno, bailé con Hernán y Oliver me acompañó hasta aquí —reconozco—, pero fue por lo que pasó.

—Ah, sí, es *sierto*. La pelea.

Veo el cielo abierto.

—Chimuelo, ¿quién es Kenneth? —le pregunto haciéndome la tonta.

—No es buena onda, *lady*. Solo siente odio, *especialmente* por Hernán.

—¿Por Hernán? ¿Y eso?

—Cosas de hombres —contesta despreocupado tras darle un buen trago a su Imperial.

—¿Cosas de hombres? ¿Como por ejemplo... Evelyn? —pregunto, arriesgándome a poner cara de lo que imagino significa ser buena onda, como él dice.

—Evelyn —se lamenta—. *Pobresita*.

—¿Qué le ocurrió?

—Murió.

—¿Murió o la mataron? —insisto.

Sus ojos azul celeste se mueven sorprendidos por mi rostro. Si no fuera un viejo alcohólico, juraría que me ha descubierto.

—¡Ah, ya lo entendí! —exclama de pronto, sonriendo orgulloso—. Como Hernán le echó la culpa a Oliver anoche, usted cree que él la mató.

Pues sí. Me ha descubierto.

—¿Y-yo? Eh... —tartamudeo.

—No, *lady*. No hubo ningún asesino —me explica enderezando su cuerpo de junco para dar otro trago a su cerveza.

Mientras bebe analizo sus palabras: no hubo ningún asesino. Si no hubo ningún asesino, Oliver no mató a nadie. Si no mató a nadie, entonces es inocente. Si es inocente, yo puedo dar rienda suelta a lo que siento por él. ¡Oh! Creo que Costa Rica empieza a gustarme. Es más, ¡adoro este país!

—¿Entonces? —pregunto, muriéndome de emoción.

—A Evelyn la mató el amor —anuncia el Chimuelo—. Le pasó un poco como a Rosita *Alvíres*.

—¡Coño! ¡Otra muerta! —exclamo con el corazón en un puño. Y yo nunca

digo palabrotas con el corazón en un puño.

—No, hombre. Rosita *Alvíres* es un corrido mexicano *presioso*.

—Ah —respiro sintiendo de nuevo una gran felicidad.

—Espérese tantito que se lo canto —propone entusiasmado bajando el volumen de su radiocasete.

Da un trago más a su cerveza y sale del mostrador cantando:

*Año de 1900 presente lo tengo yo  
que en un barrio de Saltillo  
Rosita Alvérez murió,  
Rosita Alvérez murió.*

El Chimuelo viene hacia mí tendiéndome su mano. Se acerca mucho, demasiado.

*Su mamá se lo decía  
Rosa, esta noche no sales.  
Mamá, no tengo la culpa  
que a mí me gusten los bailes,  
que a mí me gusten los bailes.*

—¿Me estás sacando a bailar? —le pregunto.

—¡Claro! ¡Ándele! —contesta, y continua con la canción.

*Hipólito llegó al baile  
y a Rosa se dirigió.  
Como era la más bonita  
Rosita lo desairó,  
Rosita lo desairó.*

Aunque mi actitud corporal se resiste (mis músculos, de pronto, están más tensos que la goma de los calzoncillos de Hulk), no puedo negarme a bailar con él por dos motivos: cada segundo que pasa me siento más feliz y lo cierto es que el Chimuelo empieza a caerme realmente bien.

*Rosita no me desaires*

*la gente lo va a notar.  
Pos que digan lo que quieran  
contigo no he de bailar,  
contigo no he de bailar.*

Dejo en el mostrador mi cerveza, acepto su mano y... Aquí estoy, bailando feliz en el peor hotel del universo con la versión mexicana y muy chungu de John Lennon.

*Eché mano a la cintura  
y a la pobre Rosita  
no más tres tiros le dio,  
no más tres tiros le dio.*

El Chimuelo guía mis pasos por toda la recepción mientras canta con un vozarrón que no entiendo de dónde sale con lo flaco que está. Aunque es una canción de lo más dramática, empiezo a reírme con ganas. Lo sabía, sabía que Oliver era incapaz de matar a nadie, y eso me hace feliz. No obstante, ¿por qué Hernán lo acusa de ello? Tal vez con un empujoncito más mi compañero de baile me lo cuente. Abro la boca para preguntárselo, pero me interrumpe de nuevo con su canción:

*El día que la mataron  
Rosita estaba de suerte.  
De tres tiros que le dieron  
no más uno era de muerte,  
no más uno era de muerte.*

—Hey, Coco —me saluda Lola desde la puerta sin saber que acaba de desbaratar mis planes.

Sin soltarme, el Chimuelo la saluda muy efusivo:

—¡Buenas tardes, *lady*!

—¡Lola! ¿Dónde estabas? —le pregunto, feliz.

—En la playa. ¿Por qué estás tan contenta? ¿Interrumpo algo? —pregunta con sorna.

—Estábamos *celebrando* una buena *notisia*, ¿verdad, *lady* Cocó? —explica el Chimuelo.

Lola me mira alzando las cejas.

—Vaya, me alegro, pero siento aguaros la fiesta. Tenemos que ir a comprar algunas cosas al súper —anuncia entusiasmada.

—¿Van al súper de Santa Teresa? ¿Podrían llevarse mi *cuadra* y llenármelo de gasolina, por favor? —nos pide el Chimuelo, sacando de un cajón del mostrador un montón de billetes arrugados.

Por la conversación que mantiene con Lola, me entero de que en Costa Rica los *quads* son cuadra-ciclos, *cuadras* para los amigos. Negocian el asunto de la gasolina y el Chimuelo nos acompaña al aparcamiento para darnos unas clases aceleradas sobre cómo funciona el vehículo y cómo llegar a la gasolinera.

Arrancamos el motor, me subo detrás de Lola y nos ponemos en marcha.

—Y cómprense unas Crocs —nos grita el Chimuelo—. Con esas chancas de tiras que llevan no podrán caminar por aquí cuando *empiesen* las lluvias.

No le hacemos ni caso, porque en cuanto salimos a la carretera le cuento a Lola mi nuevo descubrimiento. A Evelyn no la mató Oliver, sino el amor, y aunque no tengo ni idea de qué significa eso, lo cierto es que tampoco me importa, porque me siento la mujer más feliz del mundo. Es una sensación plena que no he sentido jamás, una alegría que se apodera de mi cuerpo desde el estómago y que sale por mi garganta en forma de *La gozadera*. ¡Sí! ¡Maldita sea! Me apetece cantar y lo hago durante todo el camino hasta el pueblo mientras Lola me hace los coros.

Muertas de risa llegamos al centro de Santa Teresa. Mi subidón aumenta porque me parece entrar en otra dimensión. Después de cinco días sin ver nada que no sea playa y hoteles, me siento como si acabara de aterrizar en Nueva York. Hay gente por la calle, casas, farolas, tiendas, unas jaulas muy raras en las aceras que sirven para...

—¿Para qué son esas jaulas? —le pregunto a Lola.

—Es donde dejan las bolsas de basura para que los animales no anden en ella.

—¿Tantos perros hay por aquí?

—Perros, mapaches y tus grandes amigos los monos —me explica riéndose—. Mira, ahí está el súper.

Mientras Lola aparca el *quad* en plena acera, entro en el famoso establecimiento del que han salido todos los bienes materiales que ahora poseo. Voy tan decidida que me hago con un carro, busco el pasillo de perfumería y me lanzo a por todo cuanto necesito para que Oliver me vea guapa: champú domador de rizos, acondicionador domador de rizos,

mascarilla domadora de rizos, varios peines de púas de distintos anchos domadores de rizos y, por último, gomas de pelo para casos desesperados en los que ni el champú ni el acondicionador ni la mascarilla ni las púas de los peines consiguen domar los rizos dada la humedad existente en paraísos junto al mar. Acto seguido busco crema hidratante de cuerpo, crema hidratante de cara, maquillaje, rímel, varios pintalabios, leche limpiadora, tónico facial, toallitas, bronceadores de varios niveles de protección, tampones de todos los tamaños y marcas, compresas con alas, compresas sin alas, algodón, agua oxigenada, siete botes de desinfectante para llevar en el bolso, un paquete de limas de uñas...

—Coco, ¡para!

Lola me corta el rollo de golpe. La miro sin comprender. Luego miro el carro. Sigo sin comprender.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque si derrochamos el poco dinero que nos queda tendremos que dormir en la playa —asegura.

—¿Derrochar? Solo estoy comprando lo básico. Quiero estar mona —me justifico.

Lola revuelve las cosas del carro.

—¿Mona?

—Para Oliver —confieso emocionada.

—Se ha vuelto loco por ti en tres días sin necesidad de nada de esto. ¿Qué te hace pensar que lo necesitas?

—Es que mira cómo tengo el pelo —protesto.

—Vale, puede que un acondicionador para rizos sí sea necesario, pero ¿de verdad crees imprescindible tener cinco niveles de protección solar?

—Claro. Para conseguir un tono bonito primero hay que empezar con un factor alto y a medida que te vas poniendo morena se puede ir bajando para aumentar su intensidad. Lo leí en la revista de mi madre —murmuro, sintiéndome de pronto tan ridícula que mi entusiasmo empieza a decaer.

—Entiendo. Hablamos de la misma revista que publicó un artículo con trucos para no sudar en el gimnasio y mantenerte divina, ¿verdad?

—Bueno...

—Y... ¿cuánto te dura a ti la regla? ¿Tres meses? —pregunta, señalando las cuatro cajas de tampones y las seis de compresas.

—No, claro —reconozco.

—Coco, nunca has hecho la compra, ¿verdad?

—Los fines de semana que nos tocaba con papá nos llevaba a El Corte Inglés y nos dejaba comprar *pizzas* y gominolas. ¿Eso cuenta? —pregunto avergonzada.

Lola me mira alzando una ceja confirmando mis sospechas. Vale, lo reconozco, nunca he hecho la compra. Para eso siempre hemos tenido en casa un ejército de asistentes que se ocupan de estos temas. Recordar de pronto que soy una incauta de la vida me hace bajar la mirada.

—Tranquila. Yo tampoco había pisado un supermercado hasta que me escapé —confiesa dándome un codazo—. Tan solo tenía cinco dólares y ¿sabes en qué me los gasté? En galletas de mantequilla.

Me imagino a Lola enfrentándose al mundo real a los diecinueve años con solo cinco dólares y siento verdadera admiración ante la mujer en que se ha convertido. Después de lo que le ocurrió con Gabriel tuvo el valor de salir de la jaula de oro donde la tenían encerrada, dispuesta a pasar cuantas penurias fueran necesarias para convertirse en una persona que sabe ser feliz esté donde esté, tenga lo que tenga y digan lo que digan.

—Tienes razón —admito dándole un abrazo que la deja descolocada—. Mejor te espero fuera.

—¿Estás bien?

Le entrego el carro y me doy la vuelta hacia la salida. A mitad del pasillo me giro para decirle:

—Lola, gracias por impedir mi boda.

—Igualmente —sonríe, y con un golpe de rastas empieza a vaciar nuestro carro.

Salgo del súper y me siento en el *quad* del Chimuelo. Aunque sigo sintiéndome feliz por haber descubierto que Oliver no es un asesino, la vergüenza me impide seguir tan animada. Observo el trajín de la gente. Veo madres con niños, familias, gente mayor, turistas extranjeros como yo... Qué mundo tan real y distinto del mío, aquel en el que se supone que tenía cuanto quería excepto lo que más necesitaba. Tenía un padre, una madre y una hermana, pero no una familia; tenía una mansión, pero no un hogar; tenía cientos de contactos en el móvil, pero solo una amiga.

—¡Señorita! —Una voz de inconfundible alegría me saca de mis pensamientos.

Levanto la cabeza y veo a María acercándose a mí. A su lado camina un niño con la pierna vendada, apoyándose en unas pequeñas muletas.

—¡María! —exclamo.

—Hola —me saluda el niño con la misma alegría que mi compañera—. ¿Quién eres?

—Me llamo Coco. ¿Y tú?

—Juan. ¿De qué *conoses* a mi mamá?

—¿A tu mamá? —le pregunto sin entender—. ¿Quién es tu...?

Me quedo pasmada, sorprendida, asombrada, patitiesa, desconcertada y, sobre todo, boquiabierta. Jamás, ni por lo más remoto, habría imaginado que María fuera madre, y menos de un niño tan mayor. Podría llegar a imaginármela con un bebé recién nacido pero este... ¡este tiene dientes! Además, hace tan solo unas horas la he visto besando a Hernán. ¿Tiene un hijo con Hernán?

María se ríe al ver mi sorpresa. Después mira a su hijo orgullosa y le aparta el flequillo hacia un lado.

—Le presento a mi hijo Juan —dice.

—Hola, Juan —lo saludo cuando recupero el habla—. ¿Cu-cuántos años tienes?

—Seis. ¿Me puedo subir en tu *cuadra*?

—Sí, claro —le digo, aunque no puedo evitar mirar con recelo su pierna vendada—. Dame las muletas, yo te las sujeto.

Las apoyo en el *quad* y María lo ayuda a subirse al asiento. Juan se agarra fuerte al manillar y empieza a hacer ruidos. Lo hace con tal entusiasmo que como mínimo está imaginándose en el circuito de Mónaco.

—¡No puedo creer que tengas un hijo! —murmuro bajito a su madre.

María se ríe.

—¿Por qué no?

—Porque... María, ¿cuántos años tienes? —balbuceo.

—Veintiséis.

¡Veintiséis! ¡Tiene mi edad! Alucino.

—Es muy guapo —reconozco—. Se parece mucho a ti.

«Y nada a Hernán», pienso.

—¿Usted cree?

—Es igual que tú —admito—. ¿Vives por aquí cerca?

—No, es que venimos de ver al doctor.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto.

Aunque María quiere seguir sonriendo, su alegría se esfuma por momentos, igual que un arcoíris al esconderse el sol.

—Está enfermito desde que *nasió*. Tiene una atrofia muscular muy rara. *Hasemos* todo lo que nos *dise* el doctor, pero aun así, a *veses* le duele mucho y lo tienen que vendar. Luego se le pasa pero cada *ves* es peor y acaban de *desirme* que lo van a tener que operar. Estoy preocupada señorita. Es peligroso y además...

Se le llenan los ojos de lágrimas al ritmo que mi vergüenza crece. La primera vez que la vi tuve la osadía de sentir envidia de aquella mujer al comparar su vida con la mía. Le quité todo el mérito a su felicidad imaginando que era el resultado de vivir en un paraíso como Santa Teresa sin ningún tipo de preocupación. Y ahora me la encuentro con un niño enfermo. ¿De dónde saca la gasolina para sonreír y contagiarnos su alegría a todos como lo hace a diario? ¿Por qué no se queja ni protesta? Al contrario. ¡Me arregló el uniforme!

—Brummmmm, brummmmm —grita Juan desde el *quad*.

Aprovechando que está distraído, abrazo a María para que pueda disimular sus lágrimas.

—María, ¿por qué no me lo contaste? Puedo darle masajes para aliviarlo.

—¿Sí? ¿De veras?

—¡Claro! —exclamo.

—Señorita, pero no puedo pagarle.

—Es que no tienes que pagarme. ¡Somos compañeras! ¿O acaso te pagué yo el arreglo de mi uniforme?

Suelta una carcajada sin ganas. Lola llega en ese momento con una bolsa de supermercado verde en la que no habría cabido ni la décima parte de lo que yo había metido en el carro. Al ver a María descompuesta se acerca a nosotras.

—Hola. ¿Qué ocurre?

Le guiño un ojo para indicarle que ya le contaré y exclamo:

—¡Mira, Lola! Este es Juan, el hijo de mi jefa.

Al oír eso Juan se echa a reír. Tiene la misma risa contagiosa que su madre. Lola se acerca al niño y deciden dar una vuelta con el *quad*. Mientras, María aprovecha para recomponerse y, enseguida, vuelve a sonreír como siempre.

Como si no ocurriera nada.

Como si viviera en el paraíso sin ningún tipo de preocupación.

# 16

Durante el camino de vuelta ya no cantamos La gozadera. Ni siquiera hacemos el menor comentario cuando Lola, con un brusco viraje, tiene que esquivar una iguana del tamaño de un tiranosaurio rex. Vamos hablando de María. A Lola le apena su situación, aunque no parece extrañarle tanto que tenga un hijo de seis años a nuestra edad. Imagino que está más acostumbrada que yo a los distintos ritmos vitales de la humanidad alrededor del mundo.

—¿Crees que Hernán será su padre? —le pregunto.

—Si lo es, desde luego no se parecen en nada —confirma Lola.

Cuando llegamos al Brisa, encontramos al Chimuelo en el aparcamiento rodeado de jóvenes ingleses. Intenta enseñarles una ranchera mientras beben cerveza sentados en sillas de plástico. Al vernos llegar, empiezan a silbar y a lanzarnos piropos. Al principio son tonterías, pero el nivel de grosería aumenta y me obliga a quedarme junto al *quad*, paralizada por el miedo. Lola, sin embargo, se baja decidida, le entrega las llaves del vehículo al Chimuelo y, haciendo caso omiso de las barbaridades que le dedican, me insta a subir por las escaleras metálicas.

—Oye, creo que a esto es a lo que se referían Unai y Oliver al prevenirnos de este lugar —susurro preocupada.

—No te agobies, Coco. No son más que niños.

En nuestra terraza encontramos algo que no espero y no, esta vez no es un bicho. Tumbado en la mugrienta hamaca, con mi pañuelo atado en la muñeca, Oliver duerme como un bebé. Lola me mira y me guiña un ojo. Abre la puerta metálica con cuidado de no hacer ruido y desaparece en la habitación. Yo me siento en la silla de plástico, junto a él, y contemplo con verdadera devoción la tranquilidad con la que duerme. Su pecho sube y baja incansable, profundo, tratando de llevar a su dueño a una dimensión donde pueda sentir paz. Deseo besarlo, decirle que soy feliz porque sé que no mató a Evelyn. Pero no lo hago. No seré yo quien lo traiga de vuelta al mundo real, ese

mundo en el que ocurrió algo que sigue empañando su sonrisa. Pienso en Evelyn, en Hernán y Kenneth, en Juan y María... ¿Cómo descubrir qué ocurrió? ¿Cómo salvarlo? Puede que María tenga razón y que lo mejor sea no meterme donde no me llaman. No soy un príncipe que deshace encantamientos, sino una fugitiva que tarde o temprano regresará a España.

—¿En qué piensas?

La voz de Oliver me trae de vuelta y me hace sonreír de felicidad.

—Hola.

—Hola. ¿Por qué no me has despertado? —me reclama.

—Intentaba averiguar si me gustas más despierto que dormido —bromeo.

Oliver se levanta de la hamaca, toma mi mano para que me ponga de pie y me besa muy despacio a la par que me rodea con sus tremendos brazos.

—¿Y cómo te gusto más? —susurra.

—Si sonríes, despierto —aseguro hecha un flan.

Oliver se ríe.

—Ven, demos un paseo —propone.

En la playa, el sol ya ha recorrido la mitad de su camino hacia el mar. El paisaje es tan bonito como siempre, pero hay algo que echo en falta: Max. Cuando le pregunto a Oliver por él, lanza un fuerte silbido al aire que casi me deja sorda. En cuestión de segundos lo vemos aparecer a lo lejos, corriendo hacia nosotros más o menos a la velocidad de la luz, con las orejas hacia atrás y la lengua fuera. Al llegar, nos saluda feliz pidiéndonos caricias sin parar, sobre todo a mí.

«¡Coco! ¡Coco! —dice moviendo el rabo y tumbándose panza arriba—. No sabía que íbamos a verte. ¡Qué bien! ¡Ay, ay, ay! Estoy tan contento que creo que voy a hacerme pipíí».

Efectivamente, se lo hace.

—Este perro... —murmura Oliver, casi pensando en alto.

—¿Qué le pasa?

—Te quiere mucho.

—Porque es un amor, ¿a que sí, Max? ¿A que sí? —digo efusiva rascándole la barriga.

«No entiendo lo que dices, pero me gusta. ¡Sigue rascándome!».

—Sí, pero contigo... Es como si sintiera una conexión especial —me explica Oliver.

—Bueno, será que yo siempre quise tener un perro y nunca me dejaron. Mi

madre decía... —Detengo mi discurso de golpe.

No quiero hablar de Minerva y menos delante de Oliver. Cojo un tronco que tengo cerca y se lo lanzo a Max todo lo lejos que puedo. Mientras corre a por él, observo la arena mojada. Algo la surca creando un estampado de líneas onduladas que aún brillan al sol. Oliver me explica que son caracolas. Se agacha para coger una y enseñármela.

—¡Qué bonita! —exclamo admirando la concha diminuta, hasta que el animalillo en sí se asoma con su piel babosa—. Ay, ¡qué asco! —protesto de pronto.

—¿Qué asco? Creí que te gustaban los animales.

—Los animales sí, los bichos no.

—Esto no es un bicho, es un molusco —aclara Oliver sonriendo.

—Será un molusco cuando crezca, de momento es un bicho y no me gusta. Ah, y los monos también entran en mi categoría de bicho. No me caen nada bien —específico.

Me mira extrañado y no me queda más remedio que contarle por qué rompí todo tipo de relaciones con nuestros antepasados los primates. Le cuento toda mi odisea: la nube de polvo, la de mosquitos, el disparo fallido de caca de mono y el definitivo de pis. Por supuesto, omito el detalle de que todo ocurrió junto a la valla de su hotel, justo en el momento en que discutía con su socio y hablaban de Evelyn. Según voy narrando mi historia, la intensidad de sus carcajadas se va incrementando al mismo ritmo que mi felicidad. Su risa me da la vida y creo que a Max también. Cuando regresa se olvida del palo y celebra nuestra alegría, que conseguimos acompasar en un abrazo al que me entrego por completo. Me pierdo en su olor y en el calor que desprende, hasta que intuyo esa maldita sombra cruzando su rostro.

Acaricio su cara, vuelve a sonreír de nuevo y me besa. No es un beso muy largo ni muy apasionado porque le da la risa. Le pregunto qué pasa y confiesa que estaba recordando mi incidente con el escarabajo de anoche.

—Ah, sí. El escarabajo. ¿Sabes que ha venido a verme?

—¿Cómo? —pregunta contrariado.

—Hoy no pienso contarte más historias humillantes sobre mí, pero cuando quieras reírte, pregúntale al Chimuelo por lo que ha pasado esta tarde con ese bicho —le propongo.

—Interesante —murmura.

—Bueno, dime. ¿Qué hacías dormido en mi terraza? ¿Me estás acosando? —le pregunto con picardía.

—Vine a buscarte para curar mi herida.

Levanto con cuidado la mano en la que le puse el apósito.

—Pero aquí no tengo nada, ni alcohol ni tiritas —me lamento.

Oliver me abraza muy fuerte y murmura:

—No es esta herida.

—¿Tienes más?

—Una aquí —susurra llevándose mi mano al corazón—. No he podido dejar de pensar en usted en todo el día, señorita. Necesitaba verla.

—¡Oh! Bueno, es que tengo un trabajo muy absorbente y soy muy responsable.

—Espero que su jefe sea consciente de cuánto vale usted.

—Bueno, ayer mismo tuve que recordárselo dándole un bofetón —contesto sonriendo.

—Debió de dolerle mucho, ¿cómo es que no la despidió?

—No sé. Lo cierto es que no me lo explico, porque le di con todas mis fuerzas.

—Seguro que aprendió la lección —confiesa sonriente—. En serio, ¿dónde estabas?

—Fui con Lola a Santa Teresa, a comprar al supermercado. Nos encontramos con María. Venía del médico con su hijo y estaba muy preocupada. Parece ser que lo tienen que operar, pero por algún motivo no puede hacerlo.

—Sí, es complicado —murmura Oliver algo tenso.

Se me ocurre que quizá...

—Oye, no será por dinero, ¿verdad? Si es por eso podríamos organizar algo para conseguirlo.

—Coco, no. No es por dinero y te aconsejo por tu bien que no te metas en ese asunto —me advierte muy serio.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —pregunto sin comprender.

—Nada. Es un tema muy delicado que no te incumbe —contesta, casi grosero.

—¿Cómo? ¿Que no qué? —pregunto indignada—. Pues da la casualidad de que sí me incumbe, porque desde hace menos de una hora soy la fisioterapeuta que va a tratar a Juan —le contesto muy borde.

—¿Qué? —pregunta exasperado, dando un paso atrás. No entiendo que se ponga así.

—María me ha contratado —anuncio orgullosa.

Oliver se queda clavado en la arena mirándome con los ojos muy abiertos. Resopla un par de veces y empieza a caminar en círculos con las manos en la cabeza. Empiezo a asustarme de verdad.

—Imposible. No lo permitiré —asegura al fin—. Hablaré con María, estoy seguro de que lo entenderá.

Lo dice de una forma tan tajante que me cabrea.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a decirle? ¿Que no me permites ayudar a su hijo para que no muera de dolor? Pero ¿quién te crees que eres?

—No lo entiendes —me gruñe.

—No, tú no lo entiendes, Oliver. Voy a ayudar a María te guste o no.

—¿Hasta cuándo, Coco? ¿Hasta que te canses de Santa Teresa y decidas irte como hace todo el mundo? ¿Y después, qué? —me espeta con furia, lleno de rencor.

—Oye, no intentes convertirme en una mala persona porque no lo soy. ¿Queda claro? —le grito.

Me mira con la boca abierta y el ceño fruncido, de modo que doy media vuelta y camino sobre mis pasos hacia mi casa. Digo... hacia mi hotel. Eso, mi hotel. Al parecer no debo olvidar que aquí no tengo casa porque no soy más que una turista que ha venido a disfrutar del paraíso, una pija a la que no le importan las chicas de su edad con hijos enfermos que tienen tantos problemas y tan gordos, que no merece la pena ni intentar aliviarlos. ¿Será posible?

Siento unos pasos alegres a mi lado. Miro de reojo y veo que Max camina junto a mí despreocupado, convencido de que tarde o temprano Oliver nos seguirá. Yo no estoy tan segura, me lo dice este miedo que intenta poseerme a pesar de la ira que siento.

Al llegar al Brisa, al pie de las escaleras metálicas, Max se detiene y gime.

«Coco, yo no puedo subir contigo, no me dejan. ¿Por qué no te quedas aquí?», suplica.

Me siento en el primer escalón y lo acaricio. Respiro hondo, intentando calmarme. En cualquier momento el silbido de Oliver obligará a Max a regresar y yo sabré que no hay posibilidad de reconciliación. Afino el oído. Lo único que escucho son las clases de rancheras que el Chimuelo imparte a sus amigos en el aparcamiento. Por suerte, están tan animados que ni siquiera me han visto. Cantan alegres, a voces, excepto dos de ellos, que se levantan y se dirigen hacia la carretera. Se quedan quietos mirando en dirección a Santa

Teresa, como si esperaran el autobús o algo así, cosa poco probable, porque no llevan ni unas tristes chanclas. Solo el bañador. ¿Qué harán?

Max detiene su jadeo y levanta las orejas. Dirige su hocico hacia la carretera. Un ruido de motor se va acercando con lentitud, anunciando la llegada de un coche viejo que se detiene ante los jóvenes. El conductor se baja. Saluda con un choque de manos a uno de ellos y, al hacer lo mismo con el otro, algo se le cae al suelo. El conductor se agacha a toda velocidad para recogerlo mirando hacia todas partes, con miedo a ser descubierto.

—¡Es un camello! —me asombro.

Aunque al ponerse de pie abraza al joven, se nota que lo está regañando.

—Grrr —gruñe Max de pronto, mirando la escena.

—Max, tranquilo. ¿Qué ocurre?

Me ajusto bien las gafas, entorno los ojos para ver mejor y... ¿Ese es Kenneth? ¿El enemigo de Hernán?

—Grrr —confirma Max.

«¡Qué mal me cae ese tío!».

—¿Qué estáis mirando?

Oliver aparece en ese momento apoyado en la barandilla. Nos pega un susto tal que yo doy un bote y Max un ladrido. Por suerte, Kenneth ya está subiéndose a su coche y Oliver no parece haber visto nada. Me pongo en pie con el corazón a mil por hora y me dispongo a subir las escaleras muy digna, sin decir ni una palabra. Cuando ya llevo tres escalones, me detiene tomando mi mano. Me giro y lo abrazo con ansia, sin importarme que la barandilla mugrienta quede entre los dos.

—Oliver, fuera del PranaParadise no vuelvas a decirme lo que tengo que hacer, por favor. No lo soporto.

—Es por tu bien. Ayudar a María es peligroso.

—Pero ¿por qué?

Siento que sus músculos se tensan al máximo.

—Porque el padre de Juan es Kenneth. Ese es el problema que tiene María.

¡Dios mío!

La historia de Kenneth y María es una de tantas historias de amor que se convierten en odio por culpa de la ambición. La madre de Kenneth se quedó viuda cuando él era apenas un bebé. La acogió en su hotel y en su cama el antiguo dueño canadiense del Brisa. Kenneth siempre soñó con heredar el negocio, pero diez años más tarde su «padrastró» se lo vendió al Chimuelo,

metió el dinero en un maletín y regresó a Canadá sin más. Sin despedirse ni del niño ni de su madre, que murió de pena a los pocos meses. Kenneth se marchó de Santa Teresa con unos familiares y regresó al cabo de los años lleno de músculos y de planes para convertirse en un hombre rico. Empezó a trabajar en el PranaParadise, donde conoció a María. Se casaron, tuvieron a Juan y fueron aparentemente felices hasta que a Kenneth lo despidieron.

—Descubrimos que proporcionaba droga a los clientes —me explica Oliver apoyado en la barandilla de nuestra terraza—. De haberlo denunciado, ahora estaría en la cárcel y todo habría terminado, pero María nos suplicó que no lo hiciéramos. La pobre no sabía que estaba sentando las bases de su propio calvario.

—¿A qué te refieres? —pregunto poniéndome frente a él, esquivando la hamaca cochambrosa.

—La ambición y el deseo de vengarse de nosotros lo volvieron loco. En lugar de enderezar su vida sigue traficando con drogas y a saber con qué otras cosas —me explica acariciándome el cuello—. Sospecho que mueve bastante dinero, pero aun así le quita a María casi todo lo que gana. A veces incluso más, porque sabe que Hernán y yo la protegemos. La amenaza con llevarse al niño lejos si no le da todo lo que pide.

—Entiendo —murmuro, aunque es mentira. No entiendo nada.

La pelea en el Rey Panza cobra cada vez más sentido, pero sigue sin encajar una pieza: la muerte de Evelyn. Intuyo que pudo ser la novia que Kenneth le quitó a Hernán, puede que como venganza por despedirlo. Sin embargo, ¿por qué culpa a Oliver de su muerte? ¿Sabe Kenneth que su mujer está enamorada de Hernán? Los triángulos amorosos siempre me han parecido difíciles de resolver, pero esto es un cuadrilátero imposible.

—Por eso me enfadé cuando me dijiste que ibas a ayudar a María —continúa Oliver—. Kenneth es muy peligroso y, lo siento mucho, pero no permitiré que te toque.

—Voy a ayudar a su hijo. ¿Por qué iba a meterse conmigo? —insisto.

Los músculos de su cara se tensan delatando que hay algo más, algo que está ocultándome. Me mira muy serio y toma mi cara entre sus manos.

—Para vengarse de mí.

—¿Haciéndome daño? ¿Por qué?

—Porque a estas alturas ya sabrá que estamos juntos —me suelta así, de sopetón.

—Pe-pe-perdona. ¿Qué has dicho? —Estoy temblando.

No contesta. Al menos no con palabras.

Lola se asoma por la ventana.

—Tortolitos, ¿queréis que me vaya a dar una vuelta? —insinúa—. Vais a hacerme vomitar con tanto beso.

—No es necesario. Tengo que irme —anuncia Oliver con su vozarrón.

—¿Ya? —le pregunto suplicante.

—Sí —susurra en mi oído.

Sin más, besa mi frente, se despide de Lola y camina hacia las escaleras.

—Oliver —lo llamo, antes de que desaparezca—. ¿Qué pasa con María?

Detiene el paso y aprieta los puños. Después suelta la cabeza en un gesto de derrota y se gira hacia mí.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad?

—Me temo que no —admito.

—Está bien. Mañana hablaremos con ella, pero piénsalo con calma, por favor.

La luz del amanecer me despierta demasiado temprano. Quedan aún dos horas para empezar mi jornada laboral y no quiero estar más tiempo en la cama. Ayer fue uno de los días más intensos de mi vida, porque descubrí gran parte de los secretos de Santa Teresa, excepto el de Evelyn.

Me asomo por la ventana abrazando la toalla de Oliver. El sol anuncia que va a ser un día precioso y el mar parece llamarme a gritos. Sin dudarlo ni un instante, me pongo un bikini, uno de los vestidos de supermercado y salgo con cuidado de no despertar a Lola. Aunque tenemos unas toallas muy pintorescas, me llevo la de Oliver. Tal vez me traiga suerte y lo encuentre haciendo surf.

Bajo las escaleras poniendo en alerta todos mis sentidos. No quiero encontrarme con los huéspedes a los que el Chimuelo enseñaba ayer a cantar rancheras, y menos aún a los que quedaron con Kenneth para comprarle algo malo. Por suerte, parece que todos están durmiendo la mona.

Cuando llego al último escalón me encuentro con el Chimuelo.

—¡Buenos días, *lady*! ¿Cómo tan temprano por aquí? —me saluda entusiasmado con su extraño acento, intentando disimular su voz de recién levantado.

—Buenos días, Chimuelo. Voy a darme un baño antes de ir a trabajar.

—Ándele, vaya. Yo mientras le preparo un *cafesito*.

—Gracias.

La marea está alta y el oleaje pronostica un baño muy divertido. Dejo la toalla, mis gafas y mi vestido colgados de la rama de un arbusto para evitarles la tentación de curiosear a los mapaches. Camino despacio hacia el mar, concentrándome en el tacto de la arena, en la brisa sobre mi piel, en disfrutar de esta paz absoluta que siento a pesar de todo; a pesar de haber dejado plantado a Jaime, de haber desafiado a Minerva, de haber dejado solos a papá y a Chris y de estar ocultándole todo esto a Oliver. Es un sentimiento extraño este de saber que has hecho lo correcto, aunque haya sido algo horrible. De hecho, empiezo a sentir la imperiosa necesidad de regresar a España, pedirle

perdón a Jaime y ordenar las cosas para continuar con mi vida aquí, en Santa Teresa. Pero aún es pronto. Tengo que sentirme segura de lo que quiero antes de enfrentarme a Minerva o conseguirá manipularme de nuevo mediante chantajes e imposiciones de todo tipo.

El mar está muy inquieto y lo aprovecho para jugar con las olas. Me lanzo sobre ellas, buceo, dejo que me lleven y me divierto como no lo he hecho en años.

Cuando ya tengo la piel de gallina salgo del agua. El sol está más alto y agradezco su calor. Me envuelvo en la toalla de Oliver y aspiro su olor cerrando los ojos. Dejo que mi mente fantasee imaginándose que está aquí conmigo, abrazándome, cuando de pronto oigo un crujido a mi espalda. ¿Tan realista es mi imaginación? Me doy la vuelta y veo una sombra siniestra apoyada en una palmera. Tanteo la rama en la que aún está colgado mi vestido para localizar mis gafas. Cuando las encuentro y me las pongo veo a Kenneth observándome con una sonrisa maliciosa a tan solo unos pasos de distancia.

El corazón empieza a latirme a mil por hora. Es la única parte de mi cuerpo que se mueve, porque el resto lo tengo paralizado.

—Buenos días, señorita Coco —me saluda.

—Buenos días.

—La otra noche no pude presentarme correctamente. Me llamo Kenneth.

Me sorprende la suavidad con la que suenan sus palabras y lo pausado de su voz, tan diferente de la que escuché en el Rey Panza. De no haberlo visto hecho una furia, me habría parecido un hombre amable y cortés.

—Encantada —contesto, en un acto reflejo de niña demasiado bien educada para las cosas erróneas—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Usted y su amiga han llamado mucho la *atención* por aquí. No todos los días tenemos dos españolas tan bellas en Santa Teresa —explica acercándose muy despacio.

Para no dar lugar a equívoco, recojo mis chanclas y mi vestido, anunciando mi retirada.

—Gracias. Lo siento, pero tengo que irme —afirmo.

—No, señorita, no lo sienta, por favor, lo entiendo perfectamente. Tiene que ir a trabajar. Váyase, no me gustaría que sus jefes la regañasen. Claro que, como es la novia de Oliver, a lo mejor no le *disen* nada.

Es curioso, pero sus palabras me hacen sentir tanto miedo que reacciono en sentido contrario, demostrando una valentía que sé que no tengo.

—¿Intenta asustarme, Kenneth? —le digo desafiante—. Porque va por muy mal camino. Está claro que sabe muchas cosas sobre mí, pero yo también sé muchas cosas sobre usted, así que tal vez deberíamos dejar el juego en tablas. ¿Me explico?

Sus ojos negros me miran con sorpresa. No está acostumbrado a que nadie le plante cara, y no me extraña, porque así, a ojo, tiene el doble de músculos que el resto de la humanidad.

—Cuidado conmigo, señorita —gruñe.

Lo miro muy seria y comienzo a caminar hacia el hotel.

—Que tenga un buen día —me despido al pasar a su lado.

En cuanto llego a la habitación me desplomo en la cama porque la chulería repentina que me ha poseído durante unos segundos me abandona de golpe. Lola está duchándose y sopeso si debería contarle lo ocurrido. ¿Y a Oliver? Tal vez tenga razón y no deba meterme en líos, pero el miedo ha regido mi vida durante tanto tiempo que ya estoy harta. ¡Harta! No. Definitivamente no le contaré a nadie nuestro encuentro. Si lo hago lo pagarán Juan y María. Ya sé que Kenneth es mucho más que un hombre atormentado, como dijo María; que no es buena onda, como dijo el Chimuelo. Es un hombre muy peligroso. Mucho. Pero su hijo no tiene la culpa.

Lola y yo llegamos al PranaParadise media hora antes de tiempo. No quiero que Oliver haga ninguna intentona de convencer a María para que me impida tratar a Juan. A pesar de todo, cuando saludamos a José, el joven que suele hacer la guardia de noche y al que le pido las llaves del *spa*, me anuncia:

—No están aquí.

Echo a correr por los pasillos como alma que lleva al diablo. La puerta del *spa* está entreabierta. ¡Maldita sea! Seguro que ya están hablando. La cruzo y no veo a nadie. Entro en nuestro vestuario con urgencia y me doy de bruces con Oliver.

—Buenos días, *lisensiado*. ¿Esperando a María para hablar con ella sin mí? —le pregunto con ironía.

—No, señorita. He venido a traerle su hibisco. Ya sabe que si no lleva uno la despediré en el acto. Lo tiene encima de su taquilla.

—Oh, gracias —digo emocionada.

—Veo que tienes clara tu decisión. ¿Lo has pensado bien? —me pregunta preocupado.

—Sí, mucho. Y también estuve leyendo un libro muy interesante, ¿sabes? Se titula *Los miserables*. Habla de personas que tienen mala suerte y de cuánto pueden llegar a transformarse cuando alguien les tiende una mano. Por cierto, ya me lo terminé. Toma —le digo sacando el libro de mi bolsito *hippy*.

Oliver maldice en silencio la hora en que eligió ese libro para prestármelo.

—Por favor, no lo hagas —suplica.

—No puedo quedarme de brazos cruzados, Oliver. Sobre todo tratándose de un niño. ¿Lo entiendes? Es mi obligación y, además, quiero hacerlo.

—Eres muy tozuda, ¿lo sabías?

—¿Eso es malo? —le pregunto buscando su abrazo.

—Muy malo, porque me vuelve loco —murmura acariciándome el pelo.

María entra en el vestuario y, al vernos abrazados, se disculpa apurada, aunque no parece sorprendida por nuestra actitud. ¿Es que todo Santa Teresa ya sabe lo nuestro? La saludo efusiva preguntándole si me ha traído las radiografías que le pedí. Claro que me las ha traído. Todas. Mientras las examino, Oliver le explica que estoy al tanto de su situación con Kenneth y que debemos actuar con cautela.

—Pero ¿sabe la señorita lo de...? —susurra María.

Oliver niega con la mirada y, para despistarme, me pregunta en qué consiste el tratamiento. Entre masaje y ejercicios para detener la atrofia serán sesiones diarias mínimo de una hora y media. Si salimos del *spa* a las seis, teniendo en cuenta los preparativos y lo que tardamos en llegar a su casa, terminaríamos a las ocho.

—Demasiado tarde. A esa hora es de noche y aquí ya estamos con las cenas —protesta Oliver.

Otra opción es madrugar y tener la sesión antes de que María lleve al niño al colegio. Oliver me recogería en el Brisa cada mañana y me dejaría en casa de María. Después vendríamos juntas al PranaParadise. Nuestro jefe tuerce el gesto y veo la preocupación en el rostro de María. No, nada de venir juntas. Enviaré a alguien a recogerlos.

—¡Genial! Es la mejor opción —afirmo, intentando sonar entusiasmada para que María no se agobie.

—Hay una mejor que quiero que sopeséis las dos. Que vengáis a vivir al hotel —propone Oliver—. El bus escolar pasa por aquí.

—Lisensiado, eso ya lo hemos hablado más *veses* y no es posible. El papá de Juan tomaría represalias —dice María muy bajito, avergonzada.

—Y yo no dejo el Brisa por nada del mundo. Le prometí al Chimuelo ir cada tarde a escuchar rancheras y a tomarme una cerveza con él —aseguro, tratando de animarlos con tan absurdo argumento.

No lo consigo. María está triste, y Oliver, preocupado. Creo que he hecho bien no contándoles mi encuentro de esta mañana con Kenneth.

—Está bien, lo haremos así. Yo te llevaré por la mañana a casa de María y enviaré a alguien para que os traiga al hotel cuando termines. Pero, por favor, tened cuidado —sentencia Oliver.

—¡Genial! —exclamo entusiasmada zarandeando un poco a María para que sonría. Sin embargo, se echa a llorar.

# 18

Los días van transcurriendo. Antes de darme cuenta, estoy tan metida en mi propia rutina que he dejado de focalizar mi atención en las cosas que me parecían feas, como los desconchones de la pared o los bichos gigantes, para empezar a apreciar otras que me parecen bellísimas y que antes me pasaban desapercibidas, como el brillo de las estrellas, la intensidad del color de las flores o el sabor del café que prepara el Chimuelo en un extraño artefacto al que llama *chorreador*.

Lo mismo ocurre con mi preocupación por Minerva. Estar fuera del alcance de sus reproches está haciéndome más fuerte, aunque sigo temiendo el día que me encuentre.

Cada mañana, Oliver me espera en el aparcamiento del Chimuelo para llevarme a casa de María. Vive en una casita de solo dos estancias tan humilde como ordenada y limpia. Juan y ella me reciben con esa alegría innata que desprenden y que tanto me impresiona. Juan no deja de sonreír, ni siquiera para decirme que le duele cuando le hago daño. En cuanto termina nuestra sesión, viene alguien del PranaParadise a recogernos y nos lleva al hotel, con parada previa en el Brisa para recoger a Lola. Una vez en el *spa*, intento mantener a María ocupada todo el tiempo, porque tanto a ella como a Oliver los noto cada día más tensos, a pesar de que Kenneth no ha hecho acto de presencia por ninguna parte. Cuando no tenemos clientes le enseño distintas técnicas de masaje, a veces utilizando a Hernán como voluntario, que se presta encantado con tal de pasar el mayor tiempo posible rondando por el *spa*. Rondando a María.

Tras nuestra jornada laboral no ha habido día en que Hernán no encuentre una excusa para ir a Santa Teresa y, de paso, llevarnos a casa. En cuanto me dejan en el Brisa, el Chimuelo sale a mi encuentro con dos cervezas Imperial en la mano. Las primeras veces acepté por pena, pero lo cierto es que cada día disfruto más de sus historias, aderezadas con las rancheras que pone en su radiocasete. Me cuenta sus primeras andanzas en México, donde llegó con solo veintidós años para quedarse al frente de varios negocios de plata y joyas que su tío materno había montado allí. Varias veces he intentado sonsacarle

el tema de Evelyn, pero él parece leerme el pensamiento y siempre se las ingenia para cambiar de tema justo antes de que yo formule la pregunta.

Después de la cerveza subo a mi habitación y me preparo para recibir la visita de Oliver. Unos días paseamos por la playa con Max, otros nos quedamos sentados en la terraza hablando de los libros que me presta y otros, los menos, me lleva hasta el pueblo a tomar algo en la heladería de un amigo suyo que toca el piano. Aunque todo Santa Teresa sabe lo nuestro, creo que teme que Kenneth nos vea juntos. Porque estamos juntos, sí, y eso me hace terriblemente feliz a pesar de que también estemos separados. No nos cuesta ningún esfuerzo hablar de cualquier cosa mundana, pero no hay día que nuestra conversación no llegue a ese punto en el que ninguno de los dos puede ir más allá en la vida del otro. Yo sé que me oculta la historia de Evelyn. Él empieza a sospechar que yo guardo un oscuro secreto en España.

—Sigo sin comprender que andéis por este mundo sin móvil —me comenta un día.

—Sí, tenemos que comprarnos uno —admito.

—¿Cómo os comunicáis con España? —se arriesga a preguntar.

—Saben que estamos bien —contesto muy seria, dejando claro que no debe ir más allá. Y que no es verdad.

No solo miento como defensa para que no nos encuentren. Miento porque no quiero que sepa que lo besé por primera vez tres días después de haber dejado plantado a mi prometido en el altar. Además, tengo la esperanza de que si no verbalizo nada sobre mi vida pasada, si no hablo de ella en alto, conseguiré convertirla en una pesadilla de la que desperté en el paraíso.

En cuanto a Lola, además de sus clases de yoga establecidas, va teniendo alumnos fijos que vienen de todo Santa Teresa. El más aplicado de todos es Unai, con el que pasa cuantas horas le quedan libres.

Y así, a lo tonto, llega un día muy especial. No lo digo porque sea uno de nuestros pocos días libres, sino porque Lola me da una gran noticia. Después de casi dos meses en Santa Teresa, saca el frasco de cristal que escondemos en la cisterna del WC donde guardamos todo nuestro dinero. Cuenta los billetes dos veces y afirma orgullosa:

—Coco, ya podemos comprarnos un móvil, así que vamos.

El Chimuelo nos informa de que el mejor sitio al que podemos ir es Cóbano, y nos ofrece encantado su *cuadra* a cambio de que le compremos algunas cosas. Lo primero que localizamos es una tienda de móviles. Mientras a mí se me cae la baba con el nuevo iPhone, oigo a Lola pedir los teléfonos más

básicos que tengan y dos tarjetas prepago, que carga con lo mínimo. Antes de que pueda protestar, veo con tristeza que suelta en el mostrador casi todos los billetes que lleva en su cartera. La miro preocupada y ella me guiña un ojo para tranquilizarme. Así es la vida real, Coco. Así es. Sobreviviremos.

Con los móviles sin estrenar, vamos al supermercado que nos recomendó el Chimuelo.

—Busquen el eslogan «Mamá Lucha, campeona de los *presios* bajos» y cómprenlo todo ahí —nos pidió encarecidamente.

Allí hay un millón de cosas que me gustaría tener, pero que no puedo comprar. Lola se da cuenta y, cuando terminamos con la compra, me da una alegría con trampa:

—¿Quieres tomarte un aperitivo al más puro estilo español? —me pregunta, y por cómo me mira adivino lo que quiere.

—Venga, llévame a ver a tu novio —accedo.

Lola se ríe traviesa, arranca el *quad* del Chimuelo y lo dirige con tanta emoción al Rey Panza, que estoy convencida de que del tubo de escape en lugar de humo salen corazones, unicornios rosas y nubes de algodón.

—Te estás enamorando de Unai, ¿verdad? —le pregunto mientras subimos las escaleras que llevan al cenador donde tuvo lugar la fiesta.

—Me estoy superenamorando —confiesa bajito—. Y creo que él también, pero es pronto aún para contarle nada, así que no vayas a meter la pata, por favor. No quiero estropearlo.

—Lola, un momento. Vale que Gabriel te engañó porque quería vivir a tu costa y entiendo perfectamente tu estrategia para evitar que te vuelva a ocurrir, pero ¿no temes que Unai se enfade el día que se entere de que le has estado mintiendo sobre quién eres? —le pregunto—. Es que no le estoy mintiendo, Coco. Yo soy lo que muestro. El dinero y los apellidos no tienen nada que ver conmigo. Solo son un complemento. Además, no nos conviene levantar la liebre. Si damos la menor pista sobre quiénes somos, tu madre no tardará ni cinco minutos en aparecer por aquí —me recuerda.

Encontramos a Unai muy serio sentado en una mesa bajo el cenador, mirando su ordenador. Al ver a Lola, los músculos de su cara parecen derretirse y después se tensan en una sonrisa que demuestra una gran alegría. Salta de su silla y corre hacia ella con los brazos abiertos para abrazarla y plantarle un beso de película.

—Me alegro de veros —dice Unai al fin, aunque solo tiene ojos para Lola.

—Buenos días, Rey Panza —lo saludo con ironía.

—Buenos días, Coco —me saluda al fin, dándome dos besos—. Sentaos, os invito a comer.

Nos lleva hasta una mesa y, tras apartarle cortés una silla a Lola para que se siente, desaparece por la puerta de la cocina. Aprovechamos para sacar los móviles y ponerlos en funcionamiento. Nos conectamos a la red wifi del hotel que Unai tiene siempre abierta y, cuando veo las ondas que indican la conexión, me quedo mirando el aparato sin saber qué hacer con él. Recuerdo la interminable lista de contactos que guardaba en mi teléfono, y que vivía constantemente pendiente de Internet y WhatsApp. Es curioso, pero no echo nada en falta pertenecer a ese mundo virtual. Además, Lola no me deja:

—Coco, ni se te ocurra meterte en tu correo electrónico ni en ningún perfil de nada. Recuerda que somos fugitivas de Minerva.

—Bueno, pero WhatsApp sí lo podemos descargar, ¿no? —le pregunto.

—Sí, siempre y cuando no se te ocurra llamar o enviar ningún mensaje ni a Jaime, ni a Chris, ni a nadie.

—Imposible. No me sé sus teléfonos de memoria —admito para tranquilizarla.

—Mejor. Graba mi número en tu agenda, yo ya tengo el tuyo.

—¡Genial! ¡Ya tengo un contacto! —sonrío entusiasmada.

Unai aparece con un delantal y una bandeja llena de platitos muy bien decorados.

—Ya sé que es un poco pronto para comer, pero en breve esto va a estar hasta los topes —nos advierte.

Todo lo que pruebo me sabe a gloria, y sorprenderme en este sentido no es fácil. Cuando Minerva se casó con Pierre, contrató a un chef francés que preparaba verdaderas delicias a cualquier hora del día. Aunque le encargaras un simple sándwich conseguía que fuera una experiencia sensorial única.

—¿De dónde ha salido Unai? —le pregunto a Lola saboreando con los ojos cerrados una espuma de patata—. ¿De El Bulli?

Ella se ríe y me cuenta su historia. La familia de Unai tiene un restaurante en Bilbao desde hace tres generaciones. La cocina es muy tradicional y tuvo muchos problemas con su padre por intentar modernizar la carta. Hace dos veranos estuvo en Costa Rica de vacaciones y le gustó tanto que vendió todo lo que tenía en España, alquiló el Rey Panza por Internet a un argentino y aquí está, regentando un hotel de apenas seis habitaciones que empieza a hacerse más que famoso por las comidas y cenas que sirve. Compruebo que

es cierto, porque cuando terminamos de comer el restaurante está lleno.

Unai quiere que nos quedemos a pasar la tarde con él en el hotel, pero algo me dice que debo dejarlos solos. Lola insiste para que me lleve el *quad* del Chimuelo, pero prefiero regresar andando.

—¿Y si Kenneth anda por aquí? —me susurra preocupada.

—Tranquila, ahora que tengo móvil me siento segura. Sé pedir ayuda.

—Mándame un mensaje cuando llegues, ¿vale?

—Vale.

Me despido de los dos y me llevo la imagen de ambos riendo bajo el cenador como niños, felices y despreocupados. Cruzo la carretera y salgo a la playa. Hoy la marea está alta, por lo que no hay ni rastro de las piscinas naturales. Hace mucho calor y el sol quema, así que cambio el rumbo y busco la sombra de las palmeras. Hay bastante gente en esta parte de la playa y tengo que sortear todo tipo de vehículos. También me cruzo con varios perros, lo que me indica que ya estoy llegando a playa Hermosa, paraíso del surf. Esperan pacientes en la arena a que vuelvan sus dueños y, de vez en cuando, los veo perseguir a algún mapache que intenta alcanzar las mochilas, colgadas de las ramas, precisamente, para que no se las lleven.

Sigo caminando bajo la sombra y me encuentro con un grupo de surfistas que bromean junto a un coche viejo. Uno de ellos, uno que no me esperaba porque ni siquiera sabía que hacía surf, me saluda:

—Buenas tardes, señorita.

Es Kenneth. Su voz me pone los pelos de punta. El corazón empieza a latirme a toda velocidad y dirijo mis pasos hacia la playa, haciendo como si no lo hubiera visto. Él suelta su tabla, se coloca a mi lado y camina junto a mí. Está empapado y solo lleva el bañador. Aunque intento ignorarlo mirando al suelo, él insiste:

—No se vaya, por favor. Quiero agradecerle lo que está haciendo por mi hijo Juan.

El tono en que lo dice parece sincero. Aun así, no me fío.

—No tiene que agradecerme nada, lo hago por él —contesto muy seca.

—Y quería pedirle perdón por mi comportamiento del otro día. De haber sabido que iba a ayudar a mi Juan, jamás la habría asustado.

—No se preocupe, no me asustó —aclaro plantándole cara.

Kenneth me mira confuso. Estas fuerzas de flaqueza que últimamente sacas cuando tienes miedo te van a costar un disgusto, Coco. Un buen disgusto.

—Por favor, ¿me permite que la acompañe?

Su tono es amable, y aunque la busco, no encuentro ni un ápice de la violencia que normalmente emana de todos sus poros.

—No es necesario, gracias. Ya estoy cerca —afirmo emprendiendo de nuevo la marcha.

—Está bien, no quiero molestarla. Si *nesesita* algo, lo que sea, vaya al pueblo y pregunte a cualquiera por mí. Allí sabrán dónde encontrarme.

—Gracias, pero no creo que sea necesario. —Insisto en ser borde porque verlo así hace que me crezca, aunque esta vez creo que me he pasado.

—Sí lo será, y *entonses*... —grita a mi espalda en un tono que deja claro que se trata de una amenaza.

Una amenaza que no termino de escuchar, porque Max aparece de pronto hecho una furia. Va directo hacia Kenneth ladrando como loco.

«Fuera de aquí, malnacido. No te acerques a mi chica», parece gritar.

Kenneth tuerce el gesto, se da media vuelta y se marcha.

—¡Max! —lo llamo.

Lanza un par de ladridos más al aire y viene hacia mí. Me agacho para acariciarle la cabeza.

—Gracias, guapetón. Me has librado del hombre malo.

Me mira levantando las orejas, como si me entendiera, gira la cabeza hacia Kenneth y suelta varios gruñidos más:

«No te juntes con ese, Coco, o tendré que darle un buen mordisco en ese trasero lleno de anabolizantes».

—Tranquilo, te haré caso —le digo—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Oliver?

Max empieza a mover el rabo y a brincar delante de mí.

«Ven, sígueme, el jefe está por aquí».

Camino tras él hasta que se queda sentado mirando al océano, junto a un tronco en el que cuelga paciente una toalla igual que esa que guardo bajo la almohada. Me siento junto a Max con la toalla en mi regazo. Por suerte, estamos a la sombra. No solo lo digo porque hace un calor bárbaro, sino porque la temperatura aumenta cuando veo el motivo por el que Max empieza a gemir nervioso. Oliver viene hacia nosotros con la tabla de surf bajo el brazo y mi pañuelo atado en la muñeca. El sol hace brillar el agua a su alrededor y sobre su piel. Me limpio las gafas con su toalla para verlo mejor. Es como si estuviera metida en un anuncio de colonia. Max corre alrededor de Oliver y de vez en cuando pega un salto avanzando hacia mí:

«¡Mira, he encontrado a Coco!», exclama moviendo el rabo.

Al verme, sonrío y acelera el paso. Me pongo en pie y lo espero con la toalla extendida. Cuando por fin llega a mi lado, deja su tabla en el suelo, pasa olímpicamente de la toalla y me abraza. Las gotas de agua que resbalan por todo su cuerpo empapan mi vestido, pero no me importa lo más mínimo. Estoy demasiado ocupada concentrándome en las miles de sensaciones que experimento: paz, ternura, seguridad, deseo, pasión, lujuria, desenfreno... Coco, ¡relájate! Hay pasión, mucha, pero también me parece sentir ese grito desesperado que sale de su cuerpo cuando la sombra se cruza en su mirada.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada.

—Ahora sí —murmura, separándose ligeramente de mí—. ¿Dónde estabas y por qué no llevas un hibisco?

—Vengo del Rey Panza y no llevo ninguna flor porque hoy es mi día libre y supongo que nadie ha dejado una en mi taquilla.

Oliver me suelta, rebusca en su ropa y me entrega un hibisco rojo. Sonrío y me lo pongo en el pelo, bien sujeto con la patilla de mis gafas.

—Vine a buscarte al Brisa. También es mi día libre y quería pasarlo contigo.

—Oh, lo siento, no lo sabía. Fuimos a Cóbano, al regresar paramos en el Rey Panza y Unai nos invitó a comer.

—¿A Cóbano? ¿Qué fuisteis a hacer allí?

—Fuimos a... —anuncio contenta, sacando de mi bolsito *hippy* el móvil nuevo— ¡tachán! ¡Ya tengo teléfono!

—¡Bien! —exclama mirándolo como si fuera la solución a todos sus males—. No sabes la tranquilidad que va a darme esto. ¿Dónde está Lola?

—Con Unai.

—Perfecto. Así no te escaparás.

—¿Por qué iba a hacerlo? —pregunto.

—Porque voy a prepararte la cena —anuncia burlón—. Y cocino bastante mal. ¿Vamos?

El viejo todoterreno está aparcado bajo las palmeras, junto a varios coches bastante viejos alrededor de los cuales hay un grupo de jóvenes. Al verme llegar con Max, empiezan a darse codazos unos a otros y a murmurar cosas que no alcanzo a entender.

En cuanto Oliver aparece, les grita:

—*Mae*, es mi novia. ¿OK?

—¡Qué suerte, *mae*! —les oigo contestar.

Subo al coche a toda velocidad para que nadie vea mi reacción al escuchar

la palabra novia. Toda la sangre se me va a la cabeza, pero no es timidez, sino vergüenza. Hace menos de dos meses era la novia de Jaime y ahora ¿soy la novia de Oliver? ¿Así, sin más? ¿Me estoy convirtiendo en mi madre, que cambia de marido cada año bisiesto?

Oliver ata su tabla al techo, se sube al coche y me mira orgulloso.

—¿Has visto? Me tienen envidia —dice contento.

—¿Adónde me llevas? —pregunto para cambiar de tema.

—A un lugar muy especial para mí.

—¿Al bar de tu amigo el pianista?

—No. A mi casa —anuncia. Me guiña un ojo y arranca el todoterreno.

# 19

El Chimuelo vive en el Brisa, Unai vive en el Rey Panza y sé por María que Hernán vive en el PranaParadise, en la planta alta del edificio central. Di por hecho que Oliver también viviría en su hotel. Enterarme de pronto de que tiene una casa me sorprende e intriga a partes iguales. ¿Cómo será?

Tras cruzar Santa Teresa, tomamos un camino hacia la colina. El todoterreno sube a regañadientes a medida que el camino se va haciendo más inclinado y la vegetación más espesa. Las casas están cada vez más dispersas y empiezo a pensar que vive escondido en una cueva.

Por fin llegamos al final del camino, en lo alto de la colina. Oliver baja del coche y abre una puerta hecha con maderas viejas. Descarto la idea de la cueva y la sustituyo por un árbol, porque detrás de la puerta solo veo un enorme prado inclinado, detrás del cual parece no haber nada más que un abismo.

Regresa al coche, cruzamos la puerta y lo deja aparcado a un lado. Max empieza a ponerse nervioso y a gemir.

«¡Déjame salir! ¡Déjame salir! ¡Déjame salir de una vez, o me hago pipí aquí mismo, tú verás!».

En cuanto se abre el portón trasero, el pobre perro echa a correr como loco y desaparece tras el prado, donde me imagino el abismo. Como siempre, antes de que pueda bajarme del coche, Oliver ya está a mi lado para abrirme la puerta.

—No es necesario que hagas esto, de verdad —murmuro aceptando su mano. Me da apuro porque me recuerda al pobre Nicasio, el chófer de Minerva. Con la paciencia de un santo, saltaba del coche para abrirnos la puerta porque ella nos prohibía tajantemente salir por nuestro propio pie.

—Lo sé, pero me gusta cuidarte —se justifica mirándome a los ojos con tal intensidad que empiezo a ponerme nerviosa.

—Bueno y, ¿dónde está tu casa? Porque yo aquí no veo nada.

—Ven —sonríe travieso.

Me lleva de la mano terreno arriba por un caminito hecho a base de pisar la hierba. A medida que subimos, una vista impresionante del océano va

apareciendo ante mí.

—¡Guau! —exclamo.

—Sí, eso dijo Max la primera vez que lo traje. Espera, no quiero que veas nada todavía.

Oliver saca de su bolsillo un pañuelo muy suave que, sin duda, tenía preparado. Se coloca detrás de mí y me tapa los ojos.

—No serás un perverso, ¿verdad? —pregunto con risa nerviosa.

—No, aunque contigo tal vez me convierta en uno.

Me ayuda a caminar un poco más. Siento que el terreno se allana y unos pasos más adelante se inclina hacia abajo. Oliver me guía con cuidado, sujetándome con esos brazos que brillaban al sol cuando salió del agua. Ya que no puedo ver nada, me regodeo en esa imagen tan parecida a un sueño hasta que retira el pañuelo de mis ojos y su casa aparece ante mí.

En plena ladera, diseñada con esmero, una cabaña de madera con paredes de cristal y techo cubierto de brezo se levanta ante mis ojos sobre unas columnas gruesas para aprovechar al máximo las vistas. No es una casa grande y es posible que mi criterio en cuanto a decoración se haya alterado por llevar demasiado tiempo alojada en el Brisa, pero me parece el lugar más acogedor del mundo. No tiene nada que ver con las casas en las que he vivido, enormes, frías, sin vida, tan acordes a lo que era convivir con mi madre.

—¡Oliver! ¡Es muy bonita!

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! De verdad.

—Me alegro, porque eres...

Se detiene. Otra vez la sombra que amenaza su sonrisa cuando menos me lo espero.

—¿Soy? —lo provocho levantando su rostro para obligarlo a mirarme.

—Eres la primera persona a la que traigo aquí —murmura.

—¡Oh! Será un honor darle mi opinión sobre su casa nueva, *lisensiado*. ¿Cuándo la compraste? —pregunto animada, intentando ahuyentar la sombra.

—Coco, no es nueva. La construí hace más de un año —me explica muy serio, casi triste—. Es solo que nunca he querido estar aquí con nadie.

—¿Quieres decir que nadie ha visto tu casa? ¿Ni siquiera Hernán o el doctor Chancla?

Oliver niega con la cabeza.

—Ven, quiero que la veas por dentro.

Subimos la escalera que lleva hasta la puerta principal cogidos de la mano.

Los cristales dejan ver el interior, pero también reflejan las increíbles vistas. Me giro para contemplar el océano al son del rugido metálico que lanza la cerradura. Oliver me da solo unos segundos de tregua, porque, de pronto, me eleva por los aires y cruza el umbral conmigo en brazos.

—¡Oye! ¡Que no estamos casados! —protesto.

—Bienvenida a mi pequeño PranaParadise —me dice muy orgulloso sin soltarme.

Es una sola estancia rodeada de cristales por todas partes excepto la pared del fondo, en mitad de la cual hay una escalera. A su derecha, una cocina integrada junto a un pequeño comedor compuesto tan solo por una mesa redonda y cuatro sillas. A la izquierda, dos sofás dispuestos alrededor de una plataforma cuadrada.

—¿Eso es una chimenea? —pregunto.

—Sí —afirma dejándome en el suelo.

—¿Y la usas? Con este calor me cuesta creerlo —pregunto.

—La enciendo cuando llueve, más por quitar la humedad que por frío. Aquí lo llaman invierno, aunque no se baje de los 20°. Está a punto de empezar. Va de junio a diciembre. Al revés que en España —me explica.

—Es preciosa, Oliver —susurro caminando despacio mientras lo contemplo todo.

Junto a los sofás, descubro una pequeña mesa en la que descansan dos libros. Uno de poemas de Mario Benedetti (cómo no) y el que más me sorprende: *Como agua para chocolate*, una de mis novelas favoritas. Me doy la vuelta despacio para comprobar que Oliver es real. Su impresionante silueta se recorta sobre el azul del cielo y del océano. No sé cómo lo hace, pero mueve la pared de cristal haciéndola desaparecer.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto sorprendida, acercándome con el libro en la mano—. Es como estar al aire libre.

—Esa era la idea. ¿Te gusta?

—Mucho —admito.

—Me alegro —contesta con un beso que me sabe a la sal del mar y me acelera el corazón, especialmente cuando siento que su respiración se agita.

Max nos interrumpe:

«Chicos, ¿qué estáis haciendo? ¿Otra vez así? Coco, hazme caso», suplica dándome golpes en la pierna con su pata.

—Creo que Max está celoso —susurra Oliver.

—¿Tú crees? —pregunto atolondrada.

Miramos a Max. Está sentado a nuestros pies mirándonos con su mejor sonrisa.

«¿Puedo jugar con vosotros?».

Me agacho para hacerle carantoñas y, no sé por qué, caigo en una cosa:

—Oliver, ¿dónde tienes tus libros? —le pregunto.

Sonríe encantado, me toma de la mano y me lleva hacia las escaleras. Son mucho más empinadas de lo que me habían parecido a simple vista. Cuesta subir las, pero dejo de pensar en ello en cuanto llegamos a la planta superior. Es más pequeña que la baja y consta de un baño, un dormitorio y una terraza inmensa con vistas al mar. Pero lo que me llama la atención, lo que me alucina y me lleva al borde de la hiperventilación, es que las paredes no son de cristal, sino de libros. Todas, de arriba abajo, están forradas de estanterías llenas de todo tipo de libros.

—¡Qué maravilla! —exclamo impresionada acariciando los lomos con cuidado, como si pudieran sentirme y temiera despertarlos.

Veo grandes clásicos, títulos contemporáneos, autores hispanos, autores extranjeros, teatro, poesía, novela negra, biografías, ensayo... Tiene de todo.

—Ya sabes que me gusta mucho leer —murmura.

—Sí, lo sé, pero esto es... esto es... ¡esto es el cielo!

—El mío al menos sería así. —Sonríe orgulloso.

—¿Cuál es tu libro favorito?

—Esa pregunta es muy fea. Pero ese que intentas robarme me lo estoy leyendo por quinta vez —confiesa.

La imagen de Oliver en vaqueros con el torso desnudo leyendo *Como agua para chocolate* me hace darme cuenta de que tengo al hombre más *sexy* sobre la faz de la tierra frente a mí.

—¿Por quinta vez? —susurro temblorosa.

—Sí —contesta con voz seductora.

Sigo dando vueltas por la habitación para distraerme.

—¿También te gusta mirar las estrellas? —pregunto al ver el tragaluz bajo el cual una cama parece esperarnos.

—A veces mirarlas es lo único que me ayuda a dormir —confiesa.

Me lo imagino aquí tumbado, poseído por esa sombra que aparece de vez en cuando, y siento una pena espantosa. ¿Cómo salvarlo? ¿Cómo conseguir que algún día pueda, simplemente, contemplarlas sin más? Ni idea, Coco, pero de momento deberías distraerlo.

—¿No tienes armarios? —pregunto.

Oliver vuelve a sonreír con picardía. Se coloca frente a la librería que queda al otro lado de la cama, en la pared que separa el dormitorio del baño, y sin ningún esfuerzo, la aparta hacia un lado dejando a la vista un pequeño armario perfectamente ordenado.

—¿Quién diseñó esta casa? —Cada cosa que descubro me deja más impresionada.

—Yo —asegura orgulloso—. Fueron meses pensando cómo sería el lugar donde me gustaría estar contigo.

—Oh, claro, y eso que no nos conocíamos —contesto sarcástica acercándome a él y mirando de reojo la cama.

—No necesitas conocer a una persona para esperarla —me susurra al oído—. Voy a ducharme.

Me da un beso veloz y se mete en el baño con varias prendas que saca del armario. Aturdida, me siento a los pies de la cama abrazando el libro. Dejo que mi mirada se pierda en un punto inexistente para que mi cuerpo pueda calmarse. Pero no se calma, sino que entra en una especie de espiral de emociones que me cuesta controlar. Estoy en una habitación rodeada de historias, tumbada en la cama de un hombre que ha leído cinco veces una novela que me apasiona, un hombre que me hace sentir viva solo con sonreír y que, según dice, me estaba esperando.

El ruido del agua de la ducha me hace volver a la realidad. Necesito que me dé el aire con urgencia, porque estoy a punto de entrar en combustión espontánea. Me pongo en pie y el libro cae al suelo. Coco, ¡qué torpe! Lo levanto con cuidado y estoy examinando las hojas para comprobar que no se ha doblado ninguna cuando algo llama mi atención. Una breve dedicatoria escrita con letra redonda y un dibujo ondulado sobre un nombre que acapara toda mi atención al instante: Evelyn.

Cierro el libro de golpe. ¿Evelyn? ¿La novia muerta de Hernán le dedica un libro a Oliver? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿¿¿POR QUÉ??? Vamos, Coco, léela ahora mismo antes de que venga Oliver. Pero no puedo, es algo privado. ¿Y qué? Que eso no estaría bien. ¡Claro que estaría bien! No, no quiero ser cotilla. No es cotilleo, ¡es necesidad! Necesitas averiguar por qué demonios una muerta tiene que dedicarle nada a tu novio. ¿Me estás diciendo que estoy celosa? ¿Yo, que jamás he sentido celos estando con Jaime, el mayor acaparador de miradas femeninas de la historia? Coco, admítelo, esa bola de fuego que sientes en el estómago son celos.

Mis dedos abren el libro y buscan ansiosos la página en cuestión. Cuando la

encuentran, la duda me está matando. Cierro los ojos, respiro hondo y, muerta de miedo, me preparo para lo que pueda venir, sea lo que sea.

*Con todo mi cariño en el día de tu cumpleaños.*

*Evelyn*

—Ahhh —suspiro bajito recuperando cosas tan importantes como el ritmo cardíaco, las constantes vitales, la fe en la humanidad...

Me siento tan bien que salgo a la terraza del dormitorio y me dejo caer aliviada en la tumbona que la decora. Respiro deprisa. Necesito tranquilizarme. Ver el paisaje me ayudará, pero al estar tumbada me lo estoy perdiendo. Me levanto, observo el respaldo de la tumbona y lo elevo un poco. Al hacerlo se desplaza el cojín y el pico blanco de un papel asoma por debajo.

—¿Y esto? —me pregunto tirando del pico.

Nada más tocarlo adivino el tacto grueso del papel fotográfico. Le doy la vuelta y sí, es una foto, manoseada hasta la saciedad. En ella aparecen Hernán y Oliver vestidos de chaqué abrazando a una hermosa mujer vestida de novia que ríe feliz entre los dos.

—¡Evelyn! —exclamo en alto, casi sin querer.

¡Hernán y Evelyn estaban casados! Sí, no me cabe la menor duda de que esta mujer es Evelyn, porque Hernán la mira con tal devoción que salta a la vista lo enamorado que está. Por su parte, Oliver me mira desde la foto alzando una copa de champán con una sonrisa que nunca he visto. Es una sonrisa plena, preciosa, que rezuma la felicidad más absoluta y que me hace sentir un escalofrío. Presiento que jamás la veré, que jamás seré capaz de hacer sonreír a Oliver de esa manera, y eso me causa una profunda tristeza.

El ruido de la puerta del baño abriéndose llega hasta mí haciéndome saltar. Dejo la foto donde estaba a toda prisa, me siento en la tumbona y abro el libro por una página cualquiera, haciendo como que leo. Por suerte me lo tomo en serio y empiezo a leer de verdad, porque me doy cuenta de que he cogido el libro al revés.

—¿Coco? —Su voz grave llega hasta mí desde la habitación.

Me levanto y me asomo a la puerta de la terraza. Oliver está en el borde de la escalera, de espaldas a mí. Está descalzo, solo lleva unos vaqueros que le quedan de miedo y se seca el pelo con una toalla.

—¿Lisensiado? —lo llamo desde la puerta.

Cuando se gira no me queda otra que tragar saliva. Así, con el pelo revuelto, los vaqueros de infarto y el torso desnudo, está para hacerlo padre de quintillizos.

—Ah, perdona, no te había visto —sonríe peinándose con los dedos, ajeno al hecho de que me va a dar un patatús si sigo mirando ese cuerpo en movimiento.

Va hacia su armario y se pone una camiseta blanca que resalta su piel morena y sus impresionantes ojos.

—¿Qué miras? —me pregunta de pronto.

—Eres un lector realmente *sexy*, ¿sabes?

—No tanto como tú. Ven, vamos a la cocina.

De vuelta al piso de abajo Max viene hacia mí.

«Coco, ¿me rascas la barriga?», pregunta patas arriba junto a mis pies.

Me agacho para hacerle carantoñas. Oliver sonríe al vernos y va hacia la cocina. Abre la nevera, saca dos Imperiales y se me acerca para ofrecerme una.

—Tómatela conmigo o sentiré celos del Chimuelo —me advierte.

La acepto sonriendo muy a pesar del pobre Max, que se queda sin sus cosquillas.

—Pobre Chimuelo. A saber con quién se toma hoy su primera cerveza vespertina —me lamento—. Deberíamos brindar por él.

Oliver me mira con la boca abierta.

—¿Vas a hacerme brindar por el Chimuelo en nuestra primera cita importante?

—¿Cita importante? —pregunto terriblemente nerviosa.

—Por el Chimuelo —brinda Oliver con mirada intrigante.

Chocamos las botellas y vuelve a su pequeña cocina, en la que empieza a trastear con la duda en la cara. Me resulta inevitable compararlo con Unai, al que acabo de ver desenvolverse en su hotel-restaurante como pez en el agua, y me da la risa.

—No te rías —gruñe divertido mientras me siento en una silla del comedor—. Nunca he necesitado cocinar, pero ahora que te tengo a ti debo aprender.

—¡Oye! A mí no me pongas como excusa —protesto.

—¿Por qué no? Quiero cuidarte —insiste distraído, sin darse cuenta del efecto que sus palabras me causan.

No sé qué decir ni qué pensar. Oliver no sabe nada sobre mí y yo estoy dejando que me diga cosas cada vez más bonitas. Me estoy metiendo en un

charco lleno de mentiras del que no sé si podré salir. Quiero quedarme en Santa Teresa contigo, Oliver, pero con Minerva al acecho no puedo hacer planes. Tengo miedo de lo que ocurrirá el día que me encuentre, y lo peor es que no puedo compartir ese miedo contigo porque, paradójicamente, si lo hago, Minerva me encontrará. Como bien dice Lola, no debemos levantar la liebre. Nadie debe saber que somos dos prófugas de la alta sociedad española o los espías de mi madre darán con nosotras en un santiamén. Además, me da vergüenza que sepas lo que era mi vida. ¿Qué clase de mujer deja plantado a su novio en el altar y permite que otro cocine para ella unas semanas después? ¿Qué clase de mujer se promete a un hombre sin estar enamorada?

Después de tanto despotricar de una vida llena de hipocresía y medias verdades, no me queda más remedio que empezar una nueva con las mismas trampas. Oliver me oculta su pasado, yo le oculto quién soy...

—¿Qué te pasa? —me pregunta preocupado, con una lechuga en la mano.

En un vano intento por recomponer mi conciencia, decido confesarle al menos una cosa.

—Oliver, tengo que contarte algo —murmuro—, pero tengo miedo de que te enfades.

El temblor de mi voz lo alerta. Deja la lechuga en la encimera, coloca una silla frente a mí y se sienta.

—¿Tiene que ser hoy? —me pregunta preocupado acariciando mis manos—. Quiero que sea el primer día de algo nuevo.

—Por eso quiero decírtelo.

—Está bien. ¿Qué ocurre? —me pregunta recostándose en el respaldo de su silla, tensando su cuerpo para estar preparado.

—No digas nada hasta que termine de contártelo todo, ¿vale?

—OK.

—Es sobre Kenneth —anuncio para ir preparando el terreno.

Intenta no decir nada, pero por cómo aprieta los puños hasta que los nudillos se le quedan blancos, sé que va a ser inevitable.

—Coco, aléjate de él, por favor. No eres consciente de lo retorcido que es —me advierte.

—En realidad, sí que lo soy. ¿Recuerdas la noche que me contaste su historia? Al día siguiente me desperté temprano y fui a darme un baño. Cuando volví a la playa para secarme, lo vi. Estaba apoyado en una palmera mirándome. Se me acercó, según él para presentarse, pero aprovechó para hacerme ver que sabía todo sobre mí, que trabajó en el PranaParadise y que tú

y yo estamos juntos. Quería asustarme. Lo consiguió, claro, porque además no había nadie en la playa, pero se pasó.

—¿Cómo que se pasó? —gruñe Oliver intentando mantener la calma.

—Llevo tanto tiempo permitiendo que todos me asusten, que me enfadé. Me encaré a él, le dije cuatro cosas y me marché muy digna. Se quedó pasmado, creo que porque no se lo esperaba, y lo dejé allí plantado sin que pudiera decir ni una palabra.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Temía que me impidieras ayudar a María y a Juan. Lo siento. ¿Estás enfadado?

—No, contigo no —resopla.

—Me alegro, porque hay más. Hace un rato, justo antes de encontrarte en la playa, volví a cruzarme con él. Estaba con un grupo, supongo que de surfistas, porque todos llevaban tablas. Vino hacia mí, se disculpó por haberme amenazado el otro día y me dio las gracias por lo que estaba haciendo por su hijo.

—¡Coco, no te confíes! —explota de pronto.

—Lo sé, lo sé, tranquilo —le digo poniendo las manos sobre sus hombros.

—¿Qué más te dijo? —gruñe.

—Nada. Por suerte apareció Max y me salvó. Se puso a ladrarle como loco. Me llama la atención que solo ladra cuando ve a Kenneth.

El pobre perro al oír su nombre se acerca a nosotros.

«¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Habláis de mí?», pregunta mirándonos con las orejas levantadas.

Oliver lo acaricia.

—Buen chico—le dice.

«Yo también te quiero, tío», jadea Max, feliz por las caricias de su dueño.

—Siento no habértelo contado antes, de verdad. Porque no quiero ocultarte más cosas.

Aunque me mira a los ojos, tengo la sensación de que no me ve. Es como si me mirara desde un tiempo pretérito que no quiere recordar y al que siento que nunca me dará acceso. Se levanta despacio y vuelve a la cocina. Lleva la lechuga al fregadero y la lava con torpeza. Me acerco a él y lo abrazo por la espalda. Todos sus músculos están en tensión, pero se van relajando despacio, uno por uno, al contacto con mi cuerpo. Se da la vuelta y me mira con tristeza.

—Tengo miedo de que te haga daño —murmura—. Si lo vuelves a ver

tienes que decírmelo. ¿OK?

—Te lo prometo. ¿Por qué siempre dices OK? —pregunto sonriente, intentando aligerar las sombras que flotan sobre nosotros.

—Demasiados años en Costa Rica, tal vez —murmura con un hondo suspiro que aleja en parte su preocupación.

—¿Puedo ayudarte con la cena?

Se niega. Quiere hacerlo todo él y no me permite ni poner la mesa. En realidad es una suerte, porque no es que yo sea la bomba como ama de casa. Lo poco que sé hacer se lo debo a papá. Los fines de semana que pasábamos con él se empeñaba en que hiciéramos la cama y que cocináramos los tres juntos. Decía que eran dos cosas básicas que todo ser humano debe hacer, por mucho dinero que tenga. Lo de las camas pase, pero la cocina y yo no es que tuviéramos precisamente una relación basada en el amor y el respeto mutuo. Mi hermana Chris, sin embargo, hacía unas cosas deliciosas. Una vez preparó con toda su ilusión una tarta de cumpleaños para Minerva, que nunca pudo probarla porque Pierre se la llevó por sorpresa en su *jet* privado a Mónaco. Chris se puso triste y a mí me tocó animarla. Como siempre. Insistí en que celebráramos solas el cumpleaños de mamá. Entre las dos nos comimos casi toda la tarta mientras veíamos la saga *Crepúsculo* de principio a fin en la inmensa sala de cine que Pierre diseñó en nuestra casa. Fue divertido, pero Chris jamás volvió a cocinar para nuestra madre.

Mientras Oliver se afana por preparar una lasaña, volvemos a ser solo nosotros, sin Evelyn, Kenneth ni Minerva. Oliver me habla de libros, de estrellas y del PranaParadise.

—Es un verdadero quebradero de cabeza —asegura, vigilando el horno.

—Me imagino. No debe de ser nada fácil gestionarlo.

—No. Y menos si tu socio es tu hermano.

Me quedo muerta.

—¿Hernán y tú sois hermanos? —pregunto asombrada.

Oliver me mira sorprendido.

—Creí que lo sabías —contesta.

¿Hermanos? No puedo creerlo. La fotografía manoseada viene a mi mente. Aunque los dos son altos, guapos y hablan con acento similar, no es que se parezcan demasiado. Sin embargo, el modo en que Oliver consiguió apaciguar a Hernán en la fiesta del Rey Panza cuando se peleó con Kenneth, la autoridad con la que le habló... Ahora me cuadra. No obstante, eso significa que... Vayamos por partes: Evelyn era la esposa de Hernán, que es

hermano de Oliver, por lo que Evelyn y Oliver eran cuñados. Evelyn está muerta y Hernán le echa la culpa a Oliver, pero quien se metió por medio fue Kenneth, que odia a Hernán y a Oliver. Hay una muerta y tres hombres mal avenidos que se culpan entre sí. ¿Qué demonios ocurrió?

—No tenía ni idea. Como nos dijiste que era tu socio, ni se me pasó por la cabeza pensar otra cosa —explico.

—La noche en que os lo presenté estaba enfadado con él. Habíamos discutido porque necesitábamos personal. Hernán es el que se encarga de esas cosas y no había hecho nada.

Su voz grave va perdiendo el ánimo por momentos. No quiero que piense en nada malo, así que intento cambiar de tema. Como empieza a oscurecer, propongo cenar en la terraza. Oliver me mira divertido, alzando las cejas.

—¿Quieres cenar tú o que te cenen los bichos a ti?

—¿Bichos?

—Estamos en pleno bosque. En cuanto oscurece y enciendes una luz, acuden en manada. Por eso tengo mosquiteras por todas partes —me explica.

—Ah. Entonces está claro. Cenamos aquí —afirmo sonriente.

Oliver va hacia el salón, pone música, enciende unas velas y un par de lámparas. Coloca dos manteles de bambú, parecidos a los del PranaParadise, cubiertos, copas para el vino y, como colofón, un ramito de hibiscos rojos como centro de mesa. Todo está tan bonito que me asusta. Él quiere que sea el inicio de algo nuevo y yo no quiero estropearlo.

La campanita del horno indica que la lasaña está lista. La saca con torpeza y la coloca humeante sobre una tabla de madera junto al ramo de hibiscos.

Max olisquea el aire con curiosidad.

«¿Qué es? ¿Qué es? ¿Puedo probarlo?».

Oliver le ordena que se aleje de la mesa y le sirve pienso en un plato de latón. Obedece con desgana, olfateando el aire mientras comprueba con recelo que empezamos a cenar.

—¿Es tu primera lasaña? —pregunto tras probarla.

—¿Tan mala está?

—¡No! ¡Al revés! Está muy rica.

Me mira complacido sirviéndome una copa de vino.

—Me alegro de que te guste. Nunca se me ha dado bien la cocina, y eso que nuestra abuela tenía un restaurante en Francia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vinisteis a parar a Costa Rica? —pregunto despacio, temiendo que también sea una parte de su vida en la que no me permita

entrar.

—Cuando mi madre murió, yo tenía quince años, y Hernán, catorce. Mi padre se vio incapaz de ayudarnos a superarlo, porque ni siquiera él sabía cómo hacerlo. Decidió volver a Francia. Pensó que estando lejos de cuanto nos recordara a nuestra madre sería más fácil, pero la tristeza se empeñó en acompañarnos. En un último intento de olvidar y no arrastrarnos a nosotros en su depresión, decidió dejarnos con nuestra abuela y marcharse, viajar por el mundo buscando un nuevo destino para los tres. Lo encontró aquí, en Santa Teresa. Al menos el suyo.

—¿Y vosotros? —pregunto, recordando sus palabras sobre el destino la noche que nos conocimos: «Tal vez lo encontremos juntos».

—Cuando mi padre terminó de construir el PranaParadise regresó a Francia a por nosotros. Recuerdo que no queríamos venir. Estábamos a punto de empezar la universidad, teníamos amigos y la vida hecha en Francia. Sin embargo, nada más llegar, el surf y este océano nos atraparon. Nos matriculamos en la Universidad de Costa Rica, en San José, pero en cuanto nos era posible veníamos a Santa Teresa. Después murió mi padre y tuvimos que hacernos cargo de todo. Lo pasamos muy mal al principio, éramos demasiado jóvenes, pero... —susurra algo que no alcanzo a escuchar y se detiene pensativo—. En fin. Si algo hemos aprendido es que, al final, de todo se sale.

—Sí —murmuro—. Eso espero.

Me mira con curiosidad sin atreverse a preguntar nada. Yo me limito a sonreír. Por más que busco una parte de mi vida que no me dé vergüenza compartir con él, no la encuentro. ¿Qué puedo contarle? ¿Que mi madre se ha casado cuatro veces con miras a escalar social y económicamente? ¿Que a pesar de todo mi padre sigue amándola? ¿Que cientos de mujeres deben de estar consolando al novio que dejó tirado el día de nuestra boda?

Desvío su atención con lo primero que se me ocurre:

—¡Oliver! Aún no me has dado tu número. —Busco en mi bolso y saco mi flamante móvil. Me lo recita y exclamo—: ¡Ya tengo dos contactos!

—¿Solo dos? ¿Y tus contactos de España?

Ups. Me ha pillado. Coco, piensa, piensa, ¡piensa!, ¡¡PIENSA!!

—Te hago una llamada perdida para que tengas el mío, ¿vale? —propongo para distraerlo.

—OK —afirma.

Cuando terminamos de cenar, Oliver empieza a recoger la mesa. Aunque

intento ayudarlo, no me lo permite, de modo que decido mandarle un WhatsApp a Lola.

COCO:

Estoy en casa de Oliver.

No sé cuándo volveré.

LOLA:

Ni yo.

COCO:

¿Dónde estás?

LOLA:



—Tu otro contacto no será el Chimuelo, ¿verdad? —pregunta Oliver descorchando una botella de champán.

—No —me río—. Es Lola. Le estoy diciendo que no me espere para cenar.

El chasquido del corcho asusta a Max, que viene a refugiarse bajo mi silla. Oliver vierte el champán en dos copas muy altas.

—Dile que tampoco te espere para dormir —me advierte acercándose sugerente con las dos copas.

Acepto la que me ofrece y me pongo en pie.

—¿Dormir? Si no tengo pijama —murmuro con torpeza.

—No lo vas a necesitar —asegura.

—Lisensiado, ¿qué insinúa?

Oliver se ríe, pega su frente a la mía y alza su copa rodeando mi cintura con el brazo que tiene libre.

—Por nosotros —susurra.

—Por nosotros —murmuro sonriendo. Damos un sorbo y añado—: Y por el Chimuelo.

—¡Sabía que lo ibas a decir! —exclama con una sonora carcajada—. ¿Es

que quieres ponerme celoso?

—Bueno, tal vez deberías estarlo. Duermo en su hotel —le recuerdo alzando una ceja.

—Oh, eso ha sido un golpe muy bajo —admite.

Sin darnos cuenta, empezamos a bailar al son de la música, de nuestra respiración y de un beso que se convierte en poesía porque con él nos lo decimos todo. Mis manos se cuelan por debajo de su camiseta cuando él retira los tirantes del vestido de mis hombros, dejándolo caer al suelo. Aunque sabemos de la existencia de rincones ocultos en el otro, decidimos olvidar y empezar algo nuevo. «Sé que voy a quererte sin preguntas, sé que vas a quererme sin respuestas», recitan nuestros cuerpos al encontrarse. ¿Es eso posible? Oliver intenta convencerme de ello recorriendo cada milímetro de mi piel.

—Eres preciosa —murmura arrodillándose para besar mi vientre.

Levanto su barbilla para que pueda ver el deseo en mis ojos.

—Usted también, *lisiado*.

Con un gruñido se deshace de mis braguitas, me toma en sus brazos y sube con prisa las escaleras hasta la habitación. Me deja con cuidado en la cama y se desnuda frente a mí. Su silueta es aún más perfecta con la escasa luz de las estrellas que lo ilumina. Despacio, recorre todo mi cuerpo. Besa mis pies, acaricia mis piernas, mi sexo...Loca de placer, hundo mis dedos en su pelo.

—Oliver... —murmuro cuando estoy a punto de estallar.

Acaricia con la lengua mi cuerpo, desde el vientre a mi cuello, recreándose en mis pechos.

—Me vuelve loco, señorita —murmura en mi oído con la voz rota, y me lo demuestra con la intensidad con la que su sexo se apodera de mí.

Lo empujo para colocarme encima de él. Muerdo sus labios, su barbilla y levanto mi torso. Siento arder mi interior y arqueo la espalda. Oliver se incorpora, me abraza y en un brusco giro vuelve a colocarse sobre mí. Con el apasionado movimiento de sus caderas y con un beso que me enloquece termina por hacer que me entregue a un maravilloso orgasmo que no soy capaz de retener más tiempo. Oliver me abraza fuerte, disfrutando al máximo del éxtasis que convulsiona mi cuerpo y que termina por hacerlo estallar de deseo a él también.

Rodeados de miles de historias que nos observan desde las estanterías, bajo la bendición de las estrellas que nos sonrían a través del tragaluz, pasamos lo que queda de noche casi sin dormir. Unas veces nos acariciamos con ternura,

otras con pasión, pero siempre con la urgencia de dos almas gemelas que llevan una eternidad vagando en busca del otro. Y con cada caricia aumenta mi anhelo de ser su destino.

—Sabes muy poco sobre mí, ¿no te da miedo? —murmuro.

—Sé que te estaba esperando y que quiero que te quedes conmigo. Es cuanto necesito saber.

Y así, susurrándonos cosas bonitas al oído, nos quedamos dormidos.

## 20

La luz me despierta. Abro los ojos. Lo primero que veo es un hibisco rojo junto a mi almohada y a Max mirándome desde el otro extremo de la cama.

—Hola, guapo —lo saludo.

«¿Guapo? ¿Yo? ¡Oh, calla, tonta!», dice moviendo el rabo y agachando las orejas.

—¿Dónde está el jefe? —le pregunto.

«¡Y yo qué sé! Ráscame detrás de las orejas».

El olor a café que sube por las escaleras me da una pista de dónde puedo encontrarlo. Me levanto, entro en el baño y me miro al espejo. Tengo una pinta horrible y no quiero que me vea así, de modo que voy directa a la ducha sin tener en cuenta que es el baño de un hombre que vive solo y que, por tanto, no tiene ningún producto con el que disimular el desastre capilar que se me avecina. Podría pedirle mi pañuelo, ese que siempre lleva atado a la muñeca desde el día de la pelea, pero es un detalle tan bonito que lo lleve siempre... En fin, me resigno a conformarme con oler a limpio, aunque mi pelo va a parecer el pompón de una *cheerleader* ostentosa.

Cuando salgo del baño me visto y me enrolló una toalla en la cabeza. Bajo las escaleras, busco a Oliver con la mirada y no lo encuentro. Salgo a la terraza y lo veo en el jardín, junto a la valla, haciendo aspavientos con un brazo mientras que con el otro sujeta el móvil en la oreja. Tiene la misma actitud que cuando lo vi en la cocina del PranaParadise, organizando por aquí, ordenando por allá. Imagino que estará hablando con Hernán por algo del hotel. Sin embargo, de pronto se cruza de brazos y mira al suelo, su postura típica de preocupación. ¿Habrán discutido por Evelyn, otra vez? ¿Sabrá Hernán que estoy aquí?

Entro de nuevo en casa. No quiero que cuando se gire me vea, que sepa que lo he visto. Prefiero que me pille poniendo la mesa para el desayuno. Busco por los armarios cucharitas, platos, la tostadora... Lo encuentro todo antes de lo que esperaba y lo dispongo sobre la mesa. Después subo a toda velocidad al baño, me quito la toalla y hago lo que puedo por mi pelo y por colocarme el hibisco con la patilla de mis gafas.

Regreso al comedor y me doy cuenta de que no he puesto tazas. Vuelvo a buscar en los armarios. Encuentro unas enormes, demasiado enormes. Sé que en Costa Rica prácticamente solo se toma café americano en taza grande, pero estas son como la copa de Roland Garros. ¿Es que no tiene ninguna más pequeña? Rebusco entre vasos, copas y platos y, por fin, al fondo, encuentro dos tazas blancas con la letra francesa OE grabada en dorado. Son tan feas que tienen que ser de publicidad. Aun así valdrán. Las saco con cuidado y, justo en el momento en que Oliver entra en casa, las pongo sobre la mesa. Aunque está muy serio sonrío cuando me ve.

—Buenos días, *lisensiado* —lo saludo alegre.

—Buenos días, señorita. ¿Qué es todo esto? —pregunta enredándose en mi cintura.

—El desayuno. Yo también quiero cuidarte, aunque no te lo digo porque no soy tan cursi.

Oliver se ríe, pero, de pronto, se le cambia la cara cuando se fija en algo que hay sobre la mesa. Por más que busco el fallo no lo encuentro.

—¿Qué ocurre? —pregunto nerviosa—. ¿Falta algo?

Me mira y sonrío de medio lado, tratando de disimular. De nuevo la sombra.

—Nada. Siéntate. Deja que te sirva el café.

—Ni hablar. Hoy me toca a mí —exijo.

Lo obligo a sentarse y voy hacia la cocina. Mientras pongo dos rebanadas de pan en la tostadora y preparo mantequilla y mermelada, miro a Oliver de reojo. Está sentado con el cuerpo girado hacia la cocina, pero mirando atentamente la taza que tiene delante. Le da vueltas, mira en su interior, la toma por el asa, la mira del revés, pasa el pulgar por las letras...

—No me acordaba de estas tazas. ¿Dónde las has encontrado? —me pregunta al fin.

—En lo más recóndito del armario.

Me mira atento con la taza en las manos. Sonrío como una boba. Él estudia de nuevo la taza y suspira. Se pone en pie y la tira a la basura junto con su compañera.

—El café de Costa Rica es uno de los mejores del mundo. No sería justo servirlo en unas tazas tan feas, ¿no te parece? —pregunta mientras saca las de Roland Garros del armario.

—¿Uno de los mejores del mundo? Y yo que pensaba que me gustaba tanto porque lo preparaba el Chimuelo —contesto con recochineo, intentando ahuyentar la sombra. Funciona, porque Oliver sonrío.

—¿También te prepara café?

Las rebanadas de pan salen volando del tostador, pero a nadie le importa. Su destino es quedarse frías y terminar en la basura junto a las tazas feas. Oliver y yo volvemos a nuestro mundo de caricias, un mundo que me mata pensar que algún día pueda llegar a su fin.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

Rodeo su cuello con los brazos para esconderme. Aspiro fuerte su olor, el mismo que desprende la toalla a la que duermo abrazada cada noche y que me hace evocar sensaciones que no he sentido nunca. Es entonces cuando mi alma se abre por completo, como la caja de Pandora, y deja que unas palabras que me sorprenden hasta a mí, escapen de mi boca:

—Que tengo miedo.

Por suerte, Oliver lo malinterpreta por culpa de Kenneth. Me abraza muy fuerte y me hace una promesa que sé que quiere cumplir:

—No dejaré que te toque. Te lo juro.

Con solo un café en el estómago y sonrisa de bobos llegamos a casa de María. Parece que el día de descanso nos ha sentado muy bien a todos, incluso a Juan, que sale sin muletas a recibirnos. Me cuenta feliz que ya casi no le duele, que ayer hizo los ejercicios que le mandé y me pregunta si podrá jugar al fútbol algún día.

—¿Tú qué crees? —le pregunto.

—Yo creo que sí —contesta sonriente.

—Entonces, lo conseguirás.

Mientras le doy sus masajes y hacemos unos ejercicios nuevos, María y Oliver nos observan y cuchichean bajito. Aunque no acierto a escuchar lo que dicen, de vez en cuando el nombre de Kenneth sale a relucir. Es entonces cuando Juan se voltea para mirar a su madre y yo lo distraigo contándole un chiste, preguntándole si le duele o, como último recurso, cantándole una ranchera.

Cuando terminamos, se pone su uniforme y lo llevamos a su escuela, a tan solo dos calles. Verlo entrar tan contento y sin muletas hace que a su madre se le salten las lágrimas y que yo me sienta orgullosa por primera vez en toda mi vida.

—Lo entiendes ahora, ¿verdad? —le susurro a Oliver.

Me mira con una cara que no termina de decidirse entre la alegría y la preocupación.

Ya en el PranaParadise, a eso de las once, recibimos una visita sorpresa en

el *spa*: Lola. Nos saluda animada y alegre como siempre, pero hay un brillo en sus ojos que... Sí. No cabe duda. Ella también ha pasado una noche de pasión con Unai. Nos basta con mirarnos para entenderlo todo y, acto seguido nos hacemos, a la vez, la advertencia de rigor:

—Ten cuidado, ¿vale?

Celebramos la sincronía de nuestras palabras y de nuestra vida riéndonos. María nos observa a las dos con detenimiento.

—Ay, señoritas, qué contenta estoy de que les esté gustando tanto Santa Teresa —nos dice, y entra en la sala de circuitos para dejarnos a solas.

—Tengo una clase ahora, pero esta tarde quiero un informe completo de lo que pasó anoche, ¿de acuerdo? —me exige.

—De acuerdo.

Cuando Lola sale por la puerta con su sonrisa de lado a lado, se da de bruces con Hernán.

—Buenos días, señoritas. Con tanta chica alegre da gusto pasear por un hotel —nos saluda.

—Buenos días, Hernán. Adiós, Coco —se despide Lola con un golpe de rastas al darse la vuelta y cerrar la puerta del *spa*.

Hernán busca con la mirada a María.

—Está en el circuito, Hernán —murmuro para tranquilizarlo, intentando que no parezca que insinúo que sé por qué la busca con tanta necesidad.

Creo que no lo consigo por cómo se delata intentando simular indiferencia.

—Me duele mucho el cuello, ¿podrías arreglármelo con un tirón de esos salvajes?

—¡Claro!

Hernán se asoma a la sala de circuitos para avisar a María de que vamos a la camilla exterior. Ella asiente sonriendo. Mientras caminamos en silencio por el sendero de grava, observo a Hernán y empiezo a sospechar. Al llegar a la camilla, le pido que se sienta en ella de espaldas a mí. Tanteo sus vértebras y no encuentro nada. Sin embargo, está algo tenso. Lo obligo a quitarse la camiseta y a tumbarse bocabajo en la camilla. Aún quedan en su piel rastros de la pelea con Kenneth en forma de ronchas amarillas. Me vierto un poco de aceite de lavanda en las manos y le doy un simple masaje para relajarlo. En cuanto siento que empieza a hacer efecto, voy al grano:

—¿De qué quieres hablarme, Hernán?

Al principio no se inmuta, pero con la cara hundida en la camilla, lo oigo musitar algo sobre la perspicacia española, y se levanta. Rodea la camilla y se

queda quieto mirando el océano, con su camiseta en la mano.

—Oliver me ha contado lo que te ocurrió con Kenneth —dice al fin—. Coco, te agradezco enormemente lo que estás haciendo por Juan y María, son muy importantes para nosotros, pero es demasiado peligroso. Tal vez no...

—Hernán, ¿tú también? —Lo corto en seco—. ¿O te ha enviado Oliver para que hables conmigo? ¿Es eso?

—¡No! No me ha pedido nada, te lo juro. Es que... Coco, está enamorado de ti.

Reconozco que sus palabras me descolocan por completo porque hacen que me derrita igual que la nieve bajo el sol.

—¿Que está qué? —murmuro.

—Enamorado de ti. Me lo ha dicho tal cual y te aseguro que lo dice de verdad. No es fácil que Oliver hable de estas cosas, y menos conmigo. Ha sufrido mucho por mi culpa y, aunque a veces me desespera, no quisiera verlo sufrir otra vez. Por eso te pido que te alejes de Juan y María. Yo me encargaré de buscar otro fisioterapeuta. Correré con todos los gastos —asegura.

Aunque me cuesta darme cuenta de lo que me está proponiendo, porque las palabras «está enamorado de ti» resuenan por todos los rincones de mi ser, consigo reaccionar. Sí, buscar otro fisioterapeuta terminaría con parte de nuestros problemas. Kenneth tendría más complicado meterse con María o conmigo, y Juan seguiría con su tratamiento. Lo pienso detenidamente y veo la respuesta cristalina: no. No me da la gana dejarme amedrentar más por mi madre. Digo... por Kenneth. Tomo mucho, muchísimo aire y lo suelto en un largo suspiro de reafirmación.

—Oliver ha sufrido —afirmo.

—Mucho —murmura Hernán.

—Tú también has sufrido —aseguro, tal vez arriesgándome demasiado.

—Sí —reconoce con un gruñido.

—Yo también, ¿sabes? Yo he sufrido, tú has sufrido, él ha sufrido. Pero María está sufriendo. ¿Ves la diferencia? Pasado frente a presente. Hoy no has hablado casi con ella, por eso no sabes lo contenta que está porque su hijo ha podido ir al colegio sin muletas. Hernán, no sé de dónde saca fuerzas esa mujer para sonreír constantemente y contagiárselo a los demás, pero es admirable y creo que merece que le echemos una mano, por peligroso que sea.

Me mira pensativo y, al final, claudica.

—Sí, es una mujer increíble —admite—, pero Kenneth...

—Pero nada, Hernán —lo interrumpo—. María merece ser feliz y si para eso tengo que enfrentarme a un matón lleno de músculos, lo haré —aseguro en un tono tal vez demasiado tajante, porque Hernán se vuelve hacia mí con suma violencia.

—¡Eres una terca! —me grita exasperado—. Hablas así porque no tienes ni idea de lo que ocurrió. Por su culpa...

Detiene su discurso en seco apretando los puños. Mi primera reacción es dejarlo estar, pero si existe la menor oportunidad de hacerlo confesar sacándolo de quicio, es esta.

—¿Por su culpa, qué? ¿Murió Evelyn? —le grito en plena cara.

Hernán clava sus ojos en los míos y después los cierra muy fuerte, cuando se le llenan de lágrimas.

—No es a mí a quien corresponde contarte esa historia, Coco —reconoce con la voz entrecortada, y se marcha con prisa.

# 21

Intento pasar el resto del día con el mal sabor de boca que me ha dejado la conversación con Hernán. Si no es a él, su viudo, ¿a quién le corresponde contarme qué demonios ocurrió con Evelyn? ¿A Kenneth? ¿De qué va todo esto? ¿Y cómo puede estar Oliver tan seguro de lo que siente como para confesárselo a su hermano, ese que tanto le ha hecho sufrir? ¿Por qué no me lo ha dicho a mí?

El futuro de mi salud mental empieza a ser un problema y bien gordo. Pero siempre me ha sorprendido cómo los problemas más terribles se convierten casi en un contratiempo de nada al aparecer otros mayores.

El teléfono del *spa* suena a media tarde.

—Rápido, señorita —me avisa María en cuanto cuelga—. El *lisenziado* Oliver viene para acá con unos señores muy importantes. Vamos a ver que todo esté bien.

Se mueve a la velocidad de la luz. Comprueba la temperatura del agua, que haya toallas en todas partes, velas encendidas y pone en funcionamiento todos los chorros del circuito. Va tan deprisa que lo único que consigo es perseguirla de un lado a otro sin que me dé tiempo a hacer nada.

Para cuando el tintineo de las campanillas de la puerta anuncia que los visitantes han llegado, María y yo estamos colocadas muy derechitas una junto a la otra delante del mostrador de recepción. Debemos parecer el punto y la i, porque ella apenas me llega al hombro.

—Buenas tardes —saludamos, casi a la vez, cuando vemos entrar a Oliver acompañado de dos hombres y una mujer tan rubia que parece casi albina.

Oliver va vestido con guayabera y pantalones blancos, mientras que sus acompañantes parecen haberse escapado de una fiesta hípster. La mujer intenta disimular su evidente juventud con un sobrio traje de chaqueta y falda, pero lo que más me rechina son sus zapatos tan serios, de tacón alto y fino. No pegan ni con cola en un lugar junto al mar y, al verla, no puedo evitar pensar en mi madre. ¿Quiénes serán?

—Buenas tardes —nos saludan en español con acento extranjero, posiblemente americano.

—Estas son las señoritas María y Coco, responsables del *spa* —anuncia Oliver en inglés, sonriendo orgulloso.

Los tres invitados nos miran sonrientes, especialmente los dos hombres, que se detienen de forma descarada en mis infinitas piernas. La mujer, sin embargo, comprueba la dirección de la mirada de Oliver, y no le gusta descubrir que su objetivo soy yo.

Las campanillas suenan de nuevo y nos hacen girar a todos la cabeza hacia la puerta. Una chica totalmente vestida de negro entra muy apurada. Su cara, llena de *piercings*, me resulta peligrosamente familiar.

—Lo siento, me he entretenido en el jardín —se disculpa con una voz que también me resulta familiar. ¿De qué la conozco?

—¡Mierda! —se me escapa al recordar, y a mí no se me escapan palabrotas.

Obviamente acaparo todas las miradas, incluida la de Loreto Neri, la recién llegada, la chica gótica que me maquilló el maldito día de mi boda. Muy bien Coco, muy bien. Instintivamente miro al suelo y susurro una disculpa, pero sé que es demasiado tarde. Durante la décima de segundo en que nuestras miradas se cruzan, sé que me ha reconocido.

—¿Podemos verlo ya? Tenemos algo de prisa —se apresura a decir uno de los hombres.

—Por aquí, por favor —les indica Oliver a todos, señalando la puerta de cristal.

Miro de reojo a María, intentando averiguar si debemos acompañarlos o no. Parece leerme la mente porque me mira y niega con la cabeza. En cuanto Oliver cierra la puerta de cristal, nos relajamos con la misma entrega que un globo cuando se deshinch. María se esconde tras el mostrador y consulta la agenda. Yo me acerco a los sillones blancos que están junto a la puerta de cristal. Me pongo a acomodar los cojines y ordeno las revistas que ya están perfectamente ordenadas en la mesita de bambú. Lo que en realidad me interesa es observar cuanto ocurre dentro del circuito.

—¿Quiénes son estas personas? —le pregunto a María.

—No sé —contesta.

Oliver da explicaciones señalando los distintos chorros, en los que solo se fijan los hombres, porque la rubia tiene la mirada en piloto automático rumbo a él, y Loreto, la gótica, en mí. Una extraña inquietud sacude mi cuerpo, y no solo por el hecho de que me haya reconocido. Por más que el quinteto se mueve de un lado a otro, desde el circuito a la sauna, de la sauna a la sala de masajes, la mujer no se separa de Oliver, haciendo que los movimientos de su

melena rubia con los que intenta captar su atención me golpeen directamente en el estómago.

Oliver parece no darse cuenta de nada y eso altera mis niveles de indignación. ¿Por qué no le para los pies? ¿Es que no ve sus intenciones? Pues, al parecer, no. Ni siquiera cuando, al abrirles la puerta que da al jardín para llevarlos a la camilla del mirador, ella simula tropezar para caer directamente en sus brazos.

—¡La muy lagarta! —exclamo sin darme cuenta, haciendo que caigan todas las revistas al suelo.

—¿Quién, señorita? —María me mira desconcertada.

—Lo siento —murmuro, agachándome para recoger el desastre—. Es que ¡mira lo que acabo de leer!

Cojo al azar una revista y la llevo hasta el mostrador. La abro por una página cualquiera para inventarme algo y, ahora sí, se me para el corazón. Por desgracia, es el *Hola* de España y me encuentro con una pequeña foto de mi madre que ilustra una información en la página de «Cóctel de noticias» titulada:

La extraña boda de la hija de Minerva Capdeville.

De un manotazo que retumba por todo el *spa*, cierro la revista. María da un brinco del susto.

—Katy Perry. En la lista *Forbes*. ¿Te lo puedes creer? —miento.

Aunque es evidente que no comprende nada, María sonrío, se encoge de hombros y vuelve a su ordenador. Aprovecho el momento para volver a la mesita de bambú. Busco de nuevo la página, la arranco con manos temblorosas y la escondo bien dobladita en mi sujetador. Recoloco las revistas sobre la mesa y me escondo en el circuito.

¿Cómo que la extraña boda de la hija de Minerva Capdeville? ¡Si no me casé! ¿Qué demonios ha hecho mi madre para que publiquen semejante mentira? Me agacho junto a uno de los chorros, porque siento que se me doblan las piernas. Sopeso la posibilidad de esconderme en el cuartito de las camillas y leer la noticia. Sí, allí podré hacerlo sin que nadie me vea y, además, me servirá para esconderme de Loreto, la gótica.

Entro en el cuartito, saco la hoja de mi sujetador y la desdoble con ansia. En un pequeño cuadrado vuelvo a ver el titular:

## LA EXTRAÑA BODA DE LA HIJA DE MIREIA CAPDEVILLE.

Solo es un breve. No quiero ni pensar en cuánto le habrá costado a mi madre que el tema no pasara de aquí. Sin embargo, ni en mis peores pesadillas habría imaginado que fuera capaz de inventarse la patraña que tengo delante:

Coco Arcaute Capdeville, hija de la conocida editora de la revista *Sofistique*, contrajo matrimonio el pasado 12 de mayo en la más estricta intimidad con Jaime Gómez-De la Barca Sotomayor, considerado uno de los solteros más cotizados del momento. Aunque estaba prevista una celebración por todo lo alto, la ceremonia tuvo que ser alterada a última hora tras caer enfermo de forma repentina Pierre Dumont, actual marido de Minerva. Los novios se encuentran disfrutando de su luna de miel en un destino exótico que aún no ha sido revelado.

—¡Será mentirosa! —gruño llena de ira.

¿Cómo ha podido inventarse semejante barbaridad? ¡Decir que estamos casados! ¡Inventarse que Pierre está enfermo! ¡Es detestable! Si al menos hubiera sido para proteger al pobre Jaime... ¡Pero no! Ha mentido para proteger lo único que le interesa: su puta dignidad. ¡Y yo no digo palabrotas! ¡Joder!

Doblo el papel y lo escondo de nuevo en mi sujetador. Salgo tambaleándome del cuartito y vuelvo a agacharme junto a uno de los chorros. Siento que la piel me arde por la rabia que tengo y que trata de salir en forma de llamas del infierno. Tras comprobar que nadie me ve, coloco las manos bajo el agua y me mojo la frente y la nuca. Aunque el agua también está caliente, consigue apaciguar, en parte, la rabia.

Más tranquila, levanto la vista. Oliver está despidiéndose de los invitados en pleno jardín. Le da la mano amablemente a los dos hombres y a Loreto, que parece distraída buscándome con su mirada siniestra, mientras la mujer escribe algo en su agenda. Loreto y los hombres se adelantan. La mujer arranca el papel en el que acaba de escribir y, con disimulo, lo deja en la mano de Oliver al tiempo que se pone de puntillas para darle un beso demasiado cerca de los labios. Él la mira desconcertado y, en cuanto se marchan, desdobra el papel. Cuando lo lee sonrío y se lo guarda en el bolsillo de la guayabera.

Al acceder al *spa* por la puerta del jardín y no verme en la recepción, Oliver

entra en el circuito. Aquí lo espero, en cuclillas junto al chorro. Por la cara que pone, está claro que teme que haya visto la insinuación con beso de la tiparraca esa. ¿Me ocultará lo ocurrido? Probemos. Me levanto despacio y camino hacia él insinuante, ardiente, además de verdad. Al verme así no le queda más remedio que tragar saliva. Me planto a muy pocos milímetros de su cuerpo y recojo los brazos detrás de mi espalda:

—Lisensiado, ¿puedo ayudarlo en algo? —pregunto melosa.

Vuelve a tragar saliva y sonrío.

—Lo cierto es que sí, señorita —me dice muy serio, instándome a salir a la pequeña recepción—. María, si no tienen a nadie ahora, necesito que vengan conmigo un momento, por favor.

Mi compañera asiente discreta y accede. Caminamos tras Oliver por el hotel, hasta llegar al *lobby*. Vemos a Hernán hablando con José, el joven del turno de noche. Oliver nos pide a todos que entremos en el despacho que está tras el mostrador. Manda llamar al chef del hotel y también a Lola, aunque le confirman que ya se ha marchado.

—El *lisensiado* Unai, del Rey *Pansa* vino a recogerla *hase* una hora —aclara José.

En cuanto viene el chef, Oliver nos lo explica todo. Al parecer, los que acaban de visitar el *spa* pertenecen a una productora de cine y están buscando localizaciones para grabar una película.

«¡Claro! Mi madre contrató a Loreto Neri porque tiene un Goya o algo así», recuerdo.

Oliver les ha ofrecido gustoso el hotel. Aunque serán unas cincuenta personas, reservarán todas las habitaciones durante una semana. No pueden permitir que haya otros huéspedes durante el rodaje porque vendrán actores muy famosos. Todo el mundo se pone muy contento, esto nos viene muy bien ahora que ha finalizado la temporada alta. Sin embargo, yo estoy perdida. ¿Una semana entera? ¿La buscona esa va a estar una semana en el PranaParadise? ¿Loreto Neri va a estar una semana en el PranaParadise?

Hay que preparar un presupuesto y tienen que aprobarlo, pero, de las cuatro personas que lo han visitado, la mujer rubia es la que tiene la última palabra y se ha mostrado encantada con todo lo que ha visto. ¡¡¡Con todo lo que ha visto!!!

Mis compañeros empiezan a dar ideas y a planificar cosas. Yo me mantengo al margen, pensando en la buscona y ahogándome en esta extraña sensación que ya he sentido antes, cuando descubrí la dedicatoria de Evelyn en un libro.

Aquella vez mis dudas se disiparon rápido, pero ahora ¿Cómo es posible? ¿De verdad siento celos? Me temo que sí. ¡Son celos! Y por más que intento racionalizarlos para no hacer el ridículo, soy incapaz de hacerlo. Es cierto que Oliver se quedó contrariado al leer el dichoso papelito, pero si no le interesaba aquella mujer, ¿por qué sonrió al leerlo? ¿Qué puedo hacer? ¿Pedirle explicaciones?

—Señorita, ¿está usted bien?

La voz de María me saca del mar de las angustias. Levanto la vista y veo que todos me miran desconcertados.

—Sí, lo siento. Estaba pensando qué masajes originales y rápidos podríamos ofrecerles en el *spa* a un precio especial —miento para disimular.

Oliver sonríe satisfecho y yo también, porque por un instante me mira como siempre, como si yo fuera magia. Por un instante. Enseguida continúa con su charla y todos lo escuchan como si nada, como si yo no estuviera muriéndome por dentro.

## 22

Todo el mundo en el PranaParadise parece haberse vuelto loco con la posibilidad de que graben aquí una película. María no ha hecho nada más que fantasear con la idea de que el protagonista sea Chris Hemsworth. A Juan le gustó mucho *Thor*, me explica, sin caer en la cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tiene que volver a casa en el bus y yo al Brisa andando, ¡porque ni Hernán ni nadie parecen recordar que existimos! ¡Ay, no! ¡Claro que alguien sabe que existimos! Loreto Neri, una maquilladora española muy famosa que me ha reconocido al instante porque fue la encargada de ponerme guapa el día de mi boda fallida.

Con una rabia por dentro que hace que me cueste respirar, llego al Brisa y voy directa hacia las escaleras metálicas para subir a mi habitación. No tengo humor ni para *serveras* con el Chimuelo. El problema es que cuando llego al último piso, la puerta de nuestra habitación, como siempre, está cerrada. Saco mi móvil y le envío un WhatsApp a Lola:

COCO:

Tenemos un problema.

Alguien me ha reconocido. ¡Ven ya!

LOLA:

Dame veinte minutos.

Veinte minutos. No me queda más remedio que esperarla con el Chimuelo. Bajo de nuevo las escaleras echando espuma por la boca y entro en recepción.

—Hola, Chimuelo.

—Pero *lady*, ¿qué le pasa? —me pregunta preocupado.

—Estoy enfadada. No sé si debería hoy tomarme una cerveza porque puede

que cometa una locura —afirmo muy seria.

El Chimuelo se ríe haciendo brillar sus ojos azules.

—*Lady*, ¿le cuento un secreto? Hoy es un día perfecto para *haser* locuras: es mi cumpleaños —murmura bajito con la cara iluminada.

—¿De verdad? ¡Muchas felicidades! —le digo.

—Tiene que *selebrarlo* bebiendo una *serveza* conmigo. ¿O va a dejar que beba solito en un día tan *especial*? —pregunta haciéndose el compungido con unos morritos tan británicos que me hacen reír.

—No, claro que no. Venga, tráeme una, por favor.

Entra en el bar y vuelve tarareando su versión personalizada de *Las mañanitas*:

Estas son las mañanitas  
que cantaba el rey David  
a los Chimuelos bonitos  
se las cantamos así.

—Chimuelo, ¿cuántos años cumples?

—*Sincuenta* y tres —afirma orgulloso.

Me quedo con la boca abierta. No es que su edad me quite el sueño, pero está tan estropeado que pensaba que era mucho mayor.

—Chimuelo...

—Sí, ya lo sé. *Paresco* más viejito, pero por dentro me siento joven. No como antes, que me pasaba al revés.

—Tal vez si te cuidaras un poco más... —insinúa con la mayor delicadeza del mundo.

—Sí, cuidarme sería la *desisión* más sensata, pero no la divertida. Me pasé la vida *hasiendo* lo correcto sin escuchar a mi *corasón*. Aun así, míreme. Terminé solito, siendo un *infelis*. No, *lady*, ya no. Lo que me quede de vida no más quiero pasarlo bien padre.

Sonrío, aunque sus palabras terminan de rematarme. Ahora sé que por más decisiones «correctas» que hubiera tomado en mi vida tras casarme con Jaime, como dejar de ser fisioterapeuta y aceptar dirigir la revista de Minerva, jamás habría conseguido ser tan feliz como lo he sido en Santa Teresa en apenas unas semanas.

—Sí, creo que tienes razón —admito.

Lola aparece al rato con una cara de susto bárbara. En cuanto la ve, el

Chimuelo la invita gustoso a otra Imperial. Mientras va a buscarla, la pongo al día.

—Loreto Neri está aquí y me ha visto —le cuento.

—¿Quién?

—La maquilladora que contrató mi madre para el día de mi boda. Es muy famosa. Creo que tiene un Goya. Me ha visto y me ha reconocido.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Ah, y mira...

Saco de mi sujetador la página del *Hola* hecha un gurrño y se la muestro. Lola lee muy atenta con el ceño fruncido. Después sonrío.

—Tu madre intenta hacerte volver porque no nos encuentra —asegura.

—¿Tú crees?

—Sí, y se está empleando a fondo.

—No sé. ¿Y si Pierre está enfermo de verdad? Le dijo a mi padre que tenía un dolor en el pecho.

—Tonterías —zanja Lola—. Se lo ha inventado, igual que el resto. Además, ¿cuándo ha permitido tu madre que se publique algo sobre vosotras?

Tiene razón. Minerva jamás dejaba que nos nombraran a Chris y mí en ninguna revista. No es que le preocupara en absoluto preservar nuestra intimidad ni nada de eso. No lo permitía porque, palabras textuales suyas, se avergonzaba de nosotras. Yo había desperdiciado mi vida en la universidad estudiando algo denigrante que me obligaría a manosear personas, en lugar de sacarle provecho a un cuerpo con el que podría haber incendiado las pasarelas de todo el mundo. En cuanto a la pobre Chris, su pecado era mucho peor que el mío: admiraba a papá. Y para dejarlo bien claro, decidió estudiar Medicina y hacer caso omiso a los consejos de Minerva para seducir a los nietos de Pierre.

—Sí, creo que tienes razón —admito triste.

—Lo que me me preocupa es lo de la maquilladora. ¿Dónde la has visto? —me pregunta Lola.

Le cuento todo lo ocurrido en el *spa* y lo que nos dijo Oliver en la reunión. Si finalmente aceptan grabar en el PranaParadise esa película, Loreto se alojará allí y entonces sí que tendremos un grave problema.

—Confiemos en que elijan otro hotel y pensemos en un plan alternativo por si acaso —propone Lola.

—¿Como cuál?

—Como cambiar tu imagen poniéndote rastas.

Antes de que pueda protestar, el Chimuelo regresa con tres botellas de Imperial.

—¿Sabes que hoy es su cumpleaños? —le cuento a Lola.

—¿Sí? Felicidades, Chimuelo. ¿Cuántos te caen?

—*Sincuenta y tres.*

Lola lo mira con unos ojos enormes.

—Vaya, Chimuelo. Ojalá llegues a la edad que aparentas —le desea de corazón.

En lugar de enfadarse, el Chimuelo se ríe con la ocurrencia. Lola y yo le cantamos el cumpleaños feliz. Al oírnos, un par de huéspedes más se unen a la fiesta. El Chimuelo saca cervezas para todos y, a lo tonto, a lo tonto, la recepción del Brisa está más animada que la Flower Party de Gabana. Bailamos, cantamos y reímos sin parar. Lo pasamos tan bien que hasta me olvido de enfadarme porque parece que Oliver no vendrá a verme esta noche. Y no viene, me lo confirma por teléfono, ese que contesto de milagro porque las rancheras del Chimuelo suenan a todo trapo.

—¿Diga? —contesto a gritos.

—¿Coco? ¿Dónde estás? —me pregunta preocupado.

—Hola. En el Brisa; espera, que salgo fuera para poder oírte.

—¿Por qué hay tanto jaleo?

—Se ha improvisado una fiesta. Estamos celebrando el cumpleaños del Chimuelo —le explico, ya en el aparcamiento.

—Poniéndome celoso, ¿eh?

—Oh, sí —le contesto con ironía.

—Yo también puedo ponerla celosa, señorita. ¿Sabe usted que una de las chicas de la productora me escribió en un papel su teléfono y la dirección de su hotel?

No puedo creerlo. ¡Me lo está confesando! Y eso solo puede significar que no tiene ninguna intención de engañarme, ¿no? ¡Toma ya!

—¿Quién? Ah, sí, la rubia esa. Qué descarada, ¿no? —disimulo.

—Sí. Podía haber sido más sutil. Coco, lo siento, pero hoy no puedo ir a verte. Quiero poner el hotel a punto por si finalmente graban aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, no te preocupes.

—¿Por qué no os quedáis esta noche aquí, en el PranaParadise? Puedo enviar a alguien a buscaros. Además, yo me quedaré también —propone con una voz que resulta difícil rechazar.

Me siento en una de las sillas de plástico en las que se sienta el Chimuelo por la tarde a cantarles rancheras a sus jóvenes huéspedes.

—Gracias, pero mejor no. Necesito pensar.

—¿Pensar? ¿En qué?

—Oliver, tengo miedo —confieso. Igual que ocurrió por la mañana malinterpreta mis palabras.

—Por eso. Coco, por favor, quedaos en mi hotel —suplica—. Aquí Kenneth no se atreve a venir.

—No, no es por Kenneth. Tengo miedo porque empiezo a sentir algo muy fuerte por ti y es algo que no me había pasado nunca —suelto de golpe.

Oliver se queda en silencio un buen rato, uno tan largo, que casi empiezo a arrepentirme de haberle hecho esa confesión.

—¿Nunca te has enamorado? —me pregunta al fin. Bueno, yo no había usado ese término, pero lo cierto es que...

—No, creo que no. —Y es que sigo sin entender la definición de mi padre. «Estar enamorado es sentir en el otro». ¿Qué demonios quiere decir eso, Coco? ¿Tan difícil es?

—Yo sí estuve muy enamorado una vez —confiesa Oliver.

—¿Ah, sí? No me digas —murmuro sin poder evitar sentir celos de quien sea.

—Sí. Salí muy mal parado, pero eso no ha podido impedir que me enamore de ti.

—¿De verdad? —murmuro con torpeza y siento a través del teléfono la sonrisa de Oliver.

—Te veo mañana, ¿OK? —dice.

—OK. Hasta mañana —murmuro.

Cuelgo el teléfono y me quedo plantada observando la luna con sonrisa de boba. A los dos minutos recibo un WhatsApp de Oliver que abro a toda velocidad. Es la foto de un hibisco rojo.

## 23

A pesar de haberme ido a la cama en un estado de felicidad absoluto y de haberme levantado eufórica, me entran los siete males cuando, al subirme al todoterreno de Oliver, como cada mañana, me encuentro con Hernán. Según me explica, él me llevará a casa de María. Su socio-hermano no quiere moverse del hotel por si tiene noticias de la productora. ¿Qué pasa? ¿Que se van a comunicar con él por señales de humo? ¿O por paloma mensajera? ¿En plena era de las telecomunicaciones e Internet? ¿No estará esperando otra visita de la rubia en persona? Grrr.

—Y si Kenneth te ve por allí —insinúa con voz de ultratumba.

—Hace días que no se sabe nada de él en todo Santa Teresa. Con un poco de suerte, estará muerto —me informa Hernán.

Mientras hago los ejercicios con Juan y le doy los masajes, Hernán y María toman un café cuchicheando como dos adolescentes. Se escapan caricias furtivas y estrellitas en cada mirada con tal descaro que me cuesta la misma vida distraer a Juan para que no se dé cuenta. No sé por qué, pero me estoy poniendo de muy mala leche por momentos. El mosqueo que tengo ni siquiera se me pasa cuando llegamos al *spa* y veo sobre mi taquilla un hibisco rojo recién cortado y un ejemplar de *Cumbres borrascosas*. Guardo el libro en la taquilla, me pongo el uniforme y la flor sin ninguna emoción. María, al notar mi mal humor, me propone que vaya al mirador para revisar que todo está en orden. Tal vez piense que así se me pasará. Y puede que tenga razón, por eso obedezco sumisa.

Contemplo el paisaje mientras coloco toallas, aceites, cremas... Lo cierto es que me sienta bien tomar un poco el aire y regreso al *spa* más tranquila. Sin embargo, la paz me dura bien poco. Al entrar veo una sombra negra deslizándose por la puerta del vestuario de mujeres.

—María, ¿quién ha venido? No teníamos ninguna cita a esta hora, ¿no?

—Sí, pero no lo sabíamos. *Hisieron* la reserva anoche los de *resepión*. Es una de las mujeres del *sine* que vinieron ayer, la que iba toda vestida de negro —me informa mi compañera.

Se me para el corazón. Bueno, no se me para, se me sube a la cabeza y

empieza a bombear desde ahí toda la sangre de mi cuerpo causándome un dolor de cabeza insoportable. Loreto está en el *spa* y yo tengo que esconderme, camuflarme, esfumarme, desaparecer.

—Tengo que irme —murmuro casi sin voz.

—¿Adónde, señorita? Tiene que darle ahora un masaje. Pidió que se lo diera usted —explica mi compañera.

—¿Cómo? ¿Pidió que se lo diera yo? ¿Coco?

—Sí. Me lo acaba de *desir*. ¿Está bien, señorita?

¿Bien? ¿Cómo voy a estar bien? ¡Estoy cero bien! Piensa, Coco, ¡piensa! Sí, tengo la cabeza como para pensar. Entro en nuestro vestuario, saco de mi taquilla el móvil y llamo a Lola sin importarme un pimiento si interrumpo su clase de yoga o no. Por suerte, contesta al tercer tono:

—Coco, estoy en clase, no puedo hablar —me advierte.

—Loreto, la maquilladora, está aquí. ¿Qué hago?

—¿Qué? Líbrate de ella como sea.

—No puedo, ya sabe que soy yo. Ha pedido que Coco le dé un masaje. ¡No sé qué hacer!

—Vale, no te pongas nerviosa. En cuanto pueda voy para allá. Pero piensa rápido o estamos perdidas.

Piensa, piensa, piensa ¡Qué fácil es decir eso cuando no tienes una colmena de abejas asesinas dentro del cráneo! Tiene que haber alguna manera de engañarla con... con... ¡con un disfraz!

María entra en el vestuario:

—Señorita, la está esperando ya en la camilla del mirador —me advierte con dulzura.

—Voy, un momento... —suplico respirando con dificultad.

Un disfraz. ¡Necesito un disfraz! Algo que esconda mis rasgos característicos, que son ¡mi pelo y mis gafas! Porque con las piernas no puedo hacer nada, claro. ¿Qué haría Lola, qué haría Lola...? ¡Lola! Recuerdo que tuvo en su perfil de WhatsApp durante una temporada una foto suya con un turbante de yogui. ¡Eso es! ¡Un turbante!

Cuando salgo de nuestro vestuario y paso por recepción me llevo un par de toallas. Nada más salir al jardín, donde María no puede verme, me escondo tras un arbusto, enredo una de ellas alrededor de mi pelo y me quito las gafas. Después coloco el hibisco de tal forma que casi me tapa un ojo. Esto la distraerá. ¡Genial! ¿Genial? No veo ni torta. Bueno, no importa, solo hay que seguir el camino de grava. Puedo hacerlo, puedo hacerlo, ¡puedo hacerlo! Y

lo hago. No me he tropezado, ni me he perdido.

Me encuentro a Loreto sentada en la camilla como si fuera un indio. Entorno los ojos para verla mejor. Está de espaldas a mí, contemplando el mar, con un bañador de nadadora negro y una toalla del *spa* alrededor.

—Buenos días —murmuro muy bajito.

—Hola —me saluda girándose.

Al verme le da la risa. Creo que mi patético disfraz no está dando resultado, pero prefiero pensar que se ríe del turbante.

—¿Qué tipo de masaje desea?

—No sé, ¿cuál me recomiendas? —pregunta.

—Uno relajante —le digo dándole la espalda para buscar en la mesita de los aceites.

—¿Relajante? Muy bien. Me vendrá de maravilla.

Tomo el frasquito de aceite de lavanda. Le indico casi por señas que se suelte los tirantes del bañador y que se tumbe bocabajo. Al hacerlo y retirarle la toalla, veo algo en su espalda. Entorno los ojos de nuevo y casi doy un grito de horror. Una enorme calavera, de cuyos ojos salen dos serpientes con la lengua fuera, me saluda desde su piel. Siempre me han dado miedo los tatuajes, incluso los que representan tiernas ninfas. No es cuestión del dibujo, sino del aspecto de la tinta prisionera en la piel. Sé que carece de lógica, pero me resulta macabro y, si encima forma un dibujo como el que estoy viendo, aterrador.

Vierto todo el aceite de lavanda que puedo sobre la calavera y empiezo con el masaje. Me empleo a fondo. Sería genial si consiguiera que se durmiera, fingir que me encuentro malísima y largarme a mi hotel antes de que despierte. Noto apenas una pequeña contractura que puedo resolver sin causarle casi dolor. Bendiciendo mis dioptrías, que me impiden mirar a los ojos (bueno, a las serpientes) a la calavera, le propicio caricia tras caricia tras caricia... Sus músculos se van relajando uno a uno y de vez en cuando un leve gemido sale de su garganta. Cinco minutos más y creo que la dejo frita. Pero no.

—No sabes el cabreo que tiene Dado Caruzzi por lo de tu boda —me suelta de sopetón.

Podría haber salido del paso haciéndome la tonta, mintiendo como una bellaca o desintegrándome en el éter. Pero tampoco. La presión con la que mis manos se quedan quietas sobre su espalda me delata.

—Loreto, por favor, no le cuentes a nadie dónde estoy —suplico con voz

trémula.

Se levanta de un salto sin importarle lo más mínimo quedarse en *topless* frente a mí. Aunque la veo borrosa, me tapo los ojos, no por pudor ante sus desafiantes pechos, sino porque me ha parecido ver tatuada en su vientre la cara de... ¿MI MADRE? Rápidamente saco del bolsillo de mi falda las gafas y me las pongo para comprobarlo. No, no es un tatuaje de Minerva, pero sí una especie de demonio tan mal encarado que podría serlo perfectamente.

—¡Lo sabía! —exclama.

—Te lo suplico —murmuro. Ya estoy temblando otra vez.

—¿Cuánto vas a pagarme por mi silencio? —pregunta con una mirada más sádica aún que la del demonio que lleva en su vientre.

—¿Dinero? ¿Me estás pidiendo dinero?

—¡Ya lo creo! Sé que eres muy rica.

Trago saliva. Se me va el color, el alma, el sentido y la fuerza de las piernas, que empiezan a temblar. Si me delata, Minerva me matará. Si le doy dinero, Minerva me encontrará y me matará. Vamos, que estoy muerta.

—Estoy muerta —murmuro sin querer apoyándome en la camilla para no darme de bruces contra el suelo.

Una risa malvada sale del cuerpo de la maquilladora satánica con tal saña que siento como si me dieran puñetazos en el alma con cada carcajada. Ríe y ríe sin parar. Hasta tiene que acuclillarse en el suelo con los brazos rodeándole el estómago.

—¡Que no, tonta! —exclama a duras penas.

—¿Cómo dices? —susurro casi sin aire.

—Que es una broma. No diré nada. Es que has puesto una cara ja, ja, ja...

La miro indignada, con la boca bien abierta.

—¿Estás loca? ¡Casi me da un infarto! —le grito.

—Lo siento —se disculpa limpiándose las lágrimas—. No, qué coño, no lo siento. Te lo tienes merecido por intentar engañarme con ese... ja, ja, ja con ese... ja, ja, ja... turbante, ja, ja, ja...

Venga a reírse otra vez sin ningún tipo de consideración. Me quito la toalla de la cabeza con rabia y el hibisco se me cae al suelo. Loreto se agacha a recogerlo y me lo ofrece en son de paz muerta de risa.

—Gracias.

—De nada —me contesta recuperando la compostura a duras penas.

—Siento haberte gritado —me disculpo.

—Tranquila. Es que por un momento pensé que me estabas tomando por

gilipollas, como hace tu madre con todo el mundo. Pero ya veo que molas. Eres una tía legal.

Me deja tan cortada que solo acierto a murmurar:

—Entonces no dirás nada, ¿verdad?

—No. Odio a tu madre, tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Seguro? Te lo pido por favor. Va a matarme cuando me encuentre —pronostico.

—Lo sé. Está que se sube por las paredes —asegura.

—¿Cómo lo sabes?

—La vi la semana pasada. Me llamó para maquillar a Kate Moss. Es portada de su revista el próximo mes. Hizo llorar a más de uno ese día —me explica tapándose al fin con la toalla.

Puedo imaginarme la escena. Si estando animada Minerva no tiene ningún reparo en humillar a cualquiera que cometa el más mínimo error, no quiero ni imaginarme de lo que puede ser capaz hecha una hidra.

—¿Sabes algo de mi hermana Chris? ¿O de mi padre?

—¿Cuál de ellos? ¿El que está enfermo o el otro?

—¿Enfermo? ¿Mi padre? —pregunto alterada, y de pronto recuerdo la reseña del *Hola*—. ¡Ah, no! Te refieres a Pierre, mi padrastro.

—Sí, bueno, quien sea.

—¿Está enfermo de verdad? —insisto.

Loreto me mira con el ceño fruncido. Creo que intenta averiguar si de verdad estoy tan perdida o si le estoy tomando el pelo.

—¿Es verdad que os casasteis en privado? ¿Es verdad que estáis disfrutando de una luna de miel? ¿Existen los Reyes Magos?

—No, claro que no.

—¿Ves? Todo debe de ser mentira —me advierte.

—Eso espero. No es que le tenga un gran aprecio a Pierre, pero tampoco le deseo ningún mal.

—No, bastante tiene con aguantar a tu madre —suelta Loreto con una enorme carcajada.

—Parece que la conoces muy bien —murmuro avergonzada.

—Sí, me quiere tanto como yo a ella. Sin embargo, le interesa respetarme. Excepto con Carolina Herrera, tengo muy buena relación con todos los diseñadores, y tu madre sabe que si yo estoy en las sesiones no protestan, al menos en cuanto al maquillaje. Es su forma de ahorrarse problemas —me explica.

—Loreto, por favor. ¿Podemos hablar de otra cosa? Lo último que necesito es que me recuerden que mi madre es una víbora.

—Solo dime una cosa. Lo dejaste plantado, ¿verdad? Dejaste plantado al estirado ese.

—Bueno, yo... —tartamudeo cabizbaja.

—Lo sabía —afirma orgullosa—. Me costó mucho quitarte la cara de susto que tenías. Estaba cantado que no eras feliz.

—No, no lo era. ¿Quieres que siga dándote el masaje? —pregunto acobardada, colocándome de nuevo el hibisco en el pelo.

Creo que Loreto se da cuenta de que está pasándose de la raya porque empieza a mirarme con compasión. Y ver unos ojos tan negros, casi satánicos, rodeados de pinchos y de aros metálicos por todas partes, mirándote con compasión resulta de lo más patético. Estoy a punto de echarme a llorar cuando escucho unos pasos tímidos acercándose por el camino de grava. Es Lola. En cuanto nos ve se esconde tras un arbusto. Su presencia me alivia y su reacción me hace gracia.

—Anda, tonta, ven —la llamo.

Se asoma tímidamente, con una cara de mosqueo que parece Caperucita Roja contemplando al lobo enfundado en el camisón de su abuela.

—Hola —nos saluda.

—Lola, esta es Loreto Neri, la maquilladora que te comenté. Hemos hablado y no dirá nada, ¿verdad?

—¿Cómo puedes estar tan segura? —me pregunta Lola por lo bajo—. No la conocemos de nada.

—Odia a Minerva —aclaro.

—¡Hostia! —exclama Loreto de pronto—. Tú eres la duquesa de...

—¡Shhh! ¡Nadie sabe quiénes somos! —la regañamos.

Nos mira alucinada. Está claro que no entiende nada.

—¿Por eso estás trabajando? ¿Con toda la pasta que tienes? —me pregunta.

Lola y yo nos miramos de reojo. Esta respuesta me la sé.

—Mi familia tiene pasta, yo no —respondo.

Loreto nos mira con sus siniestros ojos de arriba abajo. Lo que ve es tan rocambolesco que creo que empieza a dudar hasta de la evidencia.

—¿Se puede saber qué coño hacéis escondidas aquí? —nos pregunta.

—¿Y tú? —contraataca Lola—. ¿Qué haces en Costa Rica? ¿Cómo sabemos que no te ha enviado Minerva? Me parece demasiado raro que hayas aparecido por aquí de repente.

—Me importa una mierda lo que te parezca. Estoy trabajando. Soy del equipo de Ridley Scott. Estamos rodando una película por la zona y este hotel es perfecto —nos explica.

Lola la machaca a preguntas sobre la película y la gente del equipo. No es por sano interés, sino para comprobar que, efectivamente, se trata de una casualidad. La tensión entre ambas va desapareciendo y zanja el tema con sendas sonrisas llenas de buena onda, como diría el Chimuelo.

—Eres una borde simpática —concluye Lola—. Me caes bien.

—Y vosotras un par de pijas muy pintorescas. Eso mola —confiesa Loreto.

—¿Quién era la mujer rubia que vino ayer con vosotros? —le pregunto yo.

—Katia, la ayudante de producción. Es un bicho que va de guay y no llega ni a pelusa. ¿Por qué?

—Curiosidad —murmuro con las venas llenas de celos.

—Bueno, me marcho —anuncia Loreto—. Han decidido que rodaremos aquí los exteriores, así que os veré pronto. Espero que me llevéis de parranda a lugares interesantes si no queréis que lo casque todo en cuanto llegue a Madrid.

A Lola se le erizan las rastas del susto y a mí me entran los sudores de la muerte otra vez. Loreto nos mira como si le costara creer que seamos tan tontas y estalla en carcajadas.

—No vuelvas a hacer eso, por favor —resoplo aliviada.

—Adiós, pavisosas —se despide riendo, y desaparece por el camino de grava.

## 24

Tal y como nos anunció Loreto, quince días más tarde en los que apenas he visto a Oliver, el equipo de Ridley Scott invade el PranaParadise. Todos los empleados esperan ansiosos a Zoe Saldaña. Todas las empleadas esperan ansiosas a Benicio del Toro. Todas menos yo, que espero con las uñas afiladas la aparición de Katia. Tranquila, Coco. Loreto dijo que es un bicho que va de guay y no llega ni a pelusa. Además, es más bajita, no está tan buena y Oliver está enamorado de ti. Te lo dijo. Y a Hernán también. Sí, es cierto. Nuestra relación se afianza cada día aunque casi no nos veamos. Es tan fuerte que nos queremos sin preguntas y sin respuestas. Al estilo Benedetti.

—Señorita, estoy preocupada —me dice María interrumpiendo mis pensamientos.

—Y yo —se me escapa.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Perdona, estaba pensando en alto. ¿Qué te pasa?

—Es por el papá de Juan. *Hase quince* días que nadie lo ve por aquí —cuchichea a mi lado, como si alguien pudiera oírnos a pesar de estar solas en el *spa*.

A Hernán y a Oliver también les preocupa ese tema. Yo tengo claro el motivo, pero a ellos no les convence. Desde que se sabe del rodaje de la película en el PranaParadise, la policía de Santa Teresa está muy activa. Han venido varias veces a ver el hotel para conocer las entradas, las salidas, revisar la cerca que lo rodea, etc. No es que teman un atentado terrorista, sino una horda de turistas curiosos.

—María, no te preocupes. La policía anda por aquí a todas horas, es normal que no se asome.

—Pero lleva *desaparesido* desde mucho antes. Además, él sabe que no lo buscan, señorita. No tiene ninguna *denuncia*.

—No, pero imagino que no querrá que lo vean «trabajar». Se habrá ido a otra parte a hacer sus negocios.

—No lo sé. Me da miedo que lo hayan matado —murmura.

La miro a los ojos y siento lástima por ella. Con todo lo que ese malnacido le ha hecho pasar en la vida, debería alegrarse de que esté muerto. Pero María no es así.

—¿Por qué no hablas con la policía? Si fuera así, ellos lo sabrían —le propongo.

—No me gusta hablar con ellos. Siempre quieren que lo *denunsie*. Todo el mundo sabe en qué anda metido y tienen muchas ganas de agarrarlo. No entienden que yo no puedo *haser* eso.

—Pero, María, es por tu bien y por el de Juan.

—No, señorita. Yo nunca tuve papá y es algo muy triste. No quiero que a mi niño le pase lo mismo.

—¿Y si algún día se lo lleva? ¿No tienes miedo?

—A *veses* sí lo tengo, pero otras pienso que adónde va a ir con él. Está enfermito y Kenneth ya no tiene familia. No, eso no puede ser —asegura tajante, aunque se nota a la legua que son argumentos dictados por el miedo y aprendidos de memoria durante muchas noches en vela.

Me da pena, pero a la vez tanta rabia que zanjo el asunto:

—Bueno, entonces no nos queda más remedio que confiar en que esté reformándose en algún convento o algo así.

Mi compañera no capta la ironía y recupera la alegría cuando suena el teléfono del *spa*.

—Señorita, ¡ya llegaron los actores! —me anuncia emocionada.

—Qué bien —musito sin ningún entusiasmo.

Y eso que estoy deseando que empiece el rodaje para que termine lo antes posible y quitarme esta congoja que me posee cada vez que Oliver habla con Katia por teléfono. Echo de menos mi vida anterior, esa tan aburrida en la que me pasaba el día con miedo de que Minerva me encontrara y deseando averiguar qué ocurrió con Evelyn. Porque sigo sin saberlo. Ni siquiera conseguí sonsacárselo al Chimuelo la tarde en que se bebió más cervezas que de costumbre.

—*Lady*, que no es día de muertos —protestó, el muy hijo del Big Ben—. Viva la vida, y no se preocupe más.

María quiere salir a ver a los famosos. Está como loca por ver a Benicio de cerca.

—Vete tranquila. Yo me quedo aquí por si viene alguien —le ofrezco.

—*Gracias*, señorita. Ahora le cuento todo.

Se marcha tan emocionada que parece dejar un rastro de estrellitas a su

paso. Reviso la agenda, coloco el mostrador y ordeno las revistas de la mesita de bambú para comprobar una vez más que no ha llegado todavía el *Hola* de España. Estoy tan concentrada en esta tarea que me cuesta reparar en un ruido nada habitual. Los ladridos de Max. A pesar de que tiene su perrera en la parte trasera del circuito y de que a veces nos oye hablar y trastear cerca, jamás ladra. Y menos de esta manera. Como mucho nos llama a María y a mí con ligeros gemidos.

Salgo para ver qué le ocurre con una revista enrollada en la mano. La última vez que lo oí ladrar tan nervioso fue a una araña. Recuerdo que me extrañó, porque no era especialmente grande, pero que me quedé loca cuando Oliver me dijo que su nombre era mataballos.

—¡Max! ¿Qué te pasa, guapo? —lo llamo desde su verja—. ¡Max!

No me hace ni caso. Está como loco ladrando y recorriendo de lado a lado el otro extremo de su espacio, el que da al aparcamiento del hotel. Ladra sin parar incluso cuando en un momento se gira y me ve.

—¡Max! Ven aquí —insisto—. Te van a regañar.

Intento abrir la puerta, pero no puedo, no tengo la llave. Por más que miro, no veo nada que pueda ponerlo tan nervioso. Ni monos, ni mapaches, ni nada. Tiene que ser algo al otro lado de la valla. Regreso al circuito y entro en la sala de las camillas. Me subo a una de ellas. Guau, ¡desde aquí lo veo todo! Veo a Max ladrando histérico, el aparcamiento lleno furgonetas negras que deben de ser de los del cine, a Kenneth agazapado cotilleándolo todo... Un momento. ¿He dicho Kenneth? ¡Maldita sea! ¡Es él! ¡Por eso Max ladra así!

—¿Qué haces? —la voz ronca de Oliver a mis espaldas hace que me tambalee y que esté a punto de romperme la crisma.

—Max está ladrando —me justifico bajando de la camilla como puedo.

—Por eso he venido. Vamos.

—¡No! Espera.

No me hace ni caso y sale al jardín. Abre la puerta de Max, que al ver a su amo se acerca a él con las orejas gachas, encorvado, como si supiera lo que le espera.

—Oliver, no lo regañes —le pido sujetándolo por el brazo.

—No puedo dejar que se porte así. Si va a ladrar cada vez que una furgoneta aparque aquí... —me explica enfadado—. Max, ¡ven aquí!

—No es por las furgonetas. Le está ladrando a Kenneth —murmuro bajito.

Oliver me mira nervioso. Después mira a Max, que confirma lo que le digo lanzando de vez en cuando un par de gruñidos en dirección al aparcamiento.

En silencio, le pido que me siga y volvemos a la sala de las camillas. Se sube a una de ellas y saca el móvil del bolsillo de su pantalón.

—José, tenemos un problema. Ve con un policía hacia la puerta principal y esperadme allí. No le digas nada a Hernán.

Baja de la camilla y se marcha a toda velocidad, no sin antes advertirme que no me mueva del *spa*. Max vuelve a ladrar otra vez, indicando que Kenneth sigue ahí. Subo a la camilla de nuevo y me quedo observando qué ocurre después.

Al minuto, veo que Kenneth desaparece de su escondite porque ha oído los pasos de José, del policía y de Oliver. Rodean todo el aparcamiento haciendo mucho ruido. Está claro que su única intención es ahuyentarlo. Como bien dice María, no pueden detenerlo porque no tiene ninguna denuncia. Max deja de ladrar y es entonces cuando ocurre algo que me revuelve las tripas del todo. José y el policía continúan recorriendo la valla, buscando posibles huecos por los que alguien pueda entrar, mientras Oliver se queda quieto mirando hacia el aparcamiento con una gran sonrisa. ¿Y a quién va dirigida esa sonrisa? Ni más ni menos que a Katia, que aparece tras una furgoneta y saluda a Oliver con un efusivo abrazo.

Aunque resulta casi cómico ver su pequeño cuerpo entre los enormes brazos de MI novio, se me revoluciona la sangre cuando desaparecen de mi vista cogidos de la mano.

María regresa al *spa* contándome con pelos y señales lo guapísimos que son Benicio y Zoe. Le han firmado un autógrafo para Juan y se han instalado en las *suites* nupciales. Le pregunto si ha visto a Oliver, niega con la cabeza y continúa emocionada con su relato mientras a mí empieza a darme de todo. No te pongas nerviosa, Coco, seguro que vuelve enseguida. Se trata de Kenneth, no tardará mucho en venir a tranquilizarte. Además, tiene que cerrar la puerta de Max con llave. Seguro que viene. Seguro que viene. Seguro que viene...

Pues no, no viene. Ya es hora de cerrar el *spa* e irnos a casa y ni siquiera me ha llamado. Sé que el rodaje ha comenzado porque desde la cristalera del circuito podemos ver a todo el mundo arremolinado alrededor de la piscina, pero eso no es excusa. María me suplica que nos acerquemos también a mirar.

—Vamos, pero yo tengo que irme ya —le advierto.

Cuando llegamos, busco a Oliver con desesperación. Mi plan es cruzar mi mirada con la suya, dejarle claro que estoy enfadada y regresar sola al Brisa a

ahogar mis penas en el Chimuelo. Digo... en su cerveza. Sin embargo, mi plan falla, porque no lo encuentro. Ni a él ni a Katia. ¿Dónde estarán? Ella es productora, maldita sea. ¡Debería estar aquí! ¡Todo el mundo está aquí! Hernán, que va junto a María en cuanto la ve, los camareros, las chicas de la limpieza... Hasta Lola está aquí y no con Unai en el Rey Panza.

—¿Has visto a Oliver? —le pregunto enfadada.

—No.

—Shhh —nos regaña alguien—. Van a hacer otra toma antes de que empiece a llover.

—¿Llover? ¿En serio? Pero este tío, ¿de qué va? Aquí nunca llueve —protesto indignada.

Lola me mira sorprendida.

—¿Qué te pasa? Rezumas mal rollo por todas partes —susurra.

—¡Shhh!

Cierro la boca, porque si la abro pueden salir todo tipo de improperios. Y yo no digo improperios. Para distraerme, contemplo la escena. Loreto la gótica está en el bordillo de la piscina dando los últimos brochazos a Zoe. Termina y sale corriendo hacia nosotros, una panda de empleados cotillas apostados todo lo cerca que un tío con *walkie-talkie* nos deja. Al vernos entre la gente, nuestra nueva amiga viene hacia nosotras.

—O me lleváis esta noche a un sitio donde se coma decente o regreso a Madrid mañana a primera hora y lo largo todo —gruñe por lo bajo a modo de saludo.

A Lola le brillan los ojos solo de pensar que esta noche cenamos con Unai en el Rey Panza. Yo, sin embargo, voy a lo mío:

—Loreto, ¿has visto a Katia? —pregunto.

Niega con una mirada siniestra que entorna enseguida. ¿Sospecha algo? Bah, me da igual. Estoy demasiado ocupada sintiendo cómo soy poseída por la ira del mismísimo Satanás. Me pillo tal rebote que me largo sin decir nada a nadie. Ni siquiera a María.

Cruzo el *lobby*, el aparcamiento y salgo a la carretera. Sola, sí. No tengo miedo de Kenneth. Es más, ojalá me encuentre con él porque ahora sí que lo muelo a palos.

A cada paso que doy, mi cólera se incrementa, sobre todo cuando siento no una gota ni dos, sino un auténtico torrente de lluvia que cae sobre mí sin avisar y me empapa en cuestión de segundos. Estas deben de ser las malditas tormentas tropicales de las que hace días nos advierte el Chimuelo.

—*Ladies*, cómprense unas Crocs, esas chanclas de tiras se les van a hundir en el lodo y no van a poder caminar con ellas —nos dice siempre.

Y tiene razón. La carretera se convierte en un barrizal y mis chanclas se entierran en él. Cada vez me cuesta más tirar de ellas hasta que llega un momento en que el barro me gana el pulso y me quedo descalza. Regreso sobre mis pasos para recuperar mi malogrado calzado cuando escucho el ruido destartado del todoterreno de Oliver. Se detiene a mi lado y me da un vuelco el corazón cuando me doy cuenta de que no viene del PranaParadise, sino de Santa Teresa. ¡Claro! ¡No estaba en el rodaje porque no estaba en el hotel!

—¡Sube! —me grita bajando la ventanilla solo hasta la mitad para que no le caiga dentro el diluvio universal y el arca de Noé.

Cruzo la carretera con las chanclas en la mano, entro en su coche y me siento tan feliz de verlo que me lanzo a abrazarlo. Ohhh. Huele a él, a Oliver, y está calentito, como siempre. Me siento tan bien aquí que no me doy cuenta de que es el peor momento de la eternidad para decirle:

—Te quiero.

&lt;

>Empapada y avergonzada por la escena que acabo de vivir, entro en la recepción del Brisa. No estoy de humor para *serveras* con el Chimuelo, así que cuando lo veo voy al grano.

—Hola. ¿Puedes darme mi llave, por favor? Lola no está.

—¡La agarró la tormenta! —exclama al verme empapada—. *Híjole*, y *parese* que está bien enojada. Ay, *lady*, ¿seguro que no quiere hablar con el Chimuelo?

No contesto. Solo me siento en mi silla alta, apoyo los brazos en el mostrador y dejo que mi cabeza caiga sobre uno de ellos. El Chimuelo interpreta mi gesto a la perfección. Deja la llave frente a mí, pone unas rancheras y aparece al medio minuto con dos cervezas y una toalla que echa con ternura sobre mis hombros. Hoy no se sienta al otro lado del mostrador, sino junto a mí. Bebe en silencio. Esperándome.

Tras lanzarme a los brazos de Oliver y dejar que las palabras «te quiero» salieran de mi alma, su indiferencia y una risa estúpida desde el asiento de atrás me obligaron a recuperar la compostura. Miré incrédula a la dueña de la risa y busqué en Oliver una explicación. Al parecer, mientras yo cruzaba la carretera para entrar en el todoterreno, Katia «fue tan amable» de saltar a la parte trasera para hacerme sitio.

—¿Adónde ibas tú sola? —me preguntó Oliver enfadado.

—¿De dónde vienes acompañado? —contesté.

—Vamos, te llevo a tu hotel. Después hablamos.

Fin de la conversación y trayecto hacia el Brisa en silencio. Bueno, en silencio no, porque la tormenta siguió cayendo implacable y el ruido de la lluvia sobre el todoterreno fue la banda sonora perfecta para acompañar los tristes latidos de mi corazón.

Tardé casi seis meses en decirle a Jaime que lo amaba, y eso que él me lo decía constantemente. Tardé tanto porque las palabras «te» y «quiero» no se dicen, se sienten. Hay que esperar el momento adecuado para que salgan

solas, espontáneas, convencidas de su deseo de ser libres. Como me acaba de pasar a mí con Oliver. Decirlas sin saber que estaba Katia delante me hizo sentir vergüenza. Escuchar su risa ante algo así y la frialdad con la que reaccionó Oliver... eso me está matando.

La tormenta cesa y una gota de agua resbala por el cristal de la botella que tengo delante, ajena al disgusto que me devora por dentro.

—Chimuelo —murmuro.

—Mande, *lady* —se apresura a contestar, girándose para prestarme toda la atención del mundo, como hace siempre.

—¿Alguna vez has estado celoso? —le pregunto muy bajito, interrumpiendo con el dedo el recorrido de la gota.

Su rostro se tensa al máximo, su mirada se nubla y, tras pensarlo detenidamente, confiesa en un susurro lleno de coraje:

—Tanto que casi mato por ello. ¿Un tequila? Nos va a *haser* falta... —me advierte en un tono tan británico que entiendo que no puedo negarme.

Aunque mi cerveza está llena, la llevo a mis labios y me bebo la mitad de golpe, haciendo un esfuerzo sobrehumano. El Chimuelo me observa satisfecho y vuelve a desaparecer por la puerta del bar.

Regresa con una botella de tequila y dos vasitos alargados. Lo apoya todo en el mostrador y entra de nuevo en el bar para traer un limón y un salero. Corta el limón en rodajas con una navaja que saca de un cajón del mostrador y que debe de tener más bacterias que el cultivo de orina de Torrente. Llena los dos vasos. Se echa sal en el dorso de la mano y hace lo mismo en la mía, levanta su vaso y brinda:

—Por los *selos*.

Chupa la sal, bebe el tequila de un trago y muerde el limón. Antes de que mi sentido común me lo impida, lo imito. Lamo la sal, me bebo todo el tequila de un trago y muerdo el limón. Aunque su acidez intenta distraer mi cerebro, siento que todo baja por mi garganta como si fuera la llama de un mechero. El Chimuelo asiente muy serio, casi orgulloso. Llena de nuevo los dos vasos y repetimos la operación. Sal, tequila, limón, fuego en la garganta y nos miramos a los ojos.

—Los *selos* tienen muy mala fama, *lady* —sentencia—. *Disen* que es malo sentirlos, que *hasen* daño y no traen nada bueno. En mi caso no fue así.

—¿Ah, no? —murmuro, sintiendo que los efluvios de la mezcla de cerveza con tequila empiezan a expandirse por todo mi sistema nervioso.

—No. Los *selos* me abrieron los ojos del *corasón*, me *hisieron* ver cuán

enamorado estaba. Lo único malo, ¿sabe qué fue? Que me rendí a su crueldad. No por haber dejado de amar, sino al contrario.

—Chimuelo..., no te entiendo —reconozco.

—¿Qué le han contado de mí, *lady*?

—No mucho. Solo que llegaste a Santa Teresa hace veinte años y que te pasaste un mes encerrado aquí. Llorando. Creían que eras narcotraficante o un criminal porque pagaste este hotel en efectivo.

—¿De veras? —me pregunta alzando las cejas.

—Sí. ¡Qué tontería!, ¿verdad? —Me río nerviosa esperando en vano, muy en vano, sus carcajadas de confirmación—. Chimuelo...

—Mire, *lady*. Cuando mi tío murió, yo era muy joven y me quedé al frente de todos sus *negosios* en México. Como era bien guapo y tenía dinero, muchas mujeres se me *asercaban*, pero ninguna llegó a interesarme de veras hasta que *conosí* a Matilde. Era tan hermosa y tan buena que caí enamorado de ella de inmediato. Nos casamos y, aunque no tuvimos hijos, todo fue bien durante *dies* años, dos meses y *sinco* días. Lo sé porque recuerdo a diario el momento en que me vinieron con el chisme de que Matilde andaba enredada con ese canalla. Era un hombre muy rico que yo *conosía* bien. Tenía una casa de subastas muy importante y solía venir a verme para que le tasara piedras y joyas. Aprovechó su *elegancia* y su dinero para *seducir* a mi Matilde. Cuando le pregunté a ella si era *sierto* y me lo confesó... —El Chimuelo cierra los ojos muy fuerte—. Los quise matar. Pero me aguanté las ganas, ¿sabe por qué? Porque la verdad es que me lo tenía *meresido*. Ya sabe cómo somos los hombres. No valoramos lo que tenemos hasta que nos lo quitan por pendejos. Yo no supe cuánto amaba a esa mujer, *lady*, se lo juro, hasta que me la imaginé en *brasos* de otro. Por eso le digo. Los *selos* me abrieron los ojos del *corasón*.

Medito unos segundos sus palabras y me doy cuenta de una cosa. Nunca tuve celos de las amigas de Jaime porque la clase de amor que sentía por él no era la correcta.

—¿Y qué pasó después? —le pregunto. No quiero pensar.

—Ella me pidió perdón, me dijo que me quería y nos dimos una oportunidad. Pero ya era demasiado tarde. Cada *ves* que Matilde suspiraba yo sabía que no lo *hasía* por mí, sino por él. Por eso un día recogí todas sus cosas y la dejé marchar. Quería ponérselo *fásil* —apunta con una débil carcajada—. La amaba tanto, *lady*, que *nesesitaba* que fuera *felis*. Elegí su *felisidad*, aunque esa *desisión* para mí supusiera morir en vida. Porque así me

siento, muerto, aunque *parezca* vivo por fuera. Eso, *lady*, es rendirse a la crueldad de los *selos*.

El Chimuelo se aferra a su botella de Imperial, aunque no la prueba. Creo que solo necesita tocarla, sentirla, saber que está ahí por si necesitara olvidar.

—¿Y la dejaste ir? ¿Así, sin más?

El Chimuelo me mira con una mezcla de tristeza y malicia.

—Sí, pero me tomé mi *vengansa*.

—Espera, espera, creo que eso prefiero no saberlo. En este momento de mi vida lo último que necesito es ser cómplice de un delito, de verdad —le advierto, sintiendo ya un mareo importante.

—Tranquila, *lady*, fue *hase* tanto que seguro que ya prescribió. Además, el que roba a un ladrón tiene *sien* años de perdón.

—¿Me estás diciendo que el dinero con el que compraste el Brisa era robado? —pregunto muy bajito, mirando a todos lados por si alguien nos ha oído.

—No. Todo no. ¿*Conose* la historia del collar maldito de María Félix, *lady*?

—Ni idea —confieso, y es raro que no lo sepa. María Félix era una actriz mexicana de armas tomar a la que Minerva admiraba de una forma casi enfermiza. De hecho, algunas de sus máximas eran frases de la actriz, como «una mujer original no es la que no imita a nadie, sino aquella a la que nadie puede imitar», «no es suficiente ser bonita, hay que saber serlo», o la que más nos dolía a Chris y a mí: «a un hombre hay que llorarlo tres días y, al cuarto, te pones tacones y ropa nueva». Sin embargo, nunca había oído hablar de ese collar.

—Era de esmeraldas y se lo regaló Jorge Negrete el día que se casaron —me explica el Chimuelo—. Fue muy polémico, porque Negrete murió al poco tiempo sin pagarlo y a María le reclamaron esa deuda. Cuando unos años antes de morir le preguntaron a ella qué había sido del collar, contó que lo mandó desmontar para *hase* joyas nuevas con las esmeraldas. Yo le digo, *lady*, que eso no es *sierto*.

Se detiene para servir la tercera ronda de tequila.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con dificultad porque mi lengua empieza a trabarse.

El Chimuelo me mira con una media sonrisa, bebe su tequila a palo seco, sin sal ni limón, y asegura orgulloso:

—Porque iban a subastarlo en la casa del canalla que me robó a Matilde. Tuvo el descaro de venir a verme para que lo tasara y lo limpiara antes de la

subasta, no más con el propósito de restregarme su éxito. La *operación* iba a suponerle muchísimo dinero.

»—¿Lo ve, Edward? —me advirtió el muy *sínico*—. ¿Ve lo bien cuidada que va a estar Matilde conmigo?

—Me dio un coraje que...

—¿Le robaste el collar? —pregunto flipando en colores.

—No hombre, no, ¿cómo cree? —sonríe con picardía—. No más le robé las esmeraldas.

Ahora sí, ambos estallamos en carcajadas.

—Pero ¿cómo? —le pregunto limpiándome las lágrimas.

—Le di gato por liebre. Las sustituí por unas *pietas* iguales de olivina. Me llevó toda la noche tallarlas, pero *meresió* la pena.

—Chimuelo, eres un *crack* —sentencio muerta de risa.

—No crea, *lady*. Casi lo pago con mi vida. Se dieron cuenta del engaño antes de *empesar* la subasta. Para *entonces* yo ya estaba muy lejos, *crusando* la frontera de Guatemala con las esmeraldas y todas las joyas valiosas que yo tenía en mis tiendas. La *polisía* mexicana no podía *haser* nada, pero los hombres del canalla sí me encontraron. Me dieron una *palisa* tan grande que así me quedé, chimuelo del todo. Menos mal que tuve suerte y me dieron por muerto antes de estarlo.

—¿Y las joyas? ¿Te las quitaron?

—Solo las que yo quise. Dejé una esmeralda y cuatro collares no muy valiosos mal escondidos en mi coche para que dieran con ellos. Los muy *menos* se conformaron con eso y se fueron. Todo lo demás estaba bien seguro en el tanque de gasolina de mi carro.

—¡Guau! —exclamo absolutamente impresionada—. ¿Y después? ¿Qué pasó?

—Me costó mucho recuperarme de la *palisa* y más vender todas las joyas sin llamar la *atención*. Junté mucho dinero, mucho, y *empesé* a buscar dónde vivir. Llevaba meses huyendo y estaba cansado cuando pasé por aquí de casualidad. No más vi esta playa supe que aquí me curaría. ¿Sabe por qué? Porque esta *naturalesa* te *hase* sentir chiquito, humilde. Y hasta que uno no se *asepta* chiquito, no puede volver a ser grande. Vi este hotel con un cartel de «se vende» y supe que había llegado el momento de curar la única herida que me quedaba, la que me hizo Matilde. Me *enserré* entre estas cuatro paredes y me la pasé llorando hasta que entendí una cosa. Esa herida nunca se *serrará*, es parte de mí. Y aunque todavía me duele, estoy bien contento de

tenerla porque significa que una *ves* supe lo que era amar, y no todo el mundo llega a sentir nunca nada *paresido*.

Sus palabras me dejan impresionada, porque ya las he oído otra vez.

—Dios mío, Chimuelo, eso mismo me dijo mi padre en la limusina el día de mi bo... —Detengo mi discurso tapándome la boca antes de que se me escape todo.

El Chimuelo me mira extrañado.

—¿Cómo *dise, lady*? —me pregunta.

Me siento mal por él. Acaba de abrirme su corazón con una historia que no creo que le haya contado jamás a nadie y yo no puedo corresponderle hablándole de mí. Al fin y al cabo, su delito ha prescrito, pero el mío no. Aun así, necesito agradecerle la confianza de alguna manera. Por eso alzo mi vaso de tequila ante él. Esta vez voy a ser yo quien proponga un brindis. Quiero que sea especial, con una frase bonita, legendaria. Se me ocurre una buenísima, pero llevo tal cogorza que se me olvida y al final me sale una ordinarietà:

—¡Por ti y por tus coj-j-jones, Chimuelo! —exclamo con lengua de trapo. ¡Y yo no exclamo palabrotas con lengua de trapo!

Me bebo todo el tequila a pelo ante la atónita mirada de mi compañero de cervezas, que sonrío y me advierte:

—Tenga cuidado, *lady*. Usted y Oliver ya han sufrido mucho. No vayan a lastimarse.

—¿Por qué dices eso?

—¿No era que estaba *selosa*? —me pregunta.

—Ah, sí. Mucho. Pero ¿sabes qué? Los celos acaban de despertar mi mala leche —afirmo con la repentina seguridad que me está aportando el tequila—. Y no voy a rendirme, Chimuelo. No voy a consentir que una americana rubia me quite a Oliver. Por muy productora que sea.

El Chimuelo sonrío feliz al verme tan decidida.

—¡Órale, mi *lady*! —celebra orgulloso sirviéndome otro vaso de tequila—. ¡Yo sabía que usted era bien grande!

Cuando media hora más tarde aparecen Loreto y Lola en el Brisa, nos encuentran abrazados y cantando rancheras, en plena fase de exaltación de la amistad.

## 26

Tras suspenderse el rodaje por la tormenta, mis amigas fueron a buscarme. Encontrarme en un hotel tan cutre, borracha como una cuba y bebiendo tequila con el Chimuelo terminó por descolocar a Loreto del todo.

—¡Joder! —exclamó al verme—. Daría mi brazo derecho y me tatuaría un unicornio de colores en el izquierdo por que tu madre te viera así.

Lola, sin embargo, se preocupó. Me llevaron a nuestra habitación, me metieron en la ducha y me hicieron vomitar. En cuanto me compuse un poco, propuse irnos al Rey Panza lo antes posible alegando que tenía hambre, aunque era mentira. Lo que no quería era quedarme como una tonta esperando a Oliver. Y aquí estamos, cenando y escuchando las historias de Loreto sobre el mundo de la moda.

—¿Que Carolina Herrera es daltónica? —preguntamos Lola y yo al mismo tiempo muertas de risa.

Loreto nos mira como si no fuéramos de este mundo.

—¿Estáis tontas? Es mi forma de insinuar que me llevo mal con ella. No ha habido desfile en el que no hayamos salido tarifando. Una vez hasta le pedí prestado un vestido. ¿Entendéis? —nos pregunta hablando de pronto muy bajito y levantando mucho las cejas—. Pres-ta-do.

Lola y yo reímos sin parar, aunque no puedo evitar mirar mi móvil por enésima vez. No sé nada de Oliver y empiezo a preocuparme. Podría mandarle un WhatsApp, pero no quiero. Es él quien tiene que buscarme.

—¿Qué le pasa a esta? ¡Eh! ¡Coco! ¿Estás tonta? —pregunta Loreto dando palmadas en toda mi cara.

—Perdón, estaba pensando en otra cosa.

—En Katia, ¿eh? —asegura Loreto con una sonrisa maliciosa que me pone muy nerviosa.

—¡No! ¡Qué va! —me apresuro a decir.

—Coco, tía, no me vaciles. Tienes un mosqueo del doce con Katia porque estás enrollada con Oliver —me suelta la gótica sin ningún reparo.

—¿Se lo has contado? —me pregunta Lola enfadada.

—¡No! —exclamo de los nervios.

—¿Entonces cómo lo sabe?

—A ver, memas. Lo he deducido yo sola. Me di cuenta el día que visitamos el PranaParadise porque noté a Katia muy rara. Es un putón de lo peor, que no mostró ningún interés en Oliver hasta que entramos en el *spa*. La conozco bien y sé que solo le interesa un hombre si está con alguien. Por cómo os mirabais, deduje que estaba contigo.

—Por favor, no cuentes nada de esto en España. Si supieran que estoy con otro después de dejar a Jaime plantado... ¡Qué vergüenza! —suplico con un hilo de voz.

—¿Vergüenza? ¡No seas tonta! Dirían que de tal palo tal astilla —asegura con crueldad.

—Loreto, ¿eres siempre así de directa? —le pregunta Lola.

—Sí. ¿Por qué?

—Aquí están los mojitos. —Unai aparece y posa tres vasos llenos de menta en nuestra mesa.

Lola y Loreto celebran el detalle. Yo no puedo, porque me quedo de piedra.

—Unai, creo que deberíamos irnos —murmuro muy seria.

—Ni de coña —gruñe Loreto dándole un trago a su vaso, totalmente ajena al hecho de que vamos a tener problemas en cuestión de segundos.

Al verme la cara, todos siguen mi mirada. Kenneth acaba de llegar y nos mira desde la barra.

—Quedaos aquí —nos pide Unai.

Se acerca a él para decirle que ya está cerrado. ¿Ves, *mae*? Casi todo el mundo se ha marchado, *mae*, solo quedan las señoritas y ya se van. Kenneth sonrío. Quiere hablar conmigo, recordarme que si lo necesito para cualquier cosa, puedo preguntar por él en Santa Teresa. Está bien, *mae*, yo se lo digo, pero tienes que marcharte ya, ¿OK? OK.

Kenneth se marcha. Yo respiro. Unai marca el número de Oliver en su móvil.

—¿Quién es ese? —pregunta Loreto.

—Es una larga historia —resoplo pasándome la mano por la frente.

—Cuéntamela.

—Es de terror —le advierte Lola.

Loreto la mira con el ceño fruncido y todos sus piercings en posición de ataque.

—¿Tengo pinta de asustarme fácilmente? —pregunta sarcástica.

A pesar del susto, soltamos una breve carcajada que resuena por el enorme

cenador.

—Es el marido de María, la encargada del *spa*. Están separados, pero tienen un niño pequeño al que Coco está tratando porque tiene problemas en una pierna —le explica Lola—. Trabajó también en el PranaParadise hasta que descubrieron que pasaba droga a los clientes y lo despidieron. Por eso odia a Oliver, le hace la vida imposible a María y amenaza a Coco constantemente.

Loreto nos mira decepcionada.

—¿Y eso da miedo? —pregunta burlona.

—Hay más. Una mujer muerta llamada Evelyn de la que nadie quiere hablar —murmuro.

—¿Por qué? —pregunta Loreto recuperando el interés y el brillo en los ojos.

—No lo sabemos. Hernán culpa de su muerte a Oliver y a Kenneth —contesta Lola.

—¿Y quién era?

—Coco cree que estaba casada con Hernán y que Kenneth se metió en medio.

—No lo creo, estoy segura. ¡Vi la foto de su boda! —aseguro cuchicheando para que Unai no nos oiga.

—Viste una foto de Hernán y Oliver con una novia. No sabes si era Evelyn —aclara Lola.

—Sí lo sé —afirmo.

—¿Por qué? —pregunta Loreto.

—Tendríaís que ver con qué cara la miraba Hernán en la foto.

—¿Cara de gilipollas? —pregunta Loreto.

—¡No! De enamorado, cara de enamorado —especifico mosqueada.

—Pues eso, de gilipollas —insiste la gótica.

—Eso no quiere decir nada. La chica podría ser cualquier otra —supone Lola.

—Y digo yo una cosa, ¿no sería más fácil ir de frente y preguntárselo a Hernán directamente? —propone Loreto con su aspereza habitual.

—Ya lo he hecho. Me dijo que no es a él a quien le corresponde contármelo —explico.

—Hostia, eso suena fatal —reconoce la gótica—. ¿Por qué no se lo preguntas a Oliver?

—Porque hicimos un pacto cuando empezó lo nuestro: no hacernos preguntas. Está claro que no quiere hablar de por qué su propio hermano lo culpa de la muerte de esa mujer. Además, ¿con qué derecho voy a

preguntárselo si yo no le he contado nada sobre mi vida en España?

—¿Él tampoco sabe quién eres? —Loreto está flipando.

—Ni Oliver, ni Unai, ni nadie en todo Santa Teresa saben quiénes somos, y deben seguir sin saberlo o la madre de Coco nos encontrará —le explica Lola.

Loreto la mira pensativa. Después me mira a mí torciendo el gesto y después a Unai, que sigue al habla con Oliver a unos pasos, supongo que para que no escuchemos la conversación. Sorbe ruidosamente su mojito con la pajita y por fin sentencia:

—¡Hay que joderse! ¡Vaya par de pifostios que tenéis montados a ambos lados del Atlántico!

Unai se sienta en nuestra mesa, interrumpiendo la conversación. Oliver ya viene de camino. Va a llevarnos al PranaParadise a las tres.

—¿A las tres? —preguntamos Lola y yo a la vez.

—Chicas, hoy no vais a dormir en el Brisa, olvidadlo —asegura Unai de forma tajante—. Las cosas con Kenneth se están poniendo feas.

Oliver aparece más serio que nunca. Intenta mostrarse sereno y amable, imagino que para no levantar sospechas ante Loreto, pero no le sale ni un triste amago de sonrisa. Algo ha ocurrido. Busco respuesta en su mirada y ¡la esquivo! La seguridad de poder competir contra Katia por Oliver me abandona. ¿Qué pensabas, Coco? ¿Que esto iba a ser tan fácil? ¿Llegar y que Oliver no tuviera ojos para ninguna otra mujer? ¡Qué tonta!

Nos despedimos de Unai y bajamos las escaleras del Rey Panza hacia el todoterreno. Loreto y Lola se sientan atrás mientras él me espera con la puerta del copiloto abierta.

—¿Estás bien? —me susurra acariciándome el brazo.

—No. ¿Qué ha pasado? —le pregunto bajito.

Niega con la mirada y me obliga a entrar en el coche. No es el momento de hablar.

Llegamos al PranaParadise y nos despedimos de Loreto en el *lobby*. José nos espera tras el mostrador, muy serio. Nos saluda y le indica a Oliver con la mirada que algo nos espera en el despacho. Abrimos la puerta y no doy crédito. María está deshecha en lágrimas acurrucada en brazos de Hernán, que la abraza sin disimular un ápice lo que siente por ella. En cuanto ve a su hermano, le lanza una mirada que deja claras sus intenciones.

—Ni se te ocurra —le advierte Oliver.

—Vete al infierno, hermano, ¡se ha llevado al niño! —grita Hernán.

—¿Qué? —murmuro.

—Lo que has oído —me gruñe.

—Ven conmigo —le ordena Oliver tajante.

Hernán duda. No quiere separarse de María. Solo cuando Lola se acerca ofreciéndose a consolarla para que pueda irse, conseguimos que se marche. María llora con tal desconsuelo que le cuesta advertir el cambio. El dolor que desprende me mata y me trae viejos recuerdos. Al parecer a Lola también, porque las lágrimas asoman a sus ojos cuando me mira. Ella conoce ese llanto, ese desgarró del alma que se debe de sentir cuando pierdes a un hijo. Por eso abraza a María con fuerza y esta, como si sintiera por fin que alguien la entiende, empieza a calmarse.

Apoyo la espalda contra la puerta y oigo fuera las voces de Hernán y Oliver discutiendo. De vez en cuando se escapa alguna palabra más alta que las demás, como «policía», «desgraciado» y, por supuesto, «Evelyn». Ese misterioso nombre de mujer que, de pronto, consigue hartarme. Estoy harta de que me intrigue, harta de que Kenneth amenace con él a todo el mundo y harta de ver sufrir a María. De modo que me giro para cerrar el pestillo y exclamo totalmente decidida:

—¡Chicas! Voy a buscar a Juan.

Lola y María levantan sus ojos llorosos hacia mí.

—¿Qué? —preguntan.

—María, Kenneth se lo ha llevado para provocarme. Acaba de decirnos en el Rey Panza que si lo necesito para lo que sea solo tengo que preguntar por él en Santa Teresa. No es la primera vez que me lo dice, de modo que vamos a terminar con esto de una vez —les explico.

—Señorita, es peligroso —lloriquea María.

—Sí, Coco, es una locura —me advierte Lola.

—Tranquilas, no pienso ir sola, pero necesitamos librarnos de Hernán y Oliver. Ellos no deben saber nada.

Improvisamos un plan para distraer a los licenciados. Salimos del despacho abrazando a María, que vuelve a llorar como una plañidera.

¿Adónde vais? María necesita dormir, la llevamos a una habitación de empleados. Tranquilos, pasaremos la noche con ella. No, Hernán, no puedes venir con nosotras. Si necesitamos algo os lo haremos saber a los dos.

Ambos nos miran boquiabiertos, pero ven tal seguridad en mis ojos que no dudan en pedirle a José que nos dé la llave de una habitación cuádruple. Al irnos me giro un segundo. Hernán y Oliver nos miran disgustados.

—Adiós, Oliver —murmuro muy bajito para que no me oiga.  
Porque algo me dice que esto puede ser nuestra despedida.

—Señorita, tráigame a mi Juan, por favor —suplica María ya en la habitación con un llanto que no puedo soportar.

—Tranquila. Lo traeré de vuelta, te lo prometo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Lola preocupada.

—Ni idea. Estate pendiente del móvil, ¿vale? Te quiero mucho —le digo abrazándola.

—Ten cuidado, por favor —me pide.

—Sí, tranquila. Adiós.

Salgo intentando no hacer ruido. Nuestra habitación está en la planta baja del edificio central, junto a las cocinas. La única salida que puedo tomar sin pasar por el *lobby* es por el jardín y desde ahí a la playa. Me deslizo por los pasillos como si no ocurriera nada. Gracias a eso no llamo la atención de las únicas dos personas con las que me cruzo. Lo más sigilosa que puedo, atravieso el jardín evitando las luces de las antorchas hasta que llego a la playa. Hoy la luna no me muestra más que una leve sonrisa, por lo que no puedo contar con su luz. Todo está tan oscuro que siento que mis fuerzas flaquean, pero pensar en Juan, en María, en Oliver... Sencillamente, no me queda más remedio que continuar. Rezo para no encontrarme con ningún bicho. Rezo para que no caiga ninguna tormenta. Pero por lo que no rezo es porque Loreto la gótica no me dé un susto de muerte empujándome por detrás.

—¡¡¡Ah!!! —grito, mientras ella se parte de risa—. ¡Loreto! ¿Estás loca? ¡Me has dado un susto de muerte!

—Te vi salir a hurtadillas desde mi ventana y como estaba aburriéndome he venido a ver qué hacías. ¿Adónde vas? Una pija como tú paseando sola en una playa oscura...

Le cuento toda la historia y ni corta ni perezosa decide venir conmigo. Cuanto más insisto en que no es necesario, más me doy cuenta de que sí lo es. Por eso al final accedo.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta.

—Ni idea. De momento vamos a hablar con el Chimuelo. Él sabrá dónde tenemos que preguntar por ese desgraciado. Nos ayudará.

Encontramos al Chimuelo en el bar del Brisa, dormido encima de una mesa

frente a la misma botella de tequila que me sacó por la tarde, solo que ya está casi vacía.

—¿Y dices que este hombre va a ayudarnos? —resopla Loreto.

Zarandeo el cuerpo escuálido del Chimuelo hasta que consigo que despierte. Me da una pena horrorosa, porque cuando abre los ojos llama a Matilde. La herida que nunca podrá cerrar.

—Chimuelo, soy Coco, tu *lady*. Por favor, te necesito. ¡Espabila! —exclamo dándole pequeños cachetitos en la cara.

Nada, que no hay manera. Entreabre los ojos, se le cierran como si fuera un bebé, llama a Matilde. Así una y otra vez... Justo cuando estoy a punto de tirar la toalla, Loreto me obliga a apartarme y le suelta tal bofetón que casi lo deja sin los pocos dientes que le quedan.

—¡Que despiertes, coño! —le grita.

Funciona. El pobre Chimuelo abre por fin los ojos del todo, se endereza y dice con total claridad en su peculiar acento:

—Dígame, *lady*.

—Chimuelo, te necesito. Kenneth se ha llevado a Juan, el hijo de María. ¿Lo entiendes? —suplico.

Nos mira con atención. Se pone en pie y sacude la cabeza un par de veces, como si pudiera librarse así del alcohol ingerido.

—Espérense tantito —nos pide.

Se acerca a la barra donde prepara por las mañanas el café. Se sirve una taza tamaño barreño y rebusca algo en un cajón. Son dos pastillas que se mete en la boca y empuja hacia el estómago tragando café frío como si no hubiera un mañana. Después apoya las manos en la barra y agacha la cabeza hasta que queda por debajo de los hombros. Al cabo de unos minutos nos dice:

—Cuéntenme, *ladies*, ¿qué pasó?

Me acerco a él para ponerlo en situación.

— Kenneth se ha llevado a Juan y necesito encontrarlo. Acabamos de verlo en el Rey Panza. Dijo que si necesito hablar con él puedo preguntar en Santa Teresa dónde encontrarlo. ¿Te das cuenta? Ya tenía a Juan. Lo ha hecho para que yo vaya —le explico.

—Hijo de la chingada. Está *hasiendo* como con Evelyn —gruñe el Chimuelo por lo bajo—. Esta *ves* no se saldrá con la suya. Espérenme aquí, no me tardo.

Sale del bar tambaleándose y haciendo eses hacia recepción. Loreto y yo nos sentamos en una mesa sin decir nada. Estoy tan nerviosa que tardo en darme

cuenta de que la maquilladora siniestra me mira con sumo interés.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Molas —contesta.

No estoy como para juegos, así que saco mi teléfono y le envío un WhatsApp a Lola.

COCO:

Estoy con Loreto y el Chimuelo.

Vienen conmigo. ¿Qué tal María?

LOLA:

Sigue llorando. Ten cuidado.

El Chimuelo regresa como si fuera otra persona. Lleva otra ropa, una extraña mochila y, a juzgar por su pelo empapado, se ha dado una ducha que ha terminado por despejarlo del todo.

—Vámonos —nos ordena.

Salimos al aparcamiento, donde su *quad* destartado nos espera. Nos subimos los tres y ponemos rumbo a Santa Teresa. Cuando veo que llegamos y que el Chimuelo cruza el pueblo sin detenerse, me preocupo.

—Chimuelo, ¿adónde vas? Kenneth dijo que tenía que preguntar por él aquí —le advierto preocupada.

—No *hase* falta, *lady*. Yo sé dónde está —afirma muy serio.

Continuamos por la carretera en dirección a Malpaís. Allí, el Chimuelo detiene su *quad* en un cruce, se baja y me entrega la mochila.

—*Lady*, tiene que seguir usted sola. Si ese *desgrasiado* me ve, todo se estropeará. Al final de este camino que sale de aquí verá una casita. Es el escondite de Kenneth. Aquí hay *dies* mil dólares. Déselos y dígame que si quiere otros *dies* mil tiene que dejarla irse con Juan.

Sin ser demasiado consciente de mis actos, abro la mochila y saco su contenido. La escasa luz que da el faro del *quad* es suficiente para ver dos fajos de billetes que huelen a humedad. Me habría dado la risa al pensar que este dinero es gracias a las esmeraldas de María Félix, pero de pronto me doy cuenta de una cosa.

—Chimuelo, ¿y si lo que quiere Kenneth no es esto? —murmuro con un tembleque en las piernas que va a terminar de rematar los amortiguadores del

*quad*.

—No voy a engañarla, *lady* —me advierte—. A Kenneth le gustan mucho las mujeres, pero ahora lo que *nesesita* es dinero. Le falló una *operación* y andan buscándolo unos narcos porque les debe mucho. Confíe en mí, lo *conosco* bien. Pero tenga cuidado, no se deje.

—Tranquilo, no se atreverá si somos dos. ¿Me dejas conducir a mí? —interviene Loreto.

—No, mi *black lady*. Tiene que ir ella sola. A usted la *nesesito* conmigo para llamar a la *polisía* si en *quinse* minutos *lady Cocó* no está aquí con el niño. Siempre le harán más caso a una turista española que al Chimuelo —confiesa.

—¿Sola? ¿Va a ir sola? Mira que puede necesitar toda mi mala hostia —dice Loreto.

—Ándele, bájese de ahí. Todo saldrá bien —nos asegura.

—¿Qué le digo sobre entregarle el resto del dinero? —pregunto antes de arrancar.

—Dígale que lo llamaré mañana para explicarle. Apúrese, váyase ya y vuelva antes de *quinse* minutos. Recuerde que usted es grande, *lady*, muy grande.

—Sí. Soy grande. Soy grande. Soy grande —murmuro en plan mantra para lavarme el cerebro. Cuelgo la mochila en mi espalda, arranco el *quad* y me marcho.

Avanzo por el camino con la única compañía de la luz de mi faro y el rugido del motor del *quad*. En parte doy gracias a la luna por no dejarme ver nada. Lo que me faltaba era estar pendiente de si se mueve alguna sombra en los árboles que intentan estrangular el camino. Tengo tanto miedo que empiezo a dudar si seré capaz ni siquiera de hablar. Solo pensar que Kenneth trate de abusar de mí me pone los pelos de punta. Pero tengo que intentarlo. Por Juan, por María y porque estoy cansada de manipuladores como Kenneth o mi madre, personas malvadas que consiguen lo que quieren a base de amenazas.

De pronto, una iguana gigante sale por mi derecha, me obliga a dar un giro brusco y, aunque estoy a punto de matarme, un milagro hace que controle el *quad* y que lo detenga antes de darme de bruces contra los árboles. No sé si es el susto, el exceso de miedo o ambas cosas a la vez. La cuestión es que me entra una ira tan profunda que me obliga a apretar el manillar con rabia y a acelerar al máximo.

Como bien dijo el Chimuelo, al final del camino mi faro alumbra una casa

minúscula que está que se cae. Detengo el *quad* frente a la puerta y espero con el motor en marcha. Kenneth no tarda en salir. Lleva un pantalón de chándal. Nada más. Paro el motor, pero dejo el faro encendido, alumbrándolo.

—Buenas noches —lo saludo.

—Señorita Coco. Por fin viene a visitarme —dice acercándose al *quad* con los brazos abiertos.

—¿Dónde está Juan? —le pregunto muy seca.

—Durmiendo, ¿dónde cree? Soy un buen padre.

—Despiértelo, el niño se viene conmigo —aseguro con toda la firmeza que puedo, lanzándole la mochila a los pies.

Kenneth se agacha, abre la mochila y al ver el dinero se echa a reír a carcajadas.

—Ay, ustedes las pipis se creen tan valientes... ¿Por qué no viene conmigo? La invito a un café —propone dejando la mochila en el suelo.

—¿Papá? —Juan se asoma a la puerta en ropa interior frotándose los ojos.

—Juan, cariño —lo llamo sin bajarme del *quad*—. Ven, vamos a dar una vuelta en mi *cuadra*, ¿verdad que sí, papá? ¿Verdad que lo deja venir conmigo?

Kenneth vuelve a echarse a reír.

—Por supuesto, pero no podría ser tan grosero de no invitarla a entrar en mi casa primero —dice acercándose a mí.

—Ni yo podría ser tan maleducada como para obligarlo a conformarse con los diez mil dólares que hay en esa mochila. Es mucho dinero, Kenneth, pero podría ser el doble —le gruño desafiante.

—¿El doble? —pregunta cambiando totalmente el tono. Bingo. El Chimuelo tenía razón.

—El trato es este: yo me llevo a Juan y en cuanto esté a salvo le doy otros diez mil. ¿Qué le parece?

—¿Cómo sé que no es una trampa? —pregunta.

Pues... Pues... Pues eso digo yo...

—Ja, ja, ja —grito al aire imitando la risa falsa de mi madre. No es que me esté divirtiendo, obvio, solo lo hago para ganar tiempo y pensar... Piensa, Coco, piensa.

—¿Qué le *hase* tanta *grasia*? —me gruñe agarrándome con violencia por la muñeca.

—Que me tome por tonta —contesto casi escupiéndole las palabras en la

cara.

Kenneth me mira con el ceño fruncido y todos los músculos en tensión.

—¿Papá? ¿Puedo ir con ella? —pregunta Juan desde la puerta. Aprovecho el despiste para liberar mi muñeca.

—Sí, ¡corre! —exclamo animada para instarlo a salir.

Juan sigue tan dormido que me obedece sin darse cuenta de que está sin vestir, sin calzar y sin muletas. El pobre viene cojeando. Kenneth duda ante mi astucia, pero su vista se detiene en la mochila justo cuando va a protestar. Arranco el *quad*.

—¿Puedo ir delante? —pregunta Juan.

Antes de que su padre lo piense dos veces, levanto al niño con ímpetu y lo ayudo a colocarse delante de mí.

—Esto va a costarle más que otros *dies* mil dólares, señorita. Se lo aseguro —susurra Kenneth en mi oído acariciándome el cuello. Su aliento apesta a maldad.

—Esté atento a mi llamada. Buenas noches —me despido dando tal acelerón que Juan y yo casi nos caemos de espaldas.

Temblando de miedo y con lágrimas en los ojos, acelero el *quad* cuanto puedo a la vez que sujeto el pequeño cuerpo de Juan contra mí.

—¡Qué divertido, Coco! ¡Qué divertido! ¡Vas muy deprisa! —exclama.

Rezo porque la iguana tenga algo mejor que hacer que volver a cruzarse en mi camino. Y no, no nos encontramos ni con la iguana ni con nadie, hasta que llegamos al cruce del que parte el camino. Aquí nos esperan dos patrullas de policía junto a Loreto y el Chimuelo. ¿Qué está pasando? Me dijeron quince minutos y no me ha llevado más de diez. ¡Todo ha sido muy rápido!

Al vernos, Loreto viene hacia mí.

—Corre, apártate del camino. Van a por él —me anuncia.

—¿Cómo? —pregunto patidifusa, sin entender nada.

—¡Que te quites, coño! —me grita para que reaccione.

Me aparto y detengo el *quad* junto al Chimuelo. Las dos patrullas toman el camino con las luces de las sirenas apagadas.

—Lo tenemos, *lady* —me anuncia mi *hooligan* emocionado.

Cada vez tengo más claro que el Chimuelo es un descendiente directo del pirata Drake. Si el plan que trazó para robar las esmeraldas de María Félix fue genial, el que urdió para que detuvieran a Kenneth ha sido mucho mejor. En la mochila que me dio había algo más que diez mil dólares. Había doscientos gramos de cocaína escondidos en un bolsillo interior. Lo justo

para que la policía por fin pueda detenerlo y encerrarlo de por vida.

No era ningún secreto para nadie que Kenneth traficaba con droga en la zona. El Chimuelo estaba harto de pedir que hicieran algo porque rondaba siempre por el Brisa, pero no podían detenerlo sin pruebas ni denuncia. Por eso decidió que si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría a Mahoma. Solo necesitaba esperar que llegara el momento adecuado. Y llegó esta noche, cuando fui a contarle que quería encontrarme con Kenneth para rescatar a Juan.

En cuanto desaparecí con el *quad* rumbo a casa de Kenneth, el Chimuelo llamó a la policía para ponérselo en bandeja. Llevaban meses vigilándolo, pero le habían perdido la pista en las últimas semanas. Los narcos a los que debía dinero lo buscaban y no podía arriesgarse a que dieran con él. Ellos no necesitaban ninguna denuncia para actuar. Puede que hubiera tardado meses en regresar a Santa Teresa, pero la imperiosa necesidad de conseguir dinero y su sed de venganza precipitaron las cosas. Se enteró de que en el PranaParadise iban a grabar una película y pensó que era el mejor momento para conseguir dinero chantajeando a María. Sabía que Oliver y Hernán le darían cuanto pidiese con tal de no tener problemas durante el rodaje. Le habría salido redondo si no hubiera pretendido, además, vengarse de ellos metiéndome a mí por medio.

En menos de diez minutos las dos patrullas están de vuelta. Una de ellas sigue su camino hasta Santa Teresa, con Kenneth esposado en su interior. La otra se detiene ante nosotros.

—Lo arrestamos. *Gracias*, Chimuelo —dice un agente bajándose del vehículo.

—Qué bueno. Devuélvame el favor y lleve a Juan y a mis *ladies* al PranaParadise. Yo voy detrás en mi *quad* para explicarles todo —propone mi pirata Drake.

—¿Vamos al hotel de Hernán? —pregunta Juan.

—Sí, allí lo está esperando su mamá —le explica el Chimuelo haciéndole una caricia en el pelo.

—¿Y mi papá? —me pregunta preocupado.

—Vamos, Juan. Seguro que este policía tan amable te deja ir conmigo delante, ¿verdad que sí? —pide Loreto al agente en su tono tajante habitual que no deja lugar a réplica.

—¡Por supuesto! Vámonos.

Cuando llegamos al PranaParadise Oliver, Hernán y José salen al

aparcamiento. Cuando ven a Loreto bajar del coche patrulla con Juan de la mano, se alarman. Cuando me ven a mí salir del coche con dificultad, a Oliver se le descompone la cara.

—¡Coco! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta desesperado, acariciándome la cara, el cuello, los brazos, como si quisiera comprobar que estoy entera.

—Sí —contesto casi sin voz—. Tranquilo.

El policía les cuenta a todos que gracias a la llamada del Chimuelo han conseguido detener a Kenneth.

—Había droga y mucho dinero en su casa. Va a pasar mucho tiempo en la cárcel —les asegura.

Al oírlo, Oliver me mira a los ojos y me abraza aliviado. ¿Qué significa esto? ¿Que sigue enamorado de mí? ¿Y Katia?

—Pero ¿y el niño? —pregunta Hernán.

—Eso agradézcanselo a la señorita que fue a buscarlo —explica el policía.

—¿Qué? No, por favor —grita Oliver nervioso agarrándome de los hombros—. Coco, ¿qué te ha hecho?

—Nada, tranquilo, no me ha hecho nada —murmuro sujetando su cara entre las manos para que se tranquilice y vea que es verdad.

—¡Te dije que no te acercaras a él! —vocifera. Entiendo que esté nervioso, pero no que me grite. ¿Por qué se pone así? ¿Por Evelyn?

El ruido estruendoso del *quad* del Chimuelo lo distrae. Hernán y José lo reciben felicitándolo. Le dan palmadas en la espalda y lo abrazan, pero a él solo le interesa venir hacia mí.

—Lo logramos, *lady*. ¿Ve lo que le dije? Es usted muy grande, igual de valiosa que una esmeralda. Y usted, Oliver, no vaya a perderla por pendejo —le aconseja con su extraño acento.

—No la perderé, Chimuelo. A ella no —asegura abrazándome.

—Llévesela a su casa, *nesesita* descansar —propone.

—No, antes quiero ver a María —protesto.

—Hágame caso, *lady*. Váyase a casa. En cuanto se le pase la adrenalina se va a sentir bien mal —insiste el Chimuelo.

—Sí, Coco. Vámonos —propone Oliver arrastrándome hasta su todoterreno—. José, por favor, tráeme a Max.

Aunque Oliver abre el portón trasero para que entre el perro, en cuanto este me huele salta a los pies de mi asiento.

«¡Coco! ¡Coco! ¡Hola! Me alegro de vert... Pero ¿a qué hueles? ¿A

Kenneth? ¿Hueles a Kenneth?», gime nervioso.

—¡Atrás! —le ordena Oliver levantando la voz.

Max se gira hacia él y le dedica un gruñido de advertencia.

«Olvídalo, jefe. Yo me quedo con ella», le advierte apoyando la cabeza en mis rodillas.

—Déjalo, por favor —le suplico acariciando la cabeza de Max—. Me viene bien tenerlo aquí.

Oliver lanza un suspiro vencido, sube al coche y me lleva a casa. Bueno, a su casa.

Todo está muy oscuro. Oliver me guía a tientas hasta uno de los sofás del salón. Enciende una lámpara y va hacia la cocina. Max se sienta a mi lado con la cabeza en mis rodillas y da un ladrido del susto cuando suena mi móvil. Es Lola.

—Hola —me susurra.

—Hola. ¿Por qué hablas tan bajito? —le pregunto.

—María y Juan acaban de dormirse. No quiero despertarlos.

—Me alegro. Han detenido a Kenneth, ya no los molestará en mucho tiempo.

—Lo sé, nos lo ha contado todo Loreto. ¿Tuviste miedo?

—Mucho, pero una iguana se atravesó en mi camino y me puso de tan mal humor que me sentí como Popeye después de comerse sus espinacas —le explico.

Oigo su risa ahogada para no hacer ruido.

—Coco, creo que has vuelto —me dice.

—¿Cómo que he vuelto? —pregunto sin comprender—. Estoy en casa de Oliver.

—No, tonta, quiero decir que vuelves a ser tú. Después de lo de esta noche, creo que ya estás lista para enfrentarte a Minerva cuando quieras.

—Lola, por favor, no me hagas pensar en mi madre ahora. Mañana hablamos, ¿vale?

—Vale. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y acaricio la cabeza de Max. Oliver se sienta a mi lado. Me ofrece una pastilla y una infusión. Acepto ambas cosas, pero solo le doy un sorbo al brebaje. Paso de la pastilla, no vaya a ser una como las de Lola. Tanto si va a dejarme por Katia como si va a jurarme amor eterno, quiero estar en plena posesión de mis facultades. Apoyo la taza en la mesa y, con

cuidado, dejo la cabeza de Max sobre el sofá para girarme hacia Oliver. Me observa nervioso con el brazo izquierdo apoyado en el respaldo.

—¿Me cuentas qué pasó, por favor? —suplica.

—No. Antes necesito saber qué pasa con Katia. Necesito saberlo o me volveré loca. Sea lo que sea.

—Coco, por Dios, Katia es lo de menos.

—¿Lo de menos? Oliver, desde que ella apareció casi no te veo. ¿Por qué? ¿De dónde venías esta tarde con ella? La trajiste aquí, ¿verdad? —le pregunto triste.

Oliver me mira con la boca abierta y el ceño fruncido. Es la viva imagen de la perplejidad.

—¿Estás celosa? —me pregunta con una media sonrisa que de primeras me provoca borrársela de un tortazo. Sin embargo, no se lo doy porque tras ella no hay prepotencia, ni burla. Hay ilusión.

—Sí —reconozco muy seria.

—Ven aquí —me pide abrazándome—. No me ves porque Katia es insoportable, absorbente y caprichosa. Si no fuera porque es importante para el hotel y porque esto solo va a durar una semana, ya la habría denunciado por acoso. Cuando te encontré esta tarde volvíamos de hablar con la policía. Fui a verlos para ver qué podíamos hacer con Kenneth y ella se empeñó en acompañarme. Menos mal que no entiende ni una palabra de español. De lo contrario, ya no habría rodaje.

—¿Y por qué antes esquivaste mi mirada? —pregunto.

—Acababa de llamarme Hernán para contarme que María estaba en el hotel y que ese desgraciado se había llevado a su hijo. En cuanto vi cómo me mirabas, supe que te habías dado cuenta de que algo pasaba, pero no podía contarte nada delante de Loreto.

Vaya. O me está diciendo la verdad o es un auténtico hacha improvisando excusas.

—¿De verdad?

—Te lo juro. ¿Me cuentas ahora qué ha pasado con Kenneth, por favor? —suplica.

Me deshago de su abrazo y le cuento con pelos y señales todo lo ocurrido. Cómo encontramos al Chimuelo borracho, cómo se compuso en un momento, cómo sabía dónde encontrar a Kenneth, el plan que tenía... Todo. Hasta lo de la iguana, adornándolo un poco para hacerlo sonreír, cosa que no consigo.

—Ha sido una locura —sentencia muy serio.

—Sí, pero ha salido bien y, además, tenía que hacerlo.

—¿Por qué, Coco? ¿Por qué tú? ¿Por qué arriesgarte así por personas que no tienen nada que ver contigo? —pregunta acariciándome el pelo.

—Porque estoy harta de injusticias —confieso triste. Si pudieras contárselo todo, Coco. Pero no puedes.

Oliver me mira con ternura.

—¿Sabes una cosa? —susurra apartando los rizos de mis gafas y acercando sus labios a los míos.

—¿Qué?

—Te quiero.

No sé si son sus palabras, el tono con el que las dice o la adrenalina, que ha decidido que ya no la necesito y por eso me abandona, según pronosticó el Chimuelo. La cuestión es que rompo a llorar. Lloro de nervios por lo que he pasado, de alegría porque María es libre y de orgullo porque he vencido a Katia. Pero, sobre todo, lloro de amor.

Oliver me arroja con sus brazos, me acaricia el pelo y me arrulla con palabras bonitas hasta que me quedo dormida y sueño. Es un sueño muy bonito en el que me lleva a su cama rodeada de libros, me pone una de sus camisetas y se duerme abrazado a mí.

Despierto al amanecer dando un brinco en la cama. Acabo de tener una pesadilla espantosa. Podía haber soñado con cosas monstruosas como Minerva encontrándome, Loreto la gótica traicionándonos o Katia haciendo suyo a Oliver sobre un lecho de hibiscos rojos. Pero no, ¿por qué va a conformarse mi subconsciente con eso cuando puede hacerme soñar que el Chimuelo y yo robamos una joyería y que huimos a toda mecha hacia un descapotable en el que nos esperan Thelma y Louise bebiendo tequila? Debiste tomarte la pastilla, Coco, ¡debiste tomártela!

Busco el cuerpo de Oliver a mi lado. No está. Me siento en la cama y veo su silueta recortada en la terraza, contemplando el paisaje con Max a su lado. Voy hacia ellos atraída por la magia del amanecer.

«¡Hola, Coco! Me encanta que duermas aquí. ¿Me rascas la barriga?», suplica Max poniéndose patas arriba cuando me ve. Le hago un par de carantoñas y me acerco a Oliver. El mar empieza a brillar al fondo.

—Buenos días, *lisenariado*.

—Buenos días, señorita.

—¡Qué bonito es esto! —exclamo abrazándolo por la espalda.

—Coco, tengo que contarte una cosa —murmura.

Se da la vuelta y despliega algo que tiene en las manos y que reconozco en cuanto me lo entrega, a pesar de que la luz es aún muy escasa. Es la foto de la boda de Hernán y Evelyn. Ver de nuevo la fantástica sonrisa con la que Oliver me mira desde ella me pone muy triste. Nunca conseguirás que vuelva a sonreír así, Coco, nunca.

—Esta era Evelyn, ¿verdad? —pregunto.

—Sí.

—La mujer de Hernán —puntualizo.

Oliver me mira extrañado.

—¿De Hernán? ¿Quién te dijo eso?

—Bueno, nadie. Me lo he imaginado. Kenneth y él discutieron por ella el día de la pelea. Además, por cómo la mira en la foto es evidente que estaba muy enamorado.

Oliver lanza un suspiro al aire con desesperación, como si mis palabras lo hirieran. Se gira hacia el mar y clava los dedos en la barandilla, con rabia, dejando caer la cabeza entre sus hombros. No entiendo qué ocurre. Por eso miro la foto de nuevo con atención, buscando algo que se me pasara por alto, una pista que me ayude a entender su reacción. Y la encuentro. Es una alianza que brilla en la mano con la que Oliver sujeta su copa y que me deja con la boca abierta.

—Evelyn era mi esposa, Coco, no la de Hernán —afirma con la voz rota.

No puedo creerlo. Soy una persona muy observadora a la que no se le escapa nunca ningún detalle por pequeño que sea. ¿Qué te ha ocurrido, Coco? ¿Cómo es posible que no te fijaras en la alianza? La respuesta es muy sencilla: no hay peor ciego que el que no quiere ver.

—Lo siento, yo... —¿Cómo he podido restregarle en la cara que su propio hermano estaba enamorado de su mujer? Debiste fijarte en la alianza, Coco, ¡maldita sea! ¡Y no solo en la alianza!—. Oliver, entonces esas tazas tan feas que tiraste el otro día, las que tenían una O y una E grabadas, ¿eran un regalo de boda?

Por un momento sonrío de pura ironía, pero la sombra maldita vuelve.

—¿Sabes quién nos las regaló?

—¿Quién?

—El Chimuelo.

Supongo que debería hacerme gracia, pero estoy en estado de *shock* y tan solo consigo murmurar:

—Lo siento, de verdad.

—No, no lo sientas —dice abrazándome—. Tú misma lo has dicho. Es evidente que él estaba enamorado de ella. Lo sabía todo el mundo. Menos yo.

—Por eso nadie quería hablarme de Evelyn—murmuro sin querer.

—Es una historia demasiado triste que a nadie en Santa Teresa le gusta recordar. Ni siquiera yo pensaba contártela nunca, pero después de lo de anoche creo que mereces saberlo todo —confiesa.

—Oliver, no tienes por qué contarme nada. Si no quieres hacerlo, lo entiendo —me apresuro a decir. Aunque la intriga me esté carcomiendo las entrañas, bastante le he hecho sufrir con mis suposiciones como para que encima tenga que recordar lo que sea que ocurriera.

—Necesito contártelo, Coco. Lo necesito —asegura volviéndose de nuevo hacia el mar—. Cuando mi padre murió, Hernán y yo tuvimos que hacernos cargo del hotel. Éramos demasiado jóvenes y muy torpes para los negocios.

Estuvimos a punto de quebrar en varias ocasiones, por eso me fui tres meses a una escuela de hostelería de San José. Allí conocí a Evelyn. Acababa de mudarse desde Estados Unidos. En realidad era profesora de yoga, pero su sueño era montar un centro donde la gente pudiera alojarse y hacer retiros largos en plena naturaleza. Por eso eligió Costa Rica. Nos enamoramos enseguida y no me costó nada convencerla de que viniera conmigo a Santa Teresa a ver mi hotel. Era perfecto para su propósito y nosotros no perdíamos nada por probar una nueva estrategia. Así nació PranaParadise Yoga *resort*. El mismo día en que lo reinauguramos le pedí que se casara conmigo. Recuerdo que cuando fuimos a contárselo a Hernán nos felicitó con lágrimas en los ojos y yo, como un tonto, supuse que era de emoción.

»No me di cuenta de lo que ocurría hasta un año más tarde, de pura casualidad. Fui a dar una vuelta por el hotel después de las cenas y me llamó la atención ver luz en el rancho de yoga. Me asomé y vi a Evelyn dándole clase a una americana. Iba a marcharme cuando descubrí que Hernán estaba escondido, observándola. Me acerqué con la intención de preguntarle qué hacía allí, pero no hizo falta. Por la forma en que la miraba y las lágrimas que caían por sus mejillas, me di cuenta de todo. Fue como si me partieran el alma por la mitad.

—¿Le dijiste algo? —pregunto con suma cautela.

—Nada. No le dije nada. Ni tampoco a Evelyn. Por eso no fueron capaces de encontrar explicación a mi cambio repentino de actitud. Me volví irascible, estricto... Prácticamente dejé de hablar con ellos. Decidí que Hernán se había enamorado por capricho, que Evelyn lo sabía y que ninguno de los dos quería hacer nada por evitarlo. Transformé el dolor que sentía en odio.

—¿Por qué?

—Porque el rencor es más llevadero que la tristeza, Coco —confiesa con una mueca de arrepentimiento que me mata.

—¿Qué ocurrió después? —pregunto para distraerlo.

—Al poco tiempo despedimos a Kenneth y todo se torció aún más. Empezó a amenazar a María con llevarse a su hijo si no le daba dinero. A veces pienso que el tema no habría pasado de ahí si Evelyn no hubiera intervenido. Pero intentó ayudarla, igual que tú.

Detiene su discurso y toma mis manos. Imagino que viene la parte más dura de la historia, esa en la que Evelyn muere por su culpa, como dice Hernán, o por culpa del amor, como dice el Chimuelo. Esa parte que llevo semanas

muriéndome por conocer pero que ahora me da miedo.

«Tío, ¿qué te pasa?», pregunta Max acercándose a su dueño con un gemido, como si sintiera su pena y quisiera quitársela. Oliver lo acaricia y continúa:

—Una tarde, Evelyn me pidió que la llevara a Santa Teresa a comprar unas cosas. Me extrañó el lugar al que quería ir porque no íbamos nunca, y también que me pidiera que la esperara en el coche, pero no le dije nada. Cuando regresó le temblaban las manos y tenía los ojos llorosos. Me alarmé, pero estaba tan obsesionado con demostrarle la rabia que sentía que quise hacerle daño con mi indiferencia.

—¿No le preguntaste por qué lloraba?

—No. ¿Te das cuenta? ¿Qué clase de hombre deja llorar a la mujer a la que ama sin inmutarse? ¿Quién se arriesga a perder a un ser amado por pura crueldad? Porque ese día la perdí, Coco. Se sumió en una depresión silenciosa de la que nadie pudo salvarla, ni siquiera Hernán. Pero, al menos, él descubrió lo que ocurría. Kenneth le quitaba a María todo lo que ganaba en el PranaParadise. Evelyn se enteró y llegó a un acuerdo con él. Ella le proporcionaría el dinero que quisiera si se alejaba de María y de Juan. Por eso me había pedido que la acompañara a aquel lugar, para reunirse con Kenneth y darle una cuantiosa suma. Pero lo que no sabíamos era que hacía tiempo había empezado a pedirle algo más que dinero. Quería sexo.

—¿Y cómo os enterasteis?

—Una tarde de tormenta, María nos llamó desesperada. Al salir del trabajo fue a la guardería donde llevaba a Juan cada mañana. Le dijeron que el niño no estaba porque había ido a recogerlo su padre. Hernán y yo llamamos a la policía. Nos dijeron que no podían hacer nada si María no denunciaba a Kenneth por secuestro. Decidimos ir a buscarla para convencerla de que lo hiciera y, de camino, encontramos mi todoterreno aparcado junto a una casa abandonada que había cerca del Brisa. Solo Evelyn podía estar allí y nos temíamos lo peor. Bajamos del coche de Hernán y nos acercamos con cuidado. Oímos voces. Abrimos la puerta sin mucho esfuerzo, porque estaba podrida, y allí encontramos a Kenneth con Evelyn. Estaban... Bueno, ya sabes. Hernán se puso hecho una furia y arremetió contra Kenneth. Tuve que sujetarlo y dejar escapar a ese desgraciado para que no lo matara. Pero lo que hice después fue mucho peor. Cargué contra Evelyn. Ni siquiera la dejé vestirse. Le dije cosas muy duras, le tiré a la cara las llaves del coche de Hernán y le exigí que desapareciera para siempre de Santa Teresa. Nunca olvidaré sus lágrimas ni la tristeza con la que me miró, Coco. Nunca. —Ahí

está, esa es la sombra que lo persigue, la mirada de Evelyn—. Y tampoco olvidaré el momento en que escuchamos el llanto de Juan. Solo entonces nos dimos cuenta del chantaje. Hernán se volvió loco y me rogó que fuera a buscarla. No la encontré. Media hora más tarde nos avisaron de que Evelyn había tenido un accidente. Estaba viva, pero tardaron tanto en ayudarla por la tormenta que entró en coma. Durante un mes entero Hernán no se separó de ella ni un minuto, hasta que murió. Desde entonces me culpa de su muerte y no puedo hacer nada, porque tiene razón. Es algo que no me perdonaré jamás.

Oliver me mira con resignación durante un brevísimo instante. Después baja la mirada avergonzado.

—No digas eso. Fue un accidente —afirmo obligándolo a levantar la vista.

—Lo sé. Pero no puedo evitar pensar que si aquella tarde le hubiera preguntado por qué lloraba, Kenneth jamás la habría tocado.

Rodeo su cuello y lo abrazo muy fuerte.

—Oliver, escúchame bien. El único responsable de lo que ocurrió es Kenneth. Él la estaba chantajeando. Él es el culpable, no tú.

Se aferra fuerte a mi cuerpo o, tal vez, a mis palabras. Me hace daño, pero no digo nada. Quiero quitarle algo de pena, igual que Max. Pero eso no es posible, Coco, y lo sabes. Sabes que el dolor no se puede compartir y que la culpa es una carga demasiado pesada de la que no puedes librarte tan fácilmente. Ni siquiera cuando estás dispuesto a soltarla.

—¿Entiendes ahora por qué te advertíamos de que te mantuvieras al margen? Si llega a pasarte algo a ti también... —susurra en mi oído.

«Coco, tenemos que hacer algo», gime Max a nuestros pies. Y creo que tiene razón.

—¿Puedo pedirte una cosa? —le pregunto a Oliver en un susurro.

—Lo que quieras.

—Llama a Hernán y dile que hoy no vamos a trabajar. Nos vamos a la playa.

Oliver se resiste a tomarse el día libre. El rodaje está en marcha y pueden necesitarlo. Además, la idea de que Lola me sustituya en el *spa* no le hace ninguna gracia. Sin embargo, la actitud abierta de Hernán cuando lo llama para proponérselo le hace dudar.

—¿Estás seguro? —le pregunta Oliver por teléfono.

—Sí, *mae*. ¡Disfruta! Ya nos apañaremos.

Lo obligo a meter en una mochila cuantos bañadores tiene, una toalla y el libro de poemas de Benedetti que está leyendo. Subimos a su todoterreno con Max y su tabla de surf, y vamos al Brisa a por mis cosas. El Chimuelo sale a recibirnos extrañado, pero en cuanto le explico nuestros planes de celebrar que Kenneth ha dejado de ser un problema, lo festeja con una alegría de lo más sincera.

—Órale. Váyanse y pásenlo bien padre, que si no la vida se hace muy larga —aplaude.

Subimos a mi habitación. Saco de debajo de mi cama la mochila de turistas prófugas que compró Lola cuando llegamos a Santa Teresa y que sigue sin estrenar. Recuerdo la angustia que sentí el día que me la enseñó, después de decirme que no teníamos dinero. Ahora, sin embargo, me parece incluso bonita.

Ilusionada por el día mágico que tengo por delante, abro las cortinas agujereadas de nuestro armario si darne cuenta de que Oliver está observándolo todo.

—¿Qué es esto? —pregunta tirando del tul que sobresale de la bolsa donde guardamos mi vestido de novia.

Siento que el momento de confesarle quién soy y qué hago en Santa Teresa ha llegado. Ya no me importa que lo sepa todo el mundo, no me importa que Minerva me encuentre, porque nada de lo que diga o haga me hará volver a España. Sin embargo, mi prioridad en este instante es hacer desaparecer cualquier atisbo de culpa del alma de Oliver. Todo lo demás puede esperar.

—No es nada, vámonos —me apresuro a decir dándole un manotazo a la bolsa para que vuelva a su sitio.

La primera parada que hacemos es en una tienda de surf de Santa Teresa donde reciben a Oliver con los brazos abiertos y la noticia de que han detenido a Kenneth. ¿Lo sabías, *mae*? Claro que lo sabemos, ¿verdad, Coco? Me guiña un ojo mientras escoge una tabla de surf para mí. Cuando encuentra la adecuada, hay un problema. Esa tabla es nueva, no se alquila, *mae*. Lo sé, *mae*, la quiero comprar. Esta señorita no puede seguir en Santa Teresa ni un minuto más sin una tabla. ¿Y si no le gusta? Le gustará, ¿no ves que sus ojos son del mismo color que el océano?

Acepto su regalo casi con lágrimas en los ojos. Oliver me mira sin comprender muy bien mi reacción. ¿Cómo explicarle que tener algo que solo puedo usar en Santa Teresa de alguna manera me hace pertenecer aquí, y que eso me gusta?

Sin parar de hablar llegamos a Montezuma. Es un pequeño pueblo sembrado de tiendas donde tengo que traer a Lola porque casi todo el mundo lleva rastas. Aparcamos el todoterreno y vamos con las tablas hasta la playa. No hay mucha gente, porque hoy el océano está tranquilo, aburrido según los surfistas. Sin embargo, es un día perfecto para aprender.

Primero unas clases teóricas en la arena. Cómo tumbarme sobre la tabla, en qué postura esperar la ola y cómo ponerme de pie sobre ella.

—¿Es así de fácil? —pregunto burlona tras hacerlo un par de veces en tierra firme.

Oliver sonríe.

—Probemos en el agua, Venus —propone.

Obviamente, no es lo mismo, y eso que él me ayuda empujando la tabla en el momento adecuado para coger la ola. Sentir que te deslizas sobre el agua es una sensación poderosa, pero se te quita el poderío en cuanto intentas ponerte de pie.

Tras unos diez mil agotadores intentos, por fin lo consigo. Oliver me advierte que viene una ola grande. Me concentro. Los brazos junto a mi pecho, levanto la cabeza haciendo lo que Lola llamaría la postura de la cobra, más o menos, coloco el pie al que llevo atada la tabla a la altura de la otra rodilla y ocurre. Consigo levantarme en una torpe postura de luchador de sumo anoréxico. Y no solo eso, me mantengo en pie un segundo, dos segundos, tres segundos... Me caigo al agua de espaldas.

Oliver nada hacia mí.

—¡Lo has conseguido! —grita orgulloso.

—¡Otra vez! —exclamo.

Vuelta a empezar. Vuelta a caerme. Vuelta a intentarlo otras diez mil veces hasta que lo consigo de nuevo. Esta vez me mantengo de pie sobre la tabla menos tiempo aún, pero me doy por satisfecha. Por hoy lo dejo.

—Te toca a ti —le propongo a Oliver levantando mi tabla para salir del agua—. Estoy muerta.

—No, quiero estar contigo —me dice dándome un beso, pero mirando de reojo al océano.

—Lisensiado, ¿nunca le he confesado que no hay nada que me parezca más *sexy* que un hombre guapo dominando el mar?

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! —susurro insinuante.

—En ese caso...

Llegamos al lugar donde hemos dejado nuestras cosas y Max celebra ver que me quedo con él.

«¡Qué bien, Coco! Estaba aburriéndome como una ostra».

Oliver me guiña un ojo y sale corriendo hacia el agua con su tabla bajo el brazo. Se adentra en el océano, nada encima de la tabla y espera paciente hasta que llega una ola sobre la que se desliza sin problemas. Ahora que sé lo difícil que es mantener el equilibrio me parece mucho más impresionante lo que hace él. Me gusta verlo esperar, remar mirando hacia atrás para calcular el momento exacto, ponerse en pie y deslizarse con agilidad por las olas hasta que decide dejarse caer.

Parece divertirse tanto que yo también me divierto. Es algo que no puedo evitar. Me hace feliz verlo feliz... Disfruto si él disfruta... Sufro si él sufre... Eso significa que... ¡Oh! ¡Oh! ¡¡¡OH!!! ¡Estar enamorado es sentir en el otro! ¡Por fin lo entiendo! ¡Por fin entiendo esas extrañas palabras que mi padre pronunció en la limusina! Estar enamorado es disfrutar de su felicidad, sufrir su angustia, temer sus miedos. Es algo que va mucho más allá de la atracción física y de sentir luciérnagas en la piel. Es una conexión, como él dijo. Es dejar libre tu alma para que se una con la suya, con su gemela. Y sí. Es el motivo más grande por el que vale la pena vivir, una fuerza que te hace sentir invencible, incluso ante Minerva.

Sin querer, una gran carcajada se me escapa ante la atónita mirada de Max, que me mira extrañado con las orejas levantadas:

«Coco, ¿te has fumado algo?».

—Estoy enamorada, Max. ¿Te das cuenta? ¡Enamorada! —le grito feliz.

«No te entiendo, chica, pero sigue, sigue rascándome detrás de las orejas».

Estoy tan entusiasmada con mi descubrimiento que Oliver se sorprende cuando regresa.

—¿Qué ha pasado aquí? —me pregunta cuando me lanzo a su cuello y le planto un beso de película.

—Que te quiero. Te quiero de verdad.

—Y yo a usted, señorita —susurra.

Flotando en una nube de colores recogemos nuestras cosas para ir a comer. Oliver carga las tablas de surf en el todoterreno y se aleja unos metros para saludar a uno de los jóvenes que están en plena calle vendiendo pulseras, pareos, hamacas... Cuando regresa, me lleva de la mano hasta un lugar que está casi escondido.

—Max, espera aquí —le ordena al pobre perro.

«¿Por qué? ¿Por qué no puedo ir nunca con vosotros? Yo también como, ¿sabes?», gruñe Max disgustado.

Aparentemente estamos ante una casa con un pequeño jardín, pero cuando entramos compruebo que es un restaurante decorado con gusto impecable. Espacio diáfano, suelo de madera oscura, ventiladores blancos en el techo y cuadros sin enmarcar en las paredes. Oliver me explica que son de artistas de Montezuma que pintan en la calle y los venden donde sea.

Un hombre mayor que me recuerda al Chimuelo sale a recibirnos. Nos lleva a una mesa apartada y nos da dos cartas. Me siento tan rara haciendo este tipo de cosas con Oliver que me da la risa.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—¿Te das cuenta de que esto es lo más parecido a una cita que hemos tenido? —le pregunto.

—Sí. Supongo que aquí la vida es muy distinta a la que llevabas en España, ¿verdad?

—Gracias a Dios —afirmo sonriendo.

Oliver acaricia mi mano y pone algo en ella. Es una pulsera de cuero muy fina, con un pequeño colgante que me deja fascinada. Un hibisco rojo.

—No es justo que yo sea el único que lleva algo del otro en la muñeca, ¿no te parece? ¿Te gusta? —me pregunta.

—Mucho. Gracias, Oliver.

Después de comer recogemos a Max y volvemos al todoterreno. Oliver me lleva a Cabo Blanco, un parque natural con una pequeña playa que no tiene nada que ver con las de la zona. Es tranquila, recogida y solitaria. Nos tumbamos en la arena, bajo la sombra de un árbol, y me acurruco junto a su

cuerpo mientras me lee sus poemas preferidos de Benedetti. Su voz me envuelve en una sensación de paz tan grande que me quedo dormida mientras sonrío.

Me despierto sintiéndome como nueva. Ha sido un sueño tan reparador que no sé si han pasado minutos o meses enteros. Oliver está sentado a mi lado, mirando al mar con los brazos rodeando sus rodillas. Me incorporo y dejo un beso en su sien. Está muy serio.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—Desde que te conozco no me había hecho falta venir aquí.

—¿Necesitabas venir aquí?

—Sí. A veces. No sé qué tiene esta playa, pero es el único sitio donde conseguía encontrar algo de paz —confiesa con voz triste.

Me arrodillo a sus pies para mirarlo de frente y ahí está, la sombra maldita planeando sobre sus ojos. Imaginármelo solo, sentado en la arena con la única compañía de Max, me mata. Por eso decido cambiar su recuerdo. Me deshago de mi vestido, le quito su camiseta y lo arrastro hasta la orilla sin darle opción a protestar. Estamos completamente solos. Libro mi cuerpo del bikini, me lanzo de cabeza al agua y nado desnuda mar adentro hasta que casi no hago pie. Cuando Oliver me alcanza, nos fundimos en un ardiente beso. Su sabor mezclado con la sal me resulta delicioso. Sus caricias bajo el agua erizan mi piel y entro en esa espiral de sensaciones que me causa oír su respiración acelerada y sentir su calor. Ese calor febril que me enciende por dentro y me hace temblar de puro deseo.

Acaricio su pelo mojado y me separo ligeramente de él para mirarlo. Sus ojos parecen aún más verdes con el reflejo del sol en el agua, pero no es eso lo que consigue hacerme perder el control, sino la forma en que me miran. Rodeo sus caderas con las piernas buscando su sexo, y cuando lo siento dentro de mí arqueo la espalda dejando mi cuello al descubierto. Oliver aprovecha para morderlo, provocándome un escalofrío que me obliga a echar mi cuerpo hacia atrás. El mar ocupa el espacio que queda entre mi pecho y el suyo, acariciándonos a los dos, convirtiéndose en un cómplice con el que no contábamos. Aferrada a su cuerpo con las piernas, acaricio sus labios y echo el torso hacia atrás para dejarlo flotar en el agua. Sentir el deseo de Oliver recorriendo mi interior, la caricia del mar y el calor del sol sobre la piel habrían sido suficientes para hacerme estallar de placer, pero descubro algo que me sorprende: por primera vez en mi vida, estoy haciendo el amor. Lo sé porque lo estoy haciendo con toda mi alma, esa que ahora es libre y que la

mirada de Oliver me confirma que está unida a la suya. Lo sé porque estar enamorado es sentir en el otro, disfrutar de su deseo y sumarlo al tuyo. Por eso soy capaz de sentir su voz en mi piel cuando susurra anhelante mi nombre y su mirada acariciando mi pecho. Oliver levanta mi torso empujando mi espalda y permanecemos abrazados, unidos de todas las formas posibles, disfrutando del placer mutuo, de las caricias del otro, del sabor a sal de nuestros labios hasta que un mismo éxtasis mágico recorre nuestros cuerpos.

Nos quedamos abrazados mucho rato, dejando que el mar hable por nosotros, recuperando el aliento sin prisa.

—Coco, esto ha sido... —susurra Oliver sin encontrar las palabras adecuadas.

—Pura vida. Y puro amor.

De vuelta a Santa Teresa me pregunto qué ocurrirá a partir de ahora. Ya no tengo motivos para esconderme. Es más, creo que ha llegado el momento de enfrentarme a Minerva y dar señales de vida. Sin embargo, no puedo gritar aún a los cuatro vientos quién soy para no delatar a Lola. No sé si ella está preparada para contarle a Unai quién es ni si está Unai preparado para saber quién es ella. En cuanto a Oliver, ¿podrá seguir queriéndome sin preguntas?

Siento una alegría tan inmensa cuando veo que nos desviamos por el camino que lleva a su casa que alcanzo su mano para acariciarla. Él entiende el motivo de mi gesto y sonrío orgulloso.

Al llegar detiene el motor y salta del coche como siempre para abrirme la puerta.

—Un día te vas a matar por hacer esto —le advierto riéndome.

—No tendría que correr tanto si me esperaras —protesta.

Bajamos las tablas de surf. Las deja apoyadas en uno de los pilares que sostienen su casa, una junto a la otra. Las mira, me mira y sonrío.

Preparamos juntos la cena entre risas y bromas. Bebemos vino, fregamos los platos y descubro a Oliver en el salón intentando encender su móvil. Se lo arrebato y me suplica con la mirada que no lo haga, que necesita saber cómo ha ido todo en el PranaParadise o se volverá loco.

—Un ratito más, por favor —suplico—. Nos queda una cosa por hacer.

—¿El qué?

Sonrío al ver que lo llevo de la mano escaleras arriba.

—Coco, ¿es que no te cansas?

—Tranquilo, no es eso.

Lo obligo a tumbarse en la cama, apago la luz y me tumbo junto a él.

—¿Quieres ver estrellas? Porque se ven mucho mejor desde la terraza —me explica.

—No. Quiero verlas aquí, contigo. Quiero que las miremos solo porque son bonitas, no porque algo nos impida dormir.

Oliver se revuelve incómodo al comprender mis intenciones. El peso de tantas noches que habrá pasado aquí castigándose por lo que le ocurrió a Evelyn amenaza con estropearlo todo. Pero mi plan funciona. Enseguida empieza a señalar las estrellas y a enseñarme los nombres de las constelaciones. Esa es la Cruz del Sur. Ahí está Orión Poco a poco el peso desaparece. Resulta ridículo en comparación con el cielo.

—¿Sabes que una vez una estrella fugaz pasó justo por aquí encima?

—¿Ah, sí? ¿Y pediste un deseo? —le pregunto.

—Te pedí a ti —confiesa en un susurro que se graba en lo más profundo de mi alma—. Coco, quiero que vengas a vivir conmigo.

Me quedo tan descolocada que empiezo a tartamudear como una tonta.

—¿Có-cómo dices? ¿Te refieres a vivir aquí? ¿En plan definitivo?

—Muy definitivo —asegura con su voz grave en mi oído.

—Bueno, tengo que hablarlo con Lola.

—No creo que a Unai le importe compartir habitación con ella, ¿no crees?

—Ya, pero Oliver, ¿estás seguro?

Con un tierno beso me confirma que sí, que soy el deseo concedido que una noche pidió a una estrella fugaz.

Como dos bobos, nos levantamos, encendemos la luz y empezamos a organizar cosas. Toda esta parte del armario es para ti. Tranquilo, tengo muy poca ropa. En esta balda del baño puedes dejar tus cosas. ¿Qué te gusta desayunar? ¿En qué lado de la cama quieres dormir?

Planeamos todo con tanta ilusión que me parece irreal.

Porque tal vez lo sea.

## 30

—¿De veras? ¿Me abandona por Oliver? —me pregunta el Chimuelo asombrado.

—¿Qué te parece? —le pregunto cómplice y muy bajito para que Oliver no nos oiga, cosa poco probable porque desde que despertó no se ha despegado de su móvil.

—Me *parese* que nunca me voy a alegrar tanto de que me rompan el *corasón, lady* —celebra el Chimuelo dándome un abrazo.

—Oye, no exageres. Vendré cada tarde a tomarme una Imperial contigo, ¿vale? —le aseguro para consolarlo.

—De veras, *lady*. Me alegro mucho por los dos.

—Gracias, Chimuelo. Lola sigue arriba, ¿verdad?

—Sí, todavía no vino a desayunar. Dígale que se apure que ya se lo tengo todo listo.

Subo las escaleras metálicas sintiendo algo de morriña. Después de todo creo que voy a echar de menos este hotel. Hasta siento ternura cuando veo la hamaca cochambrosa de nuestra terraza.

Doy unos pequeños golpes en la puerta con los nudillos. Cuando Lola abre y me ve pega un grito de entusiasmo.

—¡Coco!

—¡Lola! —le contesto burlona.

—¡Entra! ¡Cuéntamelo todo! —exclama tirando de mi brazo hacia el interior la habitación.

—Lola —digo muy solemne—. ¡Estoy enamorada!

—Vale, ahora cuéntame algo que no sepa —exige sonriendo.

La miro con picardía para darle emoción al bombazo que voy a soltarle.

—¡Oliver quiere que me vaya a vivir con él! —grito entre susurros con voz de pito.

Lola me mira sin inmutarse. ¿Qué le pasa? ¿Es que no le sorprende?

—Insisto, cuéntame algo que no sepa —dice sonriendo con superioridad.

—¿Lo sabías?

—Hace una hora Oliver me llamó para decirme que tengo una habitación

preparada en el PranaParadise, aunque comprendería perfectamente que rechace su oferta para irme con Unai —confiesa.

—¿En serio te llamó? —pregunto asombrada. Me extraña que se me pasara por alto esa conversación.

—Sí, mientras estabas duchándote. No quería estropear la sorpresa, pero quiere que te mudes hoy mismo y necesitaba ganar tiempo —me explica.

—¿Crees que es buena idea?

Lola se queda pensativa. Por cómo frunce los labios sé que está sopesando los pros y los contras.

—Creo que has vuelto, Coco, te lo dije la otra noche. Estás preparada para enfrentarte a Minerva y a Jaime. Por eso creo que deberías contarle a Oliver lo de tu boda esta misma noche, es absurdo alargarlo más tiempo. Así, mañana mismo podremos hablar con España y desenredar este lío de una vez.

—Ya, pero ¿y tú?

—De momento me voy al PranaParadise. Le contaré a Unai quién soy y depende de cómo reaccione iré tomando decisiones —afirma con una seguridad tan aplastante como falsa. Sé que tiene miedo, sé que teme volver a sufrir.

—Oye, está loco por ti. Por Lola. Esta vez no habrá títulos nobiliarios que se interpongan en tu camino. Estoy segura —afirmo—. Y si no, yo misma te ayudaré a partirle las piernas.

Lola se ríe y me abraza muy fuerte.

Recogemos nuestras cosas en un santiamén. Todo nos cabe en las mochilas de prófugas, excepto el traje de novia, que decido dejárselo al Chimuelo en recepción.

—¿Puedes guardarme esto hasta mañana, por favor? —le suplico.

—¿Guardar el qué? —pregunta Oliver apareciendo de pronto detrás de mí.

El Chimuelo se apresura a hacer desaparecer la bolsa tras el mostrador. Su reacción me sorprende. ¿Sabe que es un vestido de novia? ¿Lo ha sabido siempre? La forma en la que me mira me confirma que sí. Ya tenemos todo un tema de conversación para nuestra cerveza de esta tarde.

Cuando llegamos al PranaParadise, Oliver saca las cosas de Lola del todoterreno. Las mías se quedan en el maletero esperando hasta que esta tarde nos vayamos juntos a casa, excepto una: la toalla de Oliver.

—Toma, ahora que voy a dormir contigo cada noche ya no necesitaré abrazarla más —le digo entregándosela.

—¿Dormías abrazada a mi toalla? —me pregunta emocionado.

—Sí, *lisensiado* —contesto juguetona.

Cruzamos el *lobby*, José va a guardar a Max y Oliver acompaña a Lola a su nueva habitación, no sin antes darme un breve beso de despedida y susurrarme al oído que después me llevará un hibisco. Cuando se marcha, siento una mirada maligna en mi nuca. Katia nos ha visto. La muy lagarta se marcha hacia el jardín haciéndose la indignada. Sonrío despreocupada. Al fin y al cabo, en un par de días el rodaje terminará y no volveremos a verla jamás.

Mi llegada al *spa* es más emotiva de lo que esperaba. En cuanto María me ve, rompe a llorar y me abraza. No deja de repetir entre sollozos «*gracias, señorita, gracias, gracias...*» Lloro tanto que la arrastro al vestuario y la obligo a sentarse para que se tranquilice. Me cuesta un buen rato, pero al fin lo consigo.

—¿Cómo está Juan? —le pregunto.

—Bien, señorita, *gracias* a usted que es un ángel. —Vuelta a llorar de nuevo, como si se le escapara la vida en cada lágrima. La abrazo.

—María, tú habrías hecho lo mismo por cualquier otra persona —le digo para consolarla, pero no hay manera.

—No señorita, yo no soy tan buena como usted. No sé cómo le voy a pagar el favor —solloza.

Eso me da una idea.

—¿De verdad quieres pagármelo? —le pregunto.

—Sí, señorita, pídamelo lo que sea —afirma convencida.

—Divórciate y cástate con Hernán. —Ahora sí. Deja de llorar y me mira con los ojos como platos—. María, es evidente que te quiere y tú mereces ser feliz.

—Pero no puedo *haser* eso, señorita. ¿Qué va a pensar Juan? —murmura.

—Algún día lo entenderá. Y si no, yo misma le contaré por qué una noche fui a buscarlo para dar una vuelta en *cuadra* —le digo alzando una ceja.

Las campanillas de la puerta del *spa* anuncian alegres que alguien ha venido. Antes de que pueda salir para ver quién es, Hernán entra en nuestro vestuario como un tsunami.

—¡Coco! —grita entusiasmado levantándome por el aire de un efusivo abrazo.

—Hernán, estás ahogándome —protesto.

—Lo siento —se disculpa soltándome, aunque no tarda ni dos segundos en volver a levantarme otra vez—. ¡Nos has librado de ese desgraciado!

—Fue un placer, te lo aseguro —le digo soltándome.

—Te juro que algún día te lo compensaré. No sé cómo, pero te lo compensaré —me promete.

—¿Ah, sí? Pues acabo de darle una idea buenísima a María para que lo hagas, ¿verdad? —Mi compañera sonrío muerta de vergüenza desde su silla. Aún tiene los ojos llorosos—. Vamos, cuéntale al *lisensiado* lo que te he dicho. Y rapidito, que tengo que ponerme el uniforme.

Cierro la puerta del vestuario para dejarlos a solas. Como me imagino que la cosa irá para largo, ordeno un poco el mostrador, reviso que tengamos toallas en todas partes, pongo a funcionar la sauna y recibo ansiosa las nuevas revistas que me entrega José antes de irse a casa. Una de ellas es el nuevo *Hola* de España.

Me siento en el sofá de la salita de espera, las coloco de mala manera sobre la mesa de bambú y me lanzo a hojear de cabo a rabo el *Hola*, hasta que encuentro algo que me interesa. De nuevo una noticia breve en el «Cóctel de noticias»:

Empeora la salud de Pierre Dumont, cuarto marido de Minerva Capdeville.

Desde que el pasado doce de mayo sufriera un percance que obligó a suspender la celebración de la boda de su hijastra Coco Arcaute Capdeville, la salud de Pierre Dumont no ha dejado de empeorar. Aunque la familia no ha hecho ningún comunicado oficial al respecto, fuentes cercanas confirman que su situación es crítica y que varios hijos del magnate francés se encuentran en Madrid por si finalmente ocurriera el fatal desenlace. Coco y su marido, Jaime Gómez-De la Barca Sotomayor, continúan en paradero desconocido disfrutando de su luna de miel tras casarse en la más estricta intimidad.

Esto es raro, Coco. Muy raro. ¿Y si Pierre esté enfermo de verdad? Minerva debe de estar como loca. Tal vez debas esperar más tiempo para dar señales de vida. Tal vez mañana sea demasiado pronto.

—¿Qué lees tan interesada? —El vozarrón de Oliver me hace dar un salto.

Dejo el *Hola* encima de la mesa, me levanto y me acerco a él, que me espera junto al mostrador con un hibisco en la mano.

—Oliver, esta noche tengo que contarte algo muy importante —le advierto con voz temblorosa.

—Y yo te escucharé embelesado —asegura sonriendo, colocando el hibisco en mi pelo. Justo cuando vamos a darnos un beso suena su móvil. Es Katia,

¿quién si no?—. Voy a ver qué quiere. Te veré luego ¿OK?

—OK —contesto, sintiendo un mordisco en el estómago.

María y Hernán salen del vestuario y se despiden con un leve beso. Ya no tienen por qué ocultarse, ya no. Quieren estar juntos y lo estarán algún día. María no quiere precipitar las cosas. Irán dando pasos a medida que Juan pueda ir asimilando las cosas. Lo primero es decirle que su padre está en la cárcel y que por eso van a divorciarse. Después, ya veremos.

Pasamos la mañana solas en el *spa*. Todo el mundo está en el rodaje, pero, por la tarde, otra tormenta cae implacable y se suspende. Es entonces cuando recibimos una llamada que María atiende con muchísima ilusión. Benicio y Zoe vienen para acá. Han oído que una de nosotras es fisioterapeuta y quieren unos masajes.

—Sí, ella es fisioterapeuta —me apresuro a decirles señalando a María, que me mira asombrada—. Y muy buena.

Ante nuestros atónitos ojos, Benicio y Zoe se juegan a piedra, papel o tijera a quién le toca primero. Gana Benicio y Zoe decide esperar su turno en el circuito termal. La cara de emoción de María caminando junto a Benicio hacia la sala de masajes no tiene precio. Me la imagino en su humilde casa, contándoselo todo al pequeño Juan y deseo con todas mis fuerzas que nunca más vuelvan a sufrir.

Benicio y Zoe se marchan encantados con el trabajo de María. En cuanto salen del *spa*, María y yo nos echamos a reír como adolescentes, ajenas al calvario que estamos a punto de sufrir. Parece que todo el equipo de rodaje se ha puesto de acuerdo para pasar la tarde en el *spa*, incluida Loreto. Se complica todo tanto que tenemos que llamar a Lola para que nos eche una mano. Mientras ella se queda en recepción atendiendo y dando toallas, María y yo damos masajes sin parar en la sala de las dos camillas. Cuando por fin le toca a Loreto, me explica el motivo de que tengamos tanto trabajo.

—Sabes que este lío te lo ha organizado Katia, ¿verdad? —me advierte mientras le masajeo el tatuaje de la calavera.

—¿Katia?

—Sí. Nos ha dicho que los productores están tan contentos por lo bien que va el rodaje que nos invitan gustosos a pasar la tarde aquí, jodiéndote viva —afirma.

¡Claro! Así me tiene entretenida mientras ella acosa a Oliver. ¡La muy bruja! Pues no se saldrá con la suya. María y yo podemos con todo. No pasa nada. ¡No pasa nada! ¡Maldita sea! ¡Claro que pasa! El celoso sufre por lo

que se imagina, no por lo que ve, y empieza a sorprenderme lo poderosa que es mi imaginación. Maldigo a Katia una y mil veces durante toda la tarde, excepto los escasos segundos en que Oliver se asoma al circuito, que parece más una piscina pública que un *spa*. Aunque no puedo ni acercarme a él, nos basta con mirarnos a través del cristal para decírnoslo todo. Te quiero. Y yo a ti. En cuanto termines nos vamos a casa y te prepararé lasaña. Perfecto, y yo te contaré que llegué a Costa Rica huyendo de mi boda con Jaime. Adiós. Adiós.

La hora de cerrar se acerca y el *spa* sigue a tope. María empieza a agobiarse. Tiene que recoger a Juan. Le propongo que se marche a casa. Lola me ayudará en recepción y yo iré culminando poco a poco mi venganza. Venganza, sí. Aunque en una hora se abre el restaurante para las cenas, estoy convencida de que nadie podrá cenar esta noche con la cantidad de masajes ultrarrelajantes que estoy dando a diestro y siniestro. Así, Oliver y yo podremos irnos a casa antes de lo esperado. Katia, ¡que te den!

Dos horas más tarde nos quedamos solas.

—¿Te importa que me marche ya? Unai me está esperando —me anuncia Lola.

—No. Vete tranquila, yo me quedo recogiendo.

—Oye, no apagues el móvil, ¿vale? —me pide preocupada.

—Lola, escúchame con atención. Tendré el móvil pegadito a mí todo el tiempo, pero no vas a necesitarme, estoy segura. ¿Vale?

—Vale —repite sonriendo.

Nos despedimos con un abrazo y, cuando la veo salir del *spa*, tan ilusionada y nerviosa, no puedo evitar sentir un escalofrío. Yo también estoy nerviosa. No tengo ni idea de cómo se tomará Oliver el hecho de que llegara a Costa Rica huyendo de una boda. ¿Se pondrá celoso? ¿Se arrepentirá de haberme pedido que viva con él? ¿Qué va a pensar de ti, Coco? ¿Qué?

Lo más deprisa que puedo, recojo toallas, ordeno aceites, apago chorros, luces... Me lleva cerca de una hora terminar en el *spa*, quitarme el uniforme, ponerme el hibisco y el vestido largo que compró Lola para ir a la fiesta del Rey Panza, el que hace juego con el pañuelo que Oliver lleva en la muñeca. Aunque no era algo premeditado, creo que es el vestido perfecto para contarle a Oliver todo sobre mi antigua vida. Esa que me estaba matando.

Cuando salgo del *spa* ya se ha hecho de noche y el hotel está muy tranquilo. La tormenta ha cesado. Me asomo por el jardín al cenador del restaurante y lo veo prácticamente vacío. Me parece que solo hay una mesa al fondo ocupada

por un joven cuya figura me resulta familiar. Me ajusto las gafas, pero está demasiado lejos para reconocerlo. Tiene que ser alguien del rodaje, porque no hay nadie más en el hotel pero... Lo cierto es que me suena de otra cosa. ¿Quién será? ¿Acaso importa? ¡Claro que no! Sea quien sea, está solo, por eso sonrío orgullosa. Mis masajes han dejado K. O. a todo el mundo y yo podré irme a casa con Oliver mucho antes de lo esperado.

«Soy buena. Soy muy buena», pienso mientras camino hacia el *lobby*.

Lo cruzo para llegar al mostrador y, cuando dejo las llaves del *spa* en su sitio, siento que alguien tira con furia de mi brazo hacia el aparcamiento. Es Oliver.

—¿Qué pasa? —pregunto sin comprender al ver que camina enfadado.

En cuanto estamos fuera me suelta y se encara a mí.

—Han venido a buscarte —me gruñe.

—¿A buscarme? ¿Quién?

—Tu prometido.

Reconozco que me cuesta unas milésimas de segundo procesar esas dos palabras. Tu prometido. Pero me cuesta mucho más darme cuenta de la gravedad de los hechos. Me cuesta porque no puede ser. ¡No puede ser! Es imposible que me haya encontrado. Imposible. Y, sin embargo, la figura solitaria que acabo de ver en el comedor es la suya.

—Jaime está aquí —murmuro incrédula.

—¿De modo que es cierto? —grita Oliver—. ¿Estás prometida?

—Oliver, ¡cállate! —exijo nerviosa—. Necesito pensar.

—Entiendo. Te da miedo que nos vea juntos, ¿es eso? Perdóneme, señorita —gruñe enfadado.

Me da la espalda y se dirige a la entrada del hotel.

—Oliver, espera. ¡Escúchame! Esta noche iba a contártelo todo —explico yendo tras él.

—No será necesario. Hemos terminado —afirma tajante.

—¿Qué? Pero ¿tú de qué vas? —le grito enfurecida.

Se gira hacia mí y me empuja lejos del edificio.

—No te consiento que montes un escándalo en mi hotel —murmura rabioso.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no me dejas que te lo explique? —le pregunto angustiada.

—Porque está todo muy claro. Ya sé qué buscabas en Santa Teresa. Divertirte, echar una cana al aire antes de casarte.

—¡No! —exclamo—. Oliver, necesitaba esconderme, huir de lo que soy en

España para empezar otra vida.

—Y yo te habría escondido, te habría dibujado una vida nueva del color que me hubieras pedido si me lo hubieras contado —vocifera exasperado—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque dijimos sin preguntas —murmuro con lágrimas en los ojos.

—¡Sin preguntas, no con mentiras! —grita lleno de ira.

—Yo no te he mentado, Oliver. Jaime no es mi prometido. Iba a casarme con él, pero no lo hice porque no estaba enamorada. Por eso estoy aquí.

Me mira atento unos segundos. Está dudando. Eso es bueno, es un rayo de esperanza que tengo que aprovechar pero...

—No te creo —sentencia al fin—. No eres la clase de mujer que se promete a un hombre sin estar enamorada. Y si lo hiciste... Entonces no eres como yo creía.

—Oliver, por favor —suplico.

—Tu novio está cenando. Quiero que os marchéis en cuanto termine. No hace falta que pida la cuenta, invita la casa. Considéralo un regalo de boda.

No son sus palabras, sino la decepción con que las pronuncia. Oliver se aleja hacia el hotel y yo soy tan tonta que me quedo contemplando su marcha, esperando que en algún punto dé media vuelta. Y lo hace. Cuando Katia sale a su encuentro con cualquier excusa absurda y él se lanza sobre ella para besarla con pasión. Es entonces cuando se gira para comprobar que lo he visto, para asegurarse de que lo veo desatar y tirar al suelo mi pañuelo. Ese con el que intenté curarle algo más que un corte profundo.

Se acabó. La burbuja estalla. Siento que se me escapan el aire y la vida por los poros. Necesito respirar y aquí no puedo. Me cuesta. Salgo a la carretera. Está oscura y embarrada por la tormenta. Por aquí no puedo seguir. Con dificultad, tropezando, tanteando para no darme de bruces contra los árboles, recorro el exterior de la valla del PranaParadise. El mismo camino que hice el día que desperté en Santa Teresa. El día que escuché a Hernán y Oliver discutir por Evelyn. Pierdo el hibisco.

Oigo los ladridos nerviosos de Max. Oigo la voz de Hernán increpando a Oliver, preguntándole dónde estoy y qué hace besando a Katia. ¿O me lo estoy imaginando? Todo me parece un espejismo. Yo misma soy un espejismo. «No eres como yo creía». ¡No eres como yo creía! Oliver tiene razón. Soy una farsa. Lo que he vivido en Santa Teresa fue un ensayo de vida inútil. Jaime gana, Minerva gana y yo tengo que volver a España a interpretar mi papel. ¡Qué tonta! Pensar que podría permitirme el lujo de seguir los

dictados de mi corazón. Eso no es para ti, Coco. Eso no es para ti.

Llego a la playa, iluminada por una medialuna triste y caigo de rodillas. La brisa del mar intenta aliviar mis pulmones encogidos. No lo consigue. Nadie puede aliviar nada. Nadie puede. Oigo el eco lejano de los ladridos de Max. Pobre Max. No ladres pequeño, te van a regañar. Tengo que alejarme para que no sienta mi tristeza y deje de ladrar. Porque la ha sentido, estoy segura. Él sí me cree.

Me levanto y camino. La tormenta ha dejado la arena mojada, esponjosa. Me cuesta mucho avanzar por ella. Me cuesta casi tanto como vivir. Pero lo hago. Avanzar a trompicones para no pensar, igual que en la vida. Avanzar sin saber adónde ir ni plantearme adónde quiero llegar. ¿Quién eres tú para decidir tu camino, Coco? ¿Quién? Nadie, no soy nadie. Por eso camino, tropiezo, me levanto... Hasta que llego a ese punto en que ya no puedo más. Caigo de rodillas y empiezo a llorar. Es lo único que puedo hacer. Llorar. Eso sí es para ti, Coco. Eso sí te está permitido.

Lloro desconsolada hasta que algo suena dentro de mi bolsito *hippy*. Es mi móvil recibiendo un mensaje. Lo saco con la inútil esperanza de que sea de Oliver. Pero no, ¡claro que no! Es de Lola: «Coco, ¡me quiere!».

No puedo contestar nada, no me da tiempo. Me lo impide algo que tira de mi pelo con violencia hacia arriba, obligándome a soltar el teléfono y a ponerme en pie.

Aturdida, trato de girarme para averiguar qué ocurre. No puedo. Siento una caricia fría y afilada en mi garganta mientras un brazo poderoso aprisiona mi espalda contra un pecho jadeante. El llanto deja paso al desconcierto y después al miedo cuando reconozco el olor de Kenneth.

—Ahora sí va a saber quién soy yo, señorita —gruñe con violencia en mi oído.

—¡Suéltame! —le grito intentando zafarme. Una vez más, el miedo da paso a la ira.

—Grite, grite lo que le dé la gana —me reta haciendo brillar un cuchillo enorme ante mis ojos—. Eso me *exsita* y, total, ya nadie va a venir a salvarla. ¿Ya vio? Con el miedo que pasó para tenderme la trampa y *hacerse* la valiente con su novio. ¿Total para qué? Para que la deje y bese a otra. Qué cólera, ¿no?

Sus palabras son tan certeras que terminan de destrozarme. Se acabó, me rindo. Nadie va a venir a salvarme. Nadie. Es inútil gritar. Kenneth va a vengarse, no de Hernán ni de Oliver, sino de mí. Me violará y me dejará aquí

tirada de cualquier manera. Nadie va a impedirselo y yo sola no podré con él. Por eso debo conseguir que me mate. Necesito cabrearlo para que me clave el cuchillo, a ser posible en el corazón. Eso es, en el corazón. Es el único lugar de mi cuerpo donde no sentiré dolor porque ya está roto, porque es imposible que pueda dolerme más.

Me revuelvo rápido y alcanzo a arañarle fuerte la cara. Con eso consigo que me suelte, pero no me escapo, me enfrento a él.

—¿Qué, Kenneth? ¿Te he hecho pupa? —me burlo, y le suelto un bofetón.

—¡Hija de puta! —grita, dándome un puñetazo con tanta fuerza que me rompe el labio, me tira al suelo y me deja desorientada.

El sabor ferroso de la sangre se mezcla con el de la arena que entró en mi boca al caer. Intento levantarme, pero estoy tan aturdida que me cuesta. Tanteo la arena en busca de mis gafas. No es que las necesite. Es un acto reflejo, nervioso. Kenneth me da una patada en la cara y caigo bocarriba. El labio me arde aún más y lucho para no perder el conocimiento.

Kenneth se lanza sobre mí. Siento su cuerpo sudado y el aliento de su risa en mi boca. Aprovecho la ocasión y le escupo una bola de sangre, saliva y arena.

—¿Esto también te excita, Kenneth? —le digo riéndome.

—¡Cállese! —me grita y me asesta un puñetazo en el ojo con el que ya sí que no puedo.

Los oídos me zumban y no me quedan fuerzas para nada. Ni siquiera para impedir que levante mi vestido hasta la cintura y que corte con el cuchillo el lateral de mis braguitas. Vamos, Coco, un último esfuerzo. Nadie va a venir a salvarte. ¡Necesitas morir ya!

—No vas a matarme, ¿a que no? —le digo sin fuerza.

—No me va a *haser* falta. Morirá usted de pena después de cómo la voy a dejar —contesta acariciando mi cuello con el cuchillo.

—¿Lo ves? Eres un cobarde —murmuro a duras penas.

Mi plan funciona. Aunque no puedo verle la cara, siento la furia con la que alza el brazo y veo brillar el cuchillo en el aire. Vamos, Kenneth, al corazón, apunta al corazón. El cuchillo desaparece de mi vista y siento un calambre sacudir mi cuerpo justo cuando una sombra se abalanza sobre nosotros con tal furia que derriba a Kenneth.

—¡¡¡Ahhh!!! —grita enfurecido—. ¡¡¡Ahhh!!! ¡¡¡Ahhh!!!

Oigo gruñidos entre los gritos de Kenneth y veo a lo lejos unas luces moverse, como luciérnagas grandes y torpes. ¿Linternas? Intento incorporarme para ver qué pasa, pero el brazo izquierdo no me responde.

Giro sobre el costado derecho y por una suerte de milagro me topo con mis gafas. Me las pongo con dificultad y me parece distinguir a Max con las fauces clavadas en el brazo de Kenneth. Sí, ¡es Max! Gruñe rabioso mientras su víctima grita de dolor e intenta librarse de él golpeándolo. ¡No! ¡No! ¡Maldito! No le hagas nada. ¿Dónde está el cuchillo? ¿Dónde? Consigo ponerme de rodillas y tanteo la arena con desesperación. Debo encontrarlo o se lo clavará a Max, que cuantos más golpes recibe con más furia se empeña en desgarrar su brazo a base de cabezazos. No encuentro el cuchillo. Las luces se acercan.

—Allí están —la voz de Oliver suena agitada en la oscuridad.

¿Eres tú? ¿Eres tú de verdad?

—¡Maldito cabrón! —exclama Hernán lanzándose a por Kenneth.

Max lo suelta y viene a mi lado ladrando sin parar, moviéndose nervioso a mi alrededor, celebrando cada golpe que Hernán y Oliver le asestan a Kenneth.

—¡No! ¡Paren! ¡Paren! ¡Lo van a matar! —Ahora es la voz del Chimuelo la que llega a mis oídos acompañada de otras que no conozco—. Déjennoslo a nosotros.

Golpes, insultos, ladridos, luces de linterna que ciegan mis ojos... No puedo más. Caigo vencida en la arena y, ahora sí, encuentro el cuchillo. Estaba clavado en mi brazo izquierdo.

—¡Coco! —exclama Oliver arrodillado a mi lado cuando lo descubre también.

—Te quiero —murmuro con un hilo de voz.

—No, no, despierta. Coco, mírame, ¡por favor! —grita angustiado tomándome en brazos.

—No puedo, lo siento —susurro, justo antes de desmayarme.

# 31

Cuatro días más tarde regresé a Madrid. Jaime se encargó de todo. Habló con los médicos, compró dos billetes en primera clase para que yo pudiera ir cómoda y cargó con mi mochila, su *trolley* y el vestido de novia por taxis, barcos y más taxis hasta que llegamos al aeropuerto de San José. Lola abrió la consigna donde había guardado nuestras cosas, entre ellas mi anillo de compromiso.

—Coco, si lo hubieras llevado contigo, te habría encontrado en un solo día —susurró Jaime dándome un beso.

Al parecer se había gastado tal barbaridad de dinero en el anillo que la joyería le ofreció adherirle un microchip de rastreo. Con él se podía localizar la joya en cualquier lugar del mundo. Y a quien la llevara puesta, claro. Un pequeño detalle que nunca antes había mencionado y que le permitió saber desde el principio que yo estaba en Costa Rica. La cuestión era dónde. Supuso que Lola y yo estaríamos pasándolo en grande en algún hotel de lujo y decidió recorrerlos todos. Por suerte empezó por el Caribe.

—Cuidala mucho, por favor —le suplicó Lola—. Te llamaré todos los días para ver cómo está, ¿vale?

—¿Seguro que quieres quedarte aquí? —le preguntó Jaime.

—Sí, en el PranaParadise me necesitan —contestó Lola mirándome con intensidad para asegurarse de que había entendido el verdadero significado de esa frase. Después me dio un abrazo y me susurró un «todo saldrá bien» que me sonó a ciencia ficción. A mí nada me sale bien, Lola, ¿es que aún no te has dado cuenta?

Subimos al avión y me quedé dormida. Durante el vuelo me desperté tres veces. Dos de ellas soñando con los ojos verdes de Oliver y la última con un beso de Jaime.

—Cariño, ya hemos llegado.

Esperamos hasta que la cabina de primera clase estuviera totalmente vacía antes de salir. Cualquier precaución era poca para Jaime, que impedía a toda costa que nada tocara mi brazo. Cargó de nuevo con todo, tomó mi mano y fuimos directos a la salida. No había equipaje que esperar. Cuando las puertas

automáticas se abrieron, decenas de personas buscaban entusiasmadas a sus seres queridos. A nosotros nos esperaba Nicasio, el chófer de Minerva. Nadie más.

—Encantado de verla, señorita Coco —me saludó con cariño. Respondí con una leve sonrisa y ojos vacíos. Todavía no podía hablar. Aún no—. Buenos días, don Jaime.

—Hola, Nicasio —lo saludó él—. ¿Cómo va todo?

—Regular, señor. Ayer incineraron a don Pierre.

En condiciones normales escuchar esa noticia me habría impactado. Pero en aquel momento no sentí nada. El mundo pasaba ante mis ojos como si hubiera un cristal blindado entre él y yo. Supuse que Jaime no me habría contado nada por el estado en el que me encontraba, pero todo cuanto había leído en el *Hola* sobre mi padrastro era cierto. Nuestra boda se había anulado porque, de camino a la iglesia, Pierre sufrió un infarto. Por suerte, papá estaba allí y consiguió mantenerlo vivo hasta que llegó una ambulancia. Gracias a eso mi huida solo fue un escándalo para la familia y para Jaime, que no dudó en ir a buscarme.

Nicasio condujo el coche hasta la mansión de Minerva sin decir nada, tan prudente como siempre. Al llegar aparcó al pie de las escaleras de la entrada principal para que yo no tuviera que caminar mucho.

—Ya está usted en casa, señorita Coco —anunció.

No le hizo falta abrirme la puerta. La abrí yo sola, con urgencia, justo antes de vomitar. Jaime y Nicasio acudieron en mi ayuda. Achacaron mis náuseas al viaje o al aire acondicionado del coche. Yo las achaqué a cuanto me rodeaba.

Chris salió a recibirnos. Cuando vio mi brazo vendado, mi cara desfigurada y mi expresión ausente, empezó a llorar.

—Coco, ¿qué te han hecho? —sollozó al abrazarme. Me habría gustado decirle que estaba bien, que me alegraba de verla, pero no pude.

Jaime se apresuró a consolarla:

—Tranquila, está bien. Se recuperará pronto, pero no debemos agobiarla. ¿Has avisado a tu padre?

—Sí. Viene de camino —confirmó Chris limpiándose las lágrimas—. Ven, Coco. Vamos dentro. Mamá no está. Están leyendo el testamento de Pierre.

Típico de Minerva. Despreocuparse de nosotras con la excusa de asegurarse un futuro lleno de abundancia.

Entramos en el inmenso salón y me obligaron a tumbarme en el sofá de diez

plazas hecho a medida de la ambición de Minerva. Todo seguía tal y como lo recordaba. El piano de cola que nadie tocaba, los cuadros de artistas en auge que nadie miraba y la frialdad, esa frialdad aséptica que se distingue al entrar en una casa decorada solo para impresionar.

Empecé a temblar, aunque estábamos en pleno mes de agosto. Chris pidió que me trajeran una manta, me tapó con ella y se sentó a mi lado. Cerré los ojos para que no se alarmara por su falta de vida y fingí que dormía. No pude evitar recordar.

\*\*\*

Tras mi percance con Kenneth me llevaron de vuelta al PranaParadise donde Manuel, el doctor Chancla, hizo lo que pudo hasta que llegó la ambulancia que me llevó a Cóbano. Allí recuperé la consciencia, pero no el habla. Ni las ganas de vivir. Cuando desperté, Lola y Jaime me cogían de la mano con cara de preocupación. Oliver no estaba. Llamaron al doctor. Me hizo un montón de preguntas que no respondí. Examinó mis pupilas, comprobó mis reflejos y me tomó la tensión. De nuevo más preguntas. Nada. Posible pérdida del habla por estrés postraumático. En cuanto al brazo, por suerte el cuchillo no causó desgarros considerables, la herida solo presentaba orificio de entrada, el corte era limpio... Dejé de prestar atención. ¿Estrés postraumático? ¡No! ¡No era eso! ¿Cómo explicarles que erraban, que no hablaba porque estaba vacía, muerta por dentro?

—Debe descansar y estar un día más en *observación*. Lo lamento, pero solo puede acompañarla una persona —aconsejó el doctor.

—Yo. Me quedaré yo —sentenció Jaime en un tono de súplica tan desesperado que hizo dudar a Lola. Me miró buscando una respuesta que nunca tuvo y se marchó preocupada.

Jaime pasó la noche a mi lado diciéndome cosas bonitas mientras me acariciaba el pelo. «Te pondrás bien, cariño, ya verás. ¿Sabes por qué lo sé? Porque te quiero. Estos meses que he pasado buscándote como un loco me lo han confirmado. Siento tanto haber organizado esa boda sabiendo lo tímida que eres... Fue un error que lamentaré toda mi vida. Por eso, a partir de ahora, haremos lo que tú quieras. Viviremos donde quieras, iremos donde quieras... Cumpliré todos tus deseos. Todos y cada uno de tus deseos porque no puedo vivir sin ti».

Pobre Jaime. ¿Cómo vas a cumplir mis deseos si ya no tengo ninguno?

A la mañana siguiente, Lola y Unai aparecieron con el *trolley* de Jaime y noticias frescas. Kenneth acababa de escaparse cuando me atacó. Gracias a los ladridos de Max, Oliver se percató de lo que ocurría. Solo ladraba así cuando Kenneth estaba cerca, y yo había desaparecido. Soltaron a Max. Cuando vieron que salía disparado hacia la playa corrieron tras él y llamaron al Brisa para alertar al Chimuelo.

—Siguió tu rastro hasta que dio contigo —me contó Lola sonriendo junto a Unai. Al menos ella lo había conseguido. Sería feliz en Santa Teresa.

El doctor entró en la habitación. Examinó la herida, mis pupilas, mi tensión... De nuevo hizo las preguntas de rigor y de nuevo se quedaron sin contestar. Jaime lo miró preocupado.

—Puede que tarde días en volver a hablar, incluso meses —le explicó el médico—. Por lo demás, no hay motivo para que siga ingresada. Mañana mismo le daremos el alta.

—¿Podría hacerme un informe, por favor? Su padre es médico. Querrá verlo cuando llegemos a España —pidió Jaime.

—Por supuesto. Venga conmigo.

Salieron de la habitación y en el pasillo se encontraron con Oliver. Jaime lo saludó efusivo, le agradeció todo lo que había hecho por mí y le contó entusiasmado que en un par de días volveríamos a España. Al oír aquello, Lola y Unai salieron también de la habitación, pero dejaron la puerta abierta y pude escucharlo todo.

—Jaime, el informe —le recordó Lola poniendo fin a la conversación.

—Sí, disculpadme. Ahora vuelvo —se despidió.

La voz ronca de Oliver llegó hasta mí llena de angustia.

—De modo que se la lleva a España.

—Solo tú puedes impedirselo y Coco está en *shock* —le advirtió Lola—. Entra y habla con ella, por favor. Tal vez así...

—No, no puedo, Lola —aseguró—. Y menos estando él aquí.

—Vamos, tío —insistió Unai.

—Toma, vine a traerle esto. Dile que nunca la olvidaré —suplicó Oliver zanjando el tema.

Pude reconocer sus pasos alejándose y los de Unai yendo tras él. No eres como él creía, Coco, no lo eres.

—Espera, *mae*, te acompaño.

Lola regresó a la habitación con un hibisco rojo en la mano. Me lo colocó en el pelo y una lágrima, solo una, hizo que me ardiera el labio roto.

\*\*\*

—¿Dónde está mi niña? —La voz de mi padre me trajo de vuelta a la realidad. Abrí los ojos, me incorporé un poco e intenté sonreír. Al verme apretó al máximo la mandíbula, pero mantuvo el tipo sin decir nada y me abrazó.

—Luis, te he traído todo lo que me dieron en el hospital —le dijo Jaime acercándose a nosotros con un sobre enorme en la mano.

Mi padre lo abrió. Estudió con atención una radiografía en la que se veía mi brazo aún con el cuchillo clavado y leyó cuantos papeles había. Estaba muy serio. Dejó todo sobre el sofá y me quitó el vendaje con cuidado. Mi hermana tuvo que taparse la boca para no gritar cuando vio la herida.

—Hay que curarte esto, está supurando. Chris, por favor, trae mi maletín. Está en mi coche —pidió.

—Te acompaño —se ofreció Jaime sin dudar ni un minuto.

Cuando nos quedamos solos, mi padre me miró a los ojos, y con la seguridad que da la propia experiencia, me dijo:

—Coco, esto no es estrés postraumático, ¿verdad? A ti te han roto el corazón.

Fue entonces cuando reaccioné, cuando algo hizo clic en mi cabeza y me permitió soltar todo el dolor que sentía. Me lancé a los brazos de mi padre y allí, escondida del mundo igual que cuando era pequeña, lloré durante casi una hora con más amargura que nunca.

Cuando Jaime regresó con Chris casi se alegró de verme así. Era un paso, un progreso. Y tenía razón. Llorar me hizo bien porque significaba que había aprendido la lección: enamorarse duele. Duele tanto que no estaba dispuesta a pagar ese precio nunca más. Es un acto tan peligroso y temerario que decidí conformarme. Me casaría con Jaime porque me quería, lo había demostrado cruzando un océano y dando tumbos por toda Costa Rica buscándome. Diga lo que diga tu corazón, Coco, no puedes aspirar a nada más. Tú no. Y como si de una señal se tratara, el portazo que anunció la llegada de Minerva retumbó por toda la casa.

—Buenas tardes, señora —la saludó alguien del servicio que acudió a recibirla al *hall*.

—Traedme una aspirina inmediatamente —exigió ella. Su voz seguía siendo ruda, masculina, pero noté algo distinto, algo que nunca había detectado.

Noté... ¿debilidad? Imposible. Estás desentrenada, Coco.

Jaime salió a su encuentro y yo aproveché para limpiar mis lágrimas.

—Minerva, te acompaño en el sentimiento —la saludó, imagino que dándole un afectuoso abrazo.

—Gracias, Jaime, querido. ¿La has traído? ¿Está aquí? —preguntó ella.

—Está en el salón. Por favor, no seas muy dura. Está llorando —le advirtió.

El ruido lento y tenebroso de los tacones de Minerva sobre el mármol hizo que Chris se sentara a mi lado y que mi padre me abrazara aún más fuerte. Tranquila, Coco, estoy aquí contigo. Estoy bien, papá, estoy bien. Salí de sus brazos lanzando un largo suspiro de resignación, me senté muy recta en el sofá y pronuncié desafiante las primeras palabras que salían de mi boca desde que me desmayé en brazos de Oliver:

—Hola, mamá.

Estaba como siempre. Aunque iba de luto riguroso con un *little black dress* al más puro estilo Coco Chanel, seguía siendo ella. Alta, altiva, elegante como nadie más conseguía ser. Única. Minerva era única. Al principio, me miró con severidad, pero a medida que sus ojos fueron descubriendo el labio roto, los moratones, la herida descubierta del brazo y el dolor de mi alma, el hielo de su rostro se fue derritiendo. Mi padre se revolvió nervioso. Estar enamorado es sentir en el otro. Si te dejaras, Minerva, si por un momento te quitaras esa dura costra de soberbia... Pero no. Ella no podía permitirse sentir. Por eso recuperó su gesto distante antes de preguntarme con frialdad:

—¿Cómo estás?

—Mal —contesté. De nuevo un ligero pero fallido intento de dejarse vencer.

—¿Y Lola?

—Se quedó en Costa Rica. Te manda un beso. Por lo de Pierre —le dije en tono agrio.

Desvió la mirada con desdén a un punto del salón que no fue elegido al azar. Minerva no dejaba nada al azar. Era un punto alejado de todos nosotros, un punto que le permitía esconderse.

—Yo debería irme —dijo Jaime—. Tenéis muchas cosas de las que hablar.

Minerva adoptó una actitud autoritaria:

—Chris, acompáñalo. Haz que avisen a Nicasio para que lo lleven a casa.

—Gracias, Minerva, pero no es necesario, puedo pedir un taxi. —Jaime rechazó el ofrecimiento tal y como marcaban los cánones de la buena educación. Tenía que darle a ella la posibilidad de insistir y solo entonces podría aceptar el favor. Bienvenida al mundo de la tontería, Coco.

—Nicasio te llevará. Bastante has hecho ya por nosotros. —Minerva zanjó el asunto dándole un escueto abrazo.

Jaime se despidió de mi padre con un apretón de manos y me dio un beso con cuidado de no hacerme daño.

—Mañana vendré a verte, ¿vale?

—Vale. Gracias —murmuré.

Un silencio aterrador se apoderó del salón cuando Jaime y Chris salieron. Había llegado el momento de escuchar los reproches que mi madre llevaría meses preparando y eso, en mi estado, podría ser peligroso. Por eso papá trató de salvarme.

—Minerva, tengo que curarle a Coco la herida. Me la llevo a su habitación.

—No seas ridículo. Puedes hacerlo aquí. —Aunque eran palabras de desprecio, no sonaron con maldad. Sonaron a derrota. Mi padre y yo nos miramos extrañados.

En ese momento una chica joven, vestida con el absurdo uniforme que imponía a quienes trabajaban en su casa, apareció con una bandeja de plata y una aspirina efervescente. Cuando Minerva levantó el vaso le temblaba tanto el pulso que derramó algo de líquido en la bandeja. Bebió con ansia y con un gesto violento le ordenó a la chica que se marchara. Algo pasaba y tenía que ser grave.

Mi padre se levantó y fue hacia ella con paso firme. Minerva intentó detenerlo mirándolo desafiante, pero él no se achantó. Cruzó la línea. Sujetó su brazo y le preguntó:

—¿Qué ocurre, Minerva? —Aunque seguía amenazándolo con la mirada, la barbilla empezó a temblarle—. ¿Qué te pasa? —insistió él acariciando su cara con dulzura.

Entonces ocurrió algo que no me esperaba, algo inaudito, impensable, imposible, digno de una película de terror. Minerva se refugió en los brazos de mi padre. Chris llegó en ese momento. Al ver la escena se quedó paralizada. Nos miramos con la duda en la cara y le hice una señal para que se sentara a mi lado.

—¿Está llorando? —me preguntó muy bajito.

—No creo. Es mamá.

Nunca habíamos visto a Minerva llorar y menos aún mostrar debilidad delante de nadie. Resultaba tan extraño que por un momento dudé si sería uno de sus planes malignos para castigarme haciéndome volver al estado de *shock*.

—Pierre me ha traicionado —gruñó Minerva de pronto, separándose de mi padre y recuperando la compostura. El orgullo volvió a su voz—. ¡A mí!

—¿Qué quieres decir? —preguntó papá dando un paso hacia ella, sin poder esconder su deseo de continuar abrazándola.

—Se lo ha dejado todo a sus hijos. Las empresas, las casas, el dinero... Y a mí nada. Ocho años soportando su asqueroso aliento para nada —confesó rabiosa.

—Minerva, no necesitas su dinero ni el de nadie. Sigues teniendo una fortuna, aparte de tu revista —le recordó papá.

—Luis, déjame en paz. Nunca he soportado tu falta de ambición. Ni la de tus hijas. Si me hubierais hecho caso... Si os hubierais casado con alguno de los nietos de Pierre como yo os dije, esto no habría pasado y ahora seríamos la familia más rica de Europa —nos reprochó enfurecida señalándonos con el dedo—. Pero nunca escucháis mis consejos. ¡Nunca!

Chris se frotó las manos nerviosa y bajó la cabeza. Yo no. Ya no. Estaba harta.

—¿Para qué, mamá? ¿Para convertirnos en alguien como tú? ¿Un ser despiadado al que todo el mundo odia? —le pregunté con toda la calma y el veneno del mundo.

—Coco, cállate —me ordenó mi padre con firmeza.

—Sí. Todo el mundo me odia —admitió Minerva dando un violento paso hacia mí—. Es el precio que hay que pagar para evitar la miseria. ¿Qué te crees, Coco? ¿Que se puede conseguir el poder que yo tengo siendo buena persona? ¿Que se puede llegar alto siendo masajista?

Aquello ya me pareció demasiado.

—Es que yo prefiero vivir en la miseria a ser como tú, mamá —contesté sin piedad, levantando la voz.

—¡Coco! No te consiento que le hables así a tu madre —me advirtió papá. Lo miré con la boca abierta. ¿Desde cuándo se ponía de su lado? ¿Qué demonios estaba pasando?

La mirada desafiante de Minerva se fue diluyendo hasta quedar perdida y tornarse triste. Tan triste que unas elegantes lágrimas empezaron a brotar de sus ojos con calma, con suma delicadeza. Minerva tenía clase hasta para llorar. Al verla así, papá se acercó y le tendió su pañuelo. Ella se lo agradeció con una mirada cómplice que me sorprendió. ¿Qué nos estaba ocultando? ¿Por qué dejaba que papá le pasara el brazo por los hombros y que le diera un beso en la sien?

—Ni tú ni tu hermana sabéis lo que es la miseria, Coco —dijo Minerva con voz temblorosa—. No sabéis lo que es crecer siendo pobre, pasarte el día sola esperando que tu madre vuelva a casa reventada de fregar escaleras por un mísero sueldo. No sabéis lo que es llevar los zapatos rotos y callártelo durante meses para no echar más leña al fuego. No sabéis lo que cuesta luchar contra un destino lleno de pobreza porque no tienes dinero para escapar de él. No lo sabéis porque yo, Minerva Capdeville, siendo tan solo una niña, juré por mi vida que mis hijas tendrían lo mejor. Puede que sea una mujer despiadada a la que todo el mundo aborrece, incluso vosotras, pero estoy orgullosa de ser así porque cumplí con ese juramento.

Chris y yo nos quedamos sin habla. El vago recuerdo que teníamos de nuestra abuela se limitaba a la butaca en la que se pasaba el día sentada, con su cuerpo retorcido. Nunca decía nada ni sonreía, parecía un muñeco extraño y roto, pero se llenaba de vida cuando llegaba Minerva y le contaba cosas. Mamá, me han ascendido. Mamá, mira qué bolso tan caro me he comprado. Mamá, voy a fundar una revista... Murió justo antes de que papá y Minerva se divorciaran, y nunca nos habían contado su historia.

Entendí que la soberbia de Minerva no era más que un desacertado acto de amor maternal y que a veces cometemos errores a conciencia por miedo de cometer otros peores. Por eso me levanté apoyándome en mi brazo sano, la abracé y le prometí que me casaría con Jaime.

Desperté ahogándome en mi propio llanto tras soñar con paredes llenas de libros y techos de estrellas. Encendí la luz. Eran las cinco de la mañana y me veía incapaz de seguir durmiendo por culpa del *jet lag*. Me recosté sobre la almohada e intenté calmarme contemplando mi habitación. No recordaba que fuera tan grande ni tan impersonal. No había nada en ella que me definiera, que permitiera a quien la visitara hacerse una idea de quién era yo. Claro. No podía ser de otra forma. ¿Cómo eres, Coco? ¿Cómo? Muy sencillo, no soy como Oliver creía.

Me levanté para no pensar. Me duché, cambié el apósito XXL con el que mi padre me había cubierto la herida del brazo y entré con desgana en mi vestidor.

Quienquiera que hubiera deshecho mi mochila había colgado mis vestidos de supermercado en el armario. Al verlos junto a mi ropa de marca me parecieron casi irreales, confirmando que lo vivido en Santa Teresa había sido un sueño. Pero no lo fue, los sueños no duelen. Acaricié las telas para comprobarlo y cometí un gran error. Las olí. Olían a mar, a arena mojada, a paseos con Oliver, al misterio de Evelyn, a la sonrisa de Juan... Olían a pura vida, a recuerdos dolorosos que no podía soportar. Por eso los descolgué de las perchas y los escondí hechos una bola en el fondo de un cajón. Eso es, Coco, ojos que no ven corazón que no siente.

Escogí unas mallas pirata, una camiseta ancha y abrí mi joyero para buscar unos pendientes. Fue entonces cuando algo terminó de revolverme las entrañas. La pulsera con el hibisco rojo que me regaló Oliver el día que aprendí a surfear, a enamorarme y a hacer el amor. Tres cosas que no volvería a hacer jamás. Cerré el joyero de un golpe y huí, salí de mi habitación a toda prisa.

La casa estaba en completo silencio. Bajé las escaleras, recorrí un inmenso pasillo y entré en la cocina pensando que allí no habría nada que me recordara a Costa Rica. Me equivoqué. Abrí la nevera porque tenía hambre y, aunque estaba llena de productos *gourmet* que parecían exquisitos, mis ojos se fijaron solo en una cosa: Las cervezas. No se puede huir de los recuerdos,

Coco. Será mejor que te enfrentes a ellos de una vez, que te expongas para sufrirlos todos de golpe.

Sí, sería lo mejor. Por eso cogí una de las botellas de cerveza, busqué un abridor y me senté en una de las banquetas altas que rodeaban la enorme isla que Minerva ordenó construir cuando se casó con Pierre y contrató al chef francés. Destapé la botella, le di un pequeño sorbo y me preparé para recordar.

\*\*\*

—No me diga que no me *reconose, lady* —se lamentó el Chimuelo al ver mi expresión ausente cuando fue a verme al hospital.

—Disculpe, ¿quién es usted? —preguntó Jaime, mirando con desconfianza a mi *gentlemen* mexicano.

Lola le explicó que era algo así como nuestro casero.

—Tienen una relación muy especial. Vamos a dejarlos solos, Jaime, tal vez él consiga hacerla reaccionar —le propuso sacándolo de la habitación.

El Chimuelo se sentó junto a mi cama, me tomó de la mano e intentó decírmelo todo a su manera. Cantándome una ranchera.

Dos almas que en el mundo  
había unido Dios.

Dos almas que se amaban  
eso éramos tú y yo.

Por la sangrante herida  
de nuestro inmenso amor,  
nos dábamos la vida  
como jamás se dio.

Un día en el camino  
que cruzaban nuestras almas,  
surgió una sombra de odio  
que nos apartó a los dos.

Y desde aquel instante  
mejor fuera morir,  
ni cerca ni distante

podemos ya vivir.

Apreté su mano con fuerza. No sigas, Chimuelo, por favor. No sigas. Cántame otra cosa.

—No se vaya a España, *lady* —me suplicó—. Oliver la *nesesita* y usted a él también. Ninguno de los dos puede ya vivir sin el otro. ¿O quiere terminar como yo, que sigo llorando por mi Matilde cada día y soñando con volver a encontrármela? No, hombre, si *pareso* la paloma triste.

No supe a qué paloma se refería hasta que empezó a cantar de nuevo.

*Disen* que por las noches no más se le iba en puro llorar.

*Disen* que no dormía no más se le iba en puro tomar.

Juran que el mismo *sielo* se *estremesía* al oír su llanto.

Cómo sufrió por ella que hasta en su muerte la fue llamando.

Cucurrúcu...

Al Chimuelo se le empañó la voz. Esta era su ranchera, la que mejor contaba su mal de amores. Por eso nunca la cantaba, aunque sonaba mucho en su viejo radiocasete. Apreté su mano. Yo la canto contigo, Chimuelo, aunque no diga nada.

Que una paloma triste muy de mañana le va a cantar  
a su casita sola con sus puertitas de par en par,  
juran que esa paloma no es otra cosa más que su alma,  
que todavía la espera a que regrese la desdichada.

Me pregunté adónde irían las almas malditas como la mía o la del Chimuelo. ¿Seguirán vagando durante toda la eternidad en busca de su gemela? ¿Qué ocurre cuando la encuentran? ¿Recordarán que fueron rechazadas? ¿Volverán a entregarse de nuevo sabiendo que no tienen nada que hacer?

—No se vaya, *lady* Cocó, es imposible huir del amor. Además, ¿a quién voy a cantarle yo rancheras si usted se va? No, *lady*, tiene que quedarse conmigo, con su chimuelito.

\*\*\*

—Buenos días, Coco. —La voz de mi padre me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida. No eran ni las seis y

llevaba el mismo traje que el día anterior.

—No quería dejar a Minerva sola —contestó, sin poder evitar que se le escapara la ilusión por todos los poros.

—¿Has dormido con ella? —pregunté agarrando muy fuerte la botella de cerveza, luchando contra una fuerza que me instaba a bebérmela de un trago, por lo que pudiera pasar.

—Sí —contestó orgulloso dándome un beso en la frente.

Lo miré sin salir de mi asombro. ¿Es que no había sufrido ya bastante? ¿Es que no había aprendido nada?

—Papá, ten cuidado —le advertí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que sufras más. El amor duele —murmuré con lágrimas en los ojos.

Se sentó en otra banqueta frente a mí y me miró con compasión.

—Lo sé mejor que nadie, Coco. Pero también sé que merece la pena.

—Eso no lo tengo tan claro —confesé.

—Coco, ¿qué ocurrió en Costa Rica?

Me levanté para tirar la botella de cerveza a la basura. Eso es, Coco, tírala o tendrás que beberte todas las que hay en la nevera.

—Ocurrió que me enamoré de un hombre que me regalaba hibiscos cada día y que aseguraba poder quererme sin preguntas. Luego apareció mi prometido, las no preguntas se convirtieron en mentiras y todo se estropeó.

Mi padre me miró preocupado.

—¿Y de verdad crees que deberías casarte con Jaime?

—Solo tengo dos opciones. Casarme con él si es que aún quiere o quedarme sola —contesté.

—No digas tonterías, Coco, ¡tienes veintiséis años! Tienes toda la vida por delante para volver a enamorarte.

—No, papá. Tú me enseñaste que solo tenemos un alma y que cuando la entregamos no volvemos a recuperarla —le dije triste.

—¿Yo te enseñé eso? —me preguntó extrañado.

—Sí. Cuando me contaste que habías intentado rehacer tu vida mil veces pero que nunca te había salido bien porque seguías enamorado de mamá.

—¿Eso dijo? —La voz de Minerva irrumpió implacable en la cocina.

Mi padre se levantó para recibirla con un abrazo. Temí por su vida, pero cuando vi que ella lo aceptaba sonriendo me dieron ganas de beberme toda la cerveza del mundo.

A media mañana Jaime vino a verme. Estaba preocupado no solo por mí, sino también por Minerva. Las noticias vuelan, sobre todo las malas, y la traición de Pierre estaba ya en boca de todos, aunque ningún medio de comunicación se atrevería a publicar nada al respecto. Minerva era muy poderosa y llevaba toda la mañana moviendo sus hilos, tejiendo una enorme telaraña a su alrededor para que nada le afectara.

Hacía tanto calor que llevé a Jaime a un rincón del jardín para hablar, cerca de la piscina. Cuando nos sentamos sacó algo del bolsillo de su pantalón. Era mi móvil, el de España. El que Lola me había comprado en Cóbano se perdió en la playa durante mi pelea con Kenneth y nunca aparecería.

—Creo que cuando lo enciendas va a explotar. Me harté de llamarte y de mandarte mensajes de todo tipo. Estaba desesperado —me contó Jaime acariciándome la mano.

—Lo siento —susurré avergonzada.

Jaime apartó el mechón de rizos que caía sobre mis gafas. Lo malo de haber recuperado el habla era que ya no podía dilatar más el momento de solucionar las cosas.

—Coco. ¿Por qué te fuiste? —me preguntó con ternura.

Tomé aire, mucho, y le abrí mi alma por completo. Le confesé cuánto significaba para mí que hubiera estado buscándome durante tanto tiempo. Le dije que mi amor por él siempre había sido sincero, pero que había descubierto en brazos de Oliver que ese no era el amor que él merecía. Le expliqué que me había ido porque me estaba ahogando, que en Costa Rica había sido feliz porque había ayudado a un niño a caminar, porque un inglés que hablaba con acento mexicano era mi amigo y porque había conseguido que dos hermanos cerraran su pasado salvándome de Kenneth. Y, lo más doloroso, le juré que lo mío con Oliver había terminado para siempre.

—Siento mucho todo lo que te he hecho pasar, Jaime, y si no quieres volver a verme nunca, lo entenderé. De verdad —concluí.

—¿Sabes qué es lo peor, Coco? Que mientras tú descubrías en estos meses que no me querías, yo descubría cuánto te quería a ti —admitió con tristeza.

—Jaime, sí te quiero.

—No, Coco, no me hagas sentir peor aún, por favor. Necesito pensar en todo esto, ¿de acuerdo? Te llamaré en cuanto tenga fuerzas para hablar contigo. —Me dio un tierno beso y se marchó.

Cuando encendí mi móvil me di cuenta de que decía la verdad. Tenía

cientos de mensajes suyos a cada cuál más desesperado. Coco, ¿dónde estás? Te quiero. ¿Te vas con Lola? ¿Adónde? Responde, por favor. Te necesito. No entiendo qué está pasando. Te necesito. Coco, estoy en Costa Rica. Por favor, dime dónde estás. No hago más que pensar en ti. ¿Qué ha pasado? Te quiero...

También tenía cientos de llamadas perdidas. De Minerva, de papá, de Chris, de compañeros de la clínica, de compañeros de la facultad y muchas de números desconocidos que con toda probabilidad serían paparazis, enemigos de Minerva o amigas de Jaime. Es curioso, pero cuando analicé las llamadas me di cuenta de que se habían producido los primeros quince días después de mi huida. Era como si todos se hubieran ido olvidando de mí poco a poco, como si me hubieran dado por perdida. El único que continuó llamándome fue Jaime.

Pensando en lo injusta que era la vida con quien menos lo merece, me levanté para volver a mi habitación y encerrarme en ella para siempre.

—Coco, ¿qué le pasa a Jaime? —Mi hermana Chris me salió al paso.

—Chris, no puedo más —confesé abrazándola.

Me llevó hasta mi cuarto y se quedó conmigo hasta que me dormí de tanto llorar.

Un par de horas más tarde me despertó la melodía de mi móvil sonando sin parar. Era Lola desde su número de siempre. ¿Cuántas llamadas habría recibido su teléfono después de permanecer durante meses en la consigna del aeropuerto?

—Hola —contesté.

—¿Coco? ¿Eres tú? —me preguntó.

—Sí, soy yo.

—¡Ya hablas! ¡Por fin! Estábamos muy preocupados.

—Sí. En cuanto vi a Minerva se me pasó todo lo postraumático —bromeé sin ganas, aunque a ella no le hizo gracia.

—¿Y qué ha pasado? ¿Cómo estás?

—Es muy largo de contar y estoy cansada, Lola. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te va con Unai?

Tardó unos segundos en contestar. Pude imaginarme su cara, la de leerme el pensamiento y alucinar con lo que estaba descubriendo.

—Coco, dime que no vas a casarte con Jaime —me ordenó sin rodeos.

—Tranquila, no creo que él quiera. Acabo de contárselo todo.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mal. Me ha pedido unos días para pensar —se me escapó.

—¿Pensar? ¿En qué? Coco, no puedes seguir con Jaime, ¿es que no te das cuenta? —me regañó.

—¿Ah, no? Cruzó un océano y se pasó meses buscándome, Lola. Si no es con él, ¿con quién debo seguir? ¿Con Oliver, que ni siquiera fue capaz de cruzar una puerta de hospital para decirme adiós? —le grité llena de rabia.

Lola se quedó en silencio, un silencio que no auguraba nada bueno.

—Oliver se ha marchado, Coco. Nadie sabe dónde está.

Colgué el teléfono y fui directa a mi vestidor. Busqué la pulsera del hibisco, las chanclas, las sandalias, los vestidos... Todo cuanto me recordaba a Costa Rica. Lo metí en una bolsa y lo tiré a la basura con lágrimas en los ojos.

Un mes más tarde pensaba en lo mucho que habían cambiado las cosas mientras revolvía impaciente un té en el Starbucks que había frente a la clínica de papá. Había quedado con alguien a quien, no sé por qué, imaginé que jamás volvería a ver.

—Hola, pringada —me saludó Loreto, la gótica, con una gran sonrisa.

—Había olvidado lo insolente que eras —confesé levantándome para darle un abrazo.

—¿Cómo estás?

—Bien —mentí.

—Pues yo te veo horrorosa. ¿Me enseñas la cicatriz? Debe de ser la leche.

Levanté la manga de mi blusa para que pudiera verla. Una línea roja y reseca de diez centímetros me recorría el brazo de arriba abajo.

—¿Qué pasada! ¿Te duele? —preguntó toqueteándomela.

—¡Au! ¡Sí! —protesté dándole un manotazo.

—Mola. Bueno, ¿qué me cuentas? Dicen por ahí que tu madre está sin blanca.

—No, no está sin blanca. —Me reí—. Aún le queda la revista y el dinero de todos sus exmaridos. Lo que está es avergonzada. Es la primera vez que alguien demuestra ser más listo que ella y saberse utilizada por un hombre ha sido una cura de humildad brutal. Sigue siendo una déspota insoportable, pero ha cambiado mucho. ¿Y sabes lo mejor? Mi padre ha vuelto a casa.

—Joder, ¿y eso te alegra? Creía que querías más a tu padre —se burló Loreto.

—Si lo vieras lo entenderías. Nunca lo había visto tan feliz.

—¿Y Jaime? No se ha vuelto a publicar nada sobre vosotros.

Bajé la mirada a mi té.

—Nos hemos dado un tiempo. Tuve que contárselo todo, Loreto. Le dije que me había enamorado en Costa Rica y que aunque se había terminado había sido algo más fuerte de lo que nunca había sentido por él. Pude haberle mentido, pero ¿en qué me habría convertido eso?

—En tu madre —afirmó Loreto.

—Exacto. Bueno, ¿y tú? ¿Cómo estás?

Estuvimos hablando durante una hora que se nos pasó volando. Hablamos del rodaje, de Lola, que había decidido quedarse en Costa Rica por tiempo indefinido, de lo divino y de lo humano. Hablamos de todo excepto de Oliver. Imaginé que Loreto no quería arriesgarse a sacar el tema por si me ponía a llorar en su hombro, pero infravaloré su sadismo.

—¡Por cierto! Lola me dio una cosa para ti. Toma —dijo entregándome una bolsa de plástico verde del supermercado de Santa Teresa. Verla me causó tanta tristeza que tardé un rato en decidirme a abrirla.

—¡Mi móvil! —Miré con incredulidad aquel penoso aparatito que Lola me había comprado en Cóbano y que perdí cuando Kenneth me atacó. Aún tenía algo de arena en los recovecos.

—Oliver volvió al lugar de los hechos y lo encontró —me soltó sin piedad.

No pude evitar que mi corazón se emocionara. Eso no significa nada, estúpido. ¡Nada!

—Gracias, Loreto.

—¿Se sabe algo de él? ¿Ha dado señales de vida? —me preguntó ansiosa.

—No. Hablo casi todos los días con Hernán y con Lola, y no saben nada.

—¡Qué cabrón! Y yo que pensaba que había venido a buscarte —se lamentó sin la menor intención de disfrazar la cruda realidad.

—Te juro que no entiendo cómo puedes caerme bien con lo desconsiderada que eres —la regañé de broma.

—Porque decir la verdad me hace adorable —afirmó.

Nos despedimos en la puerta del Starbucks. Loreto cogió un taxi y yo crucé la calle hacia la clínica para hacerme una nueva radiografía. Quería volver a trabajar cuanto antes, pero mi padre insistía en que debíamos asegurarnos de que mi brazo estaba bien.

Cruzaba el jardín de la clínica pensando en lo útil que sería una máquina que hiciera radiografías de corazones rotos, cuando reparé en algo que... Volví sobre mis pasos y sentí una puñalada en el estómago. Sí, allí estaba. Un precioso hibisco rojo tirado en el suelo, junto a la puerta. Me agaché para recogerlo y no pude evitar salir corriendo a la calle en busca de Oliver. En el jardín de la clínica no había hibiscos, estaba absolutamente segura. Tenía que haber sido él, no había otra explicación. ¿O sí? La respuesta llegó dentro de una furgoneta amarilla que aparcó de mala manera frente a mí. Un joven se bajó y sacó de ella una inmensa cesta de flores adornada con globos. ¡Qué tonta eres, Coco, qué tonta! Esto es una clínica donde nacen bebés y llegan

flores constantemente. Este pobre hibisco se habrá caído de uno de tantos ramos que habrán pasado por aquí hoy.

Hecha pedazos, entré en la clínica con la flor en la mano.

Me hicieron la radiografía y papá confirmó que era aún demasiado pronto para empezar a trabajar.

—Tendrás que esperar al menos quince días, Coco. Podías aprovechar ese tiempo para hacer un viaje y curar tu otra herida —me propuso animado.

¿Un viaje? ¿Para curar mi otra herida? ¿Insinuaba que debería volver a Santa Teresa? He de reconocer que por un momento la idea me ilusionó. Hasta que me acordé de que Oliver no estaba allí.

—Esas heridas no se cierran, papá, pero es bueno tenerlas porque nos indican que una vez supimos amar —le expliqué recordando la historia del Chimuelo, que si bien consiguió recuperarse de una paliza mortal, nunca pudo olvidar a su Matilde.

Resignada a pasarme otros quince días encerrada en casa, salí de la clínica. De nuevo, junto a la puerta, encontré otro hibisco rojo. De nuevo volví a sentir una puñalada en el estómago y el impulso de salir en busca de Oliver. Eres tonta, Coco, eres tonta. ¿Ves? No está, es otra estúpida flor que se ha caído de un ramo.

Lo recogí también y recibí una llamada.

—Hola, Jaime —contesté.

—Hola, Coco, ¿dónde estás?

—En la clínica. Iba ya para casa. ¿Dónde estás tú? Te oigo fatal.

—Voy en la moto. Si me esperas cinco minutos voy a buscarte, ¿vale?

—Vale.

Colgué, y cuando metí el teléfono en mi bolso, tropecé con el móvil que Loreto me había traído. Miré aquel triste aparatito y lo encendí por pura curiosidad. Aún tenía batería y la pantalla se iluminó, mostrando una ruedita que rodaba y rodaba sin parar en busca de cobertura.

Jaime no tardó en aparecer. Aparcó en la misma acera, frente a mí. Detuvo la moto, se quitó el casco y me dio un abrazo muy fuerte con el que estuvo a punto de hacerme llorar, porque entendí lo que significaba.

—Vamos, te invito a un café —propuso tomando mi mano para cruzar la calle hacia el Starbucks.

Tuvimos una larga y profunda conversación en la que nos juramos amor eterno, pero como amigos. Fue una charla liberadora para ambos. Jaime me quería, lo había aprendido buscándome por toda Costa Rica, pero no podía

conformarse con una relación unilateral. Quería encontrar a alguien que sintiera eso mismo por él. En cuanto a mí, aunque era consciente de que había perdido a un gran hombre, me sentí libre.

—Gracias por todo, Jaime —le agradecí una vez más devolviéndole el anillo.

—De nada.

Seguíamos mirándonos a los ojos sonriendo cuando algo dentro de mi bolso empezó a sonar con desesperación. Saqué mi móvil, pero no tenía ningún mensaje ni ninguna llamada. ¿Qué estaba sonando entonces? ¡Anda! ¡El otro teléfono, el de Cóbano!

Desbloquéé la pantalla y un globo verde indicaba que tenía cuarenta WhatsApps. Con dedos temblorosos abrí la aplicación. Todos eran de Oliver. Y no, no estaba preparada para lo que me encontré. Cuarenta preciosas fotos de hibiscos enviadas todos y cada uno de los días desde que huyó del hospital porque no quiso verme. Las observé despacio, obnubilada. Las primeras las había tomado en el jardín del PranaParadise, pero las siguientes parecían sacadas de Internet y ninguna iba acompañada de mensaje alguno, excepto la última. El mensaje decía: «Espero que seas muy feliz», y la foto me resultó extrañamente familiar. Era un hibisco sobre el salpicadero de... ¿una moto? ¡Una moto! ¡Era la moto de Jaime!

Salí corriendo del Starbucks con el alma en un puño. Crucé la calle casi sin mirar. Tenía que comprobar que... Sí, ahí estaban, la moto y el hibisco. Miré desesperada en todas direcciones, buscando a Oliver. Lo busqué en cada esquina, en las calles alrededor de la clínica y del Starbucks. Lo busqué por todas partes con la esperanza de que siguiera cerca y de que no hubiera malinterpretado mi cita improvisada con Jaime. Pero no lo encontré.

—Coco, ¿qué ocurre? —preguntó Jaime cuando por fin me dio alcance.

—Mira —le contesté enseñándole el hibisco emocionada—. Oliver ha venido a buscarme.

# 34

Siento que el corazón me da un vuelco cuando pasamos frente a la entrada de ensueño del PranaParadise. Aparentemente todo sigue igual. El letrero de madera, el Buda... En un rato lo comprobaré todo de cerca y espero mantener el tipo porque no quiero llorar. Ya no.

—Aquí, aquí —alerto al taxista, que está a punto de pasarse el aparcamiento del Brisa.

La figura escuálida del Chimuelo asoma curiosa por la entrada de recepción al ver el taxi detenerse en la carretera. Salgo con mi maleta y a medida que camino hacia él me va reconociendo.

—¿*Lady*? ¿Mi *lady Cocó*? —pregunta incrédulo por fin, con la voz llena de alegría.

—Hola, Chimuelo —lo saludo dándole un abrazo muy fuerte. Huele como siempre, a la versión americana de Varón Dandy mezclada con cerveza. Pero también huele a algo que me hace sonreír. Huele a rancheras.

—Pero *lady*, ¿si creí que no volvería a verla nunca! Oliver fue a buscarla y... —El pobre no se atreve a seguir por si mete la pata.

—Chimuelo, lo sé todo. Fue a buscarme, me vio con Jaime y regresó con el corazón hecho pedazos. Me lo contó Hernán. Por eso he vuelto, porque tenías razón. No podemos vivir separados —confieso.

—Pero *entonces*, ¿no va a casarse con ese Jaime?

—No —niego feliz.

—¿De veras, *lady*? ¡No sabe la alegría que me da escuchar eso! Pero tendrá que contárselo también a *lady* Lola. Está bien enojada con usted —me advierte.

—Lo sé. Es que me gusta hacerla sufrir —confieso dándole un codazo.

—¡Qué bueno, *lady*! ¡Qué bueno que esté acá! ¡No sabe cuánto la eché de menos! Casi tanto como Oliver. Pero ¿cómo no me avisó de que venía? La hubiéramos ido a buscar al ferri —me regaña.

—Es que nadie sabe que estoy aquí.

—Tan linda ella que vino a verme a mí primero, a su chimuelito —afirma orgulloso.

—Sí. Vine a verte a ti el primero porque necesito dos cosas antes de ir a buscar a Oliver: ponerme guapa y tomarme una cerveza. ¿Tienes alguna habitación libre donde pueda cambiarme? —pregunto ansiosa.

—Para usted siempre tendré una *habitación*, y si no se la pinto, *lady*. Véngase conmigo.

Me arrebató la maleta y me guía por las escaleras metálicas hasta el último piso, hasta la habitación en la que estuvimos Lola y yo. El pasamanos cochambroso, los desconchones en la pared, la hamaca sucia...

—¿Sabes una cosa, Chimuelo? Este es el único lugar donde siento que estoy en casa —reconozco mirando el paisaje.

—Es que esta es su casa, *lady* —afirma convencido mientras me abre la puerta metálica—. Lo supe en cuanto la vi.

—¿Tú crees? Chimuelo, tengo miedo.

Me mira con sus ojos británicos y sonrío con picardía.

—Le voy a *desir* una cosa, pero no se me vaya a poner nerviosa. Desde que Oliver regresó de España siempre tengo libre esta *habitación*. ¿Sabe por qué? Porque de *ves* en cuando viene a pasarse la tarde aquí sentado, en esta misma *terrasa*. En cuanto veo a Max rondando por mi *parking*, agarro dos Imperiales y me subo con él. Casi nunca hablamos, pero por cómo suspira sé dos cosas: que la echa a usted de menos y que, *gracias* a que la salvó de Kenneth, ya se perdonó lo de Evelyn.

—¿De verdad lo crees? —pregunto nerviosa.

—Hágame caso, *lady*. Lo *conosco* bien. Arréglese si quiere y tómese todas las *serveras* del mundo, pero Oliver va a *resibirla* con los *brasos* abiertos esté como esté.

Una imperiosa necesidad de comprobar las palabras del Chimuelo se apodera de todo mi ser. Examino mi reflejo en la ventana de nuestra habitación. Vale, puede que no esté tan mal, pero...

—¡Ni hablar! Chimuelo, necesito veinte minutos —sentencio decidida entrando en la habitación con la maleta.

—¡Ándele! ¡Apúrese, *lady*!

Tras ducharme, cambiarme de ropa, arreglar mi pelo a conciencia y maquillarme para no estar tan pálida, salgo decidida a retomar mi vida donde la dejé. Bajo a recepción y me despido del Chimuelo pidiéndole que me dé suerte.

—¡Diosito me la bendiga, *lady*! —exclama.

Salgo a la playa y respiro profundo un par de veces. Sí, estoy en casa. Santa

Teresa es mi casa. Saco mi móvil, el de Costa Rica, y miro la hora. Oliver debe de estar aún en el PranaParadise, pero debo asegurarme. Por eso le envío un WhatsApp a Lola.

COCO:

Cú, cú.

LOLA:

No me hablo contigo.

COCO:

Mira dónde estoy.

Me hago un *sefie* con las palmeras que esconden el Brisa de fondo y se la envío. A los dos minutos me llama entusiasmada.

—¡Coco! ¿Estás aquí? ¿De verdad?

—De verdad —confirmo.

—¿Y Jaime?

—Te manda recuerdos, Lola.

—¡La madre que te parió! ¿Por qué no me lo dijiste? ¡He estado a punto de ir a España a darte un bofetón varias veces! —me grita.

—Pues me alegro de que no lo hicieras.

—¿Has visto ya a Oliver?

—No, ¿sabes dónde está? —pregunto.

—Lo vi salir hace un rato con Max. Debe de estar en la playa. ¿Quieres que lo llame?

—¡No! No le digas nada. Voy a ver si lo encuentro, luego te llamo, ¿vale?

—Vale. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Venga, ¡cuelga de una vez y ve a por él!—me grita emocionada.

—Vale, vale, adiós.

Continúo mi camino con el corazón a mil por hora y un nudo en la garganta. La suerte está echada. Si Oliver está por aquí, Max me encontrará y entonces... Entonces espero que actúe el destino, porque yo no sé si voy a saber qué hacer.

Me quito las sandalias y camino hacia las olas. El océano está tranquilo, tibio. Aun así, me da un escalofrío cuando lo siento en la planta de los pies, y otro cuando, a lo lejos, veo dos siluetas muy distintas. Una larga y estilizada

que se mueve despacio y otra pequeña que camina a su lado nerviosa, distrayéndose con cada olor que detecta en el suelo, en el aire. Me ajusto las gafas para comprobar que son ellos. ¿Me habrán visto? ¿Me reconocerán desde tan lejos? ¿Se imaginarán que soy yo?

Continúo caminando con los nervios a flor de piel. Sí, son ellos. Oliver se agacha para coger un palo y lo lanza lejos, en la dirección en la que estoy yo. Max corre feliz a buscarlo pero, cuando llega a él y lo captura, se queda muy quieto. Creo que ya me ha olido. Lo sé porque suelta el palo de pronto y viene corriendo hacia mí a toda velocidad. Es la típica escena de culebrón en la que el galán y la protagonista corren por la playa el uno hacia el otro. Solo que esta la protagonizamos Max y yo.

—Max, para, ¡para! —le advierto cuando lo veo acercarse sin ninguna intención de frenar. Y no frena. Se abalanza sobre mí y rodamos por la arena como en un anuncio de desodorante.

«¡Coco! ¡Coco! ¡No me puedo creer que estés aquí! ¡Qué contento estoy! ¡Qué contento estoy!», lloriquea sin parar, pisoteándome. A la porra mis preparativos previos al encuentro.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —le digo intentando acariciarlo, pero se mueve tanto que no hay manera.

«¿Dónde estabas? Te he echado de menos, tonta. Mira que no llamarme ni siquiera...», gime limpiando mis lágrimas a lengüetazos.

—¡Max! —la voz de Oliver acercándose lo alerta. Corre hacia él.

«Mira, jefe, mira qué nos ha traído la marea», gime saltando a su alrededor.

Aprovecho la ocasión para levantarme y sacudir la arena de mi vestido, de mi pelo, de mi piel... Y aquí está. Plantado frente a mí, a unos pasos, mirándome asombrado con esos ojos verdes con los que no dejé de soñar ni un solo día desde que me fui. El corazón se me arruga cuando descubro sus ojeras y mi pañuelo atado en su muñeca. Me acerco a él con cautela, como si pudiera esfumarse. Oliver no se mueve, ni siquiera parpadea hasta que se fija en la cicatriz de mi brazo. La observa como si le doliera a él. Levanta la mano para acariciarla, pero la mía sale a su encuentro. Es entonces cuando nuestras miradas se cruzan. Me lanzo a su cuello y él me abraza fuerte. Sigue oliendo como recordaba, y su voz...

—Coco, fui a buscarte —murmura.

—Lo sé.

—Te vi con Jaime.

—Habíamos quedado para decirnos adiós. Si hubieras hablado conmigo, si

me lo hubieras preguntado...

—Dijimos sin preguntas —susurra en mi oído, casi burlándose.

—Eso se acabó, *lisensiado*. Ya no necesito que me quiera sin preguntas, así que hágamelas todas ahora, por favor —le suplico.

—¿Puedo preguntarte todo lo que quiera?

—Sí —contesto nerviosa.

Me suelta para poder mirarme a los ojos. Una lágrima se me escapa y Oliver la borra con una caricia.

—¿Pensabas casarte con él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no quisiste entrar en mi habitación —reconozco con tristeza—. Te fuiste.

—Coco, no pude entrar porque tuve miedo de morir de dolor si te veía —me explica abrazándome—. No sabes lo que sentí cuando te vi con el cuchillo en el brazo. Porque todo fue culpa mía, por decirte aquellas cosas. Fue como...

—Fue como revivir lo de Evelyn.

—Fue mucho peor —admite.

—Lo siento, de verdad —me disculpo.

—¿Me echaste de menos?

—Mucho.

—¿Dónde está tu maleta? —me pregunta de pronto.

—En el Bresa.

—Vamos a buscarla —propone soltándome y tirando de mi mano.

—No, espera. ¿Eso es todo? ¿No quieres preguntarme nada más? ¿No hay más preguntas? —insisto.

—Solo una —afirma acercándose para darme un beso.

—¿Cuál? —pregunto nerviosa.

—¿Quieres casarte conmigo?

\*\*\*

Tengo que reconocerlo: estoy impresionante envuelta en mi nuevo vestido de novia. Y cuando digo impresionante quiero decir atractiva, espléndida, radiante, encantada, feliz... En dos palabras: estoy enamorada.

—¿Ves? Esta es la cara que tiene que tener una novia —afirma Lola mirándome a través del espejo.

—Sí —admite Loreto guardando sus pinceles—. Es la primera vez que

maquillo a la misma novia dos veces, y espero no tener que hacerlo una tercera, así que ya puedes ponerte las pilas y comer perdices todos los putos días de tu vida. ¿Está claro?

Chris, Lola y María se echan a reír.

—No se disen groserías —la regaña Juan indignado.

—Lo siento, Juan. Es que si no las digo no me hacen caso. ¿Te vienes conmigo? Tu madre tiene que ejercer de madrina y yo quiero ver esta boda sentada junto a un hombre de verdad —le propone Loreto al pequeño.

Cuando abren la puerta de la habitación, aparecen Unai y el Chimuelo vestidos con guayabera y pantalón blancos.

—¡Coco! ¡Qué guapa estás! —dice Unai sin ni siquiera mirarme, yendo directo a abrazar a Lola.

—Gracias —contesto riéndome.

—A ver, ¿dónde está esa novia que quiere que la lleve al altar? ¡Oh! ¡*Lady!* ¡Quién tuviera veinte años menos! —exclama el Chimuelo sonriendo con sus dientes nuevos. El mismo día que fui a pedirle que fuera mi padrino pidió hora para que el dentista le arreglara su aspecto de una vez.

—Guau, ¡tú sí que estás guapo! —le digo asombrada.

—Señorita, deberían salir todos. Parese que el novio ya está esperándola —nos avisa María asomándose por la ventana.

—Sí, vamos saliendo —propone Lola tirando del brazo de Unai.

Chris se acerca a mí con una caja en las manos.

—¿No te falta algo importante? —me pregunta misteriosa.

—Algo como... No, no caigo —reconozco. Organizar una boda en menos de dos meses te obliga a delegar ciertos detalles que después ni te acuerdas de supervisar.

—Tu ramo, Coco —suspira Chris abriendo la caja.

Miro en el interior y me encuentro un ramo de flores blancas de lo más normal, pero tiene algo que lo hace especial. Tres hibiscos rojos formando un triángulo.

—Chris, ¡qué bonito! —exclamo.

—Los hibiscos los ha elegido Oliver esta mañana. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —exclamo dándole un abrazo.

—¿De verdad? ¿Estás contenta? ¿No te da algo de pena que papá y mamá no hayan venido? —me pregunta.

—¡No! Mamá habría puesto el grito en el cielo desde el minuto uno y papá acaba de recuperarla. Déjalos que disfruten. Además, ¿te imaginas todo esto

lleno de paparazis?

—Bueno, voy a decirle a todo el mundo que te espere sentado. El protocolo siempre será el protocolo —sonríe burlona.

La veo alejarse y me recuerda a la niña que era antes del divorcio. Hemos tardado mucho en lograrlo y seguimos siendo peculiares, pero supongo que volvemos a ser una familia, como ella quería.

—¿Nos vamos, *lady*? —me dice el Chimuelo ofreciéndome su brazo.

—No. Espera un momento —le digo mirándolo con picardía.

Abro el mueble bar y saco las dos Imperiales que tenía preparadas. Las destapo y le ofrezco una al Chimuelo:

—*Lady*... —susurra emocionado cuando me ve levantar mi botella hacia él.

—Por ti, Chimuelo. Por las rancheras que llegan al alma con acento inglés —brindo.

Chocamos las botellas y, tras dejarlas por la mitad de un trago, salimos de la habitación cogidos del brazo.

Cruzamos el jardín del PranaParadise hasta la playa. Allí, bajo un arco improvisado y con el atardecer de fondo, María, Oliver y Max me esperan sonrientes. Confieso que me pongo un poco triste. Albergaba la esperanza de que Oliver estuviera esperándome con su sonrisa fantástica, la que tenía el día de su boda con Evelyn, cuando le hicieron aquella foto. Pero supongo que hay huellas tan profundas que son imposibles de tapar.

—Cuídemela bien, Oliver. Esta *lady* es una joya —le advierte el Chimuelo cuando llegamos a su lado, antes de soltar mi brazo.

—Gracias, Chimuelo —susurro dándole un beso.

—No puedo creerlo. ¡Oléis a cerveza! —exclama Oliver.

—¿Nosotros? ¡Nooo! —mentimos al unísono.

La ceremonia transcurre con normalidad. Tal vez con demasiada normalidad. Hasta podría decirse que está siendo de lo más aburrida. Pero no. Justo cuando le toca a Oliver darme el «sí, quiero», Max lanza un ladrido con todas sus fuerzas.

«¡Claro que quiere!», grita a los cuatro vientos.

—¡No, Max, tiene que decirlo tu dueño! —exclama el sacerdote haciéndole una carantoña.

Cuando las carcajadas cesan, la voz de Oliver se clava en mi corazón.

—Sí, quiero —dice mirándome a los ojos.

En vano, el sacerdote trata de seguir adelante con la celebración.

—Coco, ¿quieres a...

El móvil de Hernán empieza a sonar a nuestro lado a todo volumen.

—Lo siento —se disculpa mirando la pantalla.

El sacerdote lo reprende con la mirada y vuelve a la carga.

—¿Coco, quieres a...

—¡Qué! ¡Un momento, por favor! —suplica Hernán acercándose a mí con urgencia—. Coco, está aquí. Acaba de llegar.

Sé a quién se refiere y no, no puede esperar. Sin mediar palabra dejo a Oliver y al sacerdote con la boca abierta y cojo el teléfono.

—¿Sí? (...) No, llévala junto a la piscina, nosotros vamos para allá.

—Coco, ¿qué pasa? —me pregunta Oliver histérico.

—Será un momentito, de verdad. Por favor, que nadie se mueva, volvemos enseguida —suplico a los invitados cogiendo al Chimuelo del brazo y arrastrándolo hacia el jardín.

Hernán se acerca a Oliver y cuchichean algo. Supongo que le estará contando qué ocurre.

—*Lady*, pero ¿qué le pasa? ¿Adónde vamos? No me vaya a *desir* que le entraron las dudas porque me pongo a cantarle rancheras hasta que la *convensa* —me dice.

—No, Chimuelo, no tengo dudas. Es que... No sé cómo decirte esto —murmuró muy nerviosa tirando de su brazo, obligándolo a caminar—. ¿Te acuerdas de la ranchera que me cantaste en el hospital? ¿*Dos almas*?

—¿Cómo no me voy a acordar, *lady*! ¿Quiere que se la cante? —me pregunta sorprendido.

—No, a mí no. A ella —le digo señalando una pequeña figura que espera con José junto a la piscina y a la que reconoce enseguida, a pesar de los años.

—Matilde —susurra el Chimuelo casi sin voz.

—Sí, es Matilde. Hernán y yo la hemos estado buscando. Nos costó mucho dar con ella, pero cuando dos almas no tienen más remedio que estar juntas, ya sabes lo que pasa —le explico con un nudo en la garganta.

—¿Y el canalla? —me pregunta nervioso dando un paso atrás.

—Matilde lo dejó cuando se enteró de lo que te había hecho. Le dijeron que te habían matado. Por eso nunca te buscó —le explico.

Una lágrima que me parte el alma recorre su mejilla, después otra, y otra.

—Vamos, *mae* —lo anima Hernán dándole una palmada en el hombro. Él y casi todos los invitados se agolpan detrás de nosotros para ver qué pasa.

—Chimuelo, ¡vamos! Ha venido hasta aquí porque nunca pudo olvidarte —lo animo, pero no hay manera.

—¡Que vayas con ella, coño! —le grita Loreto de pronto al oído.

Ahora sí, el Chimuelo reacciona. Se limpia las lágrimas, me quita mi ramo pronunciando un peculiar «permiso» y aprieta el paso hasta fundirse en un abrazo con Matilde. Su Matilde.

UN AÑO MÁS TARDE...

—¡Doctor Chancla! Deja de decirme que empuje o en cuanto me desaten te salto a la yugular —grito fuera de mí.

—Coco, tranquilízate, por favor —suplica Oliver, sin saber que pedirle a una parturienta que se calme es más o menos lo mismo que invocar a todos los demonios del infierno.

—¿Que me tranquilice? ¿¿Que me tranquilice?? Llevo cinco horas intentando traer a mi hijo a este mundo. ¡¡¡No quiero tranquilizarme!!! —grito enfurecida notando que viene una nueva contracción.

—Eso es, Coco, aproveche ese enojo y empuje bien fuerte. ¡Ahora! —me anima el doctor Chancla.

Le hago caso. Aprieto los dientes, los músculos y la mano de Oliver con verdadero coraje. El cuerpo me pide darme por vencida, pero no lo hago. Ya no puedo más, por eso aprieto todo mi ser al máximo sin ceder ni un segundo, ni siquiera cuando oigo crujir los dedos de Oliver entre mis manos.

—¡¡¡Ahhh!!! —grita el muy blandengue.

—¡No te quejeeeee! —le grito echando todo mi cuerpo hacia delante para acompañar el empujón.

Y de pronto, ya está. Todo cambia. No hay más tensión, ni dolor. Siento algo húmedo en mis bajos, oigo un chillido agudo y la voz de Manuel anunciando:

—¡Es una niña!

—¿Una niña? —preguntamos Oliver y yo a la vez.

—Sí, creo que me equivoqué. ¡Enhorabuena! —se disculpa el doctor Chancla acercándose a nosotros con el bebé envuelto en una sábana.

La cogemos en brazos y nos quedamos mudos. Es como una sorpresa. Manuel nos dijo que era un niño. Nos lo aseguró. Por eso pintamos de azul la habitación nueva cuando ampliamos la cabaña, le compramos ropa de niño y lo íbamos a llamar Hernán. Y ahora una preciosa niña gimotea y revuelve la sábana que la cubre con movimientos tan involuntarios como encantadores. ¿Quién es? ¿Cómo va a llamarse?

Nuestra pequeña abre los ojos. Me mira un segundo y, después, se queda

extasiada observando a Oliver.

—Te está mirando —le digo.

—Sí, ¿verdad? Hola... Ehhh... Humm... ¿Inés? —dice dudando.

—¿Inés? —repito—. ¡Sí! ¡Inés!

Oliver me mira y ahí está. Su sonrisa fantástica.

### Agradecimientos

Cuando visitas un país casi por casualidad pero te gusta tanto que regresas; cuando el avión despega y sabes que dejas allí algo más que a dos de tus seres queridos; cuando descubres en sus playas, en su gente y en sus paisajes que te estás equivocando de vida, entiendes al fin el significado de aquello que decía John Steinbeck: «Las personas no hacen viajes, son los viajes los que hacen a las personas». Por eso me vais a permitir que empiece los agradecimientos por Costa Rica, un país que siempre querré.

A Eva Olaya y todo el equipo de Versátil Ediciones... ¡GRACIAS! No hay chokolatinas en el mundo para compensar lo bien que me habéis tratado.

Gracias infinitas a todos mis amigos de Facebook, Twitter, Instagram, que con tanta paciencia seguís mis posts, y a los bloggers, clubs de lecturas, cafés literarios y administradores de grupos por la labor que hacéis defendiendo lo que más nos gusta: los libros. Permitidme que nombre a mis Cotorras Lectoras Madrileñas, por los ánimos, por vuestro apoyo, por las risas y... por los *jacuzzis*. #osquiero

Y cuando digo que el número ocho es mi número de la suerte, lo digo por algo. Este año tengo que dar las gracias por haber encontrado a ocho personas muy especiales a las que debo no haber tirado la toalla en más de una ocasión: Carlos Álvarez, María Jesús Valls, Cova Galena, Mara Mornet, Mari Luz Guillén, Beatrice Pinto y mis chicas Tatiana Davidova y Silvia Hernández.

Gracias a mi familia por los ratos que os robo, a los seis abuelos intergalácticos por cuidarnos a todos y a mis tres generaciones de primos favoritos, "los poyos", por el entusiasmo con el que celebráis cada paso que van dando mis historias.

Y por último, gracias de corazón a todos mis amigos. Tengo suerte de que seáis muchos y muy buenos, por eso, para no alargarlo mucho, esta vez solo voy a nombrar a una persona especial a la que espero ver cumpliendo su sueño muy pronto: Vane.

Pura vida.